

S.G.

3.450

B.P. de Soria



61113078

D-2 460

D-2
460

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES
DE
ANTROPOLOGÍA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

404

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

B^o 991

DE

ANTROPOLOGÍA

OBRA ESCRITA EN LATÍN

POR EL

P. JUAN JOSÉ URRÁBURU, S. J.

Y PUESTA EN CASTELLANO

POR

ANTONIO DE MADARIAGA, S. J.

~~~~~  
*Con las licencias necesarias.*  
~~~~~

MADRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, núm. 1.

—
1901



INDICE

DEL HOMBRE

CAPITULO PRIMERO

De la naturaleza del hombre.

ARTÍCULO PRIMERO

El hombre, su esencia, su dignidad y nobleza.

	Págs.
I.—Definición del hombre: Nociones preliminares.....	3
II.—De la esencia física del hombre.....	4
III.—Definición metafísica del hombre.....	6
IV.—Dignidad y nobleza del hombre: Prenotandos.....	11
V.—El hombre, imagen de Dios.....	13
VI.—El hombre, rey de la creación.....	16
VII.—El hombre, compendio del mundo visible.....	19
VIII.—Dotes privilegiadas del cuerpo humano.....	22

ARTÍCULO II

El hombre y los reinos de la naturaleza.

I.—Estado de la cuestión.....	24
II.—Las diversas opiniones.....	27
III.—Falso criterio en la presente controversia.....	29
IV.—El hombre constituye reino especial en la naturaleza: Primera parte.....	32
— Segunda parte.....	42
V.—El género filosófico y el fisiológico.....	46
VI.—Argucias de Richet.....	47
VII.—Semejanzas orgánicas entre el hombre y los brutos..	49
VIII.—La inteligencia de los brutos.....	50
IX.—El hombre salvaje y el civilizado... ..	55

ARTÍCULO III

De la unidad específica del hombre.

I.—Preliminares.....	57
II.—Las diversas escuelas.....	59
III.—La especie y la raza... ..	63
IV.—Las razas humanas.....	67
V.—Identidad de caracteres esenciales á las diversas razas.	70
VI.—La inteligencia en las razas.....	72
VII.—Semejanzas anatómicas y fisiológicas.....	78
VIII.—Las razas y su indefinida fecundidad.....	80
IX.—Las razas y sus variedades accidentales.....	84
X.—El catolicismo y la unidad específica del hombre..	97
XI.—Los pueblos salvajes.....	99
XII.—Rarezas morfológicas y anatómicas.....	104
XIII.— <i>El Pediculus Nigritarum</i>	109

CAPITULO II

Del origen del hombre.

ARTÍCULO PRIMERO

De la causa eficiente del hombre.

	Págs.
§ I.—Estado de la cuestión.....	112
§ II.—Causalidad eficiente de los padres en la generación de los hijos.....	113
§ III.—Corolarios.....	115

ARTÍCULO II

Procedencia adámica del género humano.

§ I.—Las diversas escuelas.....	117
§ II.—Las razas humanas y su procedencia adámica.....	125
§ III.—El medio ambiente y la herencia.....	129
§ IV.—Influjo del medio ambiente y la herencia en la constitución de las razas.....	135
§ V.—Las razas y la filología.....	144
§ VI.—La dispersión de las razas por el globo.....	151
§ VII.—El poligenismo de las especies vegetales y animales.....	161
§ VIII.—El monogenismo y la Biblia.....	162
§ IX.—El monogenismo y la doctrina católica.....	171
§ X.—La historia y la tradición de los pueblos.....	177
§ XI.—El testimonio del Génesis.....	182
§ XII.—Corolarios.....	184

ARTÍCULO III

De la antigüedad del hombre, según la Geología.

§ I.—Incertidumbre de la cronología bíblica.....	188
§ II.— Principales cómputos de la cronología bíblica.....	190
§ III.—Tiempos históricos y prehistóricos.....	192
§ IV.—El hombre terciario.....	194
§ V.—El hombre terciario y los descubrimientos geológicos.....	197
§ VI.—El hombre terciario y la doctrina católica.....	207
§ VII.—La Edad cuaternaria.....	209
§ VIII.—Turberas y estalagmitas.....	218
§ IX.—La hipótesis de Lyell.....	224
§ X.—El período glacial.....	227
§ XI.—Las hipótesis sobre el período glacial.....	234

ARTÍCULO IV

De la antigüedad del hombre, según la prehistoria.

§ I.—El hombre y los animales prehistóricos.....	239
§ II.—La edad del hombre en el delta del Nilo.....	243
§ III.—El hombre Natchez.....	246
§ IV.—El torrente Tinière.....	249
§ V.—Las ciudades lacustres en Suiza.....	250
§ VI.—El hombre fósil.....	253
§ VII.—El progreso en la civilización del hombre.....	259
§ VIII.—Las Edades prehistóricas.....	264
§ IX.—Los monumentos megalíticos.....	277

ARTÍCULO V

De la antigüedad del hombre, según la cronología de algunos pueblos.

§ I.—La Egiptología y la edad del hombre.....	280
§ II.—La cronología china.....	287
§ III.—La cronología india.....	291
§ IV.—La historia de Beroso.....	295
§ V.—El cilindro de Nabónides.....	297
§ VI.—Conclusión.....	299

AL LECTOR

El nombre del P. Urráburu, quien á fines del siglo XIX ha contribuído poderosamente á reanudar el áureo hilo de la tradición filosófico-escolástica de los mejores tiempos, es ya ventajosamente conocido en el mundo científico. Revistas tan competentes y autorizadas como *Stimmen aus Maria-Laach*, *American Ecclesiastical review*, *Les Etudes* y otras, le tributan á porfía elogios amplísimos cuya innegable justicia no pueden menos de reconocer cuantos hayan admirado los ocho tomos de la monumental obra *Institutiones Philosophicae*.

Por eso y porque la *Filosofía*, como escrita en latín, era necesariamente libro cerrado para muchos, pareció oportunísimo poner en castellano siquiera alguno de los tratados que, como el de la Antropología, fuera, por su especial interés y actualidad, más del agrado y provecho del público.

Al encargarme de este trabajo y obedeciendo á superiores indicaciones, he procurado cuanto á mis escasas fuerzas era posible y la índole de la materia lo permitía, que el estilo revistiera un carácter animado y polémico, despojándolo, en cambio, de la forma preferentemente expositiva y didáctica, que en la obra de su ilustre autor no podía menos de dominar.

He añadido tomándolas de otros tratados de la



misma obra, algunas nociones de Ontología y Cosmología que en el curso del estudio antropológico se daban por supuestas. Y para más claridad y menos fatiga del lector no avezado á esta clase de disquisiciones escolásticas, he introducido, á modo de índice analítico, una división más minuciosa de capítulos y párrafos que, como otros tantos jalones, señalarán el camino por donde, vigorosa y contundente, fluye la argumentación. Modificaciones todas que, además de contar con la gustosa aquiescencia del antiguo profesor de la Universidad Gregoriana, dejan, como se ve, intacto el fondo y atañen sólo al estilo y disposición accidental de la obra.

ANTONIO DE MADARIAGA, S. J.

PÁG.	LIN.	DICE.	LÉASE.
225	29	30	90
272	22	prehistóricos	históricos
245	10	troverait	trouverait
248	8	libres	livres
228	19	discances	distances.

DEL HOMBRE

Es, sin duda alguna, el tratado *De homine* uno de los más importantes de la Filosofía. Conocidas las operaciones, estudiadas la naturaleza y propiedades del alma humana, forma nobilísima que, por su unión sustancial, eleva y dignifica la materia corpórea, procede como fin y digno remate de la Psicología considerar al hombre, que de la unión sustancial entre el alma y el cuerpo resulta.

Lazo misterioso entre la materia y el espíritu, el hombre por su cuerpo se da la mano con los diversos reinos de la naturaleza terrestre; rey de la creación visible, por el alma, se eleva sobre todos los otros seres, porque en su frente brilla la luz de la inteligencia, y en su corazón anidan los más grandes afectos, las más nobles energías de la libre voluntad.

CAPITULO PRIMERO

De la naturaleza del hombre.

Tres son las cuestiones importantísimas que han de ocupar nuestra atención: investigar *qué* es el hombre, cuál su *esencia*, en una palabra, cuál su verdadera y filosófica *definición*; deslindar después cuál es el puesto que en el mundo, por derecho, le corresponde entre los demás reinos de la naturaleza; y estudiar finalmente, con la profundidad que se merece, la *unidad específica* del género humano.

ARTICULO PRIMERO

EL HOMBRE, SU ESENCIA, SU DIGNIDAD Y NOBLEZA

Célebre es ya en las escuelas la definición que, siguiendo las huellas de Aristóteles y de los santos Padres, ha dado del hombre la recta y cristiana filosofía, diciendo que es *animal rationale* (animal racional).

Pero como no hay doctrina, por evidente que sea, que no haya tenido sus contradictores, tampoco le han faltado á la definición que acabamos de citar. El cartesiano Antonio Le Grand (1), después de atacarla duramente, pretende

(1) Le Grand, *Inst. Phil.*, part. VIII, art. 1.º, núm. 8.

que debe ser sustituida por esta otra: el hombre es *una cosa compuesta de mente finita y cuerpo orgánico, res composita ex mente finita et corpore organico*. Rosmini (1) tampoco está por nuestra definición, y quiere que el hombre sea *sujeto animal intelectual, volitivo*; y, finalmente, Bonald (2) lo define *inteligencia servida por órganos*.

§ I.—*Definición del hombre.—Nociones preliminares.*

Antes de establecer y probar la verdadera y legítima noción del hombre, conviene recordar ciertas ideas de dialéctica (3) importantísimas cuando se trata de la definición.

«Definir—dice el orador romano—es indicar con el menor número de palabras lo *que es* la cosa de que se trata: *Oratio, quae quid sit id de quo agitur, ostendit quam brevissimè*» (4).

La definición puede ser nominal ó real (5).

La primera, llamada también *interpretación*, es la que nos declara la significación del nombre: como si decimos que Filosofía es el amor de la sabiduría, ó barómetro la medición de la altura.

La segunda es un enunciado, un conjunto de palabras, una proposición que expresa lo que la cosa definida es en sí misma.

Subdivídese la definición real en A) descriptiva y B) esencial.

La esencial, como su mismo nombre lo está diciendo, es la que patentiza la naturaleza ó *esencia* de la cosa definida, mientras que la descriptiva nos la indica sólo de algu-

(1) Rosmini, *Antropolog.*, lib. I, cap. II, pág. 23.

(2) *Une intelligence servie par des organes.*—Bonald, *Du Divorce, discours préliminaire*.

(3) *Dialéctica*, núm. 71, pág. 202; núm. 74, pág. 205.

(4) *De Orat.*, cap. XXXIII, núm. 118, ó como escribe él mismo en el número 116, *De Orat.*: *Oratio quae id quod definitur explicat quid sit.*

(5) Aristót., *Poster II*, cap. X.

na manera por rasgos, digámoslo así, superficiales, sin penetrar el fondo y sustancia del objeto.

Claro está que al indagar ahora nosotros la noción exacta del hombre, no buscamos su definición *nominal*, etimológica, sino que buscamos la *real*, y no la real descriptiva, sino la esencial; en una palabra, la que clara y sucintamente nos demuestre lo que el hombre es en realidad, *quod quid est*.

La definición esencial puede ser ó *física*, si entran en ella las partes ó principios constitutivos del ser realmente distintos y separables entre sí (cuerpo y alma, si del hombre se trata), ó puede ser *metafísica* si la definición se forma por los principios metafísicos del ser (no separables realmente y sí sólo por el concepto) ó sea por lo que en Ontología se llama género próximo y diferencia última (animalidad y racionalidad en el caso presente).

§ II.—De la esencia física del hombre.

Supuestas estas nociones, que no por ser elementales dejan de ser importantes, y por desgracia, ignoradas de muchos *doctores* que hablan del *arquitrabe*, entremos en materia.

Digo, pues, que la definición esencial física del hombre es la que nos lo declara como *compuesto de cuerpo orgánico y alma racional*.

Y realmente en esta definición, clara y concisa, se contienen los elementos físicos que *esencialmente* constituyen al hombre; cuerpo, elemento material, pero no un cuerpo ó materia cualquiera, como la de los seres minerales, sino cuerpo y materia organizada, apta para las funciones de la vida; alma, ó elemento formal; pero no un alma ó principio informativo cualquiera, como el de los vegetales ó animales, sino alma racional capaz de operaciones espirituales; se requieren, pues, sin género de duda, estos dos ele-

mentos, pero no bastan ellos solos, *aislados*, para la constitución física del hombre. Es necesario que esos elementos, *fisicamente* distintos y separables, se asocien en lazo misterioso de unión sustancial, que se junten en unidad de persona con vínculo tan estrecho y tan íntima lazada, que todas y cada una de las operaciones de ese cuerpo, todas y cada una de las acciones de esa alma, sean y puedan llamarse con estricto rigor, con entera verdad filosófica, acciones y operaciones del hombre.

Cuerpo orgánico, alma racional, unión entre los dos elementos; he aquí los principios físicos que *esencialmente* constituyen al hombre. Pero todo ello se contiene en la definición que hemos dado, luego ella es realmente la verdadera.

En cambio, la de Le Grand, más bien descriptiva que esencial, no puede admitirse. Vamos por partes.

«El hombre es una *cosa*...» Esto de *cosa* tiene tan poco de literario como de filosófico. ¿Hay algo más vago y general que la palabra *cosa*?

El hombre es una cosa compuesta de mente finita... Lo de *mente* está mal y lo de *finita* sobra. La palabra *mens*, más bien que la misma esencia del alma, indica una de sus facultades, la inteligencia, y aunque se me objete que para algunos filósofos las facultades no se distinguen realmente de la misma sustancia del alma, siempre será verdad que la palabra *mens* significa el alma en cuanto *intelectiva*, no en cuanto *volitiva*, y que hay, por lo tanto, impropiedad, cuando menos, de lenguaje filosófico.

Que lo de *finita* sobra, no es menos evidente. Porque no pudiendo, de manera alguna, la inteligencia de Dios infinita entrar como constitutivo de ningún *compuesto*, claro está que esa *mens* de que se habla en la definición, deberá necesariamente ser limitada; ó si se quiere más breve. En tanto, no sería limitada en cuanto fuera divina; pero la mente divina no puede ser parte física de ningún com-

puesto; luego en ningún compuesto, y por consiguiente, en su definición esencial, puede entrar ninguna mente que no sea limitada.

Basta con lo dicho para convencerse de que la definición de Le Grand, no merece los honores de preferencia que sobre la escolástica le atribuye su autor.

Tampoco la de Bonald, que llama al hombre *inteligencia servida por órganos*, merece la aprobación de los verdaderos filósofos. No parece sino que se trata de una inteligencia separada, ó puro espíritu, y no más bien de un compuesto de alma y cuerpo. Ni vale decir que en la definición se encuentra la atenuante de *servida por órganos*, porque no indicándose, ni siquiera veladamente, la manera como el alma se sirve de dichos órganos, puede esta preterición dar origen á creerse que no es sustancial é íntima, sino accidental solamente, la unión entre el alma y el cuerpo.

Y baste con lo dicho, reservándonos para luego el criticar la noción *rosminiana*.

§ III.—*Definición metafísica del hombre.*

Principios metafísicos constitutivos del ser (1), se llaman aquellas notas inteligibles que lo declaran por completo, ó sean género próximo y última diferencia.

Dos son las que median entre los principios metafísicos y los físicos.

Estos son *realmente* distintos y separables entre sí. Aquéllos sólo se distinguen mentalmente, por sus conceptos, siendo en la sustancia del ser una misma é idéntica realidad.

La segunda diferencia consiste en que las partes físicas,

(1) Cfr. *Ontología*, núm. 18, pág. 55.

aisladamente consideradas, sólo denotan una *parte*, no la totalidad del ser definido; el cuerpo, v. gr., es la materia, el alma es la forma del hombre; pero no *todo* el hombre. Las partes metafísicas, por el contrario, ó sean el género próximo y la última diferencia, aun separadamente tomadas, indican en cuanto á la objetividad del ser *toda* su esencia, puesto que cada una de ellas indica *todo el ser*, aunque con diversa expresión y bajo diferente *razón* mental. Así, por ejemplo, la animalidad en el hombre en la *realidad* del ser expresa toda su esencia; porque esa animalidad, toda cuanta es, es en el hombre animalidad racional por la diferencia específica que en él recibe.

Admitidas estas nociones de dialéctica elemental, nada más fácil que establecer la verdadera definición metafísica del hombre.

Que ésta sea la clásica de *animal racional*, ya lo ha adivinado el lector.

Para que una definición merezca el nombre de metafísica, se requiere que exprese el género próximo y la última diferencia del objeto definido; lo cual ciertamente concurre en la que nosotros ahora defendemos. Porque la *animalidad* es el género filosófico en que el hombre conviene *próximamente* con los demás animales, *remotamente* con los vegetales, puesto que todo animal es también vegetativo y *remotísimamente* con los demás seres corpóreos del mundo, puesto que todo viviente sensitivo y vegetal es también y primero, *cuerpo*.

La *racionalidad* á su vez distingue al hombre de toda otra sustancia corpórea, indica de un modo *implícito* aquello en que conviene con los ángeles, y expresa de una manera *explícita* lo que de ellos le separa. Porque racional significa ser *intelectivo* con discurso. El hombre, pues, en cuanto *intelectivo*, conviene con los puros espíritus; pero se diferencia de ellos en cuanto que no puede, sin auxilio del proceso *discursivo*, conocer perfectamente la verdad.

Muy bien dice á este propósito el Angel de las Escuelas (1): «Los espíritus inferiores, es decir, los de los hombres, alcanzan la perfección en el conocimiento de la verdad, por cierto movimiento y discurso que requiere intelectual trabajo, procediendo de lo conocido á lo desconocido. Porque si al punto, al conocer los principios evidentes, vieran en ellos con claridad todas las conclusiones que de allí fluyen, no habría lugar al raciocinio. Así sucede en los ángeles, quienes en los principios que naturalmente conocen, ven ya todo lo que en ellos es cognoscible. Y por eso se llaman *intelectuales*; pues aun entre nosotros se dice que *entendemos* todo aquello que inmediatamente puede conocerse, por lo cual el entendimiento se llama *habitus primorum principiorum*. Pero las almas de los hombres que por medio del discurso llegan al conocimiento de la verdad, se llaman *racionales*. Lo cual sucede por la debilidad de su lumbre intelectual; pues si tuvieran la plenitud de esta luz como los ángeles, inmediatamente y de la primera ojeada conocerían en los principios toda su fuerza, viendo *quidquid ex eis syllogizari potest*, cuanto de ellos, á fuerza de silogismos, se puede deducir.»

Tiene, además, nuestra definición en su favor la autoridad de los santos Padres. Muchos son los que así definen al hombre, llamándole *animal racional mortal* (2); y expresamente San Agustín: «Es, pues, el hombre — dice — *animal* capaz de razón, ó para decirlo mejor y más brevemente, *animal racional*» (3). San Gregorio Nizeno lo llama *obra de Dios dotada de razón, formada á imagen del Creador* (4).

(1) S. Thom., pars. I, quaest. LVIII, art. 3.º; cfr. pars. I, quaest. LXXIX, art. 8.º, et 1.ª 2.ª quaest. V, art. 1.º ad 1.ª.

(2) Vide S. Joann. Chrysost., *Homil.* 11, ad popul. antioch., núm. 2; S. August., *De ordine*, lib. II, cap. XI, núm. 31; *De quant. anim.*, cap. XXV, núm. 47; Meletium Monachum, *De natura hominis*, apud. Migne, tomo LXIV, pág. 1.033.

(3) S. August., serm. 43, cap. II; apud Migne, tomo XXXVIII, pág. 255.

(4) S. Gregor. Nyssen., *In verba... Faciamus hominem*. Nota 1.ª apud Migne, tomo XLIV, pág. 227, fin.

Orígenes, *viviente racional* (λογικὸν ζῶμενον), y otros muchos Padres emplean estas ó parecidas expresiones.

Esto supuesto que la definición que acabamos de estudiar es la verdadera, no hay quien no conozca la impropiedad y redundancia de la empleada por Rosmini. Según él, el hombre es *sujeto animal intelectual volitivo*. La palabra *sujeto* está de más; basta con decir *animal*; lo de *volitivo* debe también omitirse puesto que sigue necesariamente á lo de *intelectivo*, y finalmente, la palabra *intelectivo*, como se deduce de lo anteriormente explicado, y sobre todo, del hermoso texto aducido de Santo Tomás, es menos propia tratándose del hombre, como que no expresa bastante-mente la racionalidad y necesidad *discursiva* que de los ángeles le distinguen.

¿Qué puede objetar á esto el filósofo á quien impugnamos? ¿Que la noción escolástica puede dar origen á la errónea opinión de suponer como *característica* del hombre la *animalidad*, puesto que en la definición figura la racionalidad como algo secundario y sobreañadido? Pues basta con recordar las ideas más elementales que, sobre la manera de definir, se explican en dialéctica y no desconocen ni aun los principiantes, para saber que precisamente esa parte que siempre figura en *segundo* lugar, y realmente se *añade* á la primera, es la más importante de todas, como que indica la *diferencia específica* del objeto que se define.

Defendiendo la preferencia dada á la palabra *intelectivo* sobre la *racional*, alega Rosmini que, procediendo ó naciendo, digámoslo así, la *razón* del entendimiento, la definición clásica no expresa lo que es primero y principal en el hombre, ó sea el entendimiento. Pero esta dificultad parte del falso supuesto de la distinción en el hombre entre la razón y la inteligencia, distinción evidentemente falsa (1). La

(1) *Psycholog*, vol. II, núm. 270, pág. 911; *Logic., Major*, núm. 103, página 568.

razón no es otra cosa que el mismo entendimiento *en cuanto discurre*, llamándose simplemente *inteligencia* en sus operaciones de simple aprehensión y juicios *inmediatos*.

No distinguiéndose, pues, sino en el nombre la razón y el entendimiento humano, mal puede aquélla nacer ó proceder de éste, como absurdamente suponía la objeción rosminiana.

No son de más entidad las dificultades que presenta el cartesiano, antes citado, Le Grand.

Que en la definición escolástica es oscura, y menos clara que el mismo *hombre* definible la palabra *animal*, tanto que nos vemos obligados á declararla diciendo que es *viviente sensitivo*, y que de nuevo la palabra *viviente* requiere ulterior explicación. Y la de *sustancia* podía haber añadido, y aun la palabra *ens*, que necesita por vez primera alguna declaración.

No existe esa oscuridad en el término *animal*. Lo que hay es que, como sucede en todas las ciencias donde se da verdadero enlace de ideas, unas presuponen á otras, y al pedirse cuenta de todas las nociones que entran en una definición, es necesario aducir sucesivas declaraciones hasta llegar á los primeros y universalísimos principios de las cosas.

Califica, además, de ambigua la palabra *racional*. Porque ó vale tanto como capaz de conocimiento, y entonces nada indica que no convenga á los brutos mismos, á quienes, según los escolásticos, compete también la facultad de *conocer*; ó denota el *raciocinio*, y entonces la diferencia específica del hombre se toma á *villiori*, pues es más noble la inteligencia que la razón; ó expresa, finalmente, la *simple aprehensión*, que también puede darse en los irracionales, en cuyo caso no se manifiesta bastantemente la distancia que al hombre separa de los brutos (1).

(1) Le Grand, op. et loc. cit., núm. 4.

No hay por qué apurarse para responder cumplidamente á tan aparatoso sofisma. Concedo que la palabra racional, como quiere el segundo miembro de la disyunción, denote el raciocinio.

Pero qué, ¿no es cierto que éste implica necesariamente la facultad intelectual? ¿No es cierto que, aunque más noble y perfecta de suyo la pura inteligencia, ésta es en el hombre muy limitada y se extiende á poquísimos objetos, necesitándose las más de las veces del proceso discursivo? Luego no debe introducirse la palabra *intelectivo*, que ni expresaría adecuadamente la facultad cognoscitiva del hombre (generalmente discursivo), ni le distinguiría bastante de los puros espíritus.

Y basta ya de refutaciones, pues no merecen particular atención las demás triquiñuelas que aduce, en contra de lo expuesto, el filósofo francés.

§ IV.—*Dignidad y nobleza del hombre.*

Prenotandos.

Varios son los motivos de esta grandeza y excelencia que hacen del hombre rey de la creación y obra primorosa entre las obras de Dios.

Siendo El causa primera eficiente y razón última de las cosas, eterno ejemplar é infinito modelo de las perfecciones de todas las criaturas, no puede menos de haber dejado en todas alguna semejanza de su naturaleza, algunos *vestigios* de su infinito poder.

En todos los seres, por ínfimos que aparezcan, ha quedado impresa la *huella* del Hacedor, aunque sólo el hombre, si de las criaturas visibles hablamos, lleva en la frente el sello de la *imagen* divina.

Conviene á este propósito recordar la diferencia que existe en razón de semejanza y con respecto á las obras de Dios, entre *vestigio* ó *huella* é *imagen*.

«La *buella* (1), en nuestra acepción—escribe el Doctor Angélico,—es palabra metafórica tomada de la semejanza con la huella propiamente dicha, la cual es cierta impresión que confusamente nos guía al conocimiento de un objeto. Y decimos confusamente, puesto que no lo representa sino en parte; es decir, en la del pie, y aun eso, no más que por su inferior superficie. Tres son, pues, los caracteres de la *buella*, á saber: semejanza, imperfección en esta semejanza, y que por ella vengamos al conocimiento del objeto que la *imprimió*.»

Tres son también las condiciones que concurren en la *imagen* (2). Primera, la semejanza; segunda, el que ésta sea según la especie ó al menos según el *signo* de la especie, y tercera, el que proceda ó se origine de otro. No basta, pues, como explica muy bien Santo Tomás, cualquiera semejanza para la razón de imagen, sino (3) la que se encuentra en la *especie* del objeto ó al menos en algún signo de ella. Este como sello, tratándose de los seres corpóreos, parece que es la figura. Porque vemos que, según las especies de los diversos animales, varía también la figura, aun permaneciendo el mismo color. Así, para obtener la imagen de un objeto, no basta que en una pared, por ejemplo, se pinten sus colores, si no se indica también su figura. Pero ni aun esta semejanza de la especie, este como sello de *familia* que en la figura se conserva, basta para constituir verdadera imagen, sino que se necesita además el origen, pues, como dice San Agustín (4), un huevo no es imagen de otro, QUIA NON EST DE ILLO EXPRESSUM.

Requíerese, pues, para la razón de verdadera imagen, que proceda de otro con semejanza de especie ó al menos

(1) S. Thom., I, dist. III, quaest. II, art. 1.^o

(2) *Cosmología*, núm. 100, pág. 357.

(3) Cfr. S. Augus., in lib. LXXXIII, *Quaestion.*, quaest. LXXIV.

(4) In lib. LXXXIII, *Quaestion.*, loc. cit.

del signo de la especie (1). En cambio, no es necesario que entre el objeto y su imagen haya igualdad, porque, según observa San Agustín en el mismo lugar, UBI EST IMAGO, NON CONTINUO EST AEQUALITAS, como se ve en la imagen de una persona que reluce en el espejo. Sin embargo, esta igualdad es carácter de la imagen perfecta, como que en ella nada falta de cuanto existe en el objeto á quien representa (2). Añaden otros una cuarta condición en la imagen perfecta, y es que la total y absoluta semejanza provenga precisamente por razón del origen ó procedencia, á la manera que el hijo es imagen del padre, por razón de la generación que de suyo tiende á producir esa igualdad ó semejanza específica.

Por lo cual la *buella*, el vestigio, representa sólo la *causalidad* del ser; ó sea, nos indica claramente que existe una causa; pero la imagen nos representa además la *forma* misma de la causa de donde procede.

§ V.—*El hombre, imagen de Dios.*

Todos los seres, decíamos al comenzar el párrafo antecedente, todos los seres, por infimos que parezcan, llevan impresa la *buella* del Hacedor (3).

¿Y cómo no, si su divina esencia es el ejemplar perfectísimo á que todos ellos se amoldan? Si el efecto es en algún modo semejante á la causa de donde procede, ¿cómo no encontrar en las criaturas vestigios del Creador, causa y principio de todas ellas?

Pero si es cierto que en todos los seres podemos encontrar huellas de la eficiencia divina, no lo es menos que

(1) S. Thom., part. I, quaest. XXXV, art. 1.º, part. I, quaest. XCIII, arts. 1.º y 2.º, dist. III, quaest. III; I, dist. XXVIII, quaest. II, art. 1.º; II, dist. XVI, quaest. I, art. 1.º y siguientes; *De verit.*, quaest. X, art. 7.º, fin.; *Epistol. ad Colos.*, lect. IV, et *Epistol. ad Hebr.*, lect. II.

(2) S. Thom., part. I, quaest. XCIII, art. 1.º

(3) Cfr. *Cosmol.*, núm. 100, pág. 355.

sólo el hombre entre las criaturas visibles ostenta el sello de la imagen de Dios (1). Porque incluyéndose en la noción de imagen, como antes dijimos, no cualquiera clase de semejanza, sino la *específica* del ser, tomada de su última diferencia, que expresa lo más noble y excelente que en él hay, y siendo lo más digno y levantado que en la divina naturaleza podemos concebir, su espiritualidad, su inteligencia, como que Dios es la misma intelección subsistente por sí misma; síguese que sólo los entes que participan de la naturaleza intelectual, y por lo tanto, sólo el hombre en el mundo visible, puede reflejar en el fondo de su ser el fulgor de la imagen divina.

Por eso, tratándose de la creación del hombre dijo Dios aquellas palabras que en la sagrada Escritura se leen: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram* (2); es decir, tan semejante á nosotros, que sea nuestra imagen. Pues aunque muchos santos Padres, en este lugar, hacen distinción entre imagen y semejanza, diciendo que la primera representa la divina naturaleza y la segunda imita las virtudes y perfecciones del ser de Dios (3), parece, sin embargo, como lo prueba el P. Alápide, que no hay tal diferencia, y que si en el texto aducido se emplean las dos palabras, es, sin duda, para expresar la mayor semejanza que en la razón de imagen se contiene.

Que esta semejanza, contra lo que pretendían los herejes *antropomorfistas*, propiamente no existe sino en el alma, y sobre todo, por razón de la naturaleza intelectual, lo hemos probado ya antes, tomándolo de la *Cosmología*.

Varios son los modos según los cuales, como explican los santos Padres citados por el comentarista Alápide, el hombre es imagen y semejanza de Dios: Primero, porque como El, el alma humana es también incorpórea é in-

(1) *Cosmol.*, núm. 100, pág. 358.

(2) *Genes.*, I, 26-27.

(3) Véase Alápide comentando dicho lugar del Génesis.

divisible (1); segundo, porque es eterna é inmortal (2); tercero, porque está dotada de las tres facultades de memoria, entendimiento y voluntad (3); cuarto, porque goza del libre albedrío (4); quinto, porque es capaz de la sabiduría, la virtud, la gracia, la bienaventuranza y la visión de Dios (5); sexto, porque el hombre preside y domina con su poder á todos los animales (6); séptimo, porque «como el Padre Eterno—dice Alápide (7)—conociéndose con su inteligencia, produce al Verbo ó sea al Hijo, y amando al Verbo produce al Espíritu Santo; así el hombre entendiéndose produce el verbo inteligible, expresión é imagen suya, y de él procede, en la voluntad, su amor, representando así el hombre claramente toda la augustísima Trinidad» (8).

Y nada decimos, porque es materia que corresponde á los teólogos el tratarla, de la superior y más perfecta semejanza que el hombre ofrece cuando, elevado por la gracia al orden sobrenatural, entra realmente en consorcio y participación con la divina naturaleza y se hace hijo de Dios y heredero del cielo.

(1) S. Gregor. Nyssen, sobre el texto *Faciamus hominem*; apud Migne, tomo XLI, pág. 1.331.

(2) Tertullian., *De Baptism.*, V; S. Aug., *De Trinit.*, lib. XIV, números 4 y 6.

(3) S. Joann. Damasc. y S. Ambros., *De dignit. condit. human*, cap. II.

(4) S. Ambros. *Hexaem.*, lib. VI, cap. VIII, núm. 45; Tertull., *Advers. Marcion.*, II, núms. 5 y 6; Hieron., *Epist.* 146; Titus Bostrens. *Adversus Manich.*, II, núm. 5; S. Joann. Damasc., *Orthod. Fid*, lib. III, cap. XIV.

(5) S. Gregor. Nyssen., *De homin. opific.*, cap. V; S. Ambr., *De dignit. condit. human.*, cap. III.

(6) S. Basil., *In Psalm.* XLVIII, núm. 8; S. Gregor. Nyssen., *De homin. opif.*, cap. IV; S. Chrysost., *passim*, v. gr., *In Genes.*, homil. 21, núm. 2; *In Genes.*, serm. 2; núm. 2, serm. 3, núm. 1 y siguientes.

(7) Alápide, *In Genes.*, I, 26.

(8) S. August., *De Trinit.*, lib. X, cap. X; lib. XIV, cap. VIII, et XI; S. Gregor. Nyssen., apud Migne, tomo XLIV, pág. 1.334 y siguientes. Finalmente el que desee más sobre esta materia consulte al ya citado comentarista Alápide.

§ VI.—*El hombre, rey de la creación.*

El segundo fundamento de la dignidad y excelencia humana es ser el hombre fin próximo é inmediato del mundo corpóreo (1). Decimos próximo é inmediato porque el último y mediato es el mismo Dios.

Bien nos lo declara el mismo Señor en las sagradas Escrituras: «Y añadió Dios. Ved que os he dado todas las hierbas que producen simiente sobre la tierra y todos los árboles que tienen en sí mismos simiente de su especie, para que os sirvan de alimento á vosotros» (2). Y en otra parte: *Y todo lo que tiene movimiento y vida os servirá de alimento; todas estas cosas os las entrego, así como las legumbres y hierbas* (3). Por lo cual concedió el Señor también al hombre el dominio sobre la tierra: «Creced y multiplicaos y henchid la tierra y enseñoreaos de ella y dominad á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á todos los animales que se mueven sobre la tierra» (4). Y en otro lugar: *Omnia subjecisti sub pedibus ejus* (5).

Los textos aducidos de la sagrada Escritura, manifiestan que en la creación de los reinos vegetal y animal, intentó Dios el bien y utilidad del hombre. Y esto mismo que se dice del reino orgánico, debe afirmarse del inorgánico: «Haya lumbreras en el firmamento del cielo que distingan el día y la noche—dice el Génesis—y señalen los tiempos los días y los años á fin de que brillen en el firmamento del cielo y alumbren la tierra, y fué hecho así. Hizo, pues, Dios dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que presidiese al día y la lumbrera menor para presidir á

(1) Cfr. *Cosmología*, núm. 92, pág. 322 y siguientes.

(2) Genes., I, 29.

(3) Genes., IX, 3. Cfr. *ibid.*, cap. I, 26, et Psalm. CIII; *Isaías*, XLV, 18.

(4) Genes., I, 28.

(5) Psalm. VIII, 7-8.

la noche, é hizo las estrellas. Y colocólas en el firmamento del cielo para que resplandeciesen sobre la tierra y presidiesen al día y á la noche y separasen la luz de las tinieblas» (1). Y en el Deuteronomio se lee: «Ni suceda tampoco que alzando los ojos al cielo, mirando el sol y la luna y todos los astros del cielo, cayendo en error, adores y reverencias *las criaturas que el Señor Dios tuyo crió para el servicio de todas las gentes que viven debajo del cielo*» (2).

Siendo esto así, nada más natural que el hallarse repetida esta doctrina por todos los escritores eclesiásticos con admirable uniformidad de pareceres. Baste en apoyo de nuestro aserto, citar solamente á algunos. «Y así como el hombre—escribe el Maestro de las sentencias—fué hecho para Dios, esto es, para que le sirviera, así el mundo fué criado para servicio del hombre. Fué, pues colocado en medio para que á él le sirviese y él á su vez sirviera *ut acciperet utrumque*, y para que tanto el obsequio y vasallaje que del mundo recibiese como el servicio y acatamiento que á Dios él mismo rindiera, todo redundase en bien del mismo hombre. Porque de tal manera quiso Dios que el hombre le sirviera que no El sino el hombre mismo se aprovechase de tal servicio, y de tal manera quiso que el mundo sirviera al hombre que también esto cediese en beneficio del hombre mismo: *Totum igitur bonum hominis erat et quod factum est propter ipsum, et propter quod factus est ipse*» (3).

Y Santo Tomás cuya cita nos dispensa de otras muchas, escribe: «De dos maneras puede ser el fin de una cosa; una cuando naturalmente tiende á él el objeto, y otra cuando, según el intento y la ordenación del agente, se destina á él como á fin útil, *ut utilitatem aliquam consequatur*,

(1) Genes., XIV, 18.

(2) Deut., cap. IV, v. 19.

(3) Lib. II, *Sentent.*, dist. Cfr. 5. Bonaventura, II, dist. I, pars. II, artículo 2.º, quaest. I.

y de ambas es el hombre fin de las criaturas; de la primera *ex parte operis* y de la segunda *ex parte operantis* (1).

»De diferente modo, sin embargo, se dice fin el hombre y se dice fin la divina Bondad. Porque con relación al agente la divina Bondad es el fin de las cosas á que últimamente se endereza la acción; pero la naturaleza humana no es la que mueve la voluntad de Dios como fin último, sino es aquello para cuya utilidad se endereza la obra» (2). Y en otro lugar escribe. «Todas las cosas corporales se dicen hechas *propter hominem* y de aquí también que todas ellas le estén sujetas. De dos maneras le sirven al hombre las criaturas corporales; para la sustentación de su vida y para el conocimiento de Dios en cuanto que *per ea quae facta sunt*, como dice el Apóstol, conocemos *invisibilia Dei*.» (3)

Y á la verdad, que el hombre es el rey de la creación visible porque toda ella se endereza á él como á fin próximo é inmediato, lo confirma plenamente la misma razón

(1) Aquí, de paso para acallar los escrúpulos de algunos modernos filósofos, conviene observar que Santo Tomás admite expresamente en las obras de Dios creador, el *finem* operantis. Francamente, ningún autor había reparado, hasta nuestros días, en tal repugnancia de suponer en Dios esa finalidad distinta de la que lleva de suyo la obra misma ejecutada. Y que aquella existe en las obras divinas, claramente puede comprobarse en muchas de que nos hablan los sagrados Libros. Creó y eligió á Abraham para Padre, á Moisés para caudillo, á Saúl y David para Reyes del pueblo de Israel. Josías "fué destinado por Dios para la conversión del pueblo." (Eccles., XLIX, 3); los Apóstoles "para ser luz de las naciones y salvación hasta los últimos confines de la tierra." (Isa., XLIX, 6; Act. Apost., XIII, 47), y expresamente del Apóstol San Pablo se dice que le eligió *vas electionis ut portaret nomen Domini coram gentibus et regibus et filiis Israel*. Finalmente, para no citar más ejemplos, el fuego eterno lo preparó Dios, *diabolo et angelis ejus*, para atormentarlos (Matth., XXV, 41). Vese, pues, claramente que en estos casos, además del fin propio á que la obra, por su naturaleza, se dirige, existe otro impuesto á voluntad del operante, y esto mismo se confirma con la ordenación y elevación del hombre al orden sobrenatural. Y realmente no se ve por qué Dios, además del fin propio del objeto, no pueda pretender otros para su mayor gloria, según los designios de su altísima providencia.

(2) S. Thom., II, dist I, quaest II, art. 3.º, in corp. — Cfr. *ib.* ad 1.º, et 2.º.

(3) S. Thom., IV, dist. XLVIII, quaest. II, art. 1.º — Cfr. *Contr. Gent.*, lib. IV, cap. último; *De Potent.*, quaest. V, art. 9.º; *De Anima*, lib. II, lect. VII, paragr. f.

natural. Todo el mundo corpóreo, y ninguna señal más inequívoca que ésta para conocer el fin del artífice en sus obras, todo el mundo corpóreo redundaba en bien y utilidad del hombre. «Los cuerpos mixtos (ó *compuestos químicos*) se conservan en su ser por las convenientes cualidades de los elementos: las plantas se nutren de las sustancias químicas, los animales de las plantas, y aún entre los mismos animales los más fuertes y perfectos se sustentan de los más débiles é imperfectos. Solo el hombre se sirve de todas estas criaturas para su utilidad; unas son su alimento, otras su vestido y por eso la naturaleza formó al hombre desnudo, como que él puede proporcionarse el vestido; y sólo le preparó como primer alimento la leche, como que puede buscarse por otros medios el conveniente sustento; otras criaturas le sirven de vehículo, porque en la velocidad del movimiento y en la fortaleza para el trabajo, es el hombre inferior á muchos animales, los cuales utiliza para su comodidad y provecho. Y sobre todo esto, se sirve de todas estas criaturas sensibles para la perfección de sus conocimientos intelectuales. Por eso, hablando con Dios y refiriéndose al hombre dice el Salmista (1): *Omnia subjecisti sub pedibus ejus* (2).

§ VII.—*El hombre, compendio del mundo visible.*

Otro de los títulos de la dignidad y excelencia del hombre es que con toda propiedad puede llamarse μικρόκοσμος ó mundo pequeño (3), misterioso anillo que eslabona la ca-

(1) Psalm. VIII, 8.

(2) S. Thom., *Contr. Gent.*, lib. III, cap. XXII.—Cfr. par. I, quaest. XCVI, art. 1.º—Puede verse esta materia tratada con mayor amplitud y abundancia de argumentos en la *Cosmol.*, núm. 92, pág. 325 y siguientes.

(3) S. Greg. Nacianz., orat. 38; S. Aug., *ad Oros contr. Priscill et Orig.*, núm. 11; S. Joann. Damasc., *Orthod. fid.*, lib. II, cap. XII; S. Method., apud S. Epiph., *Haeres*, 64, 18; Constit. Apóstol (VIII núm. 34).

dena de seres corpóreos con la de los espíritus, horizonte en que se tocan el cielo y la tierra.

Cuatro cosas, afirma el doctor de Aquino, podemos considerar en el hombre; la *razón*, que le asemeja á los ángeles; las fuerzas sensitivas, propias también de los animales; las fuerzas naturales, que se dan lo mismo en las plantas, y finalmente, el cuerpo, por el cual conviene con los seres inanimados (1). Más aún: el hombre es complemento del mundo corpóreo. Porque si él no existiese, ¿quién daría á Dios la gloria extrínseca que del conocimiento y alabanza de las maravillas de la creación resulta? ¿Quién entonaría el himno de admiración y agradecimiento á la sabiduría, bondad y omnipotencia del Creador? Hermosamente lo declara Lactancio por estas palabras: «Síguese que demuestre el fin para el cual Dios ha criado al hombre. Así como el Señor fabricó el mundo para el hombre, así al hombre lo formó para Dios, como sacerdote de este divino templo y admirador de las grandiosas obras del Hacedor. Sólo el hombre dotado de razón puede conocer á Dios, admirar sus obras y contemplar el poder omnipotente que en ellas resplandece. Por eso le dotó Dios de inteligencia, de consejo y de prudencia. Por eso sólo él, entre todos los animales, goza de cuerpo recto y posición vertical, para que se eche de ver que está formado para la contemplación de su Padre y Criador. Por eso sólo él goza del don de la palabra, intérprete de las ideas, para que pueda ensalzar la majestad de su Señor. Por eso, finalmente, le están sujetas todas las cosas, para que él mismo se sujete también á su Artífice y Hacedor. Si, pues, Dios quiso que el hombre fuera su siervo y por eso le honró tanto que dispuso tuviera el dominio y señorío de todas las criaturas, muy justo y puesto en razón será que amemos á Dios, causa de tantos bienes, y al hombre unido con nosotros en sociedad de derecho divino. Porque

(1) S. Thom., part. I, quaest. XCVI, art. 2.º

es un crimen que el siervo de Dios sea deshonrado por un su semejante. *Unde intelligitur religionis ac justitiae causa esse hominem figuratum*» (1).

En esto también se funda el hermoso pensamiento de Plutarco y de Filón (2), «que el mundo es un sagrado y magnífico templo de Dios y el hombre sacerdote encargado de rendirle las gracias debidas por tantos beneficios, concedidos á las criaturas, y de hacerle propicio á ellas para que las colme de bienes y las preserve de males».

Débase también á esta dignidad y excelencia, como afirman los santos Padres y lo repiten los modernos autores, que fuese criado en último lugar después de la formación de todas las otras criaturas. «Nadie debe admirarse—escribe San Gregorio Nacianzeno—que el hombre fuera criado el último. Porque convenia que primero se le edificara su real palacio y en él entrara, cual Monarca, rodeado del esplendor y magnificencia de toda su Corte» (3). Lo mismo expresó en otras palabras Zacarías de Mitylene: «Convenía que como á convidado regio, le preparara el Rey de todas las criaturas, que es el que invitaba, regio templo y espléndido banquete» (4). Ideas elegante y elocuentemente amplificadas por San Gregorio Nizeno (5).

Todas estas alabanzas se tributan al hombre por razón de la excelencia y dignidad de su alma, pues si mirásemos únicamente al cuerpo, veríamos que, en sus dotes, aun algunos animales llegan á sobrepujarle. «Lo que únicamente —dice San Agustín— te separa de los brutos, es la inteligencia. No quieras por otra cosa envanecerte. ¿Presumes de tus fuerzas? Te vencen las bestias. ¿Te jactas por la ligereza? Te superan las moscas. ¿Te envanece por la hermosura?

(1) Lactant, *De ira Dei*, cap. XIV.

(2) Plutarch., *De tranquill. anim.* Philo., lib. I, *De Monarchia*.

(3) S. Greg. Nacianz., in orat. 43.

(4) I. *De mundi opificio*.

(5) *De hominis opificio*.

¡Y cuánta no tienen las plumas del pavo real! ¿Por qué, pues, sobrepujas á todos los animales? Porque eres imagen de Dios. ¿Y dónde existe esa imagen? En el alma, en la inteligencia» (1).

§ VIII. — *Dotes privilegiadas del cuerpo humano.*

No puede, sin embargo, negarse que aun si paramos la atención en el cuerpo, con ser la parte más débil y miserable, encontraremos rastros de la grandeza que del alma se le derivan y unos como reflejos de imagen divina, que le adornan y hermocean. «Porque—como atinadamente observa San Ambrosio (2)—aunque la sustancia de todos los cuerpos terrestres parezca ser una misma y que algunos animales nos aventajan en fuerza y estatura, sin embargo, la forma del hombre es mas agraciada, su posición recta y airosa, sin exceso de altura desmesurada ni defecto de nimia pequeñez; el mismo continente, en fin, y disposición del cuerpo, es suave y agradable, sin que su corpulencia, como la de algunas fieras, nos cause horror, ni su excesiva delgadez y sutileza acuse debilidad.»

Y descendiendo en particular á algunas dotes privilegiadas, fíjanse los santos Padres, y aun los mismos escritores gentiles en la posición recta y vertical del cuerpo humano (3). «Habiendo Dios determinado hacer al hombre, sólo entre todos los otros animales, celeste, y á todos los demás terrenos, le formó recto para que pudiera contemplar el cielo, le hizo bípedo para que alzara los ojos á la patria de donde traía su origen; á los demás animales, en cambio, los hizo inclinados á la tierra para que, pues no habían de aspirar de ningún modo á la inmortalidad, inclinados sus cuerpos á la tierra, *ventri pabuloque servirent.*

(1) S. Aug., *In Joann.*, tract. III, núm. 4.

(2) S. Ambros., *Hexaem.*, lib. VI, cap. IX, núm. 54.

(3) *Psycholog.*, vol. I, núm 85, pág. 397.

Así que sólo la disposición recta, la postura sublime y el *rostro Deo patri communis et proximus*, atestiguan su origen y su Hacedor. La inteligencia, casi divina, del hombre, como que tiene el dominio, no ya sólo de todos los animales, sino aun del propio cuerpo, atalaya y contempla, como de elevado alcázar, todas las cosas, colocada en lo más alto de la cabeza. Por eso no la formó Dios oblonga y estirada, como en los animales mudos, sino redondeada y esférica, porque las líneas curvas contribuyen á la perfección de la figura. La cabeza es como el cielo, que cubre el fuego divino del alma; su parte superior cubrióla Dios con el pelo, como con natural ropaje, y la parte anterior, que llaman cara, la dispuso y adornó, á la par, para el servicio necesario de los demás miembros» (1). Que la posición vertical es propia y exclusiva del hombre, se prueba en Fisiología (2) y no es éste lugar de repetir los argumentos que allí se aducen.

Otra de las dotes privilegiadas, es sin duda alguna, la especial hermosura y singular expresión del rostro, donde, como en limpio espejo, se retrata muchas veces la elevación y dignidad del alma y la nobleza y excelencia de sus afectos.

Son también admirables por su estructura las manos, instrumento aptísimo para las más variadas operaciones. Todas las maravillas del arte humano se deben, como á causa instrumental, á la exquisita habilidad con que plugo á Dios dotar á nuestros dedos.

Peo, indudablemente, el privilegio que más nos realiza es el don de la palabra, distintivo nobilísimo que nos separa de los mudos animales, instrumento admirable para la

(1) Lactant., *Libr. de opific. Dei*, cap. VIII.—Cfr. S. Ambr., *Hexaem.*, lib. VI, cap. IX, núm. 55; Nyssen., *De homin. opific.*, cap. VIII; S. August., lib. *Octoginta trium quaestionum*, quaest. LI; S. Thom., part. I, quaest. XCIII, art. 6.º ad 3.º, et quaest. XCJ; art. 3.º ad 3.º.

(2) Consúltese también la *Psychol.*, donde se trata esta materia, vol. I, loc. cit.

expresión de las ideas y lazo fortísimo de unión y fraternidad entre los miembros de la sociedad humana.

ARTÍCULO II

EL HOMBRE Y LOS REINOS DE LA NATURALEZA

§ I.—*Estado de la cuestión.*

El punto capital que ahora se discute no es otro que el de asignar al hombre el puesto que por derecho le corresponde en la clasificación científica de los diversos reinos de la naturaleza. Sabido es que los antiguos filósofos dividían los seres en predicamentos, cada uno de los cuales subdividían en géneros y especies, hasta llegar, por fin, al infimo lugar de la escala ontológica, en la que se comprendían los individuos (1).

Así, por ejemplo, el predicamento *sustancia* lo dividían en *sustancia corpórea* y *espiritual*; la *corpórea*, en *animada* é *inanimada* ó *inorgánica*, y la *animada*, á su vez, en *vegetal* y *animal*, y la *sustancia animal*, de nuevo, en *racional* é *irracional*.

Los modernos fisiólogos, tratando de establecer algún orden y proceso de jerarquía en la varia y complicada multitud de seres vegetales y animales, han adoptado é introducido nuevos nombres para poder hacer debidamente tan difícil clasificación. Y así en cada reino ó clase suprema de vegetales y animales distinguen primeramente *tipos* (*embranchements*), los cuales los dividen en *clases* y *subclases*, y éstas, á su vez, en *órdenes* y *subórdenes*, y éstos, de nuevo, en *tribus* ó *familias* y *subfamilias*; éstas, en *géne-*

(1) Véase la *Dialéctica*, núm. 45, pág. 166 y siguientes; núm. 49, pág. 175, y siguientes.

ros, y éstos, finalmente, en *especies*, en las cuales reconocen y admiten diversidad de *estirpes* y de individuos. La misma Fisiología nos suministra los diversos criterios, la diversa razón formal clasificativa, según la cual los individuos pertenecen á esta ó aquella especie, género, familia, orden, clase ó tipo en cada uno de los reinos.

Todos admiten, y ha pasado ya á ser clásica y tradicional en esta materia, la célebre y desde antiguo conocida división de los seres en animados ú orgánicos, é inanimados ó inorgánicos, división que sólo se atreverán á rechazar los que absurdamente niegan la diferencia *sustancial* que entre los seres animados y los inanimados existe.

Suelen establecerse dos *reinos* con los seres animados, á saber: el reino vegetal y el reino animal, á los cuales añaden algunos fisiólogos un tercer *reino*, el humano, mientras que otros sostienen que el hombre no debe formar clasificación separada, por estar comprendido en el reino animal.

El criterio para la diversa clasificación de los seres debe naturalmente tomarse de la diversidad de los fenómenos que presentan y de las operaciones que les son propias. Por eso, en primer lugar, debe hacerse la gran división en animados é inanimados, como que en los primeros, además de los fenómenos mecánicos físicos y químicos, propios de todos los cuerpos, se observan actos y operaciones vitales de otro orden enteramente distinto y más elevado (1). Por análoga razón, nadie duda que, refiriéndose á los seres orgánicos, deban admitirse los dos reinos, vegetal y animal, porque en los animales, además de la nutrición y generación, comunes á los vegetales, se dan las operaciones de la sensación, existen movimientos locales espontáneos, fenómenos todos que arguyen otro orden de vida superior y más perfecto.

(1) Vide, *Psychol.*, vol. I, núm. 17, pág. 60 y siguientes; núm. 158, pág. 700 y siguientes.

Aunque desde el año 1760, y según el egregio fisiólogo *Pallas*, todos estos reinos de que hemos hablado constituyen dos imperios, el *inorgánico*, ó de los cuerpos inanimados, y el *orgánico*, ó de los cuerpos animados, muchos, siguiendo á *Candolle*, subdividen el imperio inorgánico en dos reinos, el sideral y el terrestre, y el imperio orgánico, comunmente, á su vez, en otros dos, el vegetal y el animal, á los cuales agregan otros muchos el humano. Aducimos estos datos históricos, que pueden verse larga y minuciosamente expuestos en *Geoffroy Saint-Hilaire* (1), para que mejor se entienda el estado de la cuestión.

Trátase, pues, de saber si real y verdaderamente el hombre constituye un reino aparte, distinto del reino animal, ni más ni menos que éste lo es con respecto al vegetal. Discútese, en una palabra, si los fenómenos y operaciones que en el hombre se observan son de un orden distinto y superior á los fenómenos y operaciones que en los demás animales se notan. Porque sabido es, que aunque, por razón de la variedad de órganos, instintos, etc., pueda reconocerse diversidad de operaciones entre los individuos de un mismo reino, sin embargo, estas operaciones y fenómenos convienen siempre en que pertenecen á un mismo orden de vida. Mientras la diversidad pueda explicarse dentro del mismo orden, sea vegetal, sea animal, etc., no hay razón para reconocer un nuevo reino. ¿Está el hombre en este caso, ó, por el contrario, es tanta la elevación y excelencia de sus operaciones que le constituyan en otro reino distinto y superior?

(1) *Histoire naturelle générale des regnes organiques*, tom. II, cap. 1.º y 2.º—Cfr. *Quatrefages*, *L'espèce humaine*, lib. I, cap. 1.º

§ II.—*Las diversas opiniones.*

Muchos han sido los que, siguiendo la de Linneo, han colocado al hombre como á uno de tantos individuos pertenecientes al reino animal, aunque sin convenir acerca del puesto y grado que dentro de ese mismo reino le corresponde. Porque, según Zenker, el hombre constituye uno de los tres tipos (*embranchements*) del reino animal, distinto del de los zoófitos y animales superiores, y el mismo autor, en otra parte, y sobre todo, Caro, sostiene que forma una clase semejante á la de los *mamíferos*, *aves* y *reptiles* (1). Blumembach, uno de los primeros padres de la moderna Antropología, y después de él Couvier, afirman que constituye un orden el de los *inermes* ó *bimanos*, separado y distinto del de los *cuadrumanos* (2); otros, siguiendo al americano Goldman y al Príncipe Carlos Bonaparte, creen que el hombre forma una de las tres familias en que se divide el orden de los *primates*, á saber: *homínidos* ó *antrópidos*, *simidos* y *lemúridos*, opinión ya muy seguida entre los modernos (3); finalmente, según Linneo, el hombre racional es un género de los primates, aunque en otra parte el mismo autor sostiene que es una de las dos especies comprendidas en el género *hombre*, es decir, *homo sapiens* y *homo lar* ó *troglodytes* (4), que parece ser el simio *gibbon* (5). Todo lo cual puede verse, con las distin-

(1) Owen, en cambio, pretende que el hombre forma una *subclase*.

(2) Dugès y otros pretenden que constituye un suborden el de los *homínidos*, comprendido, á su vez, en el orden de los primates.

(3) La misma opinión parecen sostener en España el Sr. Antón y sus secuaces Aranzadí y Hoyos. *Lecciones de Antropología ajustadas al Programa del catedrático D. Manuel Antón*, por los Dres. Aranzadí y Hoyos, pág. 29 y siguientes.

(4) Unos creen que este simio es el orangután; pero no falta quien, por la descripción de Linneo, opina que se trata del *nigrita albino*; así Godrón. (*De l'espèce*, etc., tomo II, pág. 115.)

(5) Sin embargo, no dudó Linneo en confesar la dignidad del hombre en

tas interpretaciones á que esta variedad de doctrinas da lugar, en Geoffroy de Saint-Hilaire (1).

Contra el parecer de todos estos autores, milita la doctrina, no ya sólo de todos los teólogos y filósofos en general, sino también de muchos y esclarecidos fisiólogos, entre los que merecen citarse Carlos Bonnet, Adanson, Daubenton, Vicq. d'Azyr, Lacépède, Esteban Geoffroy Saint-Hilaire, Tiedemann, Barbançois, Fabre d'Olivet, Nees de Esenbeck, Serres, Maupied Hollard (2), Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire, Godrón (3), Constantino James (4), Adrián Arcelín (5), Armando de Quatrefages (6) y otros. Todos los cuales defienden que el hombre constituye un grado de vivientes enteramente diverso del de los animales, vegetales é inorgánicos, variando sólo el parecer de dichos autores acerca del nombre que á tal grado y reino deba darse: *reino moral*, *reino hominal*, *reino humano* ó *reino social* (7).

su obra *Syst. naturae*, donde le define, diciendo: "El hombre sabio es la obra más perfecta de las creadas, *ultimum summum*..." "La Omnipotencia divina—dice en otro lugar—ennoblece las tierras en vegetales; los vegetales en animales, á éstos, finalmente, en el hombre, que refleja los rayos de la sabiduría hacia la Majestad radiante, con duplicada luz.—Apud Geoffroy Saint-Hilaire, op. et loc. cit., lib. IV, cap. VII, pág. 178, nota.

(1) Op. et loc. cit., cap. VII.—Cfr., Rev. Hamard, apud *Revue des Questions Scientifiques*, tomo IV, año 1878, pág. 165 y siguientes.

(2) Apud Geoffroy St. Hilaire, op. et loc. cit., lib. I, cap. II, parag. 4.

(3) *De l'espèce et des races dans les êtres organisés*, tomo II, lib. III, cap. I, pág. 138.—Paris, 1872.

(4) *Du Darwinisme ou l'homme singe*.

(5) Apud *Revue des Questions Scientifiques*, Octubre, 1879, tomo VI, páginas 422 y siguientes.

(6) *L'espèce humaine*, lib. I, cap. I.

(7) "Faisant de l'homme seul une des grandes divisions de la nature; un de ses quatre degrés, comme dit dès 1820, le poète Jean de Meung; un des cinq ordres ou classes, selon Neander; une de ses quatre classes générales, selon Bonnet; un de ses règnes, selon les modernes; le règne moral, comme l'appellait Barbançois, des 1816; le règne hominal, disait en 1822 Fabre de Olivet; le règne humain de M. Nees d'Esenbeck, de M. Serres et de plusieurs autres physiologistes et philosophes allemands et français; enfin et tout récemment le règne social de M. l'Abbé Maupied."—Geoffroy St. Hilaire,

La causa de esta diversidad y aun oposición de doctrinas, está á no dudar, en que los sostenedores de la primera opinión, que supone al hombre incluido como uno de tantos individuos, en el reino animal, ó atienden únicamente en la clasificación á los caracteres orgánicos del cuerpo humano, haciendo caso omiso de los fenómenos y operaciones del alma, ó desconocen y niegan su inmortalidad y la espiritualidad del entendimiento, ó finalmente, conceden á los mismos animales la facultad de la inteligencia específicamente idéntica á la del hombre (aunque menos cultivada y desarrollada). Y claro está que, partiendo como de principios inconcusos de cualquiera de estos absurdos, fluye como inevitable consecuencia, el negar al hombre un puesto distinto y superior y un reino aparte, en la clasificación científica de los seres orgánicos.

§ III.—*Falso criterio en la presente controversia.*

Hemos indicado, como una de las causas de error en la cuestión que nos ocupa, el exclusivismo absurdo de los que, para asignar al hombre el puesto que por derecho le corresponde, atienden *única* ó por lo menos *preferentemente*, á la constitución anatómica del cuerpo humano. Es lo que vamos á refutar, como falso criterio, en la actual controversia.

Dejamos ya demostrado al principio de nuestro trabajo que ni el alma *sola*, ni mucho menos el cuerpo *solo*, forman el hombre. El hombre, decíamos allí, resulta de la unión íntima de entrambos elementos, es el compuesto sustancial de alma espiritual y cuerpo orgánico. Luego para conocer su dignidad y excelencia y la naturaleza y perfección de sus operaciones, tendremos que estudiarlo

loc. cit., tomo II, lib. I, cap. VII, donde pueden verse citadas las obras y las partes de las mismas, en que los referidos autores sostienen esta doctrina.

como *tal* compuesto, tendremos que analizar cuidadosamente sus fenómenos y acciones vitales, ó al menos las operaciones específicas de su parte más noble y elevada; en una palabra, ó atenderemos á *todo* el hombre ó á su parte más digna, que le constituye en la alteza y categoría de compuesto humano. Es así que la parte más noble, el elemento superior y específico, es el alma racional. Luego en todo caso, el alma y no el cuerpo debe guiarnos en la clasificación científica que intentamos. Es, por consiguiente, falso el criterio de los que *única* ó *preferentemente* atienden á la constitución anatómica del cuerpo, para determinar el puesto que por derecho corresponde al hombre, en los diversos reinos de la naturaleza.

Que el alma sea la parte más noble de nuestro ser, su elemento superior y específico, no puede negarse y lo confirman á una la razón y la experiencia. Ella es la forma nobilísima que, informando, por su unión y enlace íntimo y sustancial, la materia organizada, la eleva y dignifica dándole ser y vida de compuesto humano y racional. Es verdad, confirmada también por la autoridad del Pontífice Pío IX, al enseñar que el alma es en el hombre el único principio vital, ya sea en el orden vegetativo, ya en el sensitivo, ya finalmente, en el intelectivo y racional.

Y realmente, supongamos dos cuerpos idénticos en su constitución orgánica, pero informados de distinta forma vital y por consiguiente, de diverso principio de operaciones sustanciales, ¿quién dudará que por lo mismo se establece también entre ellos esa misma profunda y esencial diferencia? Por eso, no sin razón los antiguos filósofos, siguiendo al Estagirita y á Santo Tomás, afirmaban que, un hombre ó animal vivo y un cuerpo muerto, sólo *equivoca* ó *análogamente*, nunca de un modo *unívoco*, podían convenir entre sí. Y esto aun cuando se trate de un cuerpo perfectamente organizado, no de un cadáver descompuesto y en plena putrefacción. Si Dios, por un milagro de su om-

nipotencia, impidiendo la descomposición de las partes, conservara íntegro el organismo de un cadáver, sólo por carecer de alma, se distinguiría sustancialmente del cuerpo, informado por el principio vital. Y la razón no puede ser más clara. Porque el hombre vivo es verdadero hombre, está dotado de la intrínseca facultad de ejercer las operaciones vitales, propias de la intelección, sensación y vegetación, mientras que el hombre muerto, el cadáver, por incorrupto y bien conservado que se le suponga, es naturalmente incapaz para todas y cada una de las funciones de la vida humana. Es pues evidente que la parte más digna y noble del compuesto humano, su elemento superior y específico, el que á la misma materia organizada del cuerpo la constituye en la alteza y categoría humana y racional, es el alma y por consiguiente, que á ella más bien que á la anatómica constitución de la materia, debemos atender si queremos aquilatar la dignidad y elevación de la esencia del hombre y determinar el puesto que de justicia entre los demás seres mundanos le corresponde.

Ni se objete que siendo el cuerpo instrumento del alma para las operaciones vitales y debiendo naturalmente existir conveniente proporción entre la estructura y conformación del instrumento y la de la causa principal que de él se sirve, nos bastará estudiar detenidamente el organismo corpóreo, para deducir de él la mayor ó menor perfección del alma y de aquí la de todo el compuesto humano. Porque el cuerpo es instrumento del alma; pero sólo en cuanto á las operaciones de la vida orgánica, vegetativa y sensitiva, no en orden á las operaciones inmateriales de la vida espiritual, el conocimiento y la volición. No hay, como se demuestra en otro lugar, más que dependencia *extrínseca* entre las facultades del alma y la materia orgánica, respecto á los actos de la vida intelectual.

Por consiguiente, de que el cuerpo sea instrumento del alma en la vida orgánica del compuesto humano, de que

nuestra constitución anatómica se parezca á la de muchos animales, únicamente se sigue en buena lógica que el hombre es propia y verdaderamente *animal*; mas de ningún modo puede con estos *solos* datos aquilatarse en su justo valor la dignidad de la esencia humana. Luego no basta atender *única* ni aun *preferentemente* á la constitución anatómica del cuerpo humano, sino que es necesario averiguar, ante todo, si además de esas funciones puramente orgánicas, se dan ó no en el hombre otras de orden superior y más elevado, que obliguen, por lo tanto, á colocarlo en un reino también distinto y superior.

§ IV.— *El hombre constituye reino especial en la naturaleza.*

PRIMERA PARTE

Dos partes comprende el presente párrafo, que serán otros tantos capítulos de pruebas para evidenciar la verdad de la proposición que le sirve de epígrafe. Decimos pues que el hombre aun según la misma conformación del cuerpo, difiere esencialmente de todos los brutos animales y ésta será la primera parte; pero que atendiendo, sobre todo, al alma y á las operaciones de su propia naturaleza es tanto lo que se eleva sobre todos los otros seres del mundo visible, que constituye, con estricto rigor, un reino específicamente distinto de todos los otros, y ésta será la segunda parte.

Aunque no puede negarse que tanto en el número como en el lugar que ocupan y estructura que tienen los órganos del cuerpo, existe gran semejanza entre el hombre y muchos animales, sin embargo, son tantas y tales las diferencias que en esa misma conformación orgánica intervienen, que obligan de consuno al filósofo y al fisiólogo, á reconocer un abismo entre el reino humano y el reino de los brutos animales.

A tres clases podemos reducir esas diferencias: en sumo grado, en grado medio y en grado infimo.

1.^a En sumo grado, son: *a*) estación vertical; *b*) estructura de ambas manos; *c*) forma de los dientes; *d*) tersura y desnudez de la piel.

2.^a En grado medio: *a*) estructura del cerebro; *b*) conformación del cráneo.

3.^a En grado infimo: entre otras, forma de la nariz, número y forma de las vértebras, etc., etc. Estudiemos brevemente cada una de estas diferencias.

Estación vertical.—Que ésta sea propia y exclusiva de los hombres, de tal manera que á *todos* y á *sólo* ellos compete, verdad es admitida por el unánime consentimiento de los más esclarecidos fisiólogos (1). Ni debe tenerse en cuenta el parecer de Linneo y Buffón (2), que, antes de estudiar detenidamente la materia, pudieron sostener lo contrario.

En efecto (3); el hombre ha nacido para la estación vertical; erguida la cabeza sobre los hombros, pisando el suelo con ambos pies, es la manera fácil, airosa y natural de su andar, ni puede hacerlo de otra manera sin gran molestia y aun detrimento de su salud (4). En cambio, los monos y

(1) "De tous les êtres de la création, l'homme seul est organisé pour la station verticale, seul il marche naturellement debout; c'est là un caractère essentiel qui le sépare nettement de tous les animaux. La station verticale chez l'homme résulte de la conformation spéciale du squelette, de l'équilibre établi non seulement dans l'action des muscles, mais aussi dans le poids des différents organes splanchniques. Tout en lui concourt, en effet, à établir cet équilibre, comme nous allons le démontrer." Godrón, *De l'espèce et des races dans les êtres organisés*, tomo II; pág. 119.—Cfr. Geoffroy Saint Hilaire, loc. cit., chap. VII, sect. 7; Flourens, apud Moigno, *Splendeurs*, tomo II, pág. 420; Hamard, loc. cit., 127; Chaillu, *Voyag. et aventures dans l'Afrique équatoriale*, pág. 424.

(2) Apud Rev. D. Hamard, *Questions Scientifiques*, año 1878, tomo IV, pág. 171.

(3) Vid. *Psycholog.*, vol. I, núm. 85, pág. 396 y siguientes.

(4) No merece, en verdad, refutarse la pueril invención con que pretende Quinet explicarnos la estación recta del hombre. "L'homme a dû naître sur quelque plateau, d'où il apercevait au dessus de lui une contrée montagneuse qui le contraignait à lever la tête jusqu'à ce qu'il rencontrât le ciel... En escaladant un roc escarpé, il se trouva naturellement debout, et c'est ainsi qu'il a été dégagé des habitudes quadrumanes."—Apud Duilhé de St. Projet, op. cit., pág. 374 en la nota.

lo mismo se diga de los demás animales, caminan ordinaria y naturalmente á cuatro pies, inclinada la cabeza al suelo y si pueden adoptar la estación recta, se observa que nunca lo es tanto que pueda llamarse completamente vertical, sino inclinada hacia la parte anterior, no pudiendo así sostenerse mucho tiempo; por eso se fijan con frecuencia en el suelo con ambas manos, ó agarran ávidos cualquier bastón ó apoyo que se les ofrezca (1).

Esta superioridad del hombre sobre los demás animales fué ya advertida por Cicerón (2), Ovidio (3), Silvio Itálico (4), Lactancio (5), San Ambrosio (6) y San Agustín (7), que señala y explica admirablemente cuatro causas de la estación recta y vertical de que tratamos. Para que fácil y cómodamente pudiera el hombre conservar esa posición, dotóle Dios, en su infinita sabiduría, como enseñan los fisiólogos, de especial y conveniente disposición de miembros. De aquí, entre otras cosas, que su cabeza, más pesada que

(1) Puede consultarse sobre esta materia la hermosa obra del P. Mendive *La Religión católica vindicada*, cap. 27, pág. 527 y siguientes. Madrid, 1887. "Ce qui distingue absolument l'homme du singe, c'est la station verticale qui est chez lui une propriété essentielle à sa nature, au lieu que le singe ne l'occupe qu'accidentellement ou lorsqu'il y a été contraint par l'éducation. Les bras et les mains de l'homme pendent librement de chaque côté du corps, en sorte qu'ils ne sont en aucune façon gênés dans leurs mouvements et peuvent remplir facilement les fonctions multiples pour lesquelles ils sont destinés, fonctions dont ils ne s'acquitteraient pas avec la même adresse, s'ils devaient servir de points d'appui au corps. Chez les singes, au contraire, même chez ceux qui ressemblent le plus à l'homme, la main antérieure est aussi bien que celle de derrière un appareil propre à saisir et à grimper, et s'il veut marcher sur un sol uni, le singe est obligé de s'appuyer, après quelques pas, sur les mains antérieures, ce qui, selon la longueur de ses bras, lui donne une position plus ou moins oblique."—Reusch, op. et loc. cit., pág. 456. Vide etiam Godrón, loc. cit., pag. 119; Quatrefages, *Rapport sur les progrès de l'anthropologie*, pág. 244; Chaillu, *Voyages et aventures dans l'Afrique équatorial*, pág. 424. Paris, 1863.

(2) *De natura Deorum*, lib. II.

(3) *Os homini sublime dedit coelumque tueri jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.*—Ovid., *Metamorphos.*

(4) Lib. XV, v. 84.

(5) *Divinar. instit.*, lib. VII, cap. V.

(6) *In Exdem.*, lib. VI, caps. VIII y IX.

(7) *De Genesi ad litteram*, lib. VI, cap. XII.

la de otros animales, se apoya casi por la mitad, en el vértice de la columna vertebral, sin que, para sostener el equilibrio, necesite de ligamentos cervicales ni de fuertes músculos, como sucede en los brutos; de aquí también que tenga mayor amplitud el espacio abdominal, formado por el coxis, el vientre y el sacro, pudiendo de este modo presentar los pies mayor base de sustentación para el equilibrio estable (1).

Estructura de las manos.—Entiéndese por este nombre,

(1) «La colonne vertébrale—dice Godrón—porte à son sommet la tête, si lourde chez l'homme en raison du grand développement du cerveau; elle s'y insère à peu près par le milieu de sa face inférieure, et se trouve ainsi en équilibre, n'ayant besoin, pour se soutenir dans cette position, ni du ligament cervical dont on trouve à peine des traces dans notre espèce, ni de muscles puissants. L'homme seul nous offre cette disposition; c'était la condition nécessaire à l'existence d'un cerveau très-volumineux, et cela est si vrai, que sous ce double rapport, les singes même les plus élevés dans l'échelle zoologique en diffèrent complètement. Chez l'ourang-outang adulte la tête s'insère à la colonne vertébrale presque en arrière et obliquement; l'équilibre n'existe dans les plus grands quadrumanes dont la tête est moins lourde que chez l'homme. Les fémurs, dans notre espèce, soutiennent le tronc; fixés au bassin obliquement en avant et en dehors, ils tendent à rétablir par cette position l'équilibre que les organes, renfermés dans les cavités splanchniques, tendraient à rompre. La tête de cet os est solidement placée dans une cavité cotyloïde profonde, dont le bord supérieur forme une saillie solide, qui a pour but évident de l'empêcher de s'échapper dans cette direction et d'éviter un déplacement que le poids considérable du corps, placé dans l'attitude verticale, tendrait à produire. L'angle, que ces os présentent à leur partie supérieure, fait des ces leviers de véritables arcs boutans, qui ont aussi pour effet d'écartier l'un de l'autre les membres inférieurs, et d'augmenter ainsi l'étendue de la base de sustentation. Les masses musculaires considérables, et plus puissantes que chez aucune autre espèce animale, placées en arrière des articulations coxo-fémorales, ont pour office d'empêcher le tronc de se fléchir en avant, et leur grand développement n'aurait pas sa raison d'être, si ces muscles n'étaient pas destinés à maintenir l'homme dans la station verticale. Nous en trouvons de nouvelles preuves dans la disposition des muscles de la cuisse, qui chez l'homme seul est arrondie, et enfin dans le volume considérable des muscles qui retiennent la jambe et le pied dans l'état d'extension. Aussi la saillie du mollet est-elle un caractère exclusif à l'homme; l'action puissante des muscles jumeaux et soléaire, empêche le poids du corps de fléchir la jambe sur le pied et devient la condition indispensable pour que l'homme puisse se tenir debout.» (1.—(Godrón, *De l'espèce et des races*, etc., tomo II, pág. 120-122 y sigs. Véase también Jousset *Evolution et Transformisme*, pág. 177 y siguientes.; cl. P. Mendive, op. cit página 531 y siguientes.)

según la conocida y fundada descripción de Geoffroy Saint Hilaire, la extremidad del cuerpo humano, dotada de dedos largos, divididos entre sí, móviles y flexibles en sumo grado y aptos por lo mismo para la *prehensión* (1). ¿Quién hay que no conozca y admire á la vez la inmensa ventaja que la estructura de la mano del hombre hace á la de todos los animales? (2). Con qué perfección están formadas, qué agilidad la de los dedos para los más variados y rápidos movimientos, qué delicadeza la del tacto, qué habilidad y pasmosa aptitud para servir de instrumento en el ejercicio de las más difíciles artes y complicados trabajos!

En cambio, los otros animales, ó son únicamente bipedos, careciendo de manos, ó cuadrúpedos, ó, finalmente, cuadrumanos, como los monos, más parecidos al hombre. Sólo éste es bípedo y bímano.

Forma de los dientes.—Cierto que el número de ellos es el mismo en el hombre que en los simios catarrinos, ó del viejo mundo, á saber: cuatro incisivos, dos caninos y diez molares en cada mandíbula; pero se diferencian muchísimo en la forma y disposición, pues en los monos, cosa que no sucede en el hombre, son verdaderas armas é instrumentos de defensa con que les dotara la naturaleza (3). En nosotros los dientes son continuos é iguales,

(1) «La main est une extrémité pourvue de doigts allongés, profondément divisés, très mobiles, très flexibles, et par suite susceptibles de saisir... La main de l'homme est, á tous les points de vue, le type le plus parfait de la main. Nulle part les doigts ne sont mieux divisés, plus déliés, plus flexibles. L'un d'eux devient bellement libre dans ses mouvements propres d'adduction et d'adduction qu'il peut tour á tour s'écarter des autres, á angle droit ou même plus encore, et se mettre en contact avec la face palmaire de chacune des phalanges et de chacun des métacarpiens. Si bien que la prehension peut s'exercer ici de trois manières: comme dans toute main; par l'opposition des doigts á la paume; mais de plus par celle du pouce á la paume; mais de plus par celle du pouce á la paume et du ponce aux autres doigts...» Geoffroy Saint Hilaire, op. cit., tomo II, lib. I, chap. VII, sect. III.

(2) *Psychol.*, vol. I, núm. 85, pág. 399.

(3) L'homme non seulement ne possède aucun de ces moyens particuliers d'action énergique, de défense d'attaque, qu'on observe parmi les ani-

mientras que en los simios, los caninos están separados y son bastante más largos que los demás. Esta es la razón de llamarse el hombre con toda propiedad *inermis*, porque, á diferencia de los brutos dotados por Dios de particulares armas corporales, no tiene más defensa que su razón, *robur ejus et vires in sapientia* (1). Muy bien observa con todo Geoffroy Saint-Hilaire, que esa continuidad é igualdad en los dientes no distingue al hombre de todos los animales, pues al menos el anoplotherio, según ya lo indicara Cuvier (2) los posee en forma semejante.

Tersura y desnudez de la piel.—Distinguese, por fin, el hombre de todos los otros animales, en la tersura y desnudez de la piel, pues tiene el pelo desigualmente repartido, mientras que los brutos ó son por completo peludos, ó están revestidos de plumas, ó son pelados como la rana, ó si sólo en algunos de sus miembros están cubiertos de pelos, los tienen distribuidos de forma muy diferente que el cuerpo humano. Y nótese, como consta por larga inducción de repetidas experiencias, que esta diversidad no puede racionalmente atribuirse ni á la diferencia de climas, ni á la variedad de estirpes, ni al uso de los vestidos (3).

maux; mais il n'a pas même ce qu'on rencontre chez tous les mammifères qui se rapprochent de lui: des canines aiguës. Il n'y a pas parmi les singes, une seule espèce chez laquelle les pointes des canines ne dépassent de beaucoup les bords des incisives et les plateaux des molaires; pas une où, par suite, les canines supérieures et inférieures ne s'entrecroisent, étant reçues, quand les mâchoires sont rapprochées, dans les intervalles ou barres de la rangée dentaire opposée. Par ces deux caractères, la saillie de la canine et la barre, les singes, aussi bien les anthropomorphes que les espèces des dernières tribus, ressemblent à un grand nombre de mammifères de divers groupes, particulièrement aux carnassiers. Et c'est pourquoi la morsure d'un grand singe tel que le mandrill, le chacma, l'orang-outang, n'est pas moins redoutable que celle du loup: celle du gorille, tout voisin qu'il est de l'homme, l'est autant, plus peut-être, que celle de la panthère...—Geoffroy Saint Hilaire, *ibid.*, sect. IX.

(1) Eustachi, *Tractat. de dentibus*, cap. XXVII, pág. 87; Leide 1707 apud Geoffroy Saint Hilaire, loc. cit.

(2) Apud Geoffroy Saint Hilaire, *ibid.*, pág. 211.

(3) Vid. Geoffroy Saint Hilaire, loc. cit., sect. 10; Hamard, loc. cit., página 177.

Puede también contarse entre las diferencias clasificadas en grado sumo, la especial conformación orgánica, apta para el lenguaje, conformación que no se encuentra en los animales superiores y más semejantes al hombre (1).

Pasemos á estudiar ahora las diferencias en grado medio, que dijimos son dos: *la estructura del cerebro y la conformación de la cabeza.*

El cerebro del hombre supera, como explica la Fisiología, al de todos los demás animales en el desarrollo de los lóbulos anteriores y del cuerpo calloso, en la multitud y profundidad de circunvoluciones y anfractuosidades, y en la extensión de la superficie cerebral (2). Y tanto, en realidad, excede en este particular aun á los monos más perfectos del género de los *antrópidos* (en el cual se cuentan el *orang-outan*, *chimpanzé*, *gibbon* y el *gorila*), cuanto estos mismos llevan de ventaja á los monos de la segunda familia, ó sea la de los *simidos*, y éstos á su vez, á los *lemúridos*, que es la tercera de los simios (3).

(1) Véase lo que á este propósito escribe el insigne Flourens: "Buffon a dit: *Les organes de la voix sont les mêmes dans l'homme que dans l'orang-outang.* On ne pouvait pas se tromper plus complètement. Tous les singes ont dans leur larynx, et quelques-uns, même dans le corps de leur hyoïde, des poches ou s'engouffre l'air et d'où l'air ne peut sortir qu'avec un murmure sourd qui s'oppose à toute articulation distincte, à tout langage.", Flourens apud Rev. D. Moigno, *Les splendeurs de la foi*, tomo II, pág. 421, París, 1877.

(2) Le grand développement de lobes cérébraux antérieurs et du corps calleux, la multitude des circunvolutions et des anfractuosités, la profondeur des celles-ci, et par suite, l'étendue considérable de la surface cérébrale, tels sont, selon les auteurs, les cinq caractères principaux par lesquels se distingue particulièrement l'encéphale humain. Ce sont là, en effet, autant de traits incontestables de la supériorité de l'homme sur les animaux: les espèces elles mêmes qui, par l'ensemble de leur organisation, s'en rapprochent le plus, lui sont inférieures à ces points de vue.—Geoffroy Saint Hilaire, *ibid.* sect. II, pág. 220.—Añade luego, cosa muy digna de atención, que no debe confundirse el desarrollo de los lóbulos anteriores con el volumen general del encéfalo, porque "la masse absolue de ce viscère chez plusieurs mammifères, sa masse relative chez quelques mammifères et dans une multitude d'oiseaux, est plus grande que chez l'homme. Voyez pour ces faits aujourd'hui généralement connus, les divers traités d'anatomie comparée.",—Idem, *ibid.*, pág. 220, en la nota.

(3) "Mais ce qui est certain, ce qui ressort non seulement des observa-

Conformación de la cabeza.—Diversísima es también la conformación de la cabeza, de donde procede que, propiamente hablando, sólo el hombre posee cara (*πρόσωπον*), mientras que los animales sólo tienen rostro (*ῥύγχος*).

Las diferencias principalmente consisten en el ángulo facial y en la anchura y extensión de la frente. El ángulo facial del hombre varía entre los 70 y 85 grados (1); en la raza blanca ó caucásica es, por término medio de 80, y de 70 en la negra ó etiópica. Por eso la primera ha sido llamada *orthognata*, ó de *mandíbula recta*, y la segunda, *prognata*, ó de *mandíbula prominente*. En cambio, los monos, aunque algunos alcanzan 65 grados, pero aun los más perfectos de entre los *antrópidos*, distan mucho de la abertura del ángulo facial humano (2).

tions de M. Tiedemann, mais de celles de M. Serres et de tous les maîtres de la science, de toutes celles aussi qui ont été faites dans ces derniers temps, et auxquelles j'ai eu, sur plusieurs points, l'avantage de pouvoir ajouter les miennes. c'est ce résultat, que personne ne saurait confondre avec l'assertion de Bory Saint-Vincent: autant l'homme, par le développement des lobes cérébraux antérieurs, du corps calleux, des circonvolutions, et par l'étendue de la surface cérébrale, l'emporte sur les singes même les plus élevés dans la hiérarchie zoologique, autant ceux-ci, et principalement l'orang-outang, sont supérieurs, sous ces mêmes points de vue, aux premiers singes de la seconde tribu, lesquels, à leur tour, le sont aux autres.—Geoffroy, *ibid.*, pág. 220-221, donde trata con amplitud esta materia.

(1) "L'angle facial, celui de Campez du moins est formé par la rencontre de deux lignes, qui se dirigent, l'une du point le plus saillant du front vers la face antérieure des incisives, l'autre du conduit de l'oreille vers le bord inférieur des narines. Sans y voir l'expression exacte du volume du cerveau, comme on l'a fait trop souvent, on peut néanmoins le considérer comme la mesure approximative du développement du crâne.—Hamard, locución citada, pág. 181.—Otros, sin embargo, miden este ángulo de otra manera, como lo hace notar el mismo Hamard: "Cet angle a été modifié par Cuvier et Etienne Geoffroy Saint Hilaire. Pour ces deux naturalistes, les signes faciaux, partant des mêmes points que précédemment, venaient se couper au bord tranchant des incisives; il en résultait un angle plus aigu (69° environ chez l'homme blanc). D'autres anthropologistes, considérant que les incisives peuvent manquer parfois, ont placé ce point de rencontre à la racine des dents de la mâchoire supérieure. Ce nouvel angle occupe à peu près le milieu entre les deux précédents; il donne 70° pour l'homme blanc. Nous avons cru devoir nous en tenir au premier, qui est toujours le plus connu.—Idem, *ibid.* en la nota (1).

(2) "La transition de l'homme au singe, sous le rapport du plus ou moins

La cara del hombre termina por la parte superior en la frente, y por la parte inferior en la barba, aunque justo es confesar que no faltan *simios*, como el chimpancé, que tienen barba y frente, si bien ésta, más estrecha que la nuestra; ni deja de haber razas, como la de los negros, de frente estrecha y aplastada. Y basta ya con respecto á las diferencias clasificadas en grado medio.

Recordemos finalmente, las de grado infimo, á saber: la forma de la nariz y la manera como están distribuidas las vértebras (1). Otras diferencias orgánicas pueden verse

d'ouverture de l'angle facial, est assez peu sensible. Chez quelques-uns de ces animaux, le saïmiri par exemple, cet angle atteint 65°.—Chez le gibbon, il est de 60° environ; mais il est beaucoup moindre chez le chimpanzé, le gorille et l'orang-outang, c'est-à-dire précisément chez ceux qui, à tout autre point de vue, présentent avec nous le plus d'analogie. Il est tout au plus de 40° chez les deux premiers et il tombe à 35° environ chez l'orang-outang.—Hameard, *ibid.*, Cfr. Geoffroy Saint-Hilaire, *loc. cit.*, sect. 12.—Ciertamente que en algún tiempo se les dió á estos monos más perfectos un ángulo facial de 60 grados, próximamente; pero el error estuvo en medirlo en los monos jóvenes, y sabido es que, lo mismo en estos animales que en el hombre, el referido ángulo es mayor en la juventud que en la edad adulta.—Vide Topinard, *Anthropologie*, pág. 46.—“Chez l'homme, l'angle facial varie de 70° à 85°; chez l'orang-outang adulte il ne dépasse pas 40°—G. Cuvier, *Leçons d'Anatomie comparée*, ed. 2.^a; Paris, 1817, en 8.^o, tomo II, pág. 163.—Certains auteurs lui accordent 60° degrés, mais il s'agit de l'orang-outang jeune et encore cette mesure de l'angle facial nous paraît exagérée. L'homme au moment de sa naissance a aussi l'angle facial plus ouvert que dans l'âge adulte et atteint ordinairement 90°. La comparaison pour être exacte ne doit être faite que dans l'état complet de développement.) Sur une tête de cet animal (orang), que possède la Faculté des Sciences de Nancy, j'ai trouvé cet angle mesuré du bord antérieur de la mâchoire supérieure de 37° Suivant Owen (dans les *Zoological Transactions*, tomo I), l'angle facial du chimpanzé adulte ne dépasse pas 30° à 35°, et le crâne chez cette espèce paraît être placé plutôt en arrière de la face qu'au dessus.—Godrón, *op. cit.*, pág. 127.—Cfr. Reusch, *op. cit.*, pág. 458; Pozzy, *op. et loc. cit.*, pág. 462.—Vide *Psycholog.*, vol. I, núm. 85, pág. 402, in nota 3.

(1) “Chez l'homme elles sont au nombre de 24, dont sept cervicales, cinq lombaires et 12 dorsales, correspondant á 12 paires de côtes. Or, chez aucun singe anthropomorphe elles ne sont en un nombre égal ou semblablement réparties. L'on en compte 25, paraît-il, chez la plupart des gibbons, et 23 seulement chez le gorille et l'orang-outang. Elles sont, il est vrai, au nombre de 24 chez le chimpanzé, mais 13 sont dorsales. Il y a donc chez cet animal, comme chez le gorille, du reste, une paire de côtes de plus que chez l'homme.—Hamard, *ibid.*, pág. 183.—Cfr. Geoffroy Saint Hilaire, *loc. cit.* sect. 14, pág. 239, nota 1.

latamente expuestas en Geoffroy de Saint Hilaire (1) y en otros autores.

Claro está que estos últimos caracteres no son tales que establezcan profunda diferencia entre el hombre y los brutos. No puede decirse otro tanto de los que hemos considerado en segundo lugar, algunos de los cuales parecen exigir que se coloque al hombre en género fisiológico diverso aun del de los simios más perfectos. Pero mucho más, si atendemos á la estación vertical, á la facultad de hablar, á la disposición de las manos, en una palabra á las diferencias consignadas en el primer grupo, veremos que aun prescindiendo de la parte espiritual y atendiendo sólo á su organismo, debería señalársele al menos *familia* distinta dentro del reino de los animales (2).

Ni queremos con lo dicho dar á esta diferencias, meramente orgánicas, más importancia de la que tienen en realidad; y si no mediasen otras, no pretenderíamos establecer un reino aparte, como ahora pretendemos. Verdad es que si prescindimos del alma espiritual, no aventaja el hombre á los simios más perfectos y á los demás mamíferos, lo que éstos superan á los zoófitos y otros animales de la infima escala; y por consiguiente, las diferencias explicadas, por sí solas no nos obligarían á exigir la especial clasificación que ahora exigimos. Pero ahí está precisamente el error capital de nuestros adversarios, que no consideran al hombre *tal cual es*, no le estudian en la integridad de su esencia, prescinden absurdamente de su elemento superior y específico, atienden *sólo* al cuerpo, hacen caso omiso del alma ó la confunden falsamente con el alma de los brutos animales.

Y no pretenda nadie encontrar rastro de contradicción entre lo que ahora decimos y lo que al formular la primera

(1) *Ibid.*, sects. 14, 15, 16

(2) Vide Geoffroy de St. Hilaire, *op. et loc. cit.*, sect. 7 y siguientes, y 11 y 17. Lo mismo confiesa Pablo Broca, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 2.^e et 3.^e fascicul., 1869 y otros.

parte de nuestra proposición sosteníamos, que el hombre aun atendiendo únicamente á la conformación anatómica de su cuerpo difiere esencialmente de los brutos. No hay tal contradicción ni puede haberla. Porque ese organismo humano con todas sus analogías y semejanzas respecto al de los animales, es *esencialmente* organismo humano, informado por un alma racional y el organismo de los brutos, con todas sus analogías y semejanzas respecto al nuestro, es *esencialmente* organismo mera y puramente animal. Luego no puede negarse, que es precisamente lo que pretendíamos probar en este párrafo, que aun si miramos á la conformación material y corpórea, difiere el hombre esencialmente de todos los otros seres comprendidos en el reino animal.

SEGUNDA PARTE

Entiéndese por reino en Fisiología un género supremo de seres que convienen entre sí en algún orden característico de operaciones, pudiendo no obstante, diferenciarse en otras notas no sólo accidentales sino aun esenciales. Esta es la noción de reino que admiten expresamente, ó suponen al menos, cuantos autores tratan con algún detenimiento y profundidad la materia. Noción que, por otra parte, puede fácilmente probarse, por comparación con los demás reinos de la naturaleza comunmente admitidos en todas las clasificaciones. ¿Por qué constituyen los seres inorgánicos un reino, ó si se quiere, un imperio especial, sino porque carecen de las operaciones inmanentes y vitales de la nutrición, que son peculiares y características de los orgánicos? ¿Por qué á su vez los animales forman reino aparte del de los vegetales, sino porque los primeros son aptos para la sensación, que no se da ni puede darse en los segundos? Por eso precisamente estas clasificaciones científicas reciben el nombre de reinos, translaticia y metafóricamente, por

semejanza con los reinos políticos, que se diferencian unos de otros por las propias leyes fundamentales y por la especial organización de la vida civil y social, procedente del diverso régimen y gobierno de cada pueblo.

Siendo esto así y admitida como verdadera la noción de reino que dimos al principio, nada más fácil que probar, como nos proponemos en este párrafo, la segunda parte de la proposición, concebida en los siguientes términos: «Atendiendo, sobre todo, al alma y á las operaciones propias de la naturaleza del hombre, es tanto lo que éste se eleva sobre todos los otros seres del mundo visible, que constituye con estricto rigor un reino aparte.»

Y á la verdad, constituirá el hombre reino aparte específicamente distinto de todos los demás, si tiene operaciones características y alma de diverso orden del de todos los otros seres. Es precisamente la noción de reino admitida por los fisiólogos, ya declarada de antemano. Pero real y efectivamente, el hombre tiene esas operaciones características y esa alma ó principio informativo de orden distinto y superior al de todos los otros seres del mundo visible. Luego.....

Se dan en nosotros, como se prueba en Psicología (1) además de las operaciones de la vida vegetal, comunes con las plantas, además de las operaciones de la sensación, propias también de los animales, operaciones intelectivas y volitivas de orden inorgánico, espiritual y superior por lo tanto, al orden de las operaciones anteriormente mencionadas, que, como es sabido (2), son puramente materiales y orgánicas. Pero no es esto sólo. Así como del hombre prueba evidentemente la Psicología que por razón de esas operaciones pertenece al orden espiritual, así de los anima-

(1) *Psycholog.*, vol. II, núm. 5, pág. 9 y siguientes; núm. 9 y siguientes; página 27 y siguientes; núm. 21, pág. 109 y siguientes; núm. 23, pág. 118 y siguientes.

(2) *Psycholog.*, vol. I, núm. 195, pág. 827 y siguientes.

les, aun de los más perfectos en la escala zoológica, demuestra con la misma evidencia, que carecen de entendimiento y voluntad y que sólo se elevan sobre el nivel de las plantas, por los fenómenos y operaciones propias de la sensación (1).

Se dan pues en el hombre, fenómenos propios y operaciones características que en vano intentaríamos sorprender en los animales, aun en los más elevados. Estos fenómenos y estas operaciones pertenecen al orden inorgánico y espiritual, que dista, *toto coelo*, del material y orgánico en que están comprendidas las de la vida vegetal y sensitiva, que no pueden verificarse sin el auxilio de los órganos y dependen con dependencia íntima é intrínseca, de la materia. Luego no puede negarse que el hombre, como afirmábamos al establecer la prueba de la tesis, tiene operaciones características de orden distinto y superior al de las operaciones características de los seres del reino vegetal y animal.

De aquí también se deduce que entre el alma de los brutos, aun de los más perfectos y el alma del hombre, debe mediar la misma profunda y esencial diferencia, que entre las operaciones características de uno y otros, si no se quiere que el efecto supere en perfección á su causa. Y así es en verdad, como se declara y confirma en Psicología (2). El alma de los brutos es material, corruptible y naturalmente incapaz de existir separada de la materia y su origen, en un todo semejante al de las formas minerales, no es la creación, sino lo que en términos científicos se llama la

(1) Las pruebas que patentizan esta verdad pueden verse en *Psicología*; v. gr., la carencia de conocimientos inmateriales y de conceptos universales, de las ideas de virtud y vicio, de moralidad y Religión; la incapacidad para reflexionar sobre sus propios actos, para hablar, discurrir y progresar, etc.— Vide *Psychol.*, vol. I, núm. 232, pág. 967 y siguientes; núm. 162, página 712 y siguientes.

(2) Vide *Psychol.*, vol. I, núm. 232, pág. 967 y siguientes; núm. 162, página 712 y siguientes.

educación de la potencia de la materia. Por el contrario, el alma humana es simple, espiritual, libre é inmortal y sólo puede existir por creación, debida al poder omnipotente de Dios (1).

Resulta pues por todo lo que llevamos dicho, que en el hombre hay operaciones propias y características de un orden distinto y superior al de las operaciones de los animales más perfectos; que el alma del hombre, parte principal y elemento superior y específico, es de igual modo de orden distinto y superior al principio informativo de los animales. Luego si las operaciones *características* y alma ó elemento *específico* son en el hombre de un orden completamente distinto y ciertamente superior al de las operaciones y alma de los brutos, y éste es precisamente el criterio para la clasificación científica de los seres, síguese como última certísima consecuencia, que el hombre constituye reino aparte específicamente distinto de todos los demás en la naturaleza (2).

(1) Vide *Psychol.*, part. II, cap. I, disp. VII; cap. I y II, disp. IX.

(2) Pruner-Bey: "Le singe diffère anatomiquement de l'homme, non-seulement par une simple dégradation, mais par un contraste évident en tout, par une modalité opposée dans son développement à tout ce qui se passe chez l'homme... L'homme est la dernière expression réelle de la nature, quelle que soit la couleur de sa peau, quel que soit le degré de l'échelle morale ou intellectuelle, qu'il ait atteint. Oui, Boschimam déshérité ou citoyen privilégié, Saint Vincent de Paul ou Laccénaire, bref, ange ou démon, il n'est en dernière analyse comparable qu'à lui même. Toutes les fois que nous effleurons chez l'homme la grande, l'immense question du résultat fonctionnel, qui ressort de sa conformation anatomique est-ce le terme de famille, d'ordre, de sous-classe, qui exprimerait au juste l'équivalent de la divergence? Assurément non, à ce point de vue l'homme ne constitue pas un règne, un empire; non, il représente un monde à part..." — Apud Moigno, *Les Splendeurs de la foi*, tomo II, pág. 425.

§ V.—*El género filosófico y el fisiológico.*

Puede objetarse contra la doctrina sustentada en anteriores párrafos, que el hombre, según todos afirman, es real y verdaderamente animal y conviene además en la razón genérica con los brutos. De donde parece inferirse, que no hay necesidad de fingir un reino nuevo, distinto y superior á todos los otros.

Dos partes comprende la presente objeción; primera que al hombre compete con exactitud filosófica la noción de animalidad, y segunda que el hombre conviene con los brutos en la noción genérica de animal.

Aclaremos separadamente ambos puntos probando al mismo tiempo, cómo ninguno de ellos rectamente entendido, se opone á nuestra tesis.

Nadie duda que el hombre es verdaderamente animal, como nadie duda tampoco que es realmente *cuerpo*, sustancia y aun simplemente *ser*. Pero de que al hombre convengan con rigor científico las notas intrínsecas constitutivas de la animalidad, no se infiere que deba ser comprendido en el reino puramente animal. Habría para ello que probar antes, que *sólo* le convienen esas notas, que en el hombre no hay más que la razón de animalidad, que este es su elemento superior, su diferencia específica. Y precisamente hemos demostrado todo lo contrario; á saber que el hombre no es un animal cualquiera, sino racional, elevándose por lo tanto, sobre la condición de los brutos. Y nótese bien que esta racionalidad no es una de tantas diferencias y variedades comprendidas dentro del orden y categoría de la animalidad, sino que, como queda probado en lugar oportuno, es una perfección superior, esencialmente diversa de todas las que podemos suponer en los puros animales; más aun, incompatible con la mera razón de animalidad, tal como se encuentra en los brutos, que ni tie-

nen, ni pueden tener inteligencia. La racionalidad, por consiguiente, eleva al hombre sobre todos los otros seres y le coloca por lo mismo, en un reino superior.

Si para negar al hombre un puesto aparte en la clasificación científica, fuera razón suficiente que le compete la noción de animalidad, con igual derecho podríamos concluir que, conviniéndole con exactitud filosófica la noción de cuerpo y de sustancia, no debía ser incluido ni siquiera en el reino puramente animal. Vese, pues, claramente que, la primera parte de la dificultad propuesta, en nada se opone á la doctrina establecida en párrafos anteriores.

Tampoco se opone ni la contradic en lo más mínimo, la acepción escolástica del género, según la cual el hombre conviene genéricamente con los demás animales. Porque una es la noción filosófica y otra muy distinta la noción fisiológica del género. Entiéndese por género filosófico la noción común predicable de muchos individuos, como parte esencial determinable y perfectible por la diferencia específica. Así entendido el género, puede estar incluido en algún reino fisiológico ó comprender á su vez varios de ellos. Por ejemplo, dentro de los reinos animal, vegetal y mineral, se dan variedad de géneros, y por el contrario, bajo la razón genérica de sustancia, caen todos los reinos fisiológicos.

En cambio, la noción fisiológica del género debe esencialmente ser incluida en la de reino, como que es una de sus últimas divisiones científicas.

§ VI.—*Argucias de Richet.*

Es imposible, objeta Richet, admitir la existencia de un reino separado para el hombre, además de los dos que ya existen, el vegetal y el animal. Para establecer esta división, sería necesario encontrar en la naturaleza visible seres, que, como los ángeles, careciesen de sistema nervioso,

sangre oxigenada y aparato digestivo y que sin el auxilio de sentidos, ni de organismo, fueran con todo capaces de pensar. Tales seres no se dan en el mundo y el hombre conviene en todas sus propiedades con los brutos animales; luego en vano se pretende establecer un nuevo reino para él (1).

Después de lo antes dicho la dificultad propuesta, casi no merece los honores de una refutación. Pretender que para constituir un nuevo reino sea necesario encontrar seres que, como los ángeles, careciendo de organismo estén dotados de inteligencia, vale tanto como afirmar que las propiedades específicas del hombre, no le separan suficientemente del reino puramente animal.

Pero esta proposición es á todas luces falsísima, pues queda demostrado que la espiritualidad del hombre, deque carecen los animales, le eleva sobre todos los reinos de la naturaleza. Se me dirá que las propiedades orgánicas del cuerpo humano convienen en gran parte con las del organismo de los animales. ¿Y qué prueba esto? ¿Acaso porque el hombre convenga con los brutos en algunas propiedades, no puede contener además otras perfecciones de orden superior, que le separen esencialmente aun de los más perfectos?

Pues qué, ¿no convienen los brutos con los vegetales en los fenómenos de nutrición, por ejemplo y sin embargo, nadie duda, por razón de la sensibilidad, que no poseen los segundos, en constituir para los animales un reino distinto

(1) "Pour établir l'existence d'un règne spécial (humain),—d'ice M. Richet,—il faudrait trouver des êtres, comme les anges, par exemple, qui n'auraient, je suppose, ni système nerveux, ni sang oxygéné, ni appareil digestif; qui seraient dépourvus des sens que nous avons, et qui vivant sans appareils organiques, seraient capables de penser, de se mouvoir et d'agir dans la nature. Mais jusq'ici on n'a pas encore trouvé de pareils êtres surnaturels. Aussi, faut-il se contenter d'établir deux règnes séparés par une limite, qui jusq'ici paraît infranchissable: le règne des êtres inanimés et le règne des êtres vivants —"P. Bonniot, *La bête comparée à l'homme*, libro I, cap. IV, pág. 49.—Paris, 1889.

y superior? Luego una de dos, ó hemos de incluir en un solo y único reino á todos los seres, animales, vegetales y minerales, porque existen y no pueden menos de existir propiedades comunes á todos ellos, ó la conveniencia de los diversos seres en muchas de sus propiedades no debe oponerse á la diversidad de reinos, y por tanto, el que el hombre y los brutos convengan en muchas de sus propiedades, no debe ser obstáculo para la clasificación científica que defendemos.

Es, por consiguiente, absurda la pretensión de Richet.

§ VII.—*Semejanzas orgánicas entre el hombre y los brutos.*

Acuden otros para echar por tierra el fundamento de la doctrina del reino humano, á la semejanza orgánica que indudablemente existe entre el cuerpo del hombre y el de los animales. «Porque—dicen—si los órganos de las operaciones cognoscitivas y apetitivas son en el hombre y en los animales superiores y más perfectos, como los simios de la familia de los *antrópidos*, muy semejantes, síguese que también debe ser parecida ó casi idéntica la perfección de la naturaleza en el hombre y en los brutos. Luego ninguna necesidad existe de fingir infundadamente un nuevo reino, distinto y superior á los ya conocidos.»

La falacia está en que la objeción supone que en el hombre, como sucede en los animales, no se dan operaciones inorgánicas de orden inmaterial y espiritual, y esto es completamente falso. El hombre conoce lo abstracto; lo universal y aun los mismos objetos materiales y concretos de un modo abstracto y espiritual; inventa las artes, profundiza en el conocimiento abstruso de las ciencias, y va siempre progresando y perfeccionándose en sus conocimientos. Nada de esto sucede en los animales. ¿Por qué? Porque el hombre además de la complicada y admirable

organización de sus sentidos y potencias materiales, posee otra facultad aún más maravillosa, la inteligencia, que es inmaterial, espiritual, con la que, elevándose sobre lo corpóreo, entra por derecho propio en el reino de los espíritus. Debajo de esta ruda corteza de organismo, se esconde algo que no se ve con los ojos, ni se toca con las manos; pero que es, sin embargo, por su fuerza intrínseca y vitalidad de orden superior, causa y origen de toda la grandeza humana. Luego de la semejanza en la organización corpórea no puede deducirse la identidad de perfección natural, que confunda al hombre con los brutos animales (1).

§ VIII. — *La inteligencia de los brutos.*

Arrojados de las anteriores trincheras, donde vanamente se parapetan nuestros adversarios, se ven obligados á refugiarse en otras no más seguras ni estratégicas que las que abandonaron.

El principal argumento, objetan ellos, que aduce la filosofía católica para conceder al hombre el derecho y prerogativas de rey de la naturaleza, es la inteligencia, facultad que supone serle propia y exclusiva entre los seres del mundo visible. Este argumento, es falso, tiene contra sí la autoridad casi unánime de los fisiólogos, los cuales no dudan en conceder también á los brutos la facultad intelectual, aunque claro está, algo más ruda y menos desarrollada que en el hombre. Y tanto es así, que aun aquellos mismos egregios cultivadores de las ciencias naturales, que como Quatrefages, Constantino James y otros, admiten reino distinto, no acuden para ello al argumento de la in-

(1) Elegantemente dice á este propósito Bossuet: "Si les organes sont communs entre les hommes et les bêtes... il faudrait conclure nécessairement que l'intelligence n'est pas attachée aux organes, qu'elle dépend d'un autre principe, et que Dieu, sous les mêmes apparences a pu cacher divers trésors."—Bossuet, *De la Connaissance de Dieu et de soi-même*, ca. V número 12.

teligencia como facultad característica del hombre, sino que se apoyan en el sentimiento de moralidad y religión ó en el sentimiento de la vida futura ó en otras razones distintas de las aducidas por la filosofía católica. Vese, pues, que el argumento de la inteligencia humana no puede aducirse en las postrimerías del siglo XIX, que, generoso con los brutos, les ha prodigado, sin escrúpulo, la envidiable facultad de pensar.

Conviene distinguir en la objeción propuesta, dos hechos, que son ciertos é innegables, y una razón, que es completamente falsa y absurda.

Primer hecho: muchos fisiólogos no admiten la inteligencia como facultad exclusiva del hombre, sino que por el contrario, la conceden también con las atenuaciones dichas, á los brutos animales. ¿Y qué de extraño tiene para quien siga el curso y movimiento de los estudios y tendencias científicas de nuestros días y conozca el ambiente de grosero materialismo en que viven y respiran la mayor parte de los próceres de las ciencias naturales, qué de extraño tiene, repito, que los que tal ambiente respiran y tales tendencias siguen, no quieran admitir nada que trascienda la materia y se eleve un solo palmo sobre el mezquino nivel de lo puramente orgánico? ¿Por qué admirarse de que tales espíritus aviesos, refractarios á toda sana y católica filosofía, se nieguen á ver en el hombre algo más que un organismo animado, y quieran eclipsar los vívidos destellos de la inteligencia humana, con los pálidos y vacilantes del instinto meramente animal?

El segundo hecho, que es preciso admitir y que en nada menoscaba la fuerza de las razones por nosotros aducidas, es el que se refiere al proceder de algunos científicos, que, como Quatrefages, admitiendo la existencia del reino humano, no se apoyan para ello en el argumento de la inteligencia que nosotros tanto estimamos, sino en otros derivados de otras fuentes. Es verdad; pero tampoco debe co-

ger esto á nadie de sorpresa, porque sabido es que de un absurdo no pueden lógicamente seguirse más que absurdos. Los naturalistas aludidos, borrando de un golpe las fronteras que nos separan de los brutos, empiezan por concederles inteligencia; luego por este mismo hecho inutilizan el argumento fundado en dicha facultad como exclusiva del hombre. Por otra parte, admitiendo el reino humano distinto y superior á todos los otros de la naturaleza, tienen que mendigar *aliunde* pruebas cuya debilidad é inconsistencia no me toca ahora patentizar.

He aquí los dos hechos ciertos, indubitables, pero que ni en lo más mínimo vulneran el argumento Aquiles de de nuestra tesis.

La razón sofística que además de estos dos hechos contiene la objeción propuesta, es que, poseyendo los animales la facultad de pensar específicamente idéntica á la del hombre, aunque con algún atraso en su cultivo y desarrollo, siendo, en una palabra, los brutos, con todo rigor, inteligentes; nada vale, y por lo tanto, nada prueba el argumento por nosotros aducido.

Esta es la fuerza de la objeción; no se dirá que trato de desvirtuarla.

Pero toda ella se apoya en un falso supuesto: la inteligencia de los brutos. Tiene, por consiguiente, que venir á tierra al primer empuje.

No hay razón alguna para inventar un nuevo modo de inteligencia, que sólo se extienda al conocimiento de los objetos sensibles y sea únicamente capaz de ciertas y determinadas ideas ó conceptos menos abstractos y difíciles. Porque una de dos: ó se entiende por inteligencia una facultad inorgánica y espiritual, como todos, antiguos y modernos, unánimemente han entendido, ó no. Si esto último, es decir, si con aquella palabra no se designa esa facultad de orden superior al orgánico, sino una potencia meramente material, como la estimativa de los animales, claro es que

podrá, en ese sentido, concedérseles inteligencia. Pero es un abuso intolerable que, en cuestión tan capital é importante, se cambie, con notoria arbitrariedad, el genuino sentido y natural significación de las palabras, sancionado por el uso no interrumpido de todos los siglos. Si lo primero, es decir, si se designa una potencia superior á todas las sensitivas, inorgánica y espiritual, no puede justificarse la restricción que absurdamente hacen nuestros adversarios, circunscribiendo la actividad intelectual á los objetos materiales, sino que debe extenderse también á los espirituales, comprendiendo, por lo tanto, el campo todo del orden moral y religioso, y aun todo lo que es cognoscible bajo la noción trascendental del *ser*.

Si al hablar de las potencias sensitivas limitamos su esfera de acción á lo puramente material y sensible, es porque esas potencias, por complicadas y perfectas que se las suponga, son *esencialmente* orgánicas, dependen *intrinsecamente* del órgano, necesitan con necesidad íntima é insustituible de la impresión material del objeto cognoscible, y por lo tanto, sólo pueden llegar al conocimiento de los seres materiales y sensibles, únicos capaces de causar esa impresión orgánica. En cambio, la inteligencia, como facultad espiritual, no depende *inmediata é intrinsecamente* de los órganos, y puede, en consecuencia, conocer lo inmaterial, lo abstracto, todo aquello, en una palabra, á cuyo conocimiento puede venir, ora mediante la intuición directa, ora mediante el discurso, ora en fin, abstrayendo del objeto sus caracteres individuales y sensibles.

Ahora bien; siendo tales esencialmente la fuerza y poder cognoscitivo de la inteligencia, derivados de su inorganicidad y espiritualidad, ¿con qué derecho se pretende mermar sus fueros y limitar el campo de lo cognoscible? Por qué, si la inteligencia puede conocer lo espiritual, no podrá contar por suyas las verdades morales y religiosas? ¿No le es propio descubrir las diversas relaciones que entre los

objetos conocidos existen? Luego ¿por qué no ha de poder atinar con las relaciones que constituyen el orden moral y religioso? ¿No es Dios causa primera y universal de cuanto existe, y no llegamos, mediante el raciocinio, á sorprender el maravilloso lazo que necesaria y esencialmente une al mundo sensible con el Criador, por la razón de contingencia que en las criaturas se encuentra y la de causa primera y ser necesario que en Dios resplandece? Luego si podemos conocer á Dios mediante la consideración previa de las criaturas, y le podemos conocer como ser primero y causa necesaria de todo lo existente, también podremos entender que á ese Dios estamos sujetos con dependencia íntima y esencial, y que debemos reconocer esa dependencia y dar testimonio de ella con actos de culto externo; podremos, sin mucho trabajo, caer en la cuenta de la bondad y malicia de ciertas acciones, cuya moralidad es evidente, viniendo así al conocimiento de la ley natural y del orden religioso. Por eso, aun en los pueblos más atrasados y salvajes, en los que ni rastro se encuentra de cultura, sorprendemos ideas y actos que presuponen noticia del Criador, de moralidad y religión.

Es, por consiguiente, absurdo fingir una inteligencia achicada é imperfecta, que no puede alcanzar las relaciones que constituyen el orden moral y religioso.

¿No se concede á los brutos entendimiento específicamente idéntico al del hombre? Si está más atrasado en su desarrollo, si no es tan perspicaz en sus invenciones, si no alcanza lo que el humano, se deberá, sin duda, á la falta de educación y gimnasia del estudio. Edúquese, por lo tanto, á los brutos, y los veremos transformados por sorprendente metamorfosis en correctos ciudadanos, que no sólo posean las artes é industrias de la manufactura, sino que hayan logrado el conocimiento del orden moral y religioso, y puedan asistir con voz y voto, por derecho propio, á cualquier futuro *Congreso de todas las religiones*. Una de dos, vol-

vemos á repetir con el inapeable dilema que antes propusimos, ó los brutos no tienen esa facultad inorgánica espiritual, y, por consiguiente, no merecen tan glorioso nombre los rutinarios instintos de que sabiamente les dotara la naturaleza, ó si la tienen, si realmente pueden conocer de un modo superior al de la percepción sensitiva y orgánica, es absurdo restringir el campo de la inteligencia en los animales.

Está, por consiguiente, en su lugar nuestro raciocinio, y la facultad de pensar, propia y exclusiva del hombre, es sólido é inconcuso fundamento para asignarle un puesto aparte, un reino distinto y superior á todos los demás que figuran en la clasificación científica de los seres de la naturaleza.

§ IX.— *El hombre salvaje y el civilizado.*

Pretenden algunos, como Dally, aminorar la incontestable fuerza de los argumentos hasta ahora expuestos, diciendo que nosotros no comparamos debidamente al hombre con los animales, puesto que ponemos en parangón con los brutos, no al hombre habitante de las selvas, sino al culto y civilizado (1). Claro está, objetan, que de ese modo la diferencia parece grande y favorece nuestras anteriores asercionés. Pero no es así como debe establecerse el paralelo, sino poniendo frente á frente de los brutos al hombre rudo, sin cultura ni educación. Si así se hace, se echará de ver bien pronto que es casi nula la diversidad y menor aún la ventaja entre el hombre y los animales más

(1) "L'homme faible et chétif, errant et nu, sans industrie et presque sans armes, voilà l'homme qu'il faut comparer aux animaux et non celui qui pousse par l'instinct de son développement souverain, agrandi chaque jour la distance qui l'en sépare, en détruisant tous ceux qu'il peut utiliser pour ses besoins."—Dally, *De la place de l'homme dans la nature*, introduction, página 90.

perfectos. Tanto más cuanto que existen razas, como la negra, del todo ineptas para el cultivo y aprendizaje de las ciencias.

Tres son las proposiciones falsas que contiene la presente objeción: primera, que la comparación no debe establecerse entre el hombre culto y los animales.

¿Quién duda, por ejemplo, que para conocer la ventaja y excelencia que sobre otros minerales inferiores tiene el oro, no se toma este cuerpo en el estado de impureza en que tal vez se le encuentra en el fondo de la mina, mezclado con otras sustancias extrañas? Pues de igual modo, para conocer la perfección de que es capaz la inteligencia y naturaleza humana, no hemos de considerar al hombre constituido en la barbarie, sino en el estado de cultura y civilización en que ordinariamente vive. Y ahí está precisamente la fuerza del argumento, que el hombre mediante el cultivo y educación intelectual, es susceptible de un adelanto y perfección á que nunca, ni remotamente, pueden acercarse los animales más perfectos, por grandes y perseverantes que sean los esfuerzos que se hagan, por educarlos é instruirlos.

Pero aun concediendo, y es la segunda proposición inadmisibile, que la comparación fuere entre el hombre más rudo y bárbaro y los brutos animales, es falso de toda falsedad, como lo reconoce el mismo Huxley, autor nada sospechoso, y lo comprueba la experiencia, que no haya inmensa distancia entre ambos términos (1).

La tercera proposición, que debe también rechazarse sin

(1) "Il y a une distance énorme entre le pouvoir mental de l'homme le plus inférieur et celui du singe le plus élevé; il existe entre eux un gouffre énorme..." "La possession du langage articulé est la cause première de l'immense, et dans la pratique, infinie divergence de la souche humaine..." "Aucun intermédiaire ne comble la brèche qui sépare l'homme du troglodyte..." "L'homme est le seul être à intelligence consciente dans le monde..." "L'immensité du gouffre entre l'homme civilisé et les animaux est infranchissable..." etc., etc. — Así Huxley, apud Moigno, l. cit., pág. 516.

vacilaciones de ningún género, sostiene que algunas razas, como la de los negros, son completamente ineptas para el estudio de las ciencias. Lo serán, como todo el resto de los hombres (al menos si se trata de ciencias abstrusas y difíciles), sin estudio y aplicación. Pero de ninguna manera, si se las educa é instruye convenientemente (1).

Basta ya de objeciones. Las que suelen hacerse contra la libertad, espiritualidad y demás fundamentos de la doctrina por nosotros sustentada, pueden verse resueltas en su propio lugar de la *Psicología*.

ARTÍCULO III

DE LA UNIDAD ESPECÍFICA DEL HOMBRE

§ I.—*Preliminares.*

La presente controversia y la de la identidad de origen del género humano, han dado lugar á recientes y acaloradas polémicas entre los cultivadores de las ciencias naturales. Aunque, á decir verdad, muchas veces el ardor y entusiasmo de la disputa hanse debido, más que á la naturaleza y dificultad del objeto que se ventilaba, á las inveteradas y malsanas preocupaciones de los contrincantes. Porque no puede negarse que, para algunos modernos científicos, basta que una teoría venga á confirmar en lo más mínimo las doctrinas reveladas en la Escritura y admitidas por la tradición y magisterio de la Iglesia Católica, para

(1) "On objecte—dice M. Flourens en son *Ontologie naturelle*, pág. 75—que la race nègre n'a pas pu s'élever jusqu'à la culture des sciences. C'est là une très réelle infériorité de nature, mais ce n'est qu'une infériorité accidentelle, temporaire; ce n'est point une infériorité de nature, et l'on ose croire que, placée dans des circonstances plus heureuses, la race nègre pourra s'élever un jour au niveau intellectuel des peuples civilisés." (Moigno, l. cit., pág. 417, nota.)

que sin más fundamento la miren con malos ojos y la supongan arbitrariamente inadmisibles. Así proceden, con esta *seriedad é imparcialidad* científicas, por no citar otros, Enrique Carlos Jorge Pouchet y Pablo Broca (1).

La cuestión que nos ocupa está íntimamente relacionada con la de la procedencia é identidad de origen de todo el género humano. Porque si Dios, al principio del mundo, sólo creó un par, Adán y Eva, necesariamente se sigue, afirmada la inmutabilidad de las especies, que en otro lugar de la Filosofía se prueba (2), la unidad específica de la familia humana. Habrá—quién lo duda—diversidad de razas y estirpes; pero como todos los hombres originariamente procedan de aquella primera pareja, todos pertenecerán á una misma especie. Sin embargo, en *absoluto y ex natura rei*, como se dice en las escuelas, subsistiría la unidad de la especie humana, aun cuando Dios, al principio del mundo, hubiese creado varias parejas en diversos puntos, de las cuales, como pertenecientes á una misma especie, se derivaran con unidad específica, aunque no con *identidad* de origen, los individuos todos de la gran familia humana.

Y esto, que sólo en hipótesis decimos, pudo acontecer con los hombres, probablemente creemos que de *hecho* sucedió con las plantas y animales, constituyendo Dios para ellos diversos centros creativos de donde procedieran.

Por eso, porque el enlace entre estas dos cuestiones no es tan íntimo y esencial que no puedan separarse y sobre todo, por razón de claridad y orden, las trataremos ahora separadamente.

No necesitamos encarecer la importancia grandísima, la trascendencia suma, de la cuestión que se refiere á la unidad específica del género humano, cuando en nuestros

(1) Moigno, *Les splendeurs de la foi*, tomo II, pág. 518.

(2) *Psychología*, vol. I, núms. 102-103, pág. 489 y siguientes.

mismos días, no hace aun sesenta años, ha habido quien, olvidado de los vínculos de fraternal cariño que á todos los hombres suavemente nos unen y queriendo cohonestar los abusos y crueldades de una esclavitud degradante, ha pretendido apoyarse en la diversidad específica que de la raza de los negros nos separa (1).

§ II.— *Las diversas escuelas.*

Dos son las que luchan en el terreno de la ciencia sobre esta materia. Unos defienden que todos los hombres, á pesar de la diversa variedad de razas y estirpes, pertenecen, sin embargo, á una misma é idéntica especie. Esta es la doctrina del *monogenismo* cuyos mantenedores llevan por lo mismo el nombre de *monogenistas*. Otros por el contrario suponen que son varias las especies humanas (teoría del *poligenismo*, *poligenistas*) (2).

Hasta que con pretexto de las recientes investigaciones

(1) "Aux Etats-Unis surtout, les esclavagistes et les négrophiles ont soutenu lutté sur ce terrain. Bien plus, en 1844 M. Calhoun, Ministre des Affaires étrangères, ayant à répondre aux représentations que la France et l'Angleterre lui adressaient au sujet de l'esclavage, n'hésita pas à défendre les institutions de son pays en arguant des différences radicales qui séparaient selon lui le nègre du blanc."—A. de Quatrefages, *L'espèce humaine* lib. I, cap. II, pág. 22.

"S'appuyant des prétendues démonstrations de M. Morton, auteur des *Crania Americana*, et de MM. Nott et Gliddon, auteurs des *Types of Mankind*; le Ministre Secrétaire d'Etat des Etats-Unis d'Amérique, Calhoun, dans une note diplomatique aux puissances européennes, invoqua en faveur des doctrines esclavagistes les différences radicales qui séparent les groupes humains." Moigno, *Les splendeurs de la foi*, tomo II, pág. 495-496. —Asiente á éstos De Baer:

"Cette opinion (la del poligenismo) si contraire aux principes de l'histoire naturelle, n'est-elle point un moyen inventé par les Anglo-Américains pour calmer leur conscience? on a repoussé avec une barbarie inhumaine les anciens habitants de l'Amérique, et l'égoïsme a fait introduire les nègres pour les courber sous le joug de l'esclavage. Il était tout naturel de dire: Nous n'avons aucun devoir à l'égard de ces hommes, car ils sont d'une espèce inférieure á la nôtre." K. E. von Baer *Bericht*, etc., pág. 16-17.

(2) Otros autores con todo emplean estas palabras en sentido algo diverso, para designar el distinto origen del género humano, según proceda de uno ó de varios centros de creación.

etnológicas levantaron algunos la nueva enseña del poligenismo, puede decirse que sin disputa ni rival había imperado en el mundo de la filosofía y de las ciencias, la doctrina contraria.

No se crea, sin embargo, que todos los sabios naturalistas, aun entre los modernos, niegan la unidad de la especie humana. Monogenistas acérrimos son, no obstante su reconocida é indisputable competencia científica, Buffón (1), Camper (2), Hunter (3), Blumenbach (4), Forster (5), Jorge Cuvier (6), Weber (7), Tiedemann (8), Pritchard (9), Alejandro Humboldt (10), Juan Müller (11), Flourens (12) y Serres (13), que pueden verse citados por este mismo orden en A. Godrón.

Agréguense á estos, además del mismo Godrón (14), Armando de Quatrefages (15), Delitzsch (16), De Baer (17),

(1) Buffon, *Histoire naturelle*, tomo III, pág. 530; tomo IX, pág. 2; tomo XIV, pág. 311.

(2) P. Camper, *Dissertation physique sur les différences réelles que présentent les traits du visage chez les Hommes de différents pays, de différents âges, etc.*—Utrecht, 1791, en 4.º, pág. 16.

(3) J. Hunter, *Disputatio inauguralis quaedam de hominum varietatibus et earum causas exponens.*—Edimburg, 1775, en 8.º, pág. 9.

(4) Blumenbach, *De generis humani varietate nativa.*—Gœttingæ, 1795, en 12.º, pág. 322.

(5) Forster, *Dans le second voyage de Cook*, tomo V, pág. 231.

(6) J. Cuvier, *Le règne animal*, edic. 2.ª—Paris, 1829, en 4.º

(7) Weber, *Die Lehre von den Ur und Racenformen des Schädel und Becken des Menschen.*—Dusseldorf, 1830, en 4.º

(8) Tiedemann, *Das Hirn des Negers mit dem des Europæers und Orang, Utangs verglichen.*—Heidelberg, 1837.

(9) Pritchard, *Histoire naturelle de l'homme*, traduc. franc., tomo II, pág. 345.

(10) Alejandro de Humboldt, *Cosmos, Essai d'une description physique du globe*, traduc. franc.—Paris, 1846, en 8.º, tomo I, pág. 430.

(11) J. Müller, *Manuel de Physiologie*, traduc. franc.—Paris, 1851, tomo II, pág. 189.

(12) Flourens, *Histoire des travaux et des idées de Buffon*, edic. 2.ª Paris, 1850, en 18.º, pág. 168 y siguientes.

(13) Serres, *Revue des cours publics*, 1855, pág. 157.

(14) *De l'espèce et des races, etc.*, tomo II, lib. III, cap. V, pág. 364.

(15) En su obra *De l'espèce humaine*, y en su *Cours d'Anthropologie*.

(16) Génesis, pág. 290.

(17) *Bericht, etc.*, págs. 17-24.

Wastz (1), B. Pozzy (2), Owen (3), Chenu (4), Hollard (5), el Marqués de Nadaillac (6), Constantino James (7), Adriano Arcelin (8), Santiago Southall (9) y Moigno (10), con los dos Geoffroy de Saint Hilaire, padre é hijo, de Blainville, Burdach, Alfredo Maury, Wagner, Milne-Edwards, Lyell y otros muchos que pueden verse citados por el mismo autor. Todos estos, como ya hemos indicado al nombrar las diferentes escuelas, admitiendo, como no puede menos de admitirse, la diversidad de razas y estirpes, sostienen, sin embargo, su unidad específica.

Los principales defensores del poligenismo son, después de Voltaire (11), Virey (12), A. Desmoulins (13), Bory de Saint Vincent (14), Jacquinot (15), Hombrón (16), Berard (17), Morton (18), Nott y Gliddón (19), con la mayor

(1) *Anthropologie*, tomo I, pág. 195.

(2) En el apéndice á su obra *La terre et le récit biblique*.—París, 1874.

(3) En Nadaillac, *Le problème de la vie*, chap. VI, pág. 266.

(4) *Encyclopédie d'Histoire naturelle*, vol. I; *Anthropologie*, pág. 228.

(5) *Dictionnaire universel des sciences naturelles*, tomo VII, pág. 340.

(6) *Le problème de la vie*, chap. VI.

(7) *Du Darwinisme, ou de l'homme singe.*, pág. 238.

(8) En la *Revue des questions scientifiques*. Octubre, 1879.

(9) *L'origine récente de l'homme mise en évidence par la Géologie et la science moderne et l'Archéologie préhistorique*, c. II.—Philadelphie, 1875.

(10) *Les splendeurs de la foi*, tomo II, pág. 402 y siguientes.

(11) Véase el Cardenal Wiseman, *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la Religión revelada*, lib. I, discurso 3.º

(12) Virey, dans le *Dictionnaire d'Histoire naturelle de Deroylle*.—París, 1817, en 8.º, tomo XV, pág. 153.

(13) Desmoulins, *Histoire naturelle des races humaines du nord-est de l'Europe, de l'Asie boréale et orientale, de l'Afrique centrale*.—París, 1826; y el mismo autor en su *Tableau général, physique et géographique des espèces et des races du genre humain*, etc.

(14) Bory de Saint Vincent, dans le *Dictionnaire classique d'Histoire naturelle*, tomo VIII, pág. 281.

(15) H. Jacquinot, dans Dumont d'Urville, *Voyage au Pôle Sud*, Zoolog. tomo II, págs. 15 á 26 y 173.

(16) Hombrón, dans Dumont d'Urville, *Voyage au Pôle Sud*, Zoolog., tomo I, págs. 11 y 312.

(17) P. Berard, *Cours de Physiologie*.—París, 1848, en 8.º, tomo I, páginas 457 y 475.

(18) Morton, *In crania americana*.

(19) *Types of Mankind*.

parte de los otros autores americanos, Burmeister (1), Pablo Broca (2) y H. C. Jorge Pouchet (3).

Pero no todos los poligenistas convienen, ni mucho menos, en el número de especies que asignan para el género humano. Linneo (4), si es que realmente pertenece á esta escuela, admitió sólo dos especies, la del hombre sabio y la del hombre *troglodita*. Digo que el egregio naturalista admitió sólo estas dos especies, porque el hombre *lar* que contrapone como distinto al sabio, parece ser uno de los simios antrópidos, como ya en otra parte se ha indicado. Virey considera al hombre como un género que se divide en dos especies, con sus variedades correspondientes debidas á la diversidad del ángulo facial, según que este oscila entre 85 y 90 grados, ó entre 75 y 85, respectivamente. Desmoulins primero reconoció 11 y luego, más tarde, hasta 16; Bory de Saint Vincent, 15; Jacquinot sólo 3, y así otros, cuyas opiniones pueden verse minuciosamente expuestas en Godrón (5). Posteriormente á estos, Haeckel pretendió que las especies eran 12, subdivididas en 22 familias ó estirpes, no habiendo faltado tampoco escritores americanos que aumentaran este número.

Algunos de estos autores, como Broca, confiesan paladinamente la novedad de su doctrina, y reconocen la autoridad del gran número de los monogenistas. Pero afirman que los defensores de la unidad específica se fundan, más que en razones de ciencia, en fundamentos teológicos. Calumnia insostenible, tratándose, por ejemplo, de Buffón,

(1) *Histoire de la création.*

(2) P. Broca, *Recherches sur l'hybridité animale et humaine.*

(3) Pouchet, *Pluralité des races humaines.*

(4) Unos creen que Linneo fué poligenista, y se fundan para ello, en que distinguió en su obra *Sobre el sistema de la naturaleza*, (edic. 12, tomo I, pág. 39), al hombre troglodita del hombre sabio, y creen que, bajo el nombre de troglodita, se refería Linneo al hombre albino, como escribe Godrón.

(5) Obra y lugar citado, págs. 365-369.

Müller, Humboldt, Quatrefages y otros, que, para demostración de sus asertos, nunca echaron mano sino de argumentos tomados de las ciencias naturales, en las que eran, como todos saben, peritísimos (1). En cambio, puede decirse de los poligenistas, no sólo que son menos en número y autoridad, sino también que muchos de ellos no han profundizado debidamente en el estudio de ciertas cuestiones, cuyo previo conocimiento es indispensable para resolver con atinado juicio el gravísimo punto que se ventila (2).

§ III.—*La especie y la raza.*

Estando la presente controversia, íntimamente enlazada con la noción que se admita para la especie y la raza, se hace necesario determinar primero con toda claridad estos conceptos fundamentales (3). Si consultamos á los mo-

(1) Véase á Moigno, lugar citado, pág. 518 á la 522.

(2) "A côté des polygénistes qui obéissent à des préoccupations peu ou point scientifiques, il est des hommes de science désintéressés et sincères, qui croient à la multiplicité des origines humaines. Ce sont surtout des *médecins*, habitués à l'étude de *l'individu*, mais peu familiers avec celle de *l'espèce*. Ce sont encore des paléontologistes que la nature de leurs travaux force à ne tenir compte que des ressemblances et des différences morphologiques, sans jamais appeler leur attention sur les faits de reproduction, de *filiation*. [Ce sont enfin des entomologistes, des conchiologistes, etc., qui exclusivement préoccupés de distinguer d'innombrables espèces par des caractères purement extérieurs, demeurent étrangers aux phénomènes physiologiques et jugent des êtres vivants comme ils jugeraient des fossiles.]" (Quatrefages, obr. cit., lib. I, cap. II, pág. 22.— Véase á Godron, obra citada, pág. 370).

"En revanche, le monogénisme compte parmi ses partisans presque tous les naturalistes qui ont porté leur attention sur les phénomènes de la vie, et parmi eux les plus illustres. En dépit de la différence de leurs doctrines Buffon et Linné, Cuvier et Lamarck, Blainville et les deux Geoffroy, Müller le physiologiste et Humboldt le voyageur s'accordent sur ce point. En dehors de toute influence que pourrait exercer le nom de ces grands hommes, je partage, on le sait, leur manière de voir. J'ai exposé à diverses reprises les motifs tout scientifiques de mes convictions, et je vais essayer de les résumer en aussi peu de pages possibles." (Quatrefages, en el lugar y obra ya citados, — Véase á Godron, págs. 371-372).

(3) Del *Origen de los seres vivientes según sus diversas especies y exámen del transformismo*. Obra escrita en latín por el Rdo. P. Juan José

dernos naturalistas, veremos que definen la especie de modos muy diversos; sería largo referirlos cada uno en particular. (Pueden verse muchas definiciones en Isidoro Geoffroy Saint Hilaire, *Histoire naturelle generale des regnes*, titulo II, pág. 365 y sig.; De Quatrefages, *Darwin et ses précurseurs français*, págs. 186, 187; el mismo autor, *L'espèce humaine*, cap. III.) Todos, sin embargo, aunque con distintos términos, ponen dos notas constitutivas: la semejanza entre los individuos y su origen común de unos mismos padres; si bien muchos autores atribuyen más importancia al origen común de los individuos que á su semejanza, porque todos sabios é ignorantes, refieren á la misma especie los individuos nacidos de unos mismos padres. Por tanto, según la mente de muchos naturalistas, la especie es una colección de individuos más ó menos semejantes, nacidos de unos mismos padres. No nos parece exacta esta definición: porque no se requiere que todos los individuos procedan de un par único; pues pudo Dios al principio crear muchos pares de la misma especie, y claro está, los individuos de aquellos pares nacidos pertenecerían también á la misma especie. Luego la esencia de esta debe ser explicada prescindiendo del origen común que puedan tener ó tengan los individuos. Ni creo tampoco necesaria la fecundidad de que gozan los individuos para transmitir por la generación su naturaleza, como no se diga que los híbridos á ninguna especie pertenecen y deben contarse entre los monstruos; los híbridos, en efecto, son infecundos; más, sin embargo, ¿quién osará afirmar que todos los mulos no forman ninguna especie? Además, como la especie no se halla sólo entre los vivientes, sino que se extiende á todo género de seres, es menos filosófico dar de ella una definición que no puede adaptarse á todos ellos. Pero la definición presentada por los modernos no es aplicable ni á

los ángeles ó sustancias espirituales, ni al reino mineral, en el cual los individuos de una especie ciertamente no se derivan por generación de alguna raíz común de la misma naturaleza. Finalmente, aunque el común sentir de los hombres, con toda razón, crea que todos los individuos nacidos de un par determinado en sucesión indefinida pertenecen á una misma especie, no sería eso verdad á no ser las especies inmutables, y por eso lo niegan los transformistas, en quienes está profundamente arraigada la opinión de que las especies cambian en cuanto á la esencia con la generación de nuevos individuos. Volvamos, por consiguiente, á la definición, aprobada por el común asentimiento de los antiguos filósofos, y la cual parecen haber olvidado ó ignorar completamente los modernos, por otra parte muy eruditos; de aquí que algunos establecen inútiles y larguísimas disquisiciones, que ni pueden satisfacer las exigencias filosóficas, ni suministran luz en una materia ya de suyo harto oscura. Especie es la naturaleza ó modo de ser que puede *predicarse* ó afirmarse convenir á muchos, diversos en número, como esencia completa de los mismos, y se dice pertenecen á una misma especie los individuos que tienen la misma naturaleza ó esencia, ó de los cuales puede afirmarse el mismo conjunto de notas que manifiestan su esencia completa.

Siendo, pues, cierto que la identidad específica de varios individuos se constituye por la absoluta semejanza en las notas y caracteres que integran su esencia completa y no pudiendo nosotros llegar al conocimiento de las esencias sino por el de las operaciones, que son su natural signo y espontánea manifestación, por aquello de que *operatio sequitur esse* (1); siguese que de la identidad ó diversidad sustancial de operaciones ya intelectivas, ya fisiológicas, deduzcamos también la identidad ó no identidad específica de los individuos que estudiamos.

(1) Véase la *Ontolog.*, núm. 390, pág. 113^o.

Esto no impide que atendamos también á los caracteres morfológicos, y nos fijemos en la semejanza ó desemejanza anatómica y orgánica de los cuerpos. Porque, como entre el principio informante (alma racional si se trata del hombre) y la materia informada (cuerpo humano), debe naturalmente existir cierta proporción y conveniencia, claro está, á no ser que razones evidentes persuadan lo contrario, que la identidad morfológica y semejanza orgánica, la sustancial uniformidad corpórea de los individuos, será también indicio de su identidad específica.

Dentro de la misma especie existen variedades, que, sin afectar á las notas esenciales, diversifican accidentalmente sus caracteres. Tales son la raza ó casta y la variedad. Llámase simplemente variedad á las diferencias individuales intransmisibles de padres á hijos por vía de generación; raza, en cambio, es una variedad fija y constante, que *se transmite* á la prole por herencia (1).

Dos son los caracteres que permiten distinguir la raza ó casta, de la especie propiamente dicha. El primero es, según de las definiciones anteriormente expuestas se deduce, que las *especies* se diferencian entre sí por algún rasgo ó nota esencial que afecta íntima y profundamente á la naturaleza de los individuos, mientras que las razas, dentro siempre de una misma especie, sólo se distinguen *accidentalmente*. El segundo carácter es, que, conforme á la doctrina admitida por los fisiólogos y confirmada también por la experiencia, la unión entre individuos de diversas razas es siempre fecunda, con tal que pertenezcan á una misma especie; en cambio, la unión entre individuos de diversa especie, ó es totalmente infecunda ó sólo produce una prole híbrida (2).

(1) Véase la *Psycholog.*, núm. 101, págs. 489-490 y siguientes.

(2) Véase la *Psycholog.*, vol. I, núm. 106, págs. 526-527.*

§ IV.—*Las razas humanas.*

La Historia y la experiencia están perfectamente de acuerdo en atestiguar que existen multitud de castas o estirpes dentro de la gran especie humana. Aparecen, en efecto, en diversas regiones del globo, variedades de hombres que no son puramente transitorias ó personales, sino típicas y constantes, y que de padres á hijos se transmiten indefinidamente por generación. Como, por otra parte, no atañen á la esencia de los individuos, sino que dejan intactos sus caracteres específicos, es necesario convenir en que tales diferencias constituyen propiamente lo que en Antropología se conoce con el nombre de razas.

No es fácil clasificarlas debidamente, ya porque existen muchos géneros y elementos de diferenciación y á veces se encuentran mezclados y casi confundidos entre sí, ya también porque no todos los naturalistas conceden á estas variedades la misma importancia respecto á la constitución de las razas. Blumenbach, padre de la Antropología, distinguió cinco razas principales, la caucásica, mogólica, etiópica, malesia y americana, aunque advirtiendo que sólo las tres primeras eran típicas y primarias, y las otras dos restantes eran sólo intermedias y secundarias (1).

El fundamento de esta clasificación, seguida después por otros muchos naturalistas, se toma, sobre todo, de la diversa conformación de la cara y del cráneo (2).

(1) Véase á Frédault, *Anthropologie*, pág. 673; Reusch, *La Bible et la Nature*, pág. 485; Cfr. Zimmermann, *L'homme, merveille de la Nature*, pág. 198.

(2) He aquí cómo describe los caracteres de estas razas Juan Müller: *Manuel de Physiologie*, tomo II, pág. 767 y sig.—"1.º *Race caucasienne*.—Peau blanche, avec un teint couleur de chair, plus rarement brunâtre clair; cheveux plus ou moins ondulés, de teinte claire ou foncée; visage ovale, angle facial de 80 á 85 degrés; nez mince, plus ou moins arqué ou saillant, dents perpendiculaires; lèvres médiocres, menton proéminent; barbe et chevelure abondantes.—Blumenbach rapporte à cette race les Européens (à l'exception des lapons et des finnois), les habitants du Nord de l'Afrique et

Cuvier, admitiendo todas menos la malesia y americana, reconoció las tres primeras como primarias, á saber: la blanca ó caucásica, la amarilla ó mogola y la negra ó etiópica, subdividiéndolas después en varias otras. Lo mismo hizo, siguiendo la división de Blumenbach, D'Omalius d'Halloy (1). Posteriormente se han propuesto otras mu-

ceux des contrées orientales de l'Asie jusqu'à l'Obi et à la mer Caspienne. — 2.º *Race mongole.*—Peau jaune, cheveux plats, noirs, rares; face large et aplatie, dont la région molaire est la plus large; glabella large et plate; nez court, large, peu saillant; paupières fendues obliquement; yeux très écartés.—A cette race appartiennent toutes les autres asiatiques, à l'exception des malais en Europe, les lapons et les finnois, dans le Nord de l'Amérique, les esquimaux, et les groënlandais.— 3.º *Race éthiopienne.*—Peau noire ou d'un brun tirant sur le noir, cheveux courts, la plu s part du temps épais, noirs, crépus; crâne étroit et long, front fuyant en arrière; mâchoire supérieure saillante, menton rentré, dents obliques, nez petit et écrasé, angle facial de 70 à 75 degrés, lèvres épaisses.—Cette race se compose des nègres d'Afrique et de ceux de la Nouvelle-Hollande, et de l'Archipel Indien, appelés aussi Papous.—Quant aux deux *races dérivées* et la *malaise*, voici comme le même auteur en résume les caractères. *Américains* peau cuivrée, brunâtre; cheveux noirs, plats et rares, barbe peu abondante, nez plus ou moins saillant, tous les autres caractères... sont inconstants. *Malais* habitant la presq'île de Malaca, les Moluques, les Philippines, les Mariennes, la Polynésie, peau brune; cheveux abondants noirs, bouclés, crâne médiocrement étroit, front bombé, nez large et camard, lèvres épaisses, bouche grande.»—De Frédault, obra citada, lib. V, cap. 3, páginas 674 y 675.

(1) D'Omalius d'Halloy, *Histoire naturelle des races humaines*. He aquí esta división de razas tal como se encuentra en la obra de Aranzadi y Hoyos, *Lecciones de Antropología ajustadas al Programa del Catedrático D. Manuel Antón*, tomo II, págs. 15 y 17.

	RAMAS	FAMILIAS
Blanca ó caucásica: Belleza del óvalo de la cara, y ésta proporcionada; frente saliente, nariz grande y recta, boca medianamente tendida, labios pequeños, dientes verticales, ojos grandes y cejas arqueadas; cabellos lisos, largos y abundantes; tez blanca en general. Cristianismo ó Islamismo.	Europea.....	Teutona.
		Latina.
		Griega.
		Eslava.
	Aramea.....	Erzo-cimbria.
		Basca.
		Líbia.
		Semítica.
	Escita.....	Pérsica.
		Georgiana.
Circasiana.		
Magyar.		
		Uzálica.
		Turca.

chas clasificaciones cuya enumeración no es de este lugar. La ideada por Quatrefages, quien minuciosa y ordenadamente subdividió en otras muchas estirpes las razas blumenbachianas, ha merecido la aprobación de muchos sabios antropólogos; pero, por ser muy larga, no juzgamos conveniente reproducirla. Puede verla quien quiera en la obra *Introduction á l'étude des races humaines* (1). Finalmente, por no alargar más este punto, nada decimos de las clasificaciones debidas á Bory de Saint Vincent, Hæckel, Topinard y otros.

	RAMAS	FAMILIAS
		Lapona.
		Samoyeda.
		Inuca.
	Hiperbórea ...	Kanchadcala.
		Inkagira.
		Coriaca.
		Esquimala.
<i>Amarilla ó mogola:</i> Pómulos salientes, cara romboidal, nariz pequeña y poco prominente, ojos pequeños y oblicuos, cabellos largos, gruesos; barba rala, tez aceitunada. Budhismo ó Idolatría.	Mogola	Iacuta.
		Mogola.
		Tungusa.
		Tibetina.
	Sínica.....	China.
		Corea.
		Japonesa.
	Etiópica.....	Abisinica.
		Fellana.
<i>Parda ó Malaya:</i> Tinte menos oscuro que la negra, pero más que la blanca y amarilla; acaso mezcla de estas dos últimas con la primera. Unos se aproximan por las formas á los blancos, y otros á los aceitunados. Islamismo, Budhismo y Brahmanismo.	Inda.....	India.
		Dravidia.
		Birmana.
	Indo-China....	Peguana.
		Siamesa.
		Annamítica.
		Cambódgica.
	Malaya.....	Malaya.
		Polinesica.
		Micronésica.

(1) También la copian Aranzadi y Hoyos en la obra antes citada, tomo II, pág. 25 y siguientes.

§ V.—*Identidad de caracteres esenciales á las diversas razas.*

Admitida, como no podía menos de admitirse, la existencia de las razas humanas, cúmplenos ahora demostrar la unidad específica del género humano, no obstante la multitud y diversidad de sus estirpes.

Especie, decíamos en párrafos anteriores, es la noción ó conjunto de notas constitutivas de una esencia completa, que se *predica* de muchos individuos numéricamente distintos.

Todos aquellos, por lo tanto, que, aunque pertenecien-

	RAMAS	FAMILIAS
<p><i>Roja ó Americana:</i> Frente deprimida, órbitas anchas, ojos grandes y abiertos, nariz saliente, cráneo voluminoso; cabellos gruesos, ásperos y negros; barba rala, tez variable del amarillo al rojo de cobre. (Indios de América.)</p>	<p>Meridional...</p>	<p>Ándica { Quichúa. Antisana. Araucana.</p>
		<p>Pámpica..... { Pámpica. Chiquita. Mocseana.</p>
		<p>Guarani..... { Guarani. Botocuda.</p>
	<p>Septentrional.</p>	<p>Meridional... { Lenca. Maya. Otomi. Azteca.</p>
		<p>Nordeste { Floridiana. Iroquesa. Lenapa. Sius. Pannisa.</p>
		<p>Noroeste { Colinga. Notcana. Chinuca. Tulasena.</p>
		<p>Occidental..... { Cafre. Negra. Hotentote.</p>
	<p><i>Negra ó Etiópica:</i> Cráneo comprimido, nariz aplastada, hocico saliente, labios gruesos, piernas arqueadas, cabellos cortos y lanosos, tez negra. Fetichismo.</p>	<p>Oriental..... { Papúa. Andamana. Malaca.</p>

tes á diversas razas, presenten los mismos caracteres esenciales; es decir, en el caso que nos ocupa, todos aquellos individuos que, aunque pertenecientes á diversas razas, estén dotados de las mismas facultades mentales, de idéntica facultad de hablar, de la misma constitución orgánica, de la misma estructura corpórea, y de iguales funciones y propiedades fisiológicas, deben ser incluidos dentro de una misma especie.

En efecto; las potencias mentales, ya se identifiquen, como algunos filósofos quieren, con la sustancia misma del alma, ya, como otros creen, dimanen de ella, es lo cierto que demuestran, por lo mismo, la principal perfección de la esencia del hombre. El don de la palabra, intérprete de nuestras ideas y sentimientos, declara también la naturaleza de la misma inteligencia, cuyo instrumento de expresión es. La estructura anatómica del cuerpo indica la conformación del organismo, y, finalmente, las operaciones y propiedades fisiológicas declaran la especial constitución y manera propia de ser del compuesto humano.

Vese, por lo dicho que todos estos caracteres, son signos inequívocos manifestativos de la esencia del hombre. Luego cuando estos caracteres esenciales sean los mismos en individuos pertenecientes á diversas razas, habrá necesariamente que concluir la identidad específica de todos ellos. Por el contrario (y es otro argumento que sirve para confirmar lo que vamos diciendo), nunca se encuentra ni puede encontrarse esa identidad en individuos que ciertamente pertenecen á diversas especies.

Queda, pues, asentado como criterio inconcuso para resolver la importante cuestión de la unidad específica de las diversas razas, la identidad de sus caracteres esenciales.

¿Existe entre los individuos de las múltiples estirpes que pueblan el globo, esa identidad esencial de facultades mentales, del don de la palabra, de constitución orgánica, estructura corpórea y funciones y propiedades fisiológicas?

Esta es la cuestión que, para mayor claridad, iremos estudiando por partes.

§ VI. — *La inteligencia en las razas.*

Que la inteligencia humana presenta en las diversas razas algunas diferencias más ó menos notables, pero que en nada atañen al íntimo ser de esa facultad espiritual cognoscitiva, verdad es innegable y á todas luces evidente. Todos los hombres, por incultos y salvajes que se les suponga, por degradada y abyecta que sea la estirpe de donde procedan, poseen ideas propias y verdaderamente universales, conocen los objetos que carecen de materia y no pueden impresionar los sentidos; discurren, reflexionan sobre sus propios actos, tienen algún concepto de religión y moralidad, puesto que conocen á Dios, al menos, bajo la razón algo confusa de causa superior creadora del mundo, practican ritos y ceremonias sagradas, y aunque por triste fragilidad de la pecadora naturaleza, no conciertan sus obras con algunas de sus teorías, reconocen, sin embargo, la bondad y malicia, la honestidad ó torpeza de ciertas acciones.

Más aún; es común sentir de los teólogos, que al menos por mucho tiempo, no puede darse ignorancia omnímoda respecto de Dios, no ya en un pueblo ó en toda una raza, pero ni aun en un hombre dotado del expedito uso de la razón. Doctrina es igualmente admitida por los mismos teólogos y filósofos católicos, que tampoco puede darse ignorancia absoluta de la ley natural, respecto, sobre todo, de ciertos preceptos. Aserciones que la experiencia de los exploradores y misioneros y el estudio profundo é imparcial de las ciencias, ha venido á confirmar.

Ni vale aducir en contra, las osadas afirmaciones indignas de crédito de algunos escritores, que como Lubbock (1),

1) Lubbock, *L'homme préhistorique*, trad. Barbier, págs. 637-638.

Vogt (1) y Jorge Pouchet (2), alegan hechos evidentemente falsos, ó si verdaderos, los interpretan malamente y á su antojo (3).

Luego si por diversas que sean las razas á que pertenecen todos los hombres, ejercen, sin embargo, sustan-

(1) Vogt, *Leçons sur l'homme*, traduc. Moulinié, págs. 307-308. — París, 1878.

(2) Pouchet, *De la pluralité des races humaines*, pág. 97. — París, 1864.

(3) Véase acerca de este punto á Quatrefages, *L'espèce humaine*, lib. X, cap. 34-35. Y al mismo Quatrefages, *Introduction à l'étude des races humaines*, págs. 68, 69, 74 y sigs., y su *Revue d'anthropologie*, año 1872, página 206. — Véase asimismo al Marqués de Nadaillac, *Le problème de la vie*, cap. VI, pág. 262 y sigs.; W. Schneider, *Des Naturvölker*, Paderborn, 1886.

Oigamos lo que sobre este punto dice Vacherot. *Revue des Deux Mondes*; 1^{er} décembre, 1869: "L'expérience de l'histoire animale démontre qu'il n'y a nul signe de moralité et de religiosité chez l'animal, même considéré dans ses espèces supérieures. L'expérience de l'histoire humaine établit que ces caractères ne manquent à aucune des variétés de notre espèce, pas même aux peuplades les plus voisines de l'animalité, que les voyageurs ont pu observer dans le centre de l'Afrique et dans les îles les plus sauvages de l'Océanie. Ainsi nul animal n'est ni ne devient moral et religieux, quelle que soit sa supériorité naturelle, quel que soit le progrès de son éducation. Tout homme est et reste moral et religieux, quelle que soit son infériorité native ou sa dégradation: voilà ce que l'expérience atteste partout et toujours, sans nulle exception.

„Kolbe assure que chez les hottentots dépeints comme n'ayant aucune notion de la divinité, il a toujours vu une ferme croyance à une puissance suprême., Prichard, *Hist. nat. de l'homme*, (tomo II, pág. 18, trad. Roulin,) dit la même chose des Cafres: "Parmi toutes les nations noires que j'ai connu, écrit Ofendorp, il n'en est pas une, même parmi les plus ignorantes et les plus grossières, qui ne croie à un dieu, qui n'ait appris à lui donner un nom et qui ne le reconnaisse comme le créateur. Les eskimos croient qu'après leur mort, ils iront dans des régions merveilleuses, ou les rennes et les baleines abonderont., Nous pourrions facilement prolonger ces citations, nous préférons renvoyer ceux qui, à la suite de Burnouf, regardent, le bouddhisme comme une forme d'athéisme, à un savant travail que vient de publier récemment M. de Harlez sur *Les religions de la Chine*, et nous terminerons par ces mots de Tylor, *Contemporary Review*, 1875, pág. 702. "The asserted existence of savages so low as to have no moral standard is too groundless to be believed., — Nadaillac, *lug. cit.*, pág. 264, en la nota. Véase Pozzy, *La terre et le récit biblique*. Apéndice, *Diversité des races*, párrafo IV, pág. 482 y sigs.

"L'homme—escribe el americano Brinton—est le seul parmi tous les animaux, capable d'un sentiment religieux; dans aucun temps, dans aucun pays, on ne constate l'absence complète de ce sentiment; tous ce que l'on a écrit sur des tribus sans aucune espèce de religion n'a jamais pu supporter un examen sérieux., "Les assurances contraires de sir J. Lubbock, d'Her-

cialmente los mismos actos mentales, y son capaces de los mismos conocimientos, débese afirmar, sin género de duda, que en todas ellas la inteligencia es sustancialmente idéntica, y, por consiguiente, poseen uno de los caracteres que para la unidad específica exigíamos.

Muy bien se compagina, por otra parte, con esta identidad sustancial de inteligencia, la mayor cultura y desarrollo científico de ciertas razas y el atraso é ignorancia relativa de otras. Diferencias son estas, como antes indicábamos, que dejan intacta la esencia é íntima naturaleza del entendimiento, y denotan únicamente el mayor ó menor *grado* de cultura y desarrollo mental, la mayor ó menor educación, procedentes de múltiples y variadas cir-

bert Spencer, de certains écrivains français viennent soit d'une erreur, soit d'une étude incomplète des témoignages qu'ils invoquent.,—Brinton, *Races and peoples*, New-Yorck, 1890.

Muy bien, asimismo, dice á este propósito el esclarecido y Rdo. Sr. Vigouroux, *Les livres saints et la critique rationaliste*, tomo III, cap. V art. 4.º, págs. 388 y 389:

“Sir John Lubbock dans *l'homme préhistorique* énumère une dizaine de peuplades ou tribus qu'il assure n'avoir point de religion, *Trad. Barbier* págs. 637 y 638. M. George Pouchet dit également: “On trouve (des) hommes qui n'ont ni idées religieuses, ni dieux, ni cultes. Trois vastes régions de la terre, habitées par des populations encore sauvages, paraissent être restées jusqu'à notre époque, franches de croyances religieuses; c'est l'Afrique centrale, l'Australie et les terres boréales.”—*De la pluralité des races humaines*, 2.º édit. 1864, pág. 97. M. George Pouchet se trompe comme M. Lubbock. Des savants peu suspects, qui ont étudié la question *ex professo* reconnaissent en termes exprés qu'il n'existe aucun peuple sans religion. “L'assertion d'après laquelle il y aurait des peuples ou des tribus sans religion, dit un rationaliste, M. Tiele, repose soit sur des observations inexactes, soit sur une confusion d'idées. On n'a jamais rencontré de tribu ou de nation qui ne crût à des êtres supérieurs, et les voyageurs qui ont avancé cette opinion ont été plus tard contredits par les faits.”—*Manuel de l'histoire des religions*, trad. Vernes, 2.º édit. 1885, pág. 12. M. G. Roskoff, qui a écrit un livre spécial sur les religions des races inférieures, prouve par les faits que les tribus les plus dégradées elle-mêmes sont religieuses à leur manière.—G. Roskoff, *Religions wesen derrohesten*. Naturvólker, Leipzig, 1880. On trouve des vestiges de religion, jusque dans les débris informes que nous ont laissés les hommes préhistoriques.—Voir N. Joly, *L'homme avant les métaux*, 1879, págs. 300-312. Véase á Pozzy, *La terre et le récit biblique*. Appendice, *Unité de l'espèce*, par. VI, al fin.

cunstancias (1). Pero, á qué admirarse de estas diferencias meramente *accidentales*, si dentro de una misma raza se dan, por razón de la diversa cultura y educación científicas, iguales y aun mayores? ¿Quién no sabe cuánta parte tiene en el desarrollo de la inteligencia el cultivo y gimnasia del estudio, el trato y comunicación con personas instruidas, el respirar, en fin, ese ambiente de verdadera civilización en que no todas las razas del globo se hallan, por desgracia, constituidas? Por despierta que sea la inteligencia del hombre, si se la abandona á la inacción de la pereza, si no se la cultiva convenientemente, ó se la pone en contacto con otras rudas y salvajes, bien pronto se verá que sus destellos se amortiguan, y aun el hombre de más privilegiada raza parece insensiblemente embrutecerse (2). En cambio, colóquese al hombre del salvajismo y la barbarie, entresacado de las razas menos favorecidas por la naturaleza, en las debidas condiciones de educación y cultivo literario y científico, rodéesele, en una palabra, del ambiente de la civilización, y no haya duda que, más tarde ó más temprano, adquirirá el caudal de conocimientos y la dignidad humana de que se precian los

(1) "Malgré ces côtés favorables, il est impossible de mettre en doute la dégradation où sont tombés les indigènes de l'Australie, dégradation que le contraste avec les colons anglais rend si saisissante. Elle est due au milieu dans lequel ils sont condamnés à vivre, aux circonstances adverses contre lesquelles il leur faut constamment lutter, et M. H. Hale peut demander sans crainte de contradiction, si une race aryenne ou sémite la mieux douée, la plus intelligente avait été condamnée, pendant de longues séries de générations à de semblables conditions de vie, elle ne serait pas tombée au niveau des Australiens. La barbarie de ces derniers n'implique donc pas une infériorité intellectuelle; elle doit surtout être attribuée au milieu dans le quel ils végètent." — Nadaillac, *Le problème de la vie*, cap. VII, págs. 271, 272, y añade en una nota: "Carl Lumboltz (*Au pays des Cannibales, voy. d'exploration chez les indigènes de l'Australie orientale*) dit que la situation matérielle des habitants de l'Europe à l'époque de la pierre taillée est analogue à celle des habitants du Queensland. Des 1846 les Bénédictins espagnols avaient établi une école à 70 milles de Perth, la capital des West Australia. Tous les rapports constantent les rapides progrès des enfants des indigènes." — *Anthropologie*, décembre 1891.

(2) Véase á Nadaillac, obra y lugar ya citados, págs. 275-276.

sabios de la culta Europa (1). Vese, por consiguiente, que la aptitud para el progreso intelectual no es privilegio de ninguna raza. Y viene en apoyo de nuestra aserción la experiencia de los misioneros católicos y la de muchos inteligentes exploradores, que en sus viajes y excursiones

(1) Les individus de la race australienne, la plus dégradée de toutes, apprennent à lire et à écrire presque aussi vite que les européens; tous comprennent et parlent très bien l'anglais. Ceux qui comme Daniel et Benilong, ont été conduits en Angleterre et introduits dans la société élégante, sont devenus de vrais *gentlemen*, de l'aveu même des écrivains les plus polygénistes. M. Bateman, et quelques Anglais venus à Port-Philipps, sur la côte méridionale de l'Australie, furent frappés de la civilisation des habitants de cette côte, qu'ils trouvèrent beaucoup mieux logés, meublés et pourvus de tous les objets nécessaires qu'aucuns de leurs compatriotes. Peu de jours après, ce phénomène de perfectionnement relatif fut expliqué par l'apparition d'un homme blanc, vêtu d'une redingote et d'un pantalon de kangaroo. C'était un grenadier des armées anglaises, nommé Witham Buckley, qui envoyé sur les lieux, lors d'une première tentative de colonisation, en 1808, s'était échappé et avait vécu trente-trois ans avec les indigènes. Il n'avait pas tardé à devenir leur chef, et sous sa direction, ils en étaient arrivés au point qui étonnait si fort les nouveaux colons. On voit ce qu'avait produit chez ces sauvages déclarés incapables de tout progrès l'influence isolée d'un simple soldat. A côté de ces populations australiennes entrées dans la voie de la civilisation, on montre la postérité des *Convicts* échappée aux lois pénales, éparse dans des îlots, et bien plus près de l'état sauvage que de la civilisation dégradée. Ainsi, en Australie, l'homme blanc s'abaisse, en même temps que l'homme noir s'élève. Ces témoignages sont certainement la réfutation complète de toutes les assertions polygénistes, et ils sont d'autant plus décisifs, que celui qui les apporte ne songeait même pas, en traçant les lignes qu'ont vient de lire, aux questions que nous traitons ici. — Quatrefages, en Moigno, *Les splendeurs*, tome II, pag. 417 en la nota. Véase à Flourens, *Ontologie naturelle*, pag. 75, y de nuevo à Moigno en la misma obra, pag. 577.

“Si dans leurs rapports avec les européens, les indigènes se montrent hautains et sornois, si on a pu non sans raison les accuser d'une invincible stupidité, les enfants, amenés jeunes encore dans les centres civilisés, ont surpris par leur intelligence les instituteurs auxquels ils étaient confiés. Leur facilité à apprendre les langues étrangères, la musique surtout, dépasse celle des enfants blancs leurs camarades, et jusqu' à l'âge de la puberté, ils se montrent, comme les jeunes nègres des écoles des Etats-Unis, supérieurs à eux. — Marques de Nadaillac, obra ya citada, pag. 272.

“S'appuyant sur un certain nombre de faits empruntés à l'Amérique et à l'Océanie, aussi bien qu'à l'Afrique, on a cherché à démontrer que certaines populations humaines étaient fatalement vouées à l'état sauvage. Les partisans de cette opinion ont surtout cité comme exemple les indigènes de l'Amérique du Nord, et les Australiens. Pourtant, quiconque y regardera sans parti pris, verra facilement, parfois dans les faits même invoqués par

apostólicas ó científicas, han podido comprobar desde hace más de tres siglos, que el hombre es, dondequiera que se encuentre, social, libre y capaz de instrucción (1).

Consta, pues, como nos proponíamos demostrar en este párrafo, que, á pesar de las injustas calumnias con que Pouchet y el americano Gliddon pretenden denigrar á ciertas razas, la inteligencia del hombre, sea cualquiera la estirpe á que pertenece, es siempre esencialmente la misma (2). Y esto que decimos de la inteligencia, téngase por dicho, pues es evidente que á todos compete, respecto al

ceux qui les condamnent, la preuve évidente que, *placé dans des conditions favorables*, ces races sauraient s'élever bien au-dessus de l'état où nous les avons trouvées et nous atteindre assez vite au moins à certains égards. — En ce qui concerne les Peaux-Bouges et les groupes voisins, le grand ouvrage de Schoolcraft, plusieurs *Réports* publiés depuis ne peuvent laisser aucun doute. — Ce qui reste des Iroquois forme aujourd'hui, sur les bords du Cattarraugus une population agricole et laborieuse qui a ses écoles, son imprimerie, ses journaux. Il est inutile d'insister sur ce que sont devenus les Kreecks, les Cherokees, les Chovaw. On sait que, d'elles-mêmes, toutes ces nations du sud étaient entrées en pleine voie de civilisation sédentaire, cultivaient le coton et en exportaient, publiaient des journaux écrits dans leur langue, et imprimés en caractères imaginés par un des leurs. Le gouvernement de Washington les chassa de leurs terres, pour les transporter dans le bassin de l'Arkansas. Là, elles se sont remises à l'oeuvre, et parmi leurs fermes il en est, disent les voyageurs, qui peuvent rivaliser avec celles des yankees. — Quatrefages, *L'espèce humaine*, lib. X, cap. XXXIII.

(1) "Les races les plus dégradées ont d'ailleurs, elles aussi, leur industrie. S'il y a sur ce point comme sur tant d'autres des différences, elles ne consistent pas dans la faculté même, mais dans les progrès réalisés. Partout l'homme sait faire du feu, il cuit ses aliments, il taille le bois et la pierre, il se fabrique des engins et des armes pour la pêche, la chasse ou la guerre; partout, en un mot, il est industriel." — Vigouroux, obra ya antes citada, pág. 385.

(2) M. Pouchet ose renouveler le défi jeté en ces termes par un américain, esclaviste acharné M. Gliddon: "Qu'on me cite une seule ligne écrite par un négre et digne de mémoire." Comment comprendre tant d'audace en présence de cette déclaration solennelle de M. Flourens. (*Eloge de Blumenbach*):

"L'esprit humain est un. Malgré ses malheurs, la race de l'Afrique a eu des héros en tout genre. M. Blumenbach compte parmi elle les hommes les plus humains et les plus braves, des écrivains, des savants, des poètes; il avait une bibliothèque toute composée de livres écrits par des négres." — Meigno, lugar citado, pág. 577.

don de la palabra, á la facultad admirable de expresar oralmente los pensamientos del alma.

§ VII. — *Semejanzas anatómicas y fisiológicas.*

La estructura anatómica y constitución orgánica del cuerpo es, sin género de duda, esencialmente la misma en todos los hombres de todas las diversas razas que pueblan la tierra. Todos ellos, en efecto, gozan de estación vertical, son bípedos y bimanos, tienen generalmente, las mismas dimensiones, igual número de vértebras y muy semejantes el desarrollo del cerebro y los órganos destinados para las funciones fisiológicas. Es decir, que convienen precisamente en los caracteres anatómicos que los distinguen de los brutos. Y esto, no sólo tratándose de las razas contemporáneas y de los hombres que hoy habitan la superficie del globo, sino aun de razas antiquísimas y de individuos que hace ya muchos siglos dejaron de existir (1). Ni afirmamos con esto que no existen entre las diversas razas, diferencias anatómicas más ó menos notables. Nada de eso; pero, como después veremos en su propio lugar, ni esas diferencias

(1) "Dolichocéphale ou brachycéphale, grand ou petit, orthognate ou prognathe, l'homme quaternaire est toujours l'homme dans l'acception entière du mot. Toutes les fois que ses restes ont permis d'en juger, on a retrouvé chez lui le pied, la main, qui caractérisent notre espèce, la colonne vertébrale a montré la double courbure à laquelle Lawrence attachait une si haute importance, et dont Serres faisait l'attribut du règne humain tel qu'il l'entendait. Plus on étudie et plus on s'assure que chaque os du squelette, depuis le plus volumineux jusqu'au plus petit porte avec lui, dans sa forme et ses proportions un certificat d'origine impossible à méconnaître.— A raison de son importance spéciale, la tête mérite que nous la considérons un instant à ce point de vue. Constatons d'abord que toutes les têtes humaines modernes se retrouvent dans les têtes fossiles avec les mêmes formes, et présentent les mêmes rapports. Soit qu'on les considère isolément, soit qu'on envisage leur ensemble, rien en eux ne peut qu'éveiller le souvenir de ce que nous voyons chaque jour. L'énorme arcade sourcillière de l'homme de Néanderthal elle-même ne peut dissimuler le caractère tout humaine de ce crâne exceptionnel, sur lequel je reviendrai tout à l'heure."—Quatrefages, *De l'espèce humaine*, pag. 220.

son tales que sean exclusivas de ciertas y determinadas razas, sino que, por el contrario, suelen darse aun entre individuos incluídos dentro de una misma, ni por radicales que á primera vista parezcan, afectan en lo más mínimo á la esencia y propiedades características de la especie humana.

No es menor la semejanza y aun la identidad esencial en las funciones fisiológicas. Todos los hombres poseen la facilidad de nutrirse de la misma clase de alimentos, pues son, en cualquier parte del globo, igualmente omnívoros (1); igual es en todos ellos la longevidad media de la vida, igual la temperatura del cuerpo, el número de pulsaciones, é iguales también las leyes que presiden las funciones y fenómenos de reproducción (2). Nada decimos respecto á los que son propias de la vida sensitiva y animal (3).

Por todo lo expuesto en este y en el anterior párrafo, queda plenamente demostrada la identidad de caracteres esenciales en las diversas razas humanas. Las facultades mentales, tan esencialmente idénticas, el don de la palabra, que todas igualmente poseen, sus profundas semejanzas anatómicas y fisiológicas, prueban de consuno con la irrefragable fuerza de los hechos, que todos los hombres, por

(1) "Chaque animal se nourrit d'herbe ou de viande de la manière que la nature le lui prescrit, comme cela se voit par mi les carnivores, les herbivores, les ichthyophages et les vermivores... Il en est tout autrement de l'homme, qui est omnivore, et se nourrit de tous les mets imaginables, qui tous lui profitent également; la nourriture, de quelque nature qu'elle soit, ne cause aucune altération dans ses facultés mentales, ni dans sa constitution, ni dans sa vertu prolifique. Aussi suis-je d'opinion, qu'excepté la raison et le don de la parole, il faut regarder comme un des plus grands et des principaux avantages dont la nature a doué l'homme audessus des autres créatures, celui de pouvoir non seulement se nourrir de toutes sortes d'aliments, mais encore de conserver partout la faculté de multiplier son espèce."
Camper, *Réponse à la question de la Société batave*, chap. VII. - *Œuvres qui ont pour objet l'histoire naturelle*, tomo II, págs. 420-422. París, 1803.

(2) Véase sobre este punto á Godrón en su obra *De l'espèce et des races*, tomo II, lib. III, cap. V, pág. 394 y sigs.

(3) Léase acerca de esto A. de Quatrefages en su libro antes citado, en el lib. IX, cap. XXXII.

distantes que se encuentren, por diversa que sea la raza de donde proceden, y no obstante algunas diferencias de carácter meramente accidental, como luego más ampliamente probaremos, pertenecen á una misma é idéntica especie.

§ VIII.— *Las razas y su indefinida fecundidad.*

Otro de los argumentos que confirman nuestra tesis es la indefinida fecundidad de todas las razas.

En efecto; según los naturalistas afirman, y es ley constante comprobada por rigurosa inducción, uno de los signos inequívocos para distinguir la stirpe ó variedad accidental de la especie, y por consiguiente, para conocer si los individuos de que se trata pertenecen á *diversas* especies ó sólo á *diversas razas*, es la indefinida fecundidad de la prole. Porque como la experiencia, y aun la artificiosa *experimentación*, atestiguan, lo mismo en el reino vegetal que animal, los individuos que evidentemente pertenecen á una misma especie, por diversas que sean las razas de donde proceden, se mezclan sin dificultad y son fecundos sin limitación. Más todavía; se dan casos en que la fecundidad es mayor entre individuos de diversas razas, que si perteneciesen á una misma. Por el contrario, los individuos de diversas especies no se mezclan con facilidad, sino rarísimas veces, y una de dos: ó no llegan á tener prole, ó si la tienen no es *fecunda*, al menos indefinidamente (1).

(1) Esta ley, admitida por los fisiólogos, puede verse larga y eruditamente tratada en Quatrefages lugar citado, liv. I, caps. VII y VIII, y en otros autores. Aranzadi y Hoyos dicen hablando de este punto: "*La especie* estará constituida por el conjunto de individuos que se reproducen entre sí á perpetuidad; si dos individuos de diferente sexo son de diferente especie, no se reproducirán, ó, en caso contrario, el producto es infecundo, ó de fecundidad limitada, y este producto se llama *híbrido*. *La variedad* está constituida por el conjunto de individuos que presentan una desviación cualquiera del tipo de la especie; si los caracteres que distinguen á la variedad son permanentes, es decir, se transmiten por herencia, constituyen lo que se llama *raza*; si dos individuos son de diferente sexo y de la misma especie pero de diferente raza, se reproducirán con fecundidad ilimitada, el pro-

Consta, pues, que la indefinida fecundidad⁷ de la prole es signo inequívoco para distinguir la especie de la simple raza y variedad. Pero la misma experiencia nos atestigua que la unión sexual de individuos pertenecientes á *todas* las razas humanas, es siempre fecunda é igualmente la prole que de esta unión resulta (1). Luego el argumento de la perpetua fecundidad de las diversas razas humanas, prueba también de una manera irrefragable su perfecta unidad específica.

Bien conocen los poligenistas la fuerza del argumen-

ducto en cualquiera de sus generaciones conservará sus caracteres intermedios á los de las dos razas que le engendraron, y se llamará *mestizo*. *Lecciones de Antropología ajustadas al programa del catedrático D. Manuel Antón*, tomo I, pág. 45.

(1) "Depuis que Colomb a ouvert l'ère des grands découvertes géographiques, le blanc, ce terme supérieur extrême de l'humanité a pénétré à peu près sur tous les points du globe. Partout il a rencontré des groupes humains qui différaient considérablement de lui par leurs caractères de toute sorte; partout il a mêlé son sang au leur, partout sur son passage on a vu naître des races métis. Il y a plus. Grâce à une institution détestable, mais dont les résultats sont heureux pour l'Anthropologie, l'expérience s'est complétée. Le blanc a asservi le nègre, il l'a transporté presque partout avec lui; et, là où les races locales ont consenti à s'unir à la race esclave, elles ont engendré partout des métis de ce terme inférieur. En Amérique le *sambo* est né à côté du *mulâtre* et du *mameluco*... Loin d'être stériles, les unions entre les groupes humains les plus distincts en apparence, sont parfois plus fécondes qu'entre individus pris dans le même groupe." "Les hottentotes—nous dit Le Vaillant—obtiennent de leurs maris trois ou quatre enfants. Avec les nègres elles triplent ce nombre, et plus encore avec les blancs." Pendant quatre années passées au Brésil, au Chili et au Pérou, M. Hombron a étudié ce phénomène, dans un grand nombre de familles: "Je puis affirmer, dit-il, que les unions des blancs avec les américaines, m'ont présenté la moyenne de naissances la plus élevée). Venaient ensuite le nègre et la nègresse, puis le nègre et l'américaine." "Les unions entre américains et américaines venaient au dernier rang.— Ainsi, le maximum de fécondité se présente ici dans un cas qui constituerait une hybridation pour les polygénistes; le minimum se montre entre individus du même groupe, et c'est avec la femme empruntée à ce dernier que, grâce au croisement, le maximum est obtenu. — Ces faits sont significatifs. Dans aucun croisement entre espèces, on ne voit la fécondité s'accroître. Elle diminue, au contraire, à peu près constamment et souvent, avons-nous vu, dans une énorme proportion. Le croisement entre races nous a seul montré des faits analogues à ceux que signalent Hombron et Le Vaillant." — Quatrefages, *lug. cit.*, cap. IX, págs. 62, 63 y 64; lib. VII, cap. XXIII, pág. 196.

to que acabamos de aducir, y por eso, no teniendo nada serio que oponer en contra, acuden á ciertas argucias, que vamos brevemente á refutar.

Objetan: Esta ley como signo inequívoco de la unidad de la especie, no puede extenderse al hombre; sobre todo, si, según nosotros pretendemos, forma reino aparte en la clasificación científica de los seres de la naturaleza.—Porque—dicen ellos—esa ley es propia de los reinos vegetal y animal, en los cuales, ciertamente, la experiencia nos la confirma. Pero ¿con qué derecho se hace también extensiva al reino humano?—Con el derecho—respondemos nosotros—de la analogía; porque aquí se trata de un fenómeno del orden de la vida vegetativa, en la cual, el hombre conviene con los animales y las plantas. Luego, mientras no se demuestre evidentemente lo contrario, el argumento de analogía nos autoriza para aplicar al hombre las leyes que rigen las funciones de la generación y reproducción en los dos reinos inferiores, animal y vegetal.

No tiene más fuerza la otra objeción. Quiriendo explicar favorablemente á sus falsas doctrinas el hecho cierto é innegable del aumento constante de población originado de la unión de individuos de diversas estirpes, afirman que tal aumento de ninguna manera prueba la indefinida fecundidad de la prole. Lo que pasa es, que, aunque los descendientes de familias formadas por individuos de diversas razas, pierdan, á las dos ó tres generaciones su fecundidad; pero, como al mismo tiempo llegan de nuevo á esos países otras y otras familias, se va de este modo renovando la *sangre*, no, como nosotros suponemos, merced á la indefinida fecundidad de la prole habida en las primeras uniones, sino gracias tan sólo á nuevos matrimonios de nuevos colonos que á esos países vienen á vivir.

Realmente, esta objeción parece explicar, aun sin admitir la fecundidad perpetua de la prole, el hecho constante del aumento de población en ciertos países. Pero tiene el

ligero inconveniente de no estar conforme con la realidad. Porque, como consta por documentos auténticos, ese aumento de población es debido precisamente á la indefinida fecundidad de la prole, como lo prueban Quatrefages (1), Pozzy (2), Godrón (3) y otros.

Ni prueba nada, como pretenden los poligenistas, el caso excepcional de las islas de Java y Jamaica y el de la Carolina austral, en donde los mulatos aparecen como raza enervada, enferma y poco fecunda. Porque esta excepción no destruye los innumerables ejemplos de indefinida fecundidad que nos ofrece la historia. Por otra parte, ¿qué de extraño tiene que en esos países, ya por causas físicas del clima (4), ya, sobre todo, por las morales del desorden vicioso y relajación de costumbres en que los pobres mulatos viven, la ley general sufra, *per accidens*, alguna excep-

(1) Quatrefages, obra ya mencionada, lib. VII, cap. XXIII, pág. 196 y sig.

(2) Pozzy, obra y lugar ya citados, pág. 508 y siguientes.

(3) Godrón, lib. III, cap. V, pág. 361 y sig.; cap. IV, pág. 354 y sig.

(4) Remarquons en outre — dice Pozzy (obra y lugar citados, pág. 519), — que le climat des îles de la Sonde est peu favorable aux Européens; que les Hollandais ne perpétuent pas leur race à Batavia, qu'ils y deviennent stériles quelquefois dès la seconde génération (*Steen Bille* cité par M Broca, *Recherches sur l'hybridité*, pág. 634). En sorte qu'il n'y aurait rien d'improbable, bien au contraire, à ce qu'il faille attribuer le peu de fécondité des *lipplappen* (c'est le nom des métis de Java) à l'influence des milieux. Cette induction nous semble confirmée par l'exemple des Mamelouks qui originaires de la région du Caucase, n'ont jamais pu se propager en Egypte. «En les voyant subsister en ce pays depuis plusieurs siècles dit Volney, on croirait qu'ils s'y sont reproduits par la voie ordinaire de la génération; mais si leur premier établissement fut un fait singulier, leur perpétuation en est un autre qui n'est pas moins bizarre. Depuis cent cinquante ans qu'il y a des Mamelouks en Egypte, pas un seul n'a donné de lignée subsistante, il n'en existe pas une famille à la seconde génération; tous les enfants périssent dans le premier ou le second âge. Les Ottomans sont presque dans le même cas, et l'on observe qu'ils ne s'en garantissent qu'en épousant des femmes indigènes, ce que les Mamelouks ont toujours dédaigné (les femmes des Mamelouks sont comme eux des esclaves transportées de Georgie, de Mingrelie, etc. Qu'on s'explique pourquoi des hommes bien constitués mariés à des femmes saines, ne peuvent naturaliser, sur les bords du Nil, un sang formé au pied du Caucase, et qu'on se rappelle que les plantes d'Europe refusent également d'y maintenir leur espèce.» Volney. — *Voyage en Syrie et en Egypte*. Paris, an. VII, tom. I, pág. 94). Cf. Quatrefages, *lug. cit.*, pág. 198.

ción? (1). Queda, por consiguiente, en pie el argumento de la perpetua fecundidad de las diversas razas humanas, ya en sí mismas, ya en la prole que de su unión procede.

§ IX.—*Las razas y sus variedades accidentales.*

Dijimos antes, al probar la unidad específica del hombre por los caracteres idénticos esenciales de las razas, que esto no impide la diversidad de ciertos rasgos meramente accidentales, y que en nada inmutan la esencia de la naturaleza humana. Estas variedades son entre otras: Primera, la estatura del cuerpo y proporción de los diversos miembros; segunda, el color; tercera, la calidad del cabello; cuarta, el prognatismo de la cara; quinta, el ángulo facial; sexta, la capacidad del cráneo; y séptima, el peso de la masa encefálica.

Como se ve desde luego, y aparecerá después más claro al tratar separadamente de cada uno de estos puntos, todas estas diferencias afectan sólo á la parte material, al cuerpo del hombre. Pero hemos probado ya la identidad esencial de sus facultades mentales, del elemento superior y específico, que es el alma. Luego esas variedades no pueden demostrar la diversidad específica, que debe conocerse por la diversidad de la forma sustancial, no de la materia, del

(1) "Il y a d'ailleurs á tenir compte ici d'un élément constamment oublié et dont l'importance dans les questions de cette nature m'a toujours vivement frappé. Je veux parler de la *moralité*. Elle aussi fait partie des conditions d'existence; elle est un des éléments du milieu. Or, qu'on se raporte aux détails, peu nombreux mais trop significatifs, donnés par quelques voyageurs sur l'existence des Européens aux colonies, à la Jamaïque en particulier; que l'on rapproche ces tristes données de celles que fournit l'observation journalière, et les questions de *croisement*, d'*acclimation*, s'éclaireront d'un jour tout nouveau. Il faudra bien reconnaître que la mort des pères, l'extinction des descendants, ne sont souvent que la conséquence et la punition du déplorable milieu moral qu'ils se sont fait et où ils ont vécu...— Quatrefages, obra ya mencionada, págs. 198, 199.— Véase á Pozzy, lugar citado, págs. 520, 521.

compuesto humano. ¿Qué más? Aun entre las diversas estirpes vegetales y animales, que evidentemente nos constan pertenecer á una sola especie, se dan mayores diferencias morfológicas, anatómicas (1) y fisiológicas que entre las razas humanas (2). Luego si en los vegetales y animales esas diferencias, por grandes que parezcan, en nada se oponen á la unidad específica de las diversas estirpes, tampoco deben oponerse, por la misma razón, en la especie humana.

Y á la verdad, no sólo entre diversos animales que ciertamente pertenecen á una misma especie, se encuentran, como hemos dicho, iguales y aun mayores diferencias, sino que existen también, y aún en mayor grado, en individuos de *una misma raza* humana. De donde se deduce que esas variedades tampoco pueden pasar de meramente *accidentales*.

(1) Véase á Quatrefages (ob. cit. lib. I, cap. IV, y en lo referente á las palomas y á los perros véase la *Psychologia*, vol. I, núm. 101, pág. 491, en la nota.

(2) Véase lo que dice el mismo Quatrefages: «Comme chez les végétaux, nous avons chez les animaux des races á développement lent et d'autres qui grandissent et s'engraissent rapidement. Comme chez les végétaux la fécondité diminue chez les unes et s'accroît chez les autres. Trop perfectionnées, c'est-à-dire, trop éloignées de leur type naturel les races animales comme les races végétales finissent par ne se reproduire qu'avec peine ou même pas du tout. En revanche, nos races ovines ordinaires n'ont qu'une portée d'un seul agneau par an; les hong ti ont deux portées de deux agneaux chacune. La laie sauvage ne porte qu'une fois l'an et ne donne le jour qu'à six ou huit marcassins; devenue domestique, elle met bas deux fois par an de dix á quinze petits pores. La fécondité est donc au moins triplée. Chez d'apérea, devenu le Cochon d'Inde, elle est plus que septuplée. Chez les chiens, les habitudes imposées par l'éducation, transmises et reforcées par l'hérédité, finissent par prendre les apperences d'autant d'*instincts naturels* qui caractérisent les races aussi nettement que des particularités physiques. C'est ce qu'ont mis hors de doute les expériences poursuivies par Knight pendant plus de trente ans. Pour rappeler le contraste qui existe parfois entre ces instincts acquis, il suffit de nommer les chiens courants et les chiens d'arrêt. Au point de vue du développement relatif de l'intelligence proprement dite, la différence de race á race est aussi parfois très marquée. Il suffit de comparer á ce point de vue le barbet et le lévriers». — *Ibid.*, lib. I, cap. IV, pág. 33.

Las razas y la estatura.—Que la diferencia de estatura en los individuos, deba considerarse como una variedad accidental, es á todas luces evidente. Ya porque esta diversidad de talla es mayor en los animales de diferentes razas dentro de una misma especie (1), ya porque también se da entre individuos pertenecientes á una misma raza humana; tanto que muchas veces difiere más la talla de los de una misma que la talla media de diversas estirpes (2); y por el contrario, se dan individuos de cualquiera de las razas que, en este punto de la altura corpórea, no discrepan de los pertenecientes á otras distintas. ¿Quién no vé, por lo tanto, que, en razón de la estatura, las diversas razas humanas no se diferencian entre sí sino accidentalmente? Y lo mismo se diga de la proporción de los miembros del cuerpo, en lo cual difieren, como decíamos de la estatura, no sólo los individuos de diversas razas, sino también los que son evidentemente de la misma (3).

Las razas y la coloración de la piel.—El diverso color de la piel, es una diferencia tan poco profunda, que ya entre los antropólogos se considera insuficiente para señalar dis-

(1) Quatrefages, después de establecer una inducción sobre esta materia y formar tablas de estatura en las diversas razas, concluye de esta manera: "On voit que la variation de race á race chez le cheval est deux fois plus considérable que chez l'homme, presque trois fois chez le mouton et le lapin, et quatre fois chez le chien. La différence est peut-être plus marquée encore chez la chèvre et le boeuf, á en juger par les termes de comparaison qu'emploient quelques voyageurs.—Si, après nous être occupés des dimensions générales du corps, nous comparions les différences de proportion que présentent d'un côté les races animales, de l'autre les groupes humains, nous arriverons á des résultats analogues. Mais sans entrer ici dans les détails, il suffit de rappeler au lecteur le chien levrier et le basset."—Quatrefages, obra citada, lib. I, cap. V, pág. 38.

(2) "Les oscillations des tailles moyennes au-dessus et au-dessous de cette moyenne générale s'élèvent pour les patagons á + 0^m.115, pour les Boschimans á - 0^m.265. Les oscillations individuelles sont de + 0^m.295, pour l'indigène de Tongatabon, et de - 0^m.495, ou - 0^m.635, pour les Boschimans."—Quatrefages, en el lug. ya citado, lib. IX, cap. XXIX, pág. 262.

(3) Véase á Pozzy, ob. y lug. cit., pág. 468 y siguientes. Quatrefages, en el mismo pasaje indicado, pág. 263; Godrón, lib. III, cap. II, pág. 181 y siguientes, y pág. 390.

tinción específica (1). Este carácter puede variar, y de hecho varía, no sólo entre animales que, aunque de diversas razas, pertenecen, sin género de duda, á la misma especie, sino también entre individuos de una misma raza humana (2). Así, por ejemplo, en todas ellas, incluso la negra, se da la variedad de los albinos (3), y por el contrario, en

(1) "La couleur de la peau n'a pas grande valeur, lorsqu'il s'agit de caractériser les groupes fondamentaux de l'humanité."—Quatrefages, *Histoire générale des races humaines*, pág. 209.

"La coloration dans les races fournit d'excellents caractères, mais ne saurait être prise pour point de départ d'une classification... Les colorations jaune, rouge et noire sont reliées par trop d'intermédiaires, et ne sont pas assez caractéristiques."—P. Topinard, *L'Anthropologie*, pág. 360.

(2) "La coloration de la peau est un des caractères que l'oeil saisit le plus aisément et qui frappe le plus. De là même viennent les expressions de *Blanc*, *Jaune* et *Noir*, fort improprement employées pour désigner les trois groupes fondamentaux de l'humanité. Constatons d'abord que ces dénominations ont le grave inconvénient de donner des idées parfaitement fausses. Parmi les *Blancs* il est des populations entières dont la peau est aussi noire que celle des *Nègres* les plus foncés. Je me borne á citer le Bicharis et autres peuples habitant les côtes africaines de la mer Rouge, les *Maures noirs* du *Sénégal*, etc. En revanche il est des *Nègres* jaunes, comme les *Boschiman*, de teinte acajou clair ou café au lait, comme nous l'apprit *Livingstone*.—Il n' en est pas moins vrai que la couleur est bien le caractère qui chez l'homme varie le plus, et lorsqu'on oppose le *Nègre noir de charbon*, au *Blanc blond á teint rosé*, le contraste est frappant. Mais ce contraste se trouve dans plusieurs de nos races animales, chez le chien, par exemple, dont la peau, habituellement noirâtre, devient blanche chez le caniche blanc. Il en est de même chez les chevaux, et ce fait était déjà connu d'*Hérodote*, qui signale comme supérieurs aux autres les chevaux blancs á peau noire.—A elles seules nos races gallines présentent. les trois couleurs extrêmes signalées chez l'homme. La poule gauloise a la peau blanche, chez la cochinchinoise elle tire sur le jaune; elle est noire chez les *poules nègres*. Celles-ci présentent parfois un fait semblable á celui que je rappelais á propos du cheval; la teinte foncée de la peau coïncide chez elles avec un plumage blanc, comme chez la *poule de soie* du Japon... On voit que les *poules nègres* ne sont nullement une espèce distincte; on voit que l'apparition de la couleur noire, n'est chez elle qu'un caractère accidentel pouvant naître dans les races d'ailleurs très dissemblables et se propager ensuite par hérédité. Pourquoi admettre qu'il en a été autrement chez l'homme?—Le mélanisme est d'ailleurs plus développé chez les poules que chez l'homme."—Quatrefages, ob. cit., lib. I, cap. V, págs. 35-36.

(3) Véase á Blumenbach, *Medicinische Bibliothek*, tomo. III, pág. 545; Wiseman, *Discursos sobre las relaciones que existen entre las ciencias y la Religión revelada*, lib. I, disc. III, hermoso tratado que se halla en el apéndice de la obra *Vindictarum*, Bibliæ. Du Clot, edic. castellana; Godrón, obra citada cap. II, pág. 140 y siguientes.



la blanca ó caucásica se da la variedad negra y aún de otros colores (1).

Pero ¿qué más, si en individuos descendientes de unos mismos padres (2), y más aún, en un mismo individuo, con el transcurso del tiempo (3), llega á variar el color?

Siendo la misma en todos los hombres la constitución de la piel, su diversa coloración no puede menos de originarse por causas meramente accidentales (4). Mucho más

(1) Expresamente los abisinios, árabes y otros. Véase á Godrón, pág. 163 y siguientes; Mendive, *La Religión católica vindicada*, pág. 587.

(2) "Le poisson doré de la Chine est jaune avec un mélange de noir dans toutes les proportions possibles, si bien qu'il peut passer du jaune pur au noir absolu par une série de transitions graduées; il serait pourtant impossible de considérer cette série de couleurs intermédiaires comme une série *génétique*, parce que l'expérience prouve que toutes ces variations peuvent se rencontrer dans une seule génération, issue d'un même couple de parents."—Ed. de Hartmann, *Le darwinisme*, pág. 14.—Véase á Vigouroux, ob. cit., pág. 336.

(3) "Au moment de la naissance, les nègres ne sont pas noirs; ils ne le deviennent que par le contact de l'air atmosphérique."—Blumenbach, *De l'unité du genre humain*, pág. 149.—Y esto mismo lo vió experimentalmente el mismo Pruner-Bey, *Mémoire sur les nègres*, en Vigouroux, páginas 336-337. Véase á Quatrefages, en Pozzy, ob. y lug. cit., págs. 550-551.

(4) "Les différences de coloration s'expliquent assez aisément. On sait aujour d'hui à n'en pas douter que la peau du nègre a exactement la même composition que celle du blanc. Chez tous les deux on trouve les mêmes couches, le *derme*, le *corps muqueux*, et l'*épiderme* présentant exactement la même structure. Ces couches sont seulement plus épaisses chez les nègres. Dans ces deux grandes races le corps muqueux, [placé entre les deux autres, est le siège de la coloration. Il est formé par des cellules d'un jaune pâle chez le *blanc-blond*, d'un jaune plus ou moins brunâtre chez le *blanc-brun*, d'un brun noirâtre chez le *nègre*. Des causes extérieures influent d'ailleurs sur l'organe et modifient la sécrétion colorée. Simon a montré que les taches de rousseur ne sont que des points de la peau du blanc qui présentent les caractères de la peau du nègre, et l'on sait qu'une insolation inaccoutumée chez les hommes et chez les femmes de notre race, la grossesse, chez les dernières, sont suffisantes pour déterminer la formation de ces taches. Qu'y a-t-il d'étrange à ce qu'un ensemble de circonstances parmi lesquelles figurent une chaleur constante, une vive lumière, etc.?—En définitive la couleur de la peau tient à une simple sécrétion que peuvent modifier une foule de circonstances, comme on l'observe pour tant d'autres. Il n'y a donc rien d'étrange à voir des groupes humains, fort différents d'ailleurs, se ressembler sous ce rapport."—Quatrefages, ob. cit., lib. I, cap. V, pág. 37; lib. IX, cap. XXIX, págs. 268-269.

Véase también á Wisemán, *Discursos sobre las relaciones entre la*

cuando, según atestigua la experiencia, el color llega á mudarse sólo por el cambio de condiciones climatológicas, sin necesidad de mezcla con razas extrañas (1).

Las razas y el cabello.—Tres son las diferencias que puede presentar el cabello, y las tres, como veremos, meramente accidentales. La primera se refiere á la mayor ó menor abundancia de pelo, y, prescindiendo ahora de que en algunas regiones los hombres acostumbran á decalvarse (2), sabido es que en este punto, aun entre individuos de una misma raza, puede haber gran diferencia. Además, no faltan entre los animales, razas, como algunas de los perros,

ciencia y la Religión revelada, lib. I, disc. IV, no muy lejos del principio, Moigno, ob. cit., tom. II, pág. 573; Vigouroux, ob. y lug. cit., pág. 337 y sig.

(1) Oigamos lo que sobre este punto dice Pozzy, ob. cit., pág. 554: Pour ce qui est de la couleur: "si d'autres influences, dit M. Reclus dans les articles déjà cités, ne balançaient celles du climat, il se pourrait bien qu'après un certains laps de siècles, les américains eussent tous la couleur des aborigènes, leurs ancêtres, fussent-ils venus d'Irlande, de la France ou du Congo." Des modifications analogues s'observent chez le créole canadien. "Un long séjour en Amérique, lisons-nous encore dans la *Revue des Deux-Mondes* du 15 décembre, 1850, a fait perdre au créole canadien les vives couleurs de sa carnation.

"Son teint a pris une nuance d'un gris foncé; ses cheveux noirs tombent á plat sur ses tempes comme ceux de l'Indien. Nous ne reconnaissons plus en lui le type européen, encore moins le type gaulois." En fin, même en Australie, colonisée depuis si peu de temps, les colons anglais ont subi l'action du milieu au point de former déjà un type á part distinct du type primitif. Les *currencycs*, écrivait Cunningham en 1826 (on sait qu'on désigne ainsi les créoles australiens, par opposition aux Européens qu'on nomme *sterlings*), les *currencycs* deviennent grands et sveltes comme les américains, et sont en général remarquables par le caractère saxon des cheveux blonds et des yeux bleus; mais leur teint, dans la jeunesse même, est d'un *jaune pâle*. Dans un âge plus avancé, ils sont facilement reconnaissables auprès des individus nés en Angleterre. Les joues de rose ne sont point de ce climat, non plus que de celui de l'Amérique, où un teint fleuri attirera indubitablement cette observation: "Vous êtes du vieux pays, vous!"—Qu'on juge après cela de ce que valent les affirmations si tranchantes des polygénistes, quand ils nous disent que la couleur des races est originelle et permanente, et qu'il n'y a entre elle et le climat aucune relation. Voyez en particulier M. Broca, dans ses *Recherches sur l'hybridité animale*, pág. 460 y siguientes.—Véase á Quatrefages, pág. 191; y Constan. James, pág. 245.

(2) Véase á Quatrefages, obra y lugar ya citados; lib. I, cap. V, página 38; lib. IX, cap. XXIX, págs. 268 y 269.

caballos y bueyes, completamente desprovistas de pelo, y que, sin embargo, no se distinguen específicamente de otras que no presentan ese carácter (1).

La segunda diferencia es su diversa calidad. Así, por ejemplo, en los negros es lanoso, y con todo, de igual estructura y naturaleza que el de otras razas (2). Mas aun suponiendo que fuera realmente lana, no por eso dejaría de ser ésta una variedad accidental; pues sabido es que en los animales puede, á causa de la diversidad de circunstancias, transformarse la lana en pelo (3). La misma experiencia también nos enseña, según sabiamente advierte

(1) "Il existe des chiens et des chevaux sans poils. En Amérique dont tous les boeufs sont d'origine européenne, on voit les villosités devenir d'abord très fines et rares chez les *pelones* et disparaître entièrement chez les *calongos*; et si ceux-ci ne se multiplient pas c'est que l'on a soin de les tuer, les regardant comme des animaux dégénérés.—Il est évident qu'à ces divers points de vue les variations se montrent plus étendues chez les animaux que chez les hommes."—Quatrefages, ob. cit., lib. I, cap. V, página 88.—Véase el lib. IX, cap. XXIX, pág. 268.

(2) "Il résulte—dice Pozzi (ob. cit., Appendice, *Diversité des races humaines*, pár. II, pág. 479.)—de l'examen des cheveux, du nègre, fait au microscope, que ce sont de véritables cheveux, qui ne peuvent en aucune façon être assimilés à la laine. M. Prichard s'est livré sur ce point à un grand nombre d'observations. Il a vu et examiné avec soin, au moyen d'un grossissement d'environ quatre cents fois, des cheveux appartenant à différentes races d'hommes et les a comparés à la laine d'un mouton anglais. Il a ainsi tour à tour comparé les cheveux d'un nègre, d'un mulâtre, de plusieurs européens et de quelques abyssiniens avec la laine du mouton de Southdown, en les éclairant successivement à la manière des corps transparents et à la manière des corps opaques.—D'après les résultats de ces observations, dit-il, il reste pour moi parfaitement démontré que le nègre a des cheveux proprement dit et non pas de la laine. La principale différence entre les cheveux du nègre et ceux de l'européen consiste simplement en ce que les uns sont plus frisés et plus crépus que les autres, et ce n'est réellement qu'une différence du plus ou moins, puisque chez quelques européens les cheveux sont aussi extrêmement crépus. Une autre différence consiste dans la plus grande quantité de substance colorante ou pigment qui se trouve dans les cheveux du nègre. Il est très probable que cette particularité est avec la première dans des rapports nécessaires, et même qu'elle en est la cause."—Véase á Prichard, *Histoire naturelle de l'homme*, tomo I, pág. 140; Quatrefages, ob. cit., lib. I, cap. V, pág. 37; Godrón, tomo II, lib. III, cap. II, pág. 172; Vigouroux, ob. cit., págs. 348 y siguientes.

(3) "Je n'insisterai pas longuement sur les modifications de la chevelure

Prichard (1), que aun entre los negros, como sucede en otras razas, varía muchísimo la calidad del cabello, y que aun entre los mismos europeos se encuentran individuos de cabello crespo como los negros; todo lo cual demuestra plenamente la *accidentalidad* de estas diferencias (2).

La tercera circunstancia es su color, que suele ser muy vario, no sólo en una misma estirpe, sino aun en un mismo individuo, según sus diversas edades (3). Si antes, cuando tratábamos de la coloración de la piel, sosteníamos que esta variedad no podía considerarse de ningún modo como

et des villosités. Elles sont bien plus apparentes que réelles chez l'homme. Qu'ils soient blonds, ou noirs, fins et d'un aspect laineux comme chez le nègre, ou gros et raides comme dans les races jaunes et rouges; que leur coupe transversale soit circulaire comme chez le jaune, ovale comme chez le blanc ou elliptique comme chez le nègre, *les cheveux restent cheveux*. Au contraire la toison laineuse de nos moutons est remplacée par un jar cour et lisse dans une partie de l'Afrique. En Amérique il en est de même chez les moutons de la Madeleine, dès qu'on cesse de les tondre; et en revanche dans les hauts plateaux des Andes, les sangliers acquièrent une sorte de laine grossière..

Quatrefages, en el lib. I, cap. V, pág. 37. — Véase el lib. IX, cap. XXIX, págs. 269 y 270.

“La textura del pelo experimenta variaciones análogas. En vano se ha intentado producir lana en las Antillas, porque los ganados que se transportan allá pierden su lana y se cubren de crin ó de pelo. Lo mismo sucede en otros climas cálidos.. *Los carneros en Guinea*—dice Smith—*se parecen tan poco á los de Europa, que apenas podría decir un extranjero á qué especie pertenecen, á no oírlos balar, porque están cubiertos de un pelo pardo, claro ó negro, como los perros; de suerte, que un escritor de imaginación ha hecho la observación de que allí parece el mundo al revés; porque los carneros tienen pelo, y los hombres lana.* (Smith, *New voyage to Guinea*, Lond., 1745. — *New general collection of voyages and travels*. Lond. 1745.) Un fenómeno semejante ocurre en la comarca de Angola, donde casi todos los animales, carneros, cabras, conejos, gatos están cubiertos de un pelo largo y suave, tan famoso en las fábricas de Oriente. Otros animales están sujetos á esta mudanza; pues el Obispo Haber, nos dice que los perros y caballos llevados de la India á las montañas, se cubren al punto de lana, como la cabra de pelo de chal de aquellos climas. —Wiseman, *lug. cit.*, discurso III.

(1) Prichard, *ob. cit.*, tomo I, pág. 134.

(2) Véase á Godrón, lib. II, cap. II, pág. 171. Véase cap. II, págs. 198 y sigs. Asimismo á Topinard, en la *Revue Anthropolog.* Octubre, 1886, página 590.

(3) Véase á Godrón, lib. III, cap. V, pág. 380.

esencial, con más razón deberemos ahora afirmar lo mismo, de la diversa coloración del pelo.

Rasgos faciales y cefálicos de las diversas estirpes.— Grande es la diversidad de la forma y tipo del rostro humano en las distintas razas, y muchas las variedades que se notan en la conformación de las varias partes del mismo, de la nariz, de los labios, ojos, etc. Pero conviene notar de nuevo, repitiendo la misma observación hecha en anteriores párrafos, que aun dentro de una misma se notan esas diferencias, y que, por el contrario, rasgos, al parecer característicos de una estirpe, se encuentran, no raras veces, en individuos pertenecientes á otra muy distinta, como advierten los eruditos Blumenbach, Prichard y Caillié (1).

No es menor el contraste que á primera vista ofrecen las razas por la hermosura y aspecto agradable del rostro si comparamos, por ejemplo, al más agraciado de los caucásicos con el más deforme de los negros. Pero conviene recordar, que ni faltan en la raza blanca tipos desgraciados y feísimos, ni en la negra deja de haber rostros de facciones atractivas, y que, si comparamos algunos tipos de ambas razas, no tendrán mutuamente mucho que echarse en *cara*, ó quizás quedará la palma de Adonis para el infeliz negro.

Pero aun suponiendo que estas diferencias sean notables, mayores se encuentran en animales que, sin género de duda, pertenecen á idéntica especie (2).

(1) En Godron, lib. III, cap. V, pág. 381; cap. II, pág. 198 y sig.; consúltese á Topinard, en la *Revue Anthropologique*, Octubre, 1886, pág. 590.

(2) "Depuis longtemps Blumenbach avait fait remarquer qu'il y a plus de différence entre la tête du cochon domestique et celle du sanglier, qu'entre celle du blanc et du nègre. Il n'est pas une de nos espèces domestiques dont les races ne se prêtent á la même appréciation, pour peu qu'on y regarde de près. Mais je me borne á rappeler au lecteur les têtes des chiens bouledogue, levrier et barbet. - L'étendue des modifications que peut présenter la tête n'est nulle part mieux accusée que dans le *boeuf camard*, le *gnato* de Buenos-Ayres et de la Plata. Ce boeuf reproduit dans son espèce des modifications analogues á celles que le bouledogue présente chez les chiens. Toutes les formes sont plus raccourcies, plus trapues. La tête en particulier semble avoir éprouvé un mouvement général de concentration. La

Tampoco el prognatismo ó prominencia de los pómulos indica nada en contrario. Porque ni es tan propio de los negros, que siempre se encuentre en todos ellos, ni tan exclusiva, que no se dé también en los blancos (1). Digase lo mismo respecto á la diversidad de ángulo facial, notable á veces en individuos de una misma estirpe, y que, por lo tanto, nada prueba contra nuestra

mâchoire inférieure, quoique raccourcie elle-même, dépasse la supérieure, si bien que l'animal ne peut brouter qu'aux arbres. Le crâne est tout aussi difforme que la face. Ce ne sont pas seulement les formes des os qui sont modifiées, ce sont aussi leurs rapports dont presque pas un, dit M. B. Owen, n'a été vraiment conservé. Cette race, parfaitement assise, n'en est pas moins d'origine bien récente, car, comme je le rappelais plus haut, tous les boeufs américains descendent de boeufs européens. Elle est déjà représentée dans le Nouveau-Monde par deux sous-races dont l'une, celle de Buenos-Ayres a conservé ses cornes, tandis que celle du Mexique les a perdues. Il est presque inutile de faire remarquer qu'aucun groupe humain ne présente quoi que ce soit d'analogue...—Quatrefages, ob. cit., lib. I, cap. V, páginas 40-41.

(1) "Chacun sait que chez le nègre la face entière et surtout la portion inférieure est projetée en avant. On a donné à ce trait le nom de *prognathisme*. Sur le vivant il est exagéré par l'épaisseur des lèvres. Mais il se trouve aussi sur la tête osseuse et constitue un des caractères les plus frappants. M. Topinard l'a étudié d'une manière spéciale et par une méthode personnelle. Il a séparé avec raison le *prognathisme facial*, qui embrasse la totalité de la face, des divers *prognathismes maxillaires et dentaires*, que j'avais depuis longtemps proposé de distinguer. Ici l'indice est fourni par le rapport existant entre la hauteur et la projection horizontale de la région étudiée. Mais M. Topinard a récemment substitué à cet indice, l'angle formé par les *lignes de profil* avec le plan horizontal. C'est une modification heureuse en ce qu'elle présente à l'esprit quelque chose de très précis.

Des divers prognathismes le plus important est celui qui intéresse la portion du maxillaire placée au-dessous du nez et comprenant les alvéoles des incisives et des canines. C'est le *prognathisme alvéolosus-nasal* ou *prognathisme maxillaire supérieur*. C'est lui que l'on oppose chez le nègre à l'*orthognathisme* du blanc. Ce caractère prêterait à des remarques analogues à celles que j'ai déjà eu si souvent à faire. C'est ce qui résulte bien clairement du résumé suivant que j'emprunte presque textuellement au livre de M. Topinard. Toutes les races, tous les individus sont plus ou moins prognathes. En général les races d'Europe le sont peu; les races jaunes et polynésiennes le sont beaucoup plus; les races nègres davantage encore. Remarquons toutefois que même les indices moyens placés les Tasmaniens (76°,28) au dessus des Jinois et des Esthomiens (75°,53) et bien près des Mérovingiens (76°,54). Le minimum de prognathisme ou maximum d'orthognathisme se rencontre chez les guanches (81°,34). L'extrême opposé

tesis (1). El índice *cefálico*, según el cual las razas son llamadas ó *dolicocéfalas* (de cabeza larga) *braquicéfalas* (de cabeza pequeña) ó *mesaticéfalas* (de cabeza mediana), tampoco en modo alguno puede considerarse como rasgo esencialmente diversificativo, ya porque los índices de las diversas razas son á veces iguales, ya también porque dentro de una misma se encuentran individuos de diverso índice (2).

se trouve chez les namagnois et les boschimans (59°,88'. Les moyennes établissent des limites entre les diverses subdivisions des grandes races fondamentales. Mais les variations individuelles font, comme partout, disparaître ces distinctions. Dans toutes les races il y a des exceptions, des nègres aussi peu prognathes que des blancs, et des blancs excessivement prognathes. M. Topinard voit dans ces cas exceptionnels des faits de métissage, d'atavisme, ou des phénomènes pathologiques. J'ai depuis longtemps rattaché à l'atavisme le prognathisme, parfois si curieusement prononcé chez quelques parisiennes. Mais il faut aussi tenir compte de ces *oscillations de caractères* que l'on rencontre partout dans les races, non soumises à la sélection dans un but spécial.— Quatrefages, op. cit., lib. IX, chap. III, pág. 289; Vigouroux, op. cit., pág. 357, en cuya obra también Häckel atestigua lo mismo. Véase también Godrón, págs. 385-386, y la *Revue Scientifique*, 20 Noviembre 1880, págs. 497-498.

(1) Véase Pozzy, loc. cit., pág. 463, donde después de tratar con amplitud de esta materia, concluye de esta manera: "Remarquons enfin, même pour les modifications qui existent à cet égard entre les différents types humains que ces modifications sont déterminées essentiellement par la disposition de la mâchoire supérieure et non par une direction plus ou moins verticale ou fuyante de la ligne frontale, car sous ce dernier rapport les différences nationales ou typiques sont bien moindres que les différences individuelles. Si au lieu de faire arriver la ligne abaissée de la racine du front à la partie la plus proéminente de la mâchoire supérieure, comme le voulait Camper ou la fait arriver au point de rencontre du bas du nez et de la lèvre supérieure, on verra que cette ligne est aussi redressée sur les têtes nègres que sur la plupart des têtes européennes.."

(2) "Ou oubliait les remarques si justes, faites à ce sujet par Desmoulins á propos des boschimans. Parce que la plupart des civilisations ont pris naissance chez des peuples dolichocéphales, on a regardé la tête allongée d'avant en arrière comme la forme supérieure. On oubliait que les nègres et les esquimaux sont généralement dolichocéphales au premier chef et que les brachycéphales européens sont partout les égaux de leurs frères à tête longue. Toutes les interprétations analogues sont absolument arbitraires. En fait, la supériorité entre groupes humains s'accuse essentiellement par le développement intellectuel et social; elle passe de l'un à l'autre. Tous les européens étaient de vrais sauvages quand déjà les chinois et les égyptiens étaient civilisés. Si ces derniers avaient jugé de nos ancêtres, comme

Finalmente, la capacidad craneal, tan traída y llevada en nuestros días por los materialistas para ver de confirmar sus erróneas doctrinas, no es argumento más fuerte que todos los anteriormente expuestos. Porque, si bien es

nous jugeons trop souvent des races étrangères, ils auraient trouvé chez eux bien des signes d'infériorité, à commencer par ce teint blanc dont nous sommes si fier et qu'ils auraient pu regarder comme accusant un étiolement irremédiable. — Quatrefages, ob. cit., lib. IX, cap. XXIX, pag. 260. Véase también al mismo Quatrefages, lib. IX, cap. XXX, pag. 277, donde, después de poner los cuadros hechos por Pruner, Bey y Broca sobre esta materia, prosigue así: "Ces deux tableaux se complètent et se confirment l'un l'autre pour tous les résultats généraux. Les différences secondaires qui les distinguent, tiennent sans doute d'une part au nombre des crânes dont chacun des auteurs a disposé pour obtenir ses moyennes; d'autre part à quelque diversité dans l'emploi de ces matériaux. M. Pruner Bey a distingué les sexes que M. Broca a réunis; ce dernier a groupé ensemble les hottentots et les boschimans, séparés par M. Pruner, etc. Du tableau de M. Broca il résulte que la moyenne de tous ces indices, en laissant de côté les têtes déformées est de 0,78. Au point de vue numérique, ce serait celui de la vraie mésocéphalie. Le groupe moyen devrait, ce me semble, s'abaisser autant qu'il s'élève, et par conséquent absorber au moins une partie des sous-dolichocéphales de M. Broca. En fait, de l'inspection des deux tableaux, il résulte que les indices au-dessus de 0,74 et dessous de 0,79 comprennent le plus grand nombre des races appartenant aux trois types fondamentaux et venant de toutes les parties du monde. La véritable mésocéphalie me semblerait devoir être comprise entre ces limites. Je ne propose pourtant pas de changer celles qui ont été adoptées. Ces tableaux présentent à bien d'autres observations; je me borne à indiquer les principales. M. Pruner Bey a poussé ses calculs jusqu'aux millièmes, M. Broca jusqu'aux dix-millièmes. Je me suis arrêté aux centièmes, pour que l'oeil saisisse plus aisément la série formée par ces nombres si importants dans la caractéristique des races. Qu'on veuille bien se rappeler que la plupart sont des moyennes prises sur un certain nombre de crânes. Si l'on avait pour chaque race un nombre suffisant de sujets, et que l'on plaçât en série les indices pris sur chacun d'eux, à coup sûr la distance de l'un à l'autre ne serait plus seulement de 0,01, elle descendrait à 0,001 et au delà. Le passage d'un individu à l'autre par nuances insensibles ne peut ici être mis en doute, pas plus que pour la taille. Il est inutile d'insister longuement sur l'entrecroisement, si bien mis en évidence par les deux tableaux. On voit que le même indice place à côté les unes de autres, les races les plus disparates, l'allemand du sud à côté de l'annamite, le breton à côté du kalmouk, le belge à côté du tagal, le parisien à côté du malais, l'italien à côté du maori, etc., et que par leurs indices diverses, les races blanches sont dispersées au milieu de presque toutes les races colorées. Je n'ai pas besoin de revenir sur les conséquences à tirer de ces faits au point de vue de la question du monogénisme." — Hasta aquí Quatrefages en el lugar ya antes citado.

"Il suffit de rapprocher deux crânes de nègre et de blanc les mieux ca-

verdad que la capacidad craneal media es menor generalmente en los negros que en los caucásicos, no lo es menos, sin embargo, que existen muchos individuos de la raza etiópica de igual y aun mayor capacidad que los blancos (1). Entiéndase lo mismo del peso del cerebro, en lo cual existe gran variedad, aun entre individuos de una misma raza (2). Y conste, finalmente, que también en este punto, como en casi todos los anteriores hemos venido repitiendo, existe mayor diversidad en los animales de la misma raza que sólo difieren entre sí accidentalmente (3).

ractérisés des crânes des types extrêmes: de poule, poule fermière et poule huppée; de chien, levrette et poule-dogue; de boeuf, races bretonne et gnata pour se convaincre que les limites de variations sont bien plus étendues chez ces trois espèces que chez l'homme. Chez toutes les races humaines, quel que soit le charnier que l'on explore, on retrouve les quatre formes principales du crâne humain: rond ou brachycéphale, long ou dolichocéphale, moyen, ni rond ni long, ou mésaticéphale, et même microcéphale. Il existe d'ailleurs, chez l'homme une tendance étrange à modifier le crâne par une action mécanique ou autre pour créer tantôt une tête pointue, un front élevé, etc., etc. Si l'on considère l'aire ou surface du crâne, les différences chez l'homme ne dépassent pas 0,04; chez le chien, elles sont incomparablement plus grandes.— Moigno, ob. cit., tomo II, pág. 575.

(1) Véase á Quatrefages, lib. IX, cap. XXX, pág. 282 y sig.; Godrón, ob. cit., cap. V; pág. 388; Pozzy, lug. cit., pág. 459.

(2) Véase á Quatrefages, lug. cit., cap. XXX, pág. 297 y sig. Y también la *Psychologia*, vol. II, núm. 10, pág. 43 y sig., en las notas, donde se ponen los diversos pesos del cerebro en las diversas razas.

(3) "Si l'on considère la capacité du crâne, la différence chez l'homme est 0,09 seulement, et encore est-elle plus grande d'individu à individu que de race à race; tandis que la différence de volume entre le crâne du poule-dogue et celui du barbet est cinq fois plus grande. Si l'on considère le poids du cerveau, on constate que la différence entre le maximum et le minimum extrême ne dépasse pas 0,242: le rapport entre le poids du cerveau du Boschiman et celui de l'Anglo-Saxon, est de 0,822; pour les extrêmes de le plupart des races animales, le cheval, le chien, etc., cette différence ou ce rapport sont exprimés par des nombres incomparablement plus grands. En outre, dans la série des crânes, rangés par ordre de volume, les cafres et les indigènes américains arrivent immédiatement après les anglais; les allemands viennent seulement après les esquimaux; au dernier rang figurent les indous, race blanche, qui a donné tant de preuves de sa valeur relative et absolue. Ce rapprochement est très propre à faire toucher du doigt l'insignifiance du volume du cerveau en tant que mesure du développement intellectuel des diverses races.— Moigno, lug. cit., pág. 575.

Hemos visto las múltiples variedades que separan entre sí á las diversas razas humanas, y por su imparcial y detenido estudio, hemos podido convencernos de que todas ellas son meramente accidentales, que en nada afectan á la esencia de la naturaleza humana, y por consiguiente, que en nada tampoco se oponen á la tesis de la unidad específica. Y adviértase de paso que esas variedades son otros tantos argumentos que los poligenistas aducen en favor de su teoría. Bien claro se deduce, por lo tanto, que es insostenible.

Además, si fijamos la atención en el proceder de nuestros adversarios, veremos con asombro que mientras unos, para deducir la variedad específica del género humano, aducen como argumento algunas de esas diferencias, otros, en cambio, presentan, como razón concluyente, pruebas fundadas en otras variedades, sin que en la designación de los signos inequívocos y demostrativos de la diversidad específica del hombre, haya entre los poligenistas la menor uniformidad. Tampoco la hay, como ya indicamos en otro lugar, en el número de especies que pretenden establecer para el género humano. Prueba palmaria y argumento, aunque negativo, evidente, de la incertidumbre en que fluctúan y de la inconstancia científica de su doctrina.

§ X.—*El catolicismo y la unidad específica del hombre.*

La teoría monogenista, que en anteriores párrafos hemos probado, recibe nueva confirmación, de la doctrina de la Iglesia y del consentimiento unánime de los doctores católicos.

Y, ciertamente, si no se admite la unidad específica del género humano, no podrá explicarse la admirable economía y especialísima providencia que Dios tiene de los hombres, providencia que no emplea en igual grado de amor y solicitud con ningún otro género de seres vivientes de

los que habitan la superficie del globo. Si todos los hombres no son específicamente idénticos, no podrán entenderse aquellas sentidas palabras del Apóstol (1): (Deus) *omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire. Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum homo Christus Jesus, qui dedit semetipsum redemptionem pro omnibus*. Dios quiere que todos los hombres se salven y vengán en conocimiento de la verdad. Porque uno es Dios, y uno también el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, que se dió á sí mismo en rescate por todos. Por todos, en efecto, murió el Redentor del mundo, por todos fundó su Iglesia é instituyó los Sacramentos, para que todos los hombres redimidos con su sangre, admitidos en su Iglesia, fortalecidos con sus Sacramentos y sostenidos por su divina gracia, formasen aquí en la tierra un solo redil bajo el cayado de un solo Pastor, y gozasen allá en el cielo las delicias inefables de la eterna bienaventuranza. Por eso, para contribuir á tan divina empresa, los Apóstoles, dispersándose por todo el orbe, *praedicarunt ubique, Domino cooperante et sermonem confirmante* (2), predicaron en todas partes, cooperando Dios, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban. Y predicaron afirmando una y mil veces que eran deudores de sus fatigas apostólicas, *Graecis ac Barbaris, sapientibus et insipientibus* (3), porque en el divino acatamiento, *non... est distinctio Judaei et Graeci* (4).

Siguiendo las divinas enseñanzas é inspirándose en el ejemplo de los Apóstoles, la Iglesia Católica nunca ha dejado de enviar operarios evangélicos á las más remotas y bárbaras naciones, para que á todos los hombres, aun á los australianos, á los negros y á los pobres hotentotes, equi-

(1) I Tim., II, 4 5-6.

(2) Marc., XVI, 20.

(3) Ad Rom., I, 14.

(4) Ad Rom., X, 12; Cfr., Ad Coloss., III, 11.

parados por algunos fatuos modernos con los mismos brutos, trajesen al conocimiento del verdadero Dios, los lavaran en las aguas regeneradoras del Bautismo, los admitieran á la participación de los Sacramentos y lograsen, por fin, hacerlos hijos de Dios, herederos del cielo y hermanos nuestros, como redimidos por la misma sangre, instruidos en el mismo Evangelio y alentados en las miserias de la tierra por la esperanza de un mismo cielo.

Bien se ve, por lo tanto, cómo la Iglesia Católica reconoce la unidad específica del hombre al proclamar la verdadera igualdad y fraternidad cristianas que Cristo vino á traernos del cielo.

§ XI.—*Los pueblos salvajes.*

No pretendemos rebatir todas las objeciones. Algunas quedan ya resueltas al tratar de las diferencias accidentales que separan entre sí á las distintas razas; la solución de otras se verá mejor cuando estudiemos el monogenismo propiamente dicho, ó sea la procedencia *adámica* de todos los hombres y, finalmente, otras pocas, de que aquí no tratamos, ó quedan implícitamente dilucidadas ó no merecen la pena de una seria refutación.

Esto supuesto, sólo insistiremos en determinados puntos, cuya importancia es innegable y cuyo esclarecimiento contribuirá, así lo creemos, á dar nueva fuerza y solidez á nuestra tesis.

Contra la identidad esencial de la facultad intelectual en las diversas razas, suele objetarse, según ya antes en su propio lugar indicábamos, la inmensa ventaja que la cultura de los pueblos europeos, por ejemplo, lleva á la barbarie de otros, sobre todo de los *bosquimanos*, *hotentotes* y *australianos*.—¿Cómo admitir—replican—que en todos los hombres, incluso en los que tan atrasados é ignorantes aparecen, sea específicamente idéntica la inteligencia?

He aquí la objeción en toda su fuerza, si es que alguna tiene. El atraso intelectual, la ignorancia literaria y científica, el salvajismo, en fin, de ciertas razas, se opone á la unidad específica de las potencias mentales del hombre.

En primer lugar, y antes de responder directamente á la cuestión, no estará de más advertir la extrañeza que causa á todo pensador oír tales argumentos en boca precisamente de ciertos sabios, hijos y descendientes de aquellos bárbaros, á quienes la historia nos pinta como hordas de salvajes, destituidas de todo sentimiento humano, cuya guarida eran las selvas, cuya ley era el pillaje y cuya ambición el destruir.

Porque, con el transcurso del tiempo, el cambio de circunstancias, y, ante todo, con el trato de razas más cultas y la asidua y bienhechora influencia del magisterio de la Iglesia, aquellos pueblos suavizaron sus costumbres y del fondo de la barbarie y la abyección, se elevaron gradualmente á las alturas iluminadas por los esplendores de la civilización cristiana, ¿habrá nadie que se atreva á sostener la absurda teoría de que esos pueblos se despojaron de su antigua naturaleza y transformaron específicamente su inteligencia? Ciertamente no, pues la Historia no permite tal aserto, y la razón demuestra en Psicología que las especies son y serán siempre inmutables (1).

Pero, viniendo á resolver de plano la objeción, recordaremos que no hay raza humana, por abyecta y miserable que se la suponga, cuyos individuos no ejerzan los actos propios y esenciales de la inteligencia del hombre. Si, á pesar de esto, nos extraña su rudeza, nos asombra su es-

(1) "Tous les Européens étaient de vrais sauvages quand déjà les Chinois et les Egyptiens étaient civilisés. Si ces derniers avaient jugé de nos ancêtres comme nous jugeons trop souvent des races étrangères, ils auraient trouvé chez eux bien des signes d'infériorité, à commencer par ce teint blanc dont nous sommes si fiers et qu'ils auraient pu regarder comme accusant un étiolement irrémédiable." — Quatrefages, *ob. cit.*, lib. IX, cap. XXIX pág. 260.

tupidez, exagerada por Bory de Saint Vicent y otros (1); ese atraso intelectual deberá atribuirse, no á una soñada diversidad específica de facultades mentales, que no existe, sino á otras causas completamente extrínsecas y accidentales, ajenas del todo á la esencia de la naturaleza humana. La estupidez y atraso de ciertas razas se deberán á la miseria (2) en que viven, que les obliga á emplear toda su actividad en proporcionarse el sustento necesario para sus vidas y la de sus familias (3), á la falta de educación, é inveterada pereza, que las caracteriza, á la sórdida avaricia é injustísima crueldad de sus dominadores, que, después de haber exterminado á fuego y sangre comarcas enteras (4), después de haber abandonado criminalmente su educación intelectual y moral, se atreven con descocada audacia, ó á llorar lágrimas de cocodrilo por ese atraso é ignorancia, ó, lo que peor es, á achacársela á ellas contra toda razón y justicia (5).

(1) Véase á Godrón, ob. cit., lib. III, cap. II, pág. 219.

(2) Véase á Godrón, ob. y lug. cit., cap. II, págs. 217-218, y á Cuvier, *Mémoires du Muséum*, tomo XIII, pág. 425, en el mismo Godrón, *ibid.* página 226, donde prueba cómo la esclavitud deprime la condición intelectual y moral de los hombres.

(3) Véase á Godrón, ob. cit., lib. III, cap. II, pág. 219.

(4) Véase, por ejemplo, á Prichard, *Histoire naturelle de l'homme*, tomo I, pág. 9.

(5) "Sur aucun point du globe, peut-être, le Blanc ne s'est montré aussi impitoyable envers les races inférieures, qu'en Australie; nulle part il n'a aussi audacieusement calomnié ceux qu'il dépouillait et exterminait. Pour lui, les Australiens n'ont plus été des *hommes*. Ce sont des êtres qui réunissent toutes les choses mauvaises, que ne devrait jamais présenter l'humanité, et plusieurs dont rougiraient les singes, leurs congénères." (Butler Earp.) Sans doute, des voix honorables ont protesté contre ces terribles paroles adressées aux convicts qui allaient chercher fortune en Australie; mais que pouvaient-elles, alors que toutes les mauvaises passions étaient surexcitées et s'appuyaient sur de semblables arguments, étayés eux-mêmes d'assertions données comme scientifiques? On sait quel a été le résultat de ces leçons en Tasmanie, en Australie; et ceux qui voudraient se renseigner plus au long, peuvent consulter les voyageurs de toute nation, Darwin comme du Petit-Thouars. Soutenir encore aujourd'hui que les Australiens sont ce qu'ont voulu en faire Bory de S. Vincent et les anthropologistes de cette école, c'est nier des faits évidents, constatés par une foule

¿Cómo inculpar á la inteligencia de las razas ese atraso y salvajismo de que venimos hablando, y deducir de ahí su diversidad específica, si aun en las estirpes más rudas varía el talento de los individuos, como entre nosotros sucede; si también entre ellos no faltan hombres de ingenio (1); si también ellos cultivan las artes (2), y no sólo las mecánicas, sino con el tiempo y el aprendizaje aun otras más difíciles y elevadas (3); si llegan á poseer las lenguas,

de voyageurs de toute sorte. Pas plus que les autres races humaines, celle-ci s'est montrée absolument sauvage... — Quatrefages, *lug. cit.*, lib. X, chapitre XXXIII, pág. 334.

(1) "Cette race d'Hommes qu'on nous représente comme si abruti, a donné naissance néanmoins à des Hommes distingués. Blumenbach, Bory de Saint-Vincent, en ont donné l'énumération: nous citerons seulement Amo, Capitan, Toussaint-Louverture, Christophe, Manzano. Nous pouvons ajouter à cette liste le Nègre Lillet-Geoffroy, habile mathématicien, correspondant de l'Académie des sciences de Paris. Pour juger l'intelligence de la race noire on peut consulter avec intérêt l'ouvrage de l'abbé Grégoire sur la littérature des Nègres... — Godrón, *ob. cit.*, cap. II, págs. 228-229. — Á este tenor dice Kolbe en Pozzy, *ob. cit.*, pág. 486: "Nous voyons tous les jours ces hommes employés par les Européens dans des affaires qui demandent du jugement et de la capacité. Ainsi c'était un Hottentot, nommé Cloos, que M. Van der Stel, le dernier gouverneur du Cap, employait dans les négociations qui avait pour but d'obtenir du bétail par voie d'échange avec des tribus très-éloignées, et il était bien rare qu'il revint sans avoir parfaitement réussi dans sa mission... — Viene á decir lo mismo Blossville, en el mismo Pozzy, pág. 487; véase á Godrón, pág. 218.

(2) Véase á Nadallac, en la *Revue des questions scientifiques*, 2.^a serie, tomo XII, pág. 415 y siguientes, y á Pozzy, *ob. cit.*, pág. 487.

"Plaçons en regard de ces assertions les récits des voyageurs les mieux informés et les plus dignes de foi. — Déjà Cook, avait remarqué que si les premiers Australiens qu'il aperçut lui semblaient de véritables sauvages, sur d'autres points de la Nouvelle-Galles du Sud, ils étaient plus industrieux et possédaient quelques progues. Après lui, Perron rapporta d'Australie une hache de pierre fixée á son manche par un mastic d'une dureté telle qu'il excita l'étonnement et l'admiration de tous nos chimistes. Enfin, plus récemment encore et de nos jours on a constaté que les australiens ne sont étrangers á aucune des industries élémentaires, qu'on trouve chez les peuples sauvages, qu'ils savent se construire des huttes permanentes, tailler des canots d'écorce, tisser des filets, les uns en mailles large pour la chasse aux Kanguroos, les autres á mailles étroites pour la pêche du poisson. Qu'ils apprennent á lire et á écrire presque aussi vite que les Européens, qu'ils parlent tous et comprennent très bien l'Anglais, qu'en un mot, ils sont susceptibles de *perfectibilité* comme tous les autres représentants de l'espèce humaine..."

(3) "Il n'est plus permis — dice Pozzy, *ob. cit.*, pág. 484 — d'ignorer aujourd-

y hacen progresos en el camino de las ciencias, no ya mediante el estudio y magisterio de las aulas, que esto es evidente; sino, lo que es más admirable, por el sólo trato y comunicación con gentes cultas y civilizadas? (1). Estamos,

d'hui qu'il existe des villes, des arts, une civilisation nègre. M. Bérard, dont le témoignage sur ce point ne doit être suspect à personne est forcé d'en convenir. En parlant d'un voyage d'exploration que M. Schœlcher] partisan très prononcé de l'égalité de tous les membres de la grande famille humaine, avait poussé très-loin sur les bords du Sénégal, pour y chercher des armes en faveur de la cause qui lui est chère, M. Bérard s'exprime ainsi. "Son arsenal, dans lequel il a eu l'obligeance de m'introduire, pourrait passer pour une sorte de bazar ou d'exposition des progrès de l'industrie des nègres. Il me serait difficile de dire tout ce que j'y ai vu: instruments de labourages, armes de fer, étoffes, les unes élégantes et légères, les autres plus solides, toutes finement tissées et peintes des couleurs les plus brillantes; ornements divers, bracelets d'or massif assez habilement travaillés, emploi fréquent du cuir verni dans les ornements et les chaussures, sabres de fer, manuscrits, etc., voilà ce qui sera présenté en témoignage de la civilisation de certaines tribus de nègres. A la vérité, continue monsieur Bérard, il sera objecté à M. Schœlcher que tous les noirs ne sont pas des nègres, c'est-à-dire, qu'ils n'appartiennent pas tous à l'espèce dite éthiopienne; que les Ashantis, les Mandingues, les Jolofs, les habitants de Tombouctou, de Haoussa, de Kachena, etc., ne sont pas les mêmes "que ces nègres aux machoires saillantes, aux cheveux courts et crépus, à la barbe rare, au front fuyant, aux membres démesurément allongés, au mollet plat, au dos cambré, au talon en saillie, qui forment la vraie population incivilisée de l'Afrique." (Courtet de l'Isle.) J'ai adressé moi-même cette objection à M. Schœlcher, qui m'a répondu que *les nègres chez lesquels il avait recueilli les produits exposés sous mes yeux, avaient les machoires saillantes, l'angle facial aigu et les cheveux laineux.* (Cours de Physiologie, página 411.)

Dans les Colonies Anglaises d'Amérique—dice Godrón, *Ibid.*, pág. 228— les jeunes nègres se montrent dans les écoles aussi studieux et aussi capables que les blancs. (Voir de M. de Lisboa dans le *Bulletin de la Société Biologique*, 1847, pág. 170.)—A Tombouctou tous les Nègres sont en état de lire le Coran et même le savent par cœur. Ils font usage de l'écriture pour leur correspondance commerciale avec Jenné. (R. Caillé, *Journal d'un voyage à Tombouctou et à Jenné dans l'Afrique Centrale*, Paris, 1830, en 8.º tomo II, pág. 381.)

(1) "Il est certain — escribe Godrón, pág. 227 — que les habitants de l'ancienne partie espagnole de cette reine des Antilles sont très supérieurs à ceux de la partie française, et cette prééminence doit être attribuée aux habitudes infiniment plus douces et plus paternelles des matres espagnols vis-à-vis de leurs esclaves.—Les documents présentés, le 19 mai 1829, au parlement anglais, prouvent l'immense supériorité d'intelligence qu'ont les enfants des nègres affranchis dans la colonie de Sierra-Leone, sur ceux des nègres encore esclaves. Cependant ils habitent la même contrée; mais les

por consiguiente, en lo cierto al afirmar que las razas humanas, cuya inteligencia esencialmente es la misma, pertenecen á una misma especie (1).

§ XII.—*Rarezas morfológicas y anatómicas.*

Otro de los argumentos de los poligenistas es el de las rarezas morfológicas y anatómicas que presentan algunas

uns sont restés dans un état d'asservissement et d'ignorance, les autres ont reçu un commencement d'éducation morale et religieuse. On voit clairement, dans ce premier âge de la civilisation des nègres, les qualités intellectuelles non-seulement plus développées, mais transmissibles par hérédité.— Les nègres nés au Brésil ont une intelligence bien plus développée que celle des nègres qu'on y transporte d'Afrique. M. de Lisboa—*Bulletin de la Société Ethnologique*, 1874, pág. 54—a connu ces nègres créoles doués des plus heureuses qualités de l'esprit et du cœur, et capables du plus grand dévouement à leurs maîtres. Mais ils sont traités par eux avec humanité et leur supériorité intellectuelle et morale est d'autant plus remarquable qu'elle n'est pas le fruit de l'étude; car ils sont en général dépourvus de toute instruction. Elle résulte uniquement de leur contact avec un milieu plus civilisé; quant à ceux qui trouvent au Brésil la rare occasion de s'instruire dans les arts et dans les sciences, ils y montrent des dispositions naturelles et une persévérance remarquable. (Le prince de Wied-Neuwied, *Voyage au Brésil*, Paris, 1821, en 8.º, tomo I, pág. 112.)—Véase á Eliseuo y á Jacquemont, Reclus en la *Revue des Deux Mondes*, 1.º Ag. 1859, acerca de los negros del Cabo de Buena Esperanza, en la obra *Voyage dans l'Inde*, tomo I, pág. 114.

(1) Copiaremos aquí, como remate de todo lo dicho, lo que, al fin de su obra, escribe el insigne B. Pozzy: "Qu'on nous permette de citer un fait terminant. Tsekélo, fils de Moshesh, roi des cafres-bassoutos, était venu en Europe, il y a quelques années, pour plaider auprès du gouvernement anglais la cause de son peuple, dont les intérêts avaient été gravement compromis par la délimitation de territoire que leur avait imposée le gouverneur de la Colonie du Cap. Avant de retourner en Afrique, Tsekélo voulut visiter Paris. Il y séjourna plusieurs semaines, pendant lesquelles tous ceux qui eurent occasion de le voir et de l'entendre purent se convaincre que tout cafre qu'il était il n'était inférieur en rien comme intelligence et talent de parole aux hommes de notre race. Dans un repas d'adieu qui lui fut donné par ses amis, un des convives, M. Edmond de Pressensé, avait dit: "En écoutant Tsekélo, nous avons senti, reconnu en lui un homme en tout semblable à nous-mêmes."—"Oui, oui—s'est écrié alors l'Africain, — un homme, un homme! Si je pouvais prêter mon âme à M. de Pressensé et la mettre dans son corps pendant trois jours, il verrait qu'elle pense, qu'elle sent comme la sienne."—Pozzy, loc. cit., pág. 563.—Véase el *Discurso* del negro haitiano Firmino, escrito en defensa de su raza, *De l'égalité des races humaines*, en 8.º, Paris, 1885, donde el autor, con su ejemplo y con argumentos, prueba nuestra tesis.

razas humanas. Tales son, por ejemplo, la mole adiposa que debajo de los riñones tienen, según dicen, las mujeres hotentotas y bosquimanas; la cola que, según cuentan, se ha encontrado en algunos individuos y el mayor número de vértebras del ordinario, que en otros hombres existe.

Bien se ve, por la simple exposición de los hechos, que se trata de meras rarezas ó excepciones, que atañen sólo á la parte material, al elemento corpóreo del compuesto humano. Cualesquiera que sean las causas de tales rarezas, es lo cierto que de ningún modo pueden considerarse como exclusivas y características de ciertas razas, pues se encuentran también en otras, aun en las derivadas de los pueblos bátavos y, por lo tanto, no pueden indicar en modo alguno la diversidad específica del género humano (1). Mucho más, cuando estas variedades de forma y excepcional constitución anatómica se dan, por ejemplo, en algunas razas de la especie ovina, que evidentemente sólo se distinguen entre sí de un modo accidental (2).

Por lo que respecta al excesivo desenvolvimiento del apéndice raquídeo hasta degenerar en cola, aun admitiendo la certeza del fenómeno (3), no puede negarse que sólo afecta á determinados individuos y, por consiguiente, que se trata de un hecho puramente individual, de una excep-

(1) Véase á Quatrefages, lib. I, cap. V, pág. 38; lib. IX, cap. XXIX, páginas 272-273.

(2) Godrón, lib. III, cap. II, pág. 207; Quatrefages, lib. I, cap. V, pág. 39, donde se lee: "Pallas a constaté ce fait chez certains moutons de l'Asie Centrale. Chez ces animaux la queue disparaît et se réduit à un simple coccyx, à droite et à gauche duquel sont placées deux masses graisseuses hémisphériques pesant de trente à quarante livres.—Ici encore la variation est proportionnellement plus forte que chez la femme boschismane.—Dira-t-on que ces moutons constituent une espèce à part? Non; car lorsque les Russes amènent ces mêmes moutons hors des contrées où ils sont nés, la stéatopygie disparaît en quelques générations. Ce n'est donc qu'un caractère de race, lequel ne peut se conserver que là où il a pris naissance, comme on l'observe dans une foule d'autres cas."

(3) Véase Godrón, ob. cit., pág. 209 y siguientes; Mendive, *La Religión católica vindicada*, cap. XXIX, pág. 604, nota 1. Madrid, 1887; Zimmermann, *L'homme*, pág. 137 y siguientes.

ción monstruosa (1), que puede explicarse científicamente (2).

Por otra parte, sabido es que en los animales, aun dentro de una misma especie, existen razas provistas y otras que carecen de ese apéndice caudal, que su longitud varía muchísimo aun entre los animales de la misma especie y aun de la misma raza; todo lo cual es indicio manifiesto de que se trata, como antes decíamos, de un fenómeno puramente accidental, y que en nada afecta á la esencia y naturaleza del compuesto humano (3).

El número de vértebras es realmente el mismo en las razas humanas. Si se da el caso de un hombre que posea una más, debe considerarse como un fenómeno monstruoso, cuyo estudio pertenece, por lo tanto, á la teratología (4). Es precisamente lo que sucede en algunas razas beluinas, que sólo difieren accidentalmente y en las que, sin embargo, no es raro encontrar á veces tales rarezas morfológicas y anatómicas (5).

(1) Godrón, *lug. cit.*, págs. 212 y 213.

(2) "L'homme á l'état d'embryon—dit M. Quatrefages, *Unité de l'espèce humaine*, pág. 156—a une queue proportionnellement aussi longue que le chien. Par les progrès même du développement et de la *métamorphose*, cette queue se trouve changée en coccyx. Un arrêt dans la métamorphose de cette partie suffirait donc pour que l'homme présentât un prolongement caudal sensiblement plus long que celui qu'il possède à l'état normal. Or, nous savons que de semblables arrêts ont été fréquemment observés dans presque tous les organes."—Pozzy, *ob. cit.*, pág. 468.

(3) "La colonne vertébrale est pour ainsi dire la portion fondamentale du squelette. Elle n'en varie pas moins. Je n'insiste pas sur les différences que présente sa portion caudale. Je me borne à rappeler qu'il existe des races de chien, de mouton, de chèvre chez les quelles la queue se réduit à n'être plus qu'un court coccyx, tandis qu'elle s'allonge considérablement chez d'autres."—Quatrefages, *lib. I, cap. V*, pág. 40.

(4) "Chez l'homme on a constaté parfois la présence d'une vertèbre de plus. Ces cas sont toujours restés individuels, sauf dans une famille Hollandaise citée par Vrolick. Mais aucun groupe humain ne présente ce caractère d'une manière même à peu près constante. Ce groupe existait-il, on voit que la variation serait encore bien ici moindre que chez les animaux. Sans même tenir compte de la queue, elle est trois fois plus forte chez ces derniers."—Quatrefages, *lib. I, cap. V*, pág. 40.

(5) "Mais les portions centrales elles-mêmes peuvent être atteintes. Phi-

Y esto que hemos dicho respecto á estas variedades de forma y constitución orgánica, con mayor razón debe afirmarse de otras diferencias aún más insignificantes y accidentales, como la diversa conformación de la nariz, los ojos, la pelvis ó *bacinete*, etc., etc., de que hablan Quatrefages, Godrón, Pozzy (1) y otros autores.

¿Quién no ve, en efecto, que se trata de diferencias puramente materiales, cuya insignificancia salta á primera vista? Y aunque se pretendiera exagerar el valor de esos fenómenos, ¿quién no conoce que, admitida y probada como lo está, la identidad esencial de las facultades mentales y por consiguiente la del alma, de donde esas facultades dimanar; ¿quién no conoce, repito, que tales variedades extrínsecas de ningún modo arguyen la diversidad específica de las estirpes humanas? Además, es un hecho innegable, confirmado por la experiencia y admitido unánimemente por los naturalistas, que no sólo los animales (2), sino también los hombres pertenecientes á una misma raza llegan, con el trascurso del tiempo y el cambio de condiciones climatológicas (3), á variar, en tanto grado, que á las veces se

Ippi nous apprend que les boeufs du Piacentino ont 18 côtes au lieu de 12 et, par conséquent, unc vertèbre dorsal de plus. Dans le porc, Eyton a vu les vertèbres dorsales varier de 13 à 15, les lombaires de 4 à 6, les sacrées de 4 à 5, les caudales de 13 à 23, si bien que le total dans le porc de l'Afrique est de 44, et de 54 dans le porc anglais.— Quatrefages, *lug. cit.*

(1) Quatrefages, lib. IX, cap. XXIX; y lib. I, cap. VI, págs. 42-43; Godrón, lib. III, cap. II, págs. 186, 198 y sig., 204 y sig.; Pozzy, *ob. cit.*, página 469 y sig.

(2) Véase á Quatrefages, lib. I, cap. V y lib. VII, cap. XXII, pág. 148 y siguientes, y á Pozzy, *ob. y lug. cit.*, pág. 525, los cuales tratan largamente de las variaciones que experimentan los brutos animales.

(3) Baste confirmar el hecho con algunos ejemplos: "Il en est absolument de même des blancs trasplantés en Amérique— dice Pozzy, *ob. cit.*, pág. 553. Là aussi, sous l'influence du milieu, s'est formée une nouvelle race blanche, dérivée de la race anglaise, et que l'on peut nommer la race *yankee*. Les témoignages sont trop nombreux, trop positifs, pour qu'il soit possible de les révoquer en doute. Les polygénistes les plus décidés, MM. Not et Gliddon eux-mêmes, ont été forcés de convenir du fait, tout en cherchant à en atténuer la portée. L'augmentation de la taille, l'agrandissement des orbites, la diminution des tissus graisseux et des appareils glandulaires, l'allon-

diría haber dado origen á una nueva raza. Y, sin embargo, consta con evidencia, y en otro lugar de la Psicología que-

gement du cou, telles sont quelques unes des modifications profondes qu'a subies le type anglais dans le milieu américain. Edwards, Smith, Carpenter, M. Desor Knox lui-même, tout polygéniste qu'il est, sont unanimes à le reconnaître. "Un petit nombre d'années, dit là dessus M. l'abbé Brasseur, en confirmant leurs observations, a suffi pour établir une distinction, déjà très-marquée, entre les Américains modernes et les Anglais dont ils descendent. Nous demanderons au voyageur attentif, qui a parcouru les Etats-Unis, de nous dire ce qu'il pense de certaines familles de New-York et de la Pensylvanie, dont le sang est demeuré pur depuis un siècle ou deux, et des populations le plus anciennement établies dans le Kentucky et sur les bords du Mississipi. N'a-t-il pas observé comme nous, une altération sensible, non-seulement dans les traits, mais dans le caractère? A part la civilisation européenne qui les a suivis, on retrouve, déjà chez les uns, avec l'angle facial, la fierté et l'esprit de ruse de l'Iroquois, chez les autres, avec l'extérieur, la rudesse, la franchise et l'indépendance de l'Illinois et du Cherokee."—*Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale, durant les siècles antérieurs à Christophe Colomb*, cité par M. A. Quatrefages, *Unité de l'espèce*, pag. 225.

"Le docteur Pruner-Bey—dice Constantino James, ob. cit., pag. 253—qui est, certainement, l'homme qui a mieux étudié ces questions, nous a donné de l'Européen émigré en Amérique un tableau si fidèle, et un exposé si lucide que je ne saurais mieux faire que de le transcrire ici textuellement: "L'Anglo-Saxon-Américain présente, dit-il, dès la seconde génération, des traits du type indien qui le rapprochent des Lenni-Lenapes, des Iroquois, des Cherokees. Plus tard le système glandulaire se restreint au minimum de son développement normal; la peau devient sèche comme du cuir; elle perd la chaleur du teint et la rougeur des pieds qui sont remplacées, chez l'homme, par une teinte limoneuse, chez la femme par une pâleur fade.—La tête se rapetisse et s'arrondit ou devient pointue, elle se couvre d'une chevelure lisse et foncée de couleur. Le cou s'allonge. On observe un grand développement des pommettes; les fosses temporales sont profondes, les mâchoires massives. Les yeux sont enfoncés dans des cavités très profondes et assez rapprochés l'un de l'autre; l'iris est foncé, le regard perçant et sauvage. Le corps des os longs s'allonge, principalement à l'extrémité supérieure, si bien que la France et l'Angleterre fabriquent pour l'Américain des gants à part dont le los doigts sont exceptionnellement allongés. Les cavités de ces os sont très rétrécies; les ongles prennent facilement une forme allongée et pointue, etc."

Parecido á lo dicho es lo que escribe Reiset y Lyell en Pozzy, ob. cit., página 548: "L'Africain, dit M. de Reiset, cité par Quatrefages, arrive aux Antilles avec tous les caractères du nègre. L'enfant créole du nègre et nègresse purs reproduit ces caractères mais atténués. La face en particulier perd le caractère de *nuseau*. Les cheveux et la couleur persistent; mais sous tous les autres rapports, le nègre créole se rapproche de plus en plus du blanc."

"M. Lyell a trouvé de même, après de nombreuses recherches faites

da demostrado (1), que tales transformaciones son meramente accidentales y en nada atañen á la especie, que es en si misma absolutamente inmutable.

Por lo tanto, la objeción propuesta de las rarezas morfológicas y anatómicas no tiene más valor que las anteriormente refutadas.

§ XIII.—*El Pediculus Nigritarum.*

Para terminar esta ya enojosa refutación, vamos á hacerlos cargo de las últimas argucias de los poligenistas.

Pretenden, aunque parezca increíble, deducir la diversidad específica del género humano del especial olor de la raza negra y del parásito á ella inherente, conocido con el nombre de *pediculus nigritarum*.

Por lo que hace al primer punto, no sólo los negros, sino aun todas las demás razas y más aun, cada uno de los individuos, tiene su propio y peculiar olor, por lo cual, como es sabido, distinguen y olfatean los perros á sus respectivos amos (2). Los mismos vegetales, aun los de idéntica espe-

auprès des médecins résidant dans les Etats à esclaves et par le témoignage de tous ceux qui ont porté leur attention sur ce sujet, que sans aucun mélange de races, la tête et le corps des nègres placés en contact intime avec les blancs se rapproche de plus en plus à chaque génération de la configuration européenne.

On ne saurait nier, dit également m. Elisée Reclus, les progrès constants des nègres des Etats-Unis, dans l'échelle Sociale: *même sous le rapport physique, ils tendent à se rapprocher de leurs maîtres.* Ils n'ont plus le même type que les nègres d'Afrique: leur peau est rarement d'un noir velouté, bien que presque tous leurs ancêtres aient été achetés sur la côte de Guinée; ils n'ont pas les pommettes aussi saillantes, les lèvres aussi épaisses, la physionomie aussi bestiale, l'angle facial aussi aigu que leurs frères de l'ancien monde. Dans l'espace de cent cinquante ans, ils ont, sous le rapport de l'apparence extérieure, franchi un bon quart de la distance qui les séparait des blancs.

Constantin James, *Du Darwinisme*, ob. cit., pág. 252. Lo mismo afirma Cunningham de los Ingleses de Australia, según puede verse en Pozzy, ob. cit., pág. 554.

(1) *Psycholog.*, vol. I, núm. 103, pág. 500 y siguientes.

(2) L'odeur de la perspiration cutanée — dice Godrón, ob. cit., pág. 216 — n'est pas la même chez les différents peuples. Les indiens Péruviens, au

cie, se diferencian entre sí no poco por el olor (1). Todo lo cual, suficientemente demuestra que esta diversidad propia de cada raza no puede ser indicio bastante para afirmar la distinción específica del género humano.

El segundo argumento que contra nuestra tesis presentó primero Virey (2) y luego más tarde Darwin (3), fundado en el parásito *pediculus nigritarum*, tampoco tiene más fuerza. Porque basta para explicar este fenómeno una predisposición especial dentro de cada especie y aun dentro de cada raza. Además que, como saben muy bien todos, tales parásitos no apetezen indistintamente la sangre humana, sino que tienen sus propias y particulares preferencias (4).

milieu de la nuit, tant leur odorat est fin, distinguent facilement à l'odeur les différentes variétés humaines, avec lesquelles ils sont en contact. Ils désignent même chacune de ces odeurs par des mots spéciaux: *pezuña* pour l'Européen, *posco* pour l'Indigène Américain, et pour le Nègre *grajo*. (Alej. de Humboldt, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, ed. 2, Paris, 1825, en 8.º, tom. I, pág. 453). Les Chinois trouvent aussi aux Européens une odeur particulière, que nous ne percevons pas, à moins que le corps ne soit en sueur. Les Malais, les Chinois, les Tartares, les Thibétains, les Indiens (Huc, *L'Empire Chinois*, ed. 2, Paris, 1859, en 8.º, tome I, pág. 24), les Caraïbes (Thibault de Chanvalon, *Voyage à la Martinique*, pág. 44), et même les Arabes, exhalent aussi chacun une odeur spéciale. Les Pécherais ou Fuegois (Bougainville, *Voyage autour du Monde*, Paris, 1772, en 8.º, tome I, pág. 291; *Second voyage de Cook*, trad. franç. 1778, en 4.º, tome IV, pág. 34 et les Nègres répandent une odeur insupportable; mais qui est loin d'être aussi intense chez toutes les tribus. Ce sont les nègres d'Angola, les Bisagues et les Balentes, qui sous ce rapport offrent ce caractère à son plus haut degré, et, lorsqu'ils sont en sueur, ils infectent l'air, pendant plus d'un quart d'heure, dans les endroits où ils sont passés. Le Père Du Tertre, *Histoire des Antilles*, Paris, 1667, en 4.º, pág. 493; *Bulletin de la Société ethnologique*, 1844, pág. 212.) Chez les Européens eux-mêmes, on observe, à cet égard, des variations; les Hommes roux de notre race ont aussi une odeur forte spéciale lorsqu'ils sont en moiteur. Du reste, il est certain que nous avons tous une odeur particulière et les animaux, doués d'un odorat très délicat, comme le Chien, distinguent immédiatement, par l'odeur seule, les vêtements de leurs maîtres de ceux d'autres individus..

(1) Quatrefages, lib. I, cap. IV, pág. 32.

(2) Wiseman, lug. cit., discurso cuarto, al medio de una nota.

(3) Constantín James, *Du darwinismo*, etc., pág. 261.

(4) Véase, á este propósito, lo que dice Constantino James: "Puisque Darwin aime les comparaisons empruntées aux animaux les plus infimes, je vais lui répliquer à mon tour par un exemple de même provenance. Je prescrivis dernièrement des sangsues à deux jeunes filles, sœurs jumelles qui s'étaient

De igual manera puede y debe resolverse otra dificultad, á saber: la predisposición de ciertas razas á determinadas enfermedades. Si bien es cierto que, generalmente hablando, todas los hombres están sujetos á todas las dolencias, no lo es menos que no todos lo son en igual grado respecto á todas las enfermedades. Variedad, como se comprende, meramente accidental, que depende de multitud de circunstancias que en nada afectan á la esencia del organismo, y puede encontrarse aun entre individuos pertenecientes á una misma raza (1).

blessées assez grièvement en tombant ensemble d'une balançoire. Chez l'une, ces annélides "prirent, avec une véritable furia, et "ne lâchèrent la peau que quand elles furent gorgées de sang., — *Non missura cutem nisi plena cruoris hirudo.*—Chez l'autre, au contraire, elles firent les difficiles, et c'est à peine si elles effleurèrent l'épiderme, *dente superbo.* Cependant, ici, encore, la peau semblait offrir toutes les conditions voulues pour les mettre en appétit. D'après votre manière d'argumenter, non seulement ces deux jumelles ne seraient pas de la même famille, mais même elles appartiendraient à des espèces animales complètement différentes. Est-ce assez absurde?—Op. cit., pág. 265.

"El tinea, ó *tiña*, aparece en la lana peinada y no la toca jamás cuando está *en sucio* ¿dónde existía el animal antes que hubiese lana lavada y peinada? ¿Debemos considerar la lana lavada ó no lavada, como dos especies diferentes, porque el mismo animal no puede vivir en las dos? La larva del *Oinopota cellaris* no puede vivir más que en el vino, ó en la cerveza; otro insecto, descrito por Reaumur, desprecia todos los alimentos menos el chocolate (véase á Kirby y Spencer, *Introd. to Entomology*, 4.^a edición). ¿Cómo y dónde vivían estos animalitos antes de que se fabricase lo que es ahora su alimento exclusivo? Porque nadie supondrá que se hayan hallado jamás estas sustancias preparadas de antemano por las manos de la naturaleza. Estos casos son exactamente de la misma especie que el que se ha objetado; mas hay un ejemplo de todo punto semejante de un insecto que causa una enfermedad al cerdo doméstico, pero que no se halla en el montés, aunque es cosa averiguada que es éste el origen de aquél. Véase á Blumenbach, *Beytrage zur natur geschichte*, y también algunas observaciones curiosas sobre esta materia, por Tilesio, en las *Memorias de la Academia de Ciencias de San Petersburgo*, 1815., Así el Cardenal Wiseman, en el lug. cit., nota.

(1) Sobre esto trata largamente Quatrefages, lib. IX, cap. XXXII.

CAPÍTULO II

Del origen del hombre.

La necesidad é importancia de la cuestión que ahora nos proponemos dilucidar es á todas luces evidente. Porque si bien en la Psicología se trata del origen y procedencia del alma, se hace, sin embargo, necesario estudiar detenidamente el origen del hombre, compuesto sustancial, que de la unión del alma y del cuerpo resulta. Por otra parte, son tantos y tan crasos los errores, que los modernos antropólogos y transformistas profesan en la materia, tan extendidos se hallan en el *vulgo* de los *pseudo sabios* esos absurdos, que la filosofía católica no puede menos de intervenir en el debate, contribuyendo con sus salvadoras doctrinas al esclarecimiento de cuestión tan vital é interesante.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LA CAUSA EFICIENTE DEL HOMBRE

§ I.—*Estado de la cuestión.*

Dos son las que contiene el presente epígrafe y las que bajo ese título pueden discutirse. Ó se indaga la causa eficiente de los primeros hombres, ó se pregunta por el origen de los demás que nacen en la sucesión de los tiempos.

A la primera de estas cuestiones responden algunos

transformistas afirmando que el origen del hombre se debe á la sucesiva evolución y desarrollo de los géneros y especies inferiores; de manera que los padres del linaje humano sean algunos simios más ó menos cercanos á nosotros, bien de los que ahora existen, bien de alguna otra especie que, con el transcurso de los siglos, haya desaparecido. Pero como ya, en su propio lugar (1), se refuta esa teoría por absurda y opuesta á la doctrina católica, según la cual, el primer hombre fué creado en cuerpo y alma inmediatamente por el mismo Dios, no nos detendremos ahora á dilucidar el origen de los primeros hombres y pasaremos á estudiar la causa eficiente de los demás que nacen en la sucesión de los tiempos.

No puede negarse que tratamos de una materia de difícil solución. A primera vista nadie dudará en afirmar que la causa eficiente de los hombres que ahora vienen al mundo son sus padres. Pero como el hombre es un compuesto de alma (forma sustancial) y cuerpo (materia prima), parece, si bien se considera, que de ningún modo puede atribuirse á los padres la causalidad eficiente en la procreación de sus hijos. Porque el alma, se nos dirá, no la producen, sino que la infunde Dios por creación, y el cuerpo, como materia prima, tampoco, pues tiene igual origen.

¿Cómo, pues, asignar á los padres el origen del compuesto humano, cuyas dos únicas partes componentes no se deben á su eficiente causalidad?

Y sin embargo, como vamos á ver, no es una paradoja, sino proposición muy cierta la

§ II.—*Causalidad eficiente de los padres en la generación de los hijos.*

El hombre resulta de la unión sustancial de cuerpo y alma. Ni el cuerpo solo ni el alma sola, decíamos al prin-

(1. Véase la *Psycholog.*, vol. I, números 84-85 y siguientes y el núm. 88, página 427 y siguientes.

cipio de este trabajo, constituyen el compuesto humano; por eso con la muerte, aunque ninguno de esos dos elementos se aniquile, como realmente no se aniquila, sin embargo, roto el lazo íntimo y personal que los unía, deshecha la unión sustancial de materia y forma, el hombre, como tal, deja de existir.

Luego si lo que realmente constituye al hombre es la unión de esos dos elementos en unidad de naturaleza y de persona, siguese que quien sea causa eficiente de esa unión deberá llamarse con toda propiedad causa eficiente del hombre mismo. Pero los padres al engendrar, unen por su eficiencia el cuerpo y alma de sus hijos. Luego con toda exactitud filosófica deben llamarse su causa eficiente, como sostenemos en la tesis.

De dos maneras, en efecto, concurren los padres á la unión del alma y el cuerpo, como más latamente se demuestra en su propio lugar de la *Psicología* (1). Primera, como causas morales, en cuanto que determinan y *moralmente* obligan á Dios para que cree el alma y la infunda en el cuerpo. Segunda, produciendo realmente con eficiencia física y supuesto el concurso divino, la misma *unión* que, á juicio nuestro, es un modo sustancial.

Que los padres en la procreación de la prole concurren del primero de los dos modos explicados, todos unánimemente lo admiten.

Dios no crea el alma, sino cuando ha de infundirla en la materia; ni puede *naturalmente* infundirla sino cuando la materia es apta, es decir, está preparada y fecundada; luego, finalmente, Dios no crea el alma sino supuesta la preparación y fecundación de la materia que ha de ser informada.

Es así, que la materia no la dispone y prepara convenientemente más que la madre, produciendo el óvulo, y no la fecunda más que el padre, mediante el *sperma* ó prin-

(1) Véase el núm. 267 y siguientes, pág. 853 y siguientes.]

cipio fecundante. Luego en el orden natural y sabiamente establecido por la Providencia, los padres son la causa eficiente de la preparación y fecundación de la materia, que es lo *único* que Dios requiere para la creación é infusión del alma; de tal manera que, puesta esa previa preparación y fecundación, Dios, obrando según el curso natural y ordinario de las cosas, no puede menos de crear é infundir el alma. Por tanto, como al principio decíamos, los padres son, al menos *moralmente*, la causa eficiente y determinante de la unión de los elementos constitutivos del compuesto humano, y como consecuencia la causa eficiente de los hijos en el acto de la generación.

Ni se me diga que tanto el alma como el cuerpo, deben su origen á la creación divina, y por lo tanto los dos elementos, de materia y forma, no se deben á la causalidad eficiente de los padres, porque, como antes decíamos, lo que *formal* y últimamente constituye al hombre, es la unión sustancial de esos elementos, de cuya unión son causas morales los padres, como acabamos de ver.

No se equivoca, por lo tanto, el sentido común del género humano, que de mil modos y por actos externos é inequívocos declara y confiesa esta eficiencia de los padres en la generación de los hijos. Tanto más, si, como muchos teólogos y filósofos admiten, y nosotros también creemos, la causalidad eficiente de los padres no es sólo moral, sino física, cooperando físicamente con el concurso divino á la producción de ese algo *real físico*, que constituye la unión, y es, según dijimos, un modo sustancial.

§ III.—*Corolarios.*

De lo dicho anteriormente se deduce la diversa manera cómo al acto de la generación concurren los dos sexos. La madre, aunque produce activamente el óvulo, sin embargo, se dice que á la generación concurre *modo passivo*, en

cuanto que necesita ser previamente fecundada para la concepción de la prole. El padre, en cambio, suministra el principio fecundante que, impregnando, por decirlo así, con su virtud al óvulo, da origen al admirable trabajo de la evolución orgánica, y entonces es cuando, preparada y fecundada convenientemente la materia, exige de parte de Dios la creación é infusión del alma, según el modo y tiempo que en su propio lugar se declara (1). Contribuyendo, como queda explicado, los padres con su causalidad eficiente á la generación de la prole, nada de extraño tiene que los hijos, generalmente hablando, lleven impresa la huella indeleble de la filiación, y hereden con la sangre la índole, propensiones y rasgos fisonómicos de los que les dieron el ser.

Sin embargo, ignoramos con certeza las leyes admirables que presiden esta semejanza y *parecido* de los hijos, y por qué aparecen reproducidos en la prole. Cuestiones oscurísimas, de que ya en su tiempo se hicieron cargo los antiguos y que aún la ciencia, en el estado actual de los conocimientos, no puede taxativamente resolver.

ARTÍCULO II

PROCEDENCIA ADÁMICA DEL GÉNERO HUMANO

Al comenzar el estudio de la unidad específica del hombre, indicamos que esta cuestión se hallaba íntimamente enlazada con la de la procedencia y origen del género humano. Más aún: declaramos entonces que la palabra *monogenismo* podía tener dos sentidos, según que signifique la identidad específica de todas las razas, ó la identidad de procedencia originaria de todas ellas, partiendo de un centro único de creación. En este segundo sentido empleamos

(1) *Psychol.*, parte segunda, núm. 235, pág. 735 y siguientes.

ahora el término *monogenismo*, sentido que, por otra parte, está más conforme con la etimología.

Suponemos demostrado que los primeros hombres, contra lo que opinan los transformistas, fueron creados inmediatamente por Dios, y como acabamos de ver, suponemos también que todos los hombres, contra la aserción poligenista, no obstante la multiplicidad y variedad de las razas, pertenecen á una misma especie. Tratamos ahora de investigar si el género humano procede originariamente de una sola pareja, Adán y Eva; si reconoce este solo centro de creación; en una palabra, si todos los hombres, como son de una misma especie, pertenecen también á un mismo linaje y *familia* (1).

§ I.—*Las diversas escuelas.*

Dos son las escuelas que acerca de esta materia se disputan el triunfo en el campo de la ciencia. Unos niegan rotundamente la procedencia adámica del género humano, y aunque entre ellos hay quien concede *generosamente* la posibilidad (2), no faltan tampoco quienes llevan á tal extremo su furor antiadámico, que niegan sencillamente la mera posibilidad, no ya la existencia, del hecho.

Otros, por el contrario, y son los que forman la segunda escuela propiamente monogenista, defienden, no sólo la posibilidad, sino la realidad del hecho de la procedencia adámica. Pero como el error puede revestirse con multiplicidad de formas, no es extraño que los impugnadores del monogenismo se dividan en varias sectas, á cual más insostenibles y absurdas.

(1) Véase la magnífica obra del P. Mendive *La religión católica vindicada*, cap. XXX; el P. Juan Mir en su egregia obra *La creación*, cap. XLVI; el Cardenal Mazzella, *De Deo creante*, disp. III, art. 2.º

(2) Así, por ejemplo, Teodoro Waitz, según puede verse en Reusch, *La Bible et la nature*, pág. 476, Paris, 1867.

Preadamitas.—Ya entre los antiguos pueblos, destituidos de la luz de la revelación y sentados en las sombras de muerte del gentilismo, hubo quienes soñaron en la existencia de ciertos hombres de origen divino, hijos de los dioses. Más tarde, Juliano el Apóstata, luego Jordano Bruno y otros negaron á su vez que fuese Adán padre y cabeza del género humano (1). Pero, el verdadero defensor y portaestandarte del preadamismo, ya insinuado por otros autores, fué Isaac La Peyrère, de nación bordelés y religión calvinista, quien en 1665 lo propuso é introdujo revestido del ostentoso aparato de su falsa ciencia (2).

Según este sectario, en la narración del Génesis de Moisés deben distinguirse, por lo que hace al hombre, dos momentos de creación. En el capítulo I (3), donde refiere Moisés la de los animales, debe ponerse también la de un hombre contemporáneo de ellos, padre y cabeza de los pueblos gentiles, cuyo nombre y posteridad omite el legislador hebreo, porque sólo trataba de historiar el origen, leyes y sucesos pertenecientes al pueblo de Dios. He aquí el primer hombre, el primer centro de creación anterior en mucho á la existencia y aparición en el mundo, de Adán y Eva. En el segundo capítulo del Génesis (4) narra Moisés, según La Peyrère, la creación del segundo hombre, Adán, padre del linaje de los judíos. Este suceso debe considerarse muy posterior en larga serie de siglos, al de la aparición del hombre preadámico. De modo que Adán y Eva sólo

(1) Véase en el P. Franc. Anton. Zacarías, *Dissertatio, qua Praeadamitarum systema confutatur*, cap. I, obra que se halla en el *Thesaurus*, del mismo P. Zacarías, tomo II, pág. 360. — Véase también á Calovio, *Systema locorum Theologicorum*, tomo III, pág. 1.041, y Von Inwing, *Ueber der Ursprung*, etc., ó *De origine cognitionis veritatis et scientiae*, Berolini, 1781.

(2) En la obra *Praeadamitae, sive Exercitatio super versibus 12, 13, 14, capituli V epistolae Divi Pauli ad Romanos, quibus inducuntur primi homines ante Adamum conditi*, obra que dicen se reimprimió el mismo año, mudado así el título: *Systema theologicum ex Praeadamitarum hypothesi, Pars prima*.

(3) Genes., I, 26-30.

(4) Genes., II, 7.

dieron origen al pueblo hebreo; sólo ellos, y sus descendientes los judíos en ellos representados, estuvieron en el Paraíso Terrenal; sólo ellos pecaron contraviniendo al precepto divino, y sólo ellos, por consiguiente, contrajeron la mancha infamante y hereditaria del pecado original. Dos narraciones bíblicas, la del primero y la del capítulo segundo; dos momentos de creación: el primero, coetáneo al de los brutos animales; el segundo, muy posterior y separado del primero por largo intervalo de muchos siglos; dos centros de creación: uno preadámico que da origen á los pueblos gentiles, y otro adámico del cual se derivan únicamente los judíos; he aquí los principales rasgos de la teoría preadámica del calvinista bordelés.

Más tarde el autor abjuró estos errores con los del calvinismo «en una carta á Filótimo, editada en Roma en 1675 y reimpressa el año siguiente en París y Francfort. Partió de Roma á la capital de Francia, y se retiró á los Padres del Oratorio, en cuya casa murió cristianamente á los ochenta y dos años, el 31 de Enero de 1676» (1).

A pesar de que, según hemos visto, el inventor del sistema preadamita renegó de sus absurdos y abandonó con buen acierto su doctrina, y á pesar de que muchos, aun en su tiempo, victoriosamente lo refutaron (2); sin embargo, los pseudo filósofos y racionalistas del siglo pasado

(1) Zacharía, ob. cit., cap. I, núm. 5.—Ignoramos dónde habrá visto el esclarecido y Rmo. Sr. Vigouroux que Isaac La Peyrère, después de arrepentirse de los errores calvinistas, ingresó en la Compañía de Jesús. Ni en el catálogo de los muertos ni en el de los escritores de la Compañía hemos podido encontrar su nombre, y nos parece además sumamente difícil que, según nuestras constituciones, pudiera ser admitido, aun supuesta la previa abjuración de sus errores.

(2) "Le systéme de La Peyrère — escribe el insigne Vigouroux, ob. cit., cap. V, art. 4.º; pág. 303, en la nota 3.ª — fut réfuté l'année qui suivit sa publication par Eusebius Romanus *Animadversiones in librum Praeadamitarum, in quibus confutatur nuperus scriptor, primum omnium hominem fuisse Adamum defenditur*, en 8.º, París, 1650. Il y eut aussi plusieurs autres réfutations que Bayle a énumérées dans son *Dictionnaire* au mot Peyrère, nota B, tomo IV, pág. 544.

defendieron é hicieron suya la averiada teoría, más que por la fuerza de las razones, que era nula, y por el prestigio del inventor, que no lo tenía, por asirse como á tabla salvadora de algo con que poder luchar contra la narración bíblica, calificada de *mito*, y contra el insigne autor del Pentateuco, apellidado, en son de burla, *mitógrafo* (1).

Como entre los enemigos radicales y declarados de la Iglesia y los defensores netos de la tesis católica, nunca faltan, por desgracia, amigables componedores empeñados en la desairada é inútil labor de juntar la luz con las tinieblas y el error con la verdad; nada de extraño tiene que en nuestros días J. Fabre D'Envieu (2) y otros hayan querido mitigar la crudeza del preadamismo de Isaac, y adoptar más suaves temperamentos en la impugnación de la historia genesiaca. Según estos *mestizos* científicos, existió realmente en la edad terciaria el hombre preadámico de que nos habla el antropólogo bordelés, y tuvo, en efecto, larga sucesión de descendientes anteriores á la aparición del primer hombre bíblico. Pero esa numerosa familia tuvo el buen acuerdo de morir y extinguirse por completo antes de la creación de Adán, cediendo así generosamente los derechos de primogenitura y el privilegio de la paternidad humana, al hombre de Moisés.

Coadamitas.—No puede negarse que entre los impugnadores de la narración mosaica, es hoy más frecuente abandonar el sistema antropológico anteriormente expuesto del preadamismo y refugiarse como en seguro parapeto, á la teoría no tan radical del *coadamismo*.

Es decir, que concuerdan los poligenistas en la no existencia del hombre anterior á Adán. Mas sostienen que el

(1) Así, por ejemplo, Wegscheider, *Instit. theolog.*, § 98, nota (a), pág. 321, en el P. Juan Perrone, *De Deo creatore*, parte tercera; *De homine*, número 228, en la nota.

(2) *Les origines de la terre et de l'homme*, lib. XI, pág. 50.

género humano reconoce varios centros de creación distintos, pero simultáneos, al de la pareja paradisiaca, Adán y Eva, á que se refiere el legislador hebreo.

Ante todo conviene advertir, como ya lo hicimos antes, que *absolute et per se loquendo*, como se dice en las escuelas, esta teoría en nada se opone á la unidad específica del género humano. Si esas primeras parejas, constitutivas de otros tantos distintos centros de creación, pertenecían á la misma especie, claro es que las razas á que dieran lugar y los individuos que de ellas procediesen, serían también específicamente idénticos. Más aún: esto que sólo en hipótesis y fundados en la *posibilidad absoluta* del hecho, decimos respecto de la creación del hombre, creemos que *de facto* probablemente sucedió con las plantas y los animales, constituyendo Dios en diversos puntos del globo otros tantos centros de creación, así vegetal como animal (1). Sin embargo, entre los modernos, que niegan la unidad específica de las diversas razas, es también más común y frecuente, negar la procedencia adámica del género humano, admitiendo después de la introducción de nuevas especies, debida á Voltaire (2), la existencia de otros tantos centros distintos de creación para cada una de ellas. Así, por ejemplo, Desmoulins afirma terminantemente que las once especies por él admitidas, son *aborigenes* (3) de otras tantas regiones, en las cuales aparecieron, sin ascendientes previos, como otros tantos centros de creación (4). Lo mis-

(1) Véase la *Psicología*, vol. I, núm. 122, pág. 592.

(2) Voltaire, *Essai sur les mœurs, oeuvres édit. Didot*, tomo III, pág. 2.

(3) La palabra *aborigenes* puede tener dos sentidos: uno, el que aquí le damos, siguiendo al poligenista Desmoulins, en cuanto excluye ascendencia previa y significa propiamente centro de creación ó primera pareja de donde proceden los habitantes de una región determinada; otro, que es el sentido histórico en que muchas veces se emplea, denotando los primeros pobladores *conocidos* de un país; pero sin negar por eso anterior origen de un solo y único centro de creación.

(4) Desmoulins, *Histoire naturelle des races humaines*, pág. 336, París, 1826.

mo sostiene Bory de Saint Vicent (1) de sus diversas especies, y en general los poligenistas, entre los cuales los americanos, sobre todo, han ido aumentando considerablemente el número de estirpes aborígenes, de donde los diversos pueblos de la tierra se han derivado. Así Morton (2) pone veintidós familias; Gliddon sesenta y cinco, y otros aún más (3). Not y el citado Gliddon dividieron toda la tierra en multitud de provincias zoológicas, á cada una de las cuales consideraban como centro de la población humana con su *fauna* y *flora* especial (4). El profesor de Cambridge, Agassiz, aunque monogenista, conviene con los anteriores en afirmar la distinta procedencia de origen en las diversas razas, sobre todo en la caucásica y la etiópica. Según él la inmutabilidad de los caracteres de estas dos estirpes, impide la transformación de una en otra, y deben considerarse por lo tanto, como derivadas de centros distintos de creación. Con lo cual, dicho sea de paso, no vemos cómo se compagine la unidad específica que el profesor inglés se precia de sostener.

Por todo lo dicho, se deduce que esta teoría de la pluralidad de centros creativos no está *absolutamente* ligada con la opinión sobre la causa eficiente de los primeros hombres. Pues claro está que admitiendo la doctrina católica de la creación inmediata por la omnipotencia divina, puede *en absoluto* sostenerse la pluralidad de las primeras parejas en

(1) "Il ne peut y avoir aucune implété à reconnaître parmi nous plusieurs espèces, qui chacune auront eu leur Adam et leur berceau particulier.. Bory de Saint Vincent, *Dictionnaire classique de l'histoire naturelle*, tomo VIII, pág. 277, Paris, 1825.

(2) *Crania americana*, pág. 4 y siguientes.

(3) Véase á Vigouroux, ob. y lug. cit., pág. 307.

(4) "La surface de notre globe est divisée naturellement en plusieurs provinces zoologiques, dont chacune est un centre distinct de création, possédant une faune et une flore particulière. La famille humaine ne fait pas exception à la règle générale, mais y est au contraire pleinement soumise: le genre humain se divise en plusieurs espèces dont chacune constitue un élément primitif dans la faune de sa province particulière.. — *Types of mankind*, pág. 465.

distintas regiones. Sin embargo, desde la aparición del transformismo, suelen generalmente ir ambas teorías con él unidas, de manera que los que no admiten la procedencia adámica de las diversas estirpes, niegan también el origen divino del hombre. Por eso, en el siglo pasado el famoso Telliamed ó De Maillet afirmó «que los aborígenes del mundo, según la opinión de los egipcios, indios y otros pueblos, brotaron como hongos del seno fecundo de la tierra; y no dudó en sostener que en las regiones septentrionales, sobre todo los *peces*, se transformaron en hombres» (1).

Hoy no se atreven á tanto, y con el *progreso* de las ciencias y los adelantos del siglo, hemos ido subiendo en categoría: hoy se contentan los darwinistas con emparentarnos con los monos, ya por línea recta ó colateral, según la diversidad de opiniones, que las hay para todos los gustos (2). Resultado, que antes éramos hermanos de los peces y hoy hemos llegado á ser *primos* de los monos. Ni es esto lo peor, sino que los sostenedores de tan ridículas y absurdas teorías, pretenden monopolizar la ciencia y el saber humanos, y para disimular la falta de razones convincentes, afirman, bajo su *bonrada* palabra, que si ellos son poligenistas y transformistas, es porque los inextricables conflictos entre la Ciencia y la Religión les obligan á ello; que si hay en el mundo un monogenista para muestra, es por el atraso en que todavía viven algunos, prefiriendo la *oscuridad* de la revelación católica á los esplendores fulgurantes de la ciencia atea. Así se escribe la historia, y así desbarran, por no citar otros, Burmeister (3), Vogt, Broca y Jorge Pouchet. No es ésta oca-

(1) Telliamed, *De origine mundi*, en Perrone, ob. cit., núm. 228, en la nota.

(2) Véase la *Psychologia*, vol. I, núm. 84, pág. 389.

(3) "Ce dogme se présente sous un jour si défavorable aux regards d'un savant sans préjugés, qu'il peut dire avec assurance qu'il ne serait jamais venu à l'esprit d'un observateur calme, de faire descendre tous les hommes d'un seul couple, si l'histoire mosaïque de la création ne l'avait pas enseig-

sión de refutar tamañas calumnias. Ya irá viendo el desapasionado lector, si los monogenistas saben ó no ciencias naturales, y si las verdaderas notabilidades científicas, que sostienen nuestra doctrina, pueden ó no hombrearse con los corifeos del poligenismo.

Adamitas.—Lo son, además de los teólogos y filósofos católicos antiguos y modernos, cuyos nombres formarían largo y glorioso catálogo, Alejandro Humboldt (1), Goulianoff (2), Serres (3), Flourens (4), Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire (5), Alfredo Maury (6), Quatrefages (7), Moigno (8), Constantin James (9), Sonthall (10), Arcelin (11), y otros; y la Academia de Ciencias de París, que el año 1850 (12) hizo suya, por unanimidad, esta doctrina. Como probable la sostiene Godrón y al menos como posible Teodoro

né. Étendant l'autorité de l'Écriture sainte même à des questions où cependant, à n'en juger que par sa propre nature, elle ne peut servir de règle, un certain nombre de savants, la plupart peu au courant des découvertes scientifiques, ont cru devoir défendre ce mythe de l'Ancien Testament, et dans ce but ont établi des théories qui ne peuvent être acceptées lorsqu'on les examine de près.—Burmeister, *Histoire de la création*, pág. 304; Vogt, *Histoire naturelle de la création*, pág. 260; Broca, *Mémoire sur l'hybridité, dans le Journal de la Physiologie de l'homme*, tomo I, pág. 436, edic. 1858; Pouchet, en Moigno, *Splendeurs*, tomo II, pág. 108.

- (1) *Cosmos*, tomo I, págs. 379 y 430.
- (2) *Discours sur l'étude fondamentale des langues*, pág. 61.
- (3) *Comptes rendus de l'Académie des Sciences*, tomo XXX, pág. 680 y siguientes. Véase Moigno, *Splendeurs*, tomo II, págs. 514-515.
- (4) *Comptes rendus de l'Académie des Sciences*, tomo XVII, pág. 338. En Moigno, *lug. cit.*, pág. 515.
- (5) Véase á Moigno, *lug. cit.*, pág. 516.
- (6) Véase á Moigno, *lug. cit.*, pág. 518.
- (7) *Histoire générale des races humaines*, págs. 132-134, París, 1887; *Les Polynésiens*, págs. 2-3, París, 1860.
- (8) *lug. cit.* latamente, desde la pág. 492.
- (9) *Du Darwinisme ou l'homme singe*, pág. 269.
- (10) *Recent origin of Man*.
- (11) *Revue des questions scientifiques*, 1870, tomo VI, pág. 411.
- (12) El insigne y Rdo. Sr. Moigno, después de transcribir estas palabras de Marcelo Serres: "Plus on étudie, sous de point de vue d'ensemble, les races noires (les plus dégradées) congo-guinéennes, cafro-béchuanes et ostro-nègres, plus l'unité d'origine de l'homme se dégage et se constitue scientifi-

Waitz (1), Lyell (2) y el mismo Huxley (3). ¡Que el monogenismo no cuenta entre sus partidarios hombres de ciencia! ¡Y son éstos los ignorantes que aun se atreven á defender el monogenismo, y los que para probarlo no pueden echar mano sino de argumentos de revelación y no de los que en abundancia suministran las mismas ciencias naturales! El movimiento se demuestra andando, y pronto veremos de parte de quién se inclina el peso de la razón y de la ciencia.

§ II. — *Las razas humanas y su procedencia adámica.*

Antes de responder á las objeciones en contra de la procedencia adámica, conviene tener en cuenta lo siguiente. Como los autores á quienes refutamos pretenden defender su teoría y combatir la nuestra, parapetados como en inexpugnables trincheras en la *repugnancia absoluta*, en la verdadera *imposibilidad* de un origen común, asignable á todas las razas; basta que nosotros propongamos un medio de *posibilidad* que explique el fenómeno, aun cuando *de facto* ese medio no tenga realidad histórica, para que por lo mismo queden por tierra los argumentos poligenistas. Es imposible, luego no sucedió el hecho; la consecuencia fluye. Es posible, luego sucedió de hecho; no hay consecuencia, pero sí la hay en esta otra proposición: «Es posible, luego... pudo suceder.»

—Es tanta—objetan—y tan profunda la diversidad entre las facultades mentales de las razas, sobre todo de la blanca

quement... prosigue: "Cette dernière proposition était la conclusion des études faites sur les lieux, par M. Froberville, des races nègres de l'Afrique orientale, au sud de l'Equateur, et elle a reçu après le rapport de M. Serres l'approbation unanime de l'Académie de Sciences de Paris, séance du 7 janvier 1850."—Ob. y lug. cit., pág. 515.

(1) Véase á Reusch, ob. cit., pág. 476.

(2) *L'ancienneté de l'homme*, cap. XX, pág. 427.

(3) Véase al Rdo. Vigouroux, ob. y lug. cit., pág. 130.

y la negra, tan marcadas las diferencias, en el color, en la conformación craneana, en los rasgos de la cara, y aun en general, en la constitución del organismo; que parece *impossible* que individuos separados por tan radicales diferencias procedan de un mismo origen y reconozcan todos un mismo centro de creación.

Este es el argumento cuya paternidad se atribuye á Voltaire (1) y que vividamente expone Prichard (2). Como se ve, esta dificultad es la misma que antes refutamos tratando de la unidad específica de las diversas stirpes humanas.

Por lo que hace á la inteligencia, dijimos entonces y lo repetimos ahora: todos los hombres, por abyecta y degradada que parezca su raza, ejercitan los actos esenciales de esa facultad cognoscitiva; todos tienen ideas universales, conocen lo abstracto, que no puede por su inmaterialidad impresionar los sentidos, y todos, en fin, poseen ideas del orden moral y religioso.

En cuanto á las variedades orgánicas, dijimos también

(1) "Il me semble que je suis assez bien fondé à croire qu'il en est des hommes comme des arbres; que les poiriers, les sapins, les chênes et les abricotiers ne viennent point d'un même arbre, et que les blancs barbus, les nègres portant laine, les jaunes portant crins et les hommes sans barbe ne proviennent pas du même homme."—Voltaire, *Traité de Métaphysique*, cap. I; *Oeuvres*, tomo I, pág. 4.

(2) "Si le spectateur qui vient d'assister à une brillante cérémonie, où il a vu se dérouler sous ses yeux la pompe d'une cour dans une grand cité d'Europe, était transporté subitement dans un hameau de la terre des Nègres, à l'heure où les tribus noires se livrent à l'amusement de la danse, au son d'une musique barbare; s'il se trouvait tout d'un coup au milieu des plaines arides où erre le Mongol chauve et cuivre, différant à peine par son teint du sol jaunâtre de ses steppes, où fleurissent les fleurs couleur de safran, l'iris et la tulipe.—S'il était placé près des tanières solitaires des Bushmen, où le sauvage maigre et affamé, est accroupi silencieux, guettant, les yeux fixes comme une bête féroce, les oiseaux qui vont se prendre à ses pièges ou les insectes et les reptiles qui passent à se portée;—s'il était emporté dans les profondeurs d'une forêt d'Australie, où les sordides compagnons des Kangourous rampent par bandes comme les quadrupèdes;—le spectateur de telles scènes pourrait-il s'imaginer que les êtres si différents qu'il vient de voir sont les enfants d'un même père?"—J. C. Prichard, *Researches into the physical History of Mankind*, tomo I, págs. 1-2, Londres, 1836,

que no son indicio suficiente para establecer diversidad esencial entre las diversas razas; que esas variedades, y aun mayores, se dan en individuos de una misma estirpe; que rasgos, al parecer característicos, de una de ellas, se encuentran también en individuos de otra cualquiera, al menos de un modo excepcional (1). Por eso naturalistas y antropólogos eminentes convienen en asegurar la dificultad suma y aun moral imposibilidad, en que se hallan, dado el actual estado de sus conocimientos, para establecer una división y clasificación de razas que merezca el nombre de lógica y científica (2). Tal es la vaguedad de los rasgos diversificativos, tal la mutabilidad de esos caracteres, que parecen propios y exclusivos de un tipo, y se encuentran luego en individuos de otra raza distinta (3). Y conviene

(1) Véase á J. Müller, *Physiologie*, tomo II, pág. 713. — Reusch, ob. cit., página 507.

(2) "La distinction des diverses races — dice el insigne Vigouroux, *Les livres saints et la critique rationaliste*, tomo III, págs. 326-327—est si difficile à établir sur des bases un peu solides que Mr. de Quatrefages, après avoir consacré la plus grande partie de sa vie à cette étude renonce à tenter une classification véritablement scientifique.... Il divise l'espèce humaine en trois troncs; blanc ou caucasique, jaune ou mongolique, nègre ou éthiopique, mais il accompagne cette division des observations suivantes: "Les noms donnés aux divisions primaires de l'espèce humaine sont mauvais, surtout parce qu'ils éveillent des idées fausses. Il y a des blancs parfaitement noirs et le blanc type n'est jamais sorti du Caucase. Mais ces noms sont dans la science; ils ont une acception reçue. Il m'a semblé qu'il y avait de graves inconvénients à les remplacer par des termes nouveaux qui pourraient plus tard ne pas se trouver justes, et voilà pourquoi je les ai conservés." — *Dict. encycl. des sciences méd.*, III série, tomo I, pág. 386.

(3) Oigamos lo que dice á este propósito M. Hovelacque: "C'est un procédé fort vicieux que celui qui consiste à diviser les races, comme on l'a fait souvent, en races blanches, jaunes, noires, c'est faire abstraction des caractères tout aussi importants que celui de la couleur de la peau. Il y a, par exemple, des différences profondes entre le noir du Soudan et le Noir des Iles Andausan, entre le Noir du sud de l'Inde (Dravidién) et le Papou de la Nouvelle-Guinée. Les caractéristiques de la nature des cheveux de la forme crânienne, de la taille sont également des caractères de premier ordre, mais ils ne peuvent servir de base, eux non plus, à une classification ethnographique. Il suffit de se rappeler que [certaines races noires ont les cheveux raides, d'autres les cheveux crépus; que certaines de ces mêmes races ont la tête allongée et que d'autres l'ont relativement arrondie. Même impossibilité d'adopter un groupement linguistique. En effet, une seule et

notar aquí que los partidarios del poligenismo, para dar fuerza á su argumento, comparan extremos diametralmente opuestos y ponen en parangón el tipo más hermoso de la raza caucásica con el más desgraciado de la negra, olvidando que entre esos términos, al parecer tan distantes, hay multitud de tipos medios cuyos rasgos casi coinciden; todo lo cual indica la *posibilidad* de que gradual y lentamente una raza se transforme en otra por esas formas y variedades intermedias de que venimos hablando (1). Luego

même famille linguistique est propre bien souvent à des peuples très différents les uns des autres; exemple, les Lapons et les Finnois, si divers par la race, et parlant deux idiomes qui appartiennent à une seule et même souche. L'ordre géographique n'est pas plus acceptable. L'Asie, par exemple, renferme des noirs comme les indiens du sud (Dravidiens), des blancs comme un grand nombre des Indiens du Nord, et des peuples appartenant aux races dites jaunes; l'Océanie, avec ses Papous et ses Polynésiens, l'Afrique avec ses Noirs et ses Sémites sont dans un cas analogue. Peut-on s'en rapporter à un certain ordre de développement dans la civilisation? Etudier tout d'abord les races inférieures, passer ensuite aux peuples pasteurs, aux agriculteurs, et arriver enfin aux peuples les plus cultivés de l'Europe? Cela semble également peu admissible. Il faudrait en effet... séparer d'avec leurs congénères telles et telles populations américaines, qui végètent encore aux derniers degrés de l'échelle humaine, comme les Botocondos du Brésil et les habitants de la Terre de feu... — A. Hovelacque, *Les races humaines*, en 12.^o, Paris, 1882, págs. 7-8.

(1) "Ce qui donne une grande probabilité à l'exposition que je viens de donner, c'est la grande variété des nuances par lesquelles les peuples chez qui le type des différentes races est le plus tranché, sont reliés entre eux. Il est vrai qu'il y a une grande différence entre un Allemand, un Patagon, un Kalmonk et un Nègre, mais il existe entre eux tant de nuances que la transition entre un peuple et celui qui a avec lui le plus de ressemblances n'est jamais brusque. Si vous mettez l'un à côté de l'autre le bleu le plus clair et le bleu le plus foncé, vous avez un contraste de couleurs assez grand; mais si vous rangez par ordre toutes les nuances dont le bleu est susceptible, le contraste disparaît et la transition des nuances les plus claires aux plus foncées devient presque insensible. Dans le tableau que j'ai esquissé d'après Burmeister, j'ai indiqué ces nuances, qui existent entre les différentes races, elles ne manquent dans aucun groupe, et vous devez vous rappeler qu'elles ressortent si clairement dans plusieurs familles qui forment la transition entre les types, que les savants ne sont pas d'accord sur la race à laquelle elles appartiennent. "Les peuples finnois, dit Waitz, forment l'intermédiaire entre la race caucasique et la race mongolique; d'autre part les Hindous sont souvent représentés comme formant la transition de la race mongole et la race malaise. Les Tcheuktchis et les Koriaïkes, les Esquimaux et d'autres peuples de la partie occidentale de l'Amérique,

esas diferencias morfológicas y anatómicas son completamente accidentales, en nada afectan á la esencia de la naturaleza humana, y como no bastan á establecer la diversidad específica de las razas, tampoco pueden ser suficientes para demostrar la *repugnancia é imposibilidad* de su común procedencia.

§ III. — *El medio ambiente y la herencia.*

Si admitimos—dicen—que realmente todos los hombres proceden de Adán y Eva, no puede explicarse cómo de un mismo centro de creación hayan tenido origen estirpes tan distintas entre sí, como la de los caucásicos, mogoles y etíopes.

Como se ve, la dificultad se funda en la *imposibilidad* de explicar la constitución de las razas, admitiendo para ellas un origen común. Luego si nosotros podemos probar la *posibilidad* de esa formación, si señalamos algunas de las causas que *podieron* darla origen, aunque de hecho, como advertíamos al principio, esas causas no sean las realmente históricas, habremos refutado la objeción.

¿Existen estas causas? En nuestra opinión, sí, y son: el *medio ambiente* y la *herencia*. Declaremos por separado cada una de ellas, antes de estudiar su influjo.

El medio ambiente.—Significa en Antropología, no sólo el medio atmosférico y climatológico, sino también la alimentación, el género de vida, las costumbres, el trato social y todas las demás condiciones físicas y morales que pueden

dont la forme du crâne se rapproche de celui des Mongols, tiennent le milieu entre les Asiatiques, et les Américains. Les Esquimaux qui, sur l'Océan Atlantique, se distinguent foncièrement des tribus Indiennes, perdent peu à peu ces différences si nettement marquées, de sorte que plus on se rapproche de l'Océan Pacifique, plus ils se confondent avec les indiens de l'Amérique.—Reusch, ob. cit., pág. 501. Véase Alej. Humboldt, *Cosmos*, tomo I, pág. 352, New-York, 1850; en el Card. Mazzella, *De Deo creatore*, disput. 3.^a, *De Homine*, art. 2, núm. 542, en la nota.

influir, y de hecho influyen, en el desarrollo de la vida orgánica, intelectual y moral de los hombres (1). Que el medio ambiente influye, ya en los demás vivientes (2), ya también en el hombre (3), es un hecho atestiguado por la experiencia.

(1) "Par milieu nous entendons toutes les conditions extérieures de l'existence, le climat, l'air, la chaleur, le froid, l'alimentation, la domestication et, quand il s'agit de l'homme, les institutions ou conditions sociales et religieuses."—Moigno, ob. cit., pág. 542. Véase á Quatrefages, ob. cit., lib. VII, cap. XXII, pág. 185.

(2) "Les végétaux blanchissent à l'abri de la lumière et l'effet n'est pas superficiel, il s'étend à la texture même de la plante, à sa saveur et aux autres propriétés de la sève qu'elle charrie. Les animaux des régions polaires blanchissent aux approches de l'hiver. Les boeufs de la Sologne petits et chétifs transportés dans les vallées de la Loire, prennent en une génération ou deux une taille et une qualité toutes différentes."—Topinard, *Anthropologie*, págs. 402-403.

"Le boeuf suisse devient en deux générations dans les plaines de Lombardie, un boeuf lombardo. Deux générations suffisent aussi pour changer les abeilles de Bourgogne, petites et brunes, en abeilles de Bresse, grosses et jaunes, quand elles sont élevées dans cette dernière province. Dans les régions chaudes de l'Amérique du sud, nos boeufs d'Europe ont perdu leur poil peu à peu, ils ont passé par l'état de pelones et sont enfin devenus des calongos. Le dahlia, envoyé de Mexico au jardin botanique de Madrid, y produisit en 1791 un fleur qui n'avait rien de remarquable. On le cultiva, non comme plante d'ornement, mais parce qu'on croyait que c'était un succédané de la pomme de terre. Cependant le milieu dans lequel il avait été transporté finit par la transformer entièrement. En 1810, quelques fleurs de semis attirèrent l'attention et les jardiniers fleuristes commencèrent à les cultiver avec soin. En 1834, on avait obtenu les variétés qui font aujourd'hui du dahlia un des principaux ornements de nos parterres. Les chiens en particulier nous offrent un exemple frappant des changements produits par le milieu."—Vigouroux, ob. cit., pág. 329; de Quatrefages, *Dictionnaire encyclop. des sciences médicales*, tercera serie, tomo I, artículo *Races*, página 372. L'homme est allé vivre sous le cercle polaire, le chien l'a suivi et s'est revêtu de la fourrure épaisse des spitz; l'homme a gagné les régions intertropicales avec son compagnon, et celui-ci a perdu tous ses poils, devenant chien de Guinée, improprement appelé chien turc.—Et ce n'est pas seulement le dehors qui a changé. Le squelette a été atteint à la tête osseuse comme le reste. Sans jamais s'être occupé d'anatomie, qui donc confondrait le crâne du bouledogue avec celui du levrier?... On doit être fort au-dessous de la vérité en estimant à 300 seulement le nombre de races canines.—Quatrefages, *lug. cit.*, págs. 366-367.

(3) "Le Français, transporté au Canada depuis un nombre de générations cependant encore bien peu considérables, a vu changer son teint, sa physiologie, sa chevelure; aux Etats-Unis, dans le même laps de temps l'Anglo-Saxon a donné naissance à la race locale (yankee), qui diffère de la souche

El cielo, según el grado diverso de calor, humedad y demás causas climatológicas, no puede menos de influir en el organismo (1); la alimentación, como con multitud de ejemplos demuestra Godrón, ejerce también su influencia, según sea pobre ó abundante, ó predomine en ella el régimen vegetal ó animal; el método de vida, las costumbres, el trato social, producen lentas, pero continuas, variedades en el tipo de las razas. Así, v. gr., estirpes diversas conservan, debido al *ambiente moral* de que se hallan rodeadas, su propio modo de ser distinto y característico, aunque vivan en iguales condiciones climatológicas. Y por el contrario, una misma raza, sin mudar de región, con sólo el cambio de condiciones sociales que afectan, sobre todo, á su vida intelectual y moral, cambia insensiblemente de tipo, como sucede con los actuales franceses y alemanes, en los que sería difícil, á pesar de la identidad de estirpe,

mère par certains caractères extérieurs: dès la première génération créole, ce même type anglais s'est si bien modifié, à la Nouvelle Zélande comme en Australie, que l'œil distingue, au premier abord, les gens *du vieux sol des enfants du sol...* La race noire présente des faits analogues. "Aux Etats-Unis" a dit Elisée Reclus — Nègre ou Blanc, tout tourne à la Peau Rouge... En Tasmanie bien probablement, le milieu seul a modifié les caractères du type nègre et *façonne* une population à la fois très spéciale et très homogène." — Quatrefages, *Histoire génér. des races humaines*, págs. 169, 170, 175.

(1) "Il est des contrées, le Valais, par exemple, où les mères engendrent en très grand nombre des crétins, où le crétinisme est endémique, de telle sorte qu'à un moment donné toute une population puisse être composée en grande partie de crétins. Or le crétin, au maximum de la difformité, est réellement au-dessous du Boschimen, de l'Esquimaux, du Hottentot, de l'Australien. C'est un être complètement dégradé autant au moral qu'au physique. Quel est dans le milieu ambiant l'agent qui détermine le crétinisme? Est-ce l'eau, l'air, l'absence ou la présence de quelque principe organique ou inorganique, magnèse, iode, etc.? Nul ne le sait et on ne le saura peut-être jamais. Mais ce qui est absolument certain, c'est l'influence de cet agent qui s'exerce jusque dans le sein de la mère et produit les ravages que nous voyons. La preuve qu'il s'agit bien d'une influence de milieu, c'est que placé de très-bonne heure dans d'autres circonstances physiques, transporté par exemple sur la montagne, l'enfant prédestiné à être crétin peut échapper au fléau. Le crétin ne constitue-t-il pas une véritable race humaine; petit être hébété, rabougri, goitreux, dont la tête est irrégulière, non symétrique, volumineuse; doué, souvent du moins, de la reproduction continue?." — Moigno, ob. cit., pág. 543.

encontrar hoy la forma típica de los antiguos galos y germanos, tal como nos la describen los historiadores antiguos. La raza de los turcos (*Kirgibis*), que habita la Tartaria, difiere no poco de la misma existente en el Imperio otomano (*Osmanlis*) (1), y en una misma isla del Japón (*Kiu-Sin*), los habitantes del litoral presentan distintos rasgos fisonómicos y morales de los que viven internados en el continente (2). Pero ¿qué más, si en una misma nación vemos con frecuencia que los habitantes de una provincia difieren considerablemente de los que moran en otra no lejana, por el tipo, la conformación, las costumbres y el modo de ser, no obstante que hoy, la facilidad de comunicaciones y el íntimo comercio de unos pueblos con otros, van borrando aquellas diferencias típicas, tan marcadas, que antes se observaban?

Conste, por lo tanto, que el medio ambiente puede hacer variar los caracteres de raza, por más que ignoremos á punto fijo cuál es la parte que en estas mutaciones se debe atribuir al clima y cuál la que corresponde á las otras circunstancias (3).

La herencia.—Otra de las causas que dijimos *podían* influir en la constitución de las diversas estirpes, es la ley de la herencia, según la cual los padres tienden á comunicar á la prole su propia naturaleza con sus cualidades y afeciones características. Por eso se observa que los hijos se parecen á sus padres y unas veces más al padre que á la madre ó viceversa; pero siempre que heredan más ó menos el tipo, índole, aficiones y aun las enfermedades y de-

(1) Godrón, ob. cit., pág. 321, 322.

(2) Godrón, el mismo lug., pág. 323.

(3) Véase á Moigno, el cual explica largamente la influencia que ejerce el medio ambiente en el hombre. Ob. cit., pág. 550 y siguientes.— Reusch, ob. cit., pág. 508 y siguientes.— El que desee más sobre esta materia, consulte á Godrón en su obra ya citada, pág. 303, 314 y siguientes, ó á Pozzy, obra mencionada, pág. 547 y siguientes.

fectos orgánicos de los que les dieron el ser (1). Y aunque algunas afecciones de los padres, como, por ejemplo, las que resultan de la amputación de ciertos miembros, no aparecen en sus hijos, otras, en cambio, se transmiten indefectiblemente á la prole. Según algunos fisiólogos, la ley de esta transmisión es la siguiente: que pasan á los hijos aquellas modificaciones que afectan á la economía general del organismo; pero no las que son puramente locales y no atañen al modo general de ser del compuesto humano (1). Sea

(1) Ya en su tiempo lo había notado Santo Tomás: "Los defectos corporales se transmiten por herencia de padres á hijos; así el leproso engendra al leproso, y el que padece de gota engendra al gotoso, debido á cierta corrupción del germen que no es propiamente ni lepra ni gota."—S. Tom., 1.^a 2.^{ae}, quaest. 81, art. I, in corp. Véase el commt. in epist. ad Roman, capítulo 10, lect. 3.^a. Claro es que no siendo admisible el *traducianismo*, como en el propio lugar de la filosofía se demuestra, las facultades espirituales de los padres no se transmiten realmente á los hijos. Si á veces estos parecen heredar la índole, propensión y aun las aptitudes de las potencias inorgánicas de los padres, puede explicarse el hecho por la dependencia *extrínseca* que el entendimiento tiene de la fantasía, y por lo tauto del cerebro, y las relaciones que median entre la voluntad y el apetito sensitivo.

"En vertu des lois de l'hérédité le père et la mère tendent également á transmettre á leur progéniture les caractères qu'ils possèdent eux-mêmes. Quelque semblables qu'on les suppose il y a toujours de l'un á l'autre certaines différences; la nature du nouvel être est nécessairement un compromis entre deux tendances différentes. Le fils ne peut donc jamais ressembler entièrement á son père. Chez lui les caractères *communs* aux deux parents seront facilement exagérés; les caractères *opposés* seront neutralisés; les caractères *différents* engendreront une *résultante* distincte des deux composantes comme le vert l'est du jaune et du bleu. Ainsi en vertu de ses tendances mêmes, et par suite du concours obligé des sexes, l'hérédité *directe et immédiate* devient á certains égards une cause de variation.—L'hérédité *médiate et indirecte* rapprochée avec raison par Burdach des phénomènes génégénitiques, l'*atavisme*, qui reproduit brusquement avec une curieuse exactitude les caractères d'un ancêtre, parfois après de certaines dégénération, jouent aussi á coup sûr un rôle considérable dans la variation des traits individuels, dans les dissemblances qui séparent le père et la mère des enfants.—Leur action ajoutée á celle de l'hérédité directe, suffit pour expliquer l'apparition de certaines *varietés*, sans qu'il soit nécessaire d'invoquer l'innéité."—H. de Quatrefages, *L'espèce humaine*, lib. VII, cap. XXII, pág. 184.—Véase sobre lo mismo al Rev. Vallet, que trata por extenso de ello en *La vie et l'hérédité*, 2.^a part., cap. I, art. I et II, y cap. II y III.

(1) "En résumé une mutilation subie par le père ne se transmet jamais á ses descendants, si elle demene á l'état d'affection *locale* et ne produit aucune modification *générale* dans l'organisme. Mais il semble démontré

de esto lo que se quiera, pues es materia que corresponde á los fisiólogos y médicos el dilucidarla, es lo cierto que la herencia *puede* influir en las variedades accidentales que se observan en las razas, como se ve en algunas del reino animal, cuyo origen no es otro que una monstruosa ó grave variedad orgánica, que apareciendo primero en un individuo, se transmitió después por herencia á su numerosa prole (1).

que certaines lésions accidentelles déterminent dans l'économie une action perturbatrice de caractère général, et qui s'étend par là même aux organes reproducteurs. On sait aussi que chez les animaux, surtout chez les animaux supérieurs, une action un peu vive éprouvée par la mère dans certaines circonstances spéciales laisse assez souvent des traces visibles sur ses enfants. — Certains animaux peuvent même, sous l'action des circonstances acquérir peu à peu des *instincts* particuliers et les transmettre à leur postérité. Si l'on donne la chasse aux perdreaux, ces oiseaux n'apportent pendant quelque temps aucun changement à leurs habitudes. Mais si le fait se reproduit avec persistance, ils deviennent peu à peu sauvages et après quelques générations, se retirent de leurs pays originaires...-Vallet, ob. cit., cap. III, art. I, pag. 284.

(1) "Nous rattacherons donc à des actions de même nature, l'apparition du robinier sans épines donc nous avons parlé précédemment, celle du premier mouton ancon, né au Massachussets en 1791, celle du premier mouton Manchamp, apparu en France en 1828, etc.—Les races ancon et Manchamp ne se sont propagées que grâce à l'industrie humaine. Mais ces déviations brusques d'un type donné peuvent aussi s'étendre et se multiplier d'elles mêmes. On sait que tous les boeufs de l'Amérique du Sud descendent de la race cornue espagnole. Or, en 1770, il naquit au Paraguay un boeuf sans cornes. En quelques années, nous dit d'Azara, cette forme exceptionnelle avait comme envahi plusieurs provinces. Pourtant, elle est loin d'être recherchée, parce que l'absence des cornes la rend bien moins facile à prendre au lasso, si bien qu'on a cherché à la détruire. Elle s'était donc bien propagée spontanément...-Quatrefages, ob. cit., lib. VII, cap. XXII, pag. 186.

"Les cas de caractères particuliers produits spontanément et transmis par hérédité abondent et cette loi de transmission est universellement admise par les naturalistes... M. Prosper Lucas en a recueilli un très grand nombre d'exemples dans son *Traité philosophique et physiologique de l'hérédité naturelle*, II, en 8.º Paris, 1847-1850, tomo II, pag. 40 et suiv. Voir aussi W. R. Brooks, *The law of heredity*, en 8.º Baltimore, 1833, tomo II, pag. 587. Así se expresa Vigouroux, obra cit., pag. 332.

§ IV.—*Influjo del medio ambiente
y la herencia en la constitución de las razas.*

Acabamos de ver en los párrafos anteriores, que el medio ambiente y la herencia son dos causas que *pueden* influir en la constitución de las estirpes humanas. Demos un paso más y probemos que, admitidas esas dos causas, *puede* explicarse, aun supuesta la unidad de origen, la formación de las diversas razas.

Es cierto de toda certidumbre que el hombre, cuya unidad específica queda probada, es cosmopolita en el estricto sentido de la palabra, ó sea que puede naturalmente habitar en todos los países del globo (1). Pero en estas diversas regiones de la superficie de la tierra, varía el medio ambiente, al menos el medio físico, de clima, alimentación y demás circunstancias externas y materiales, y esta diversidad de *medio*, influye, como hemos visto, en las modificaciones del organismo; luego, admitida la eficacia del medio ambiente como causa modificativa de las condiciones orgánicas, podemos *empezar* á explicarnos la constitución de las razas.

Digo *empezar*, porque, en efecto, la explicación aducida no resuelve del todo el problema. Es necesario tener en

(1) "Par une admirable disposition de la Providence, l'homme, se distinguant par là des autres animaux, s'acclimate sur toute la surface du globe, il n'est pas parqué comme les espèces animales dans une région déterminée; il supporte le froid glacial du pôle Nord et la chaleur brûlante de la zone torride, quoiqu'il y ait de la température de l'autre plus de cent degrés de différence, c'est-à-dire plus que la distance qui sépare la température de la glace fondante à celle de l'eau en ébullition. (Pueden verse las pruebas de esto en un artículo del Sr. Rodan publicado en la *Revue des Deux-Mondes*, 15 juillet 1838, pág. 398, 399, cuyas palabras son las de la nota presente). Il est ainsi devenu cosmopolite. Mais il n'a pu s'adapter de la sorte à toutes les zones et à tous les climats que parce qu'il est plus plastique que les autres animaux.—Vigouroux, ob. cit. pág. 343, 344. — Véase G. Saporta, *Un essai de synthèse paléothnique* en la *Revue des Deux-Mondes*, 1.^{er} Mayo 1883, pág. 103.

cuenta otros datos, es necesario ponderar la ley de la herencia, según la cual, esas diversidades orgánicas, debidas [al medio ambiente, se conservan, comunicándose de padres á hijos, acentuándose y caracterizándose cada vez más en la sucesión de la prole, sometida siempre á la acción modificativa de los mismos agentes. Véase, pues, cómo, según decíamos, la ley de la herencia y el medio ambiente *pueden* explicarnos el fenómeno de la constitución de las razas; cómo el hombre, aunque pertenezca á la misma especie y reconozca el mismo origen, ofrece, sin embargo, en las diversas regiones adonde emigra, la diversidad de caracteres constitutivos de otras tantas razas.

Ignoro, ciertamente, qué se pueda oponer con razón á este argumento. ¿Se negará el cosmopolitismo del hombre, ó que en distintas regiones sean también diversas las circunstancias físicas cuyo conjunto constituye el medio ambiente físico? Y si esto es cierto, no lo es menos que la adaptación del hombre á esa diversidad de condiciones climatológicas, y la recíproca acción de éstas sobre el hombre, es causa, *ocasional* por lo menos, de nuevo método de vida, de nuevos hábitos y costumbres, que constituyen, á su vez, el medio ambiente *moral*. Y nótese que esta acción del *medio* es constante y se ejerce toda la vida desde que el hombre nace hasta que muere (1). Digo más; aun antes de que nazca, dentro del seno materno, experimenta en su concepción la influencia del medio, explicando así los antropólogos la formación monstruosa del feto en el útero de la madre (1).

(1) "Toutes les causes physiques, physiologiques, morales qui troublent l'individu, réagissent sur le foetus au moment de la conception, d'abord dans son développement, ensuite comme autant d'obstacles à la identité. Pour ne citer qu'un fait, des statistiques récentes ont prouvé que l'état d'ivresse du père avait une influence lamentable sur le produit de la conception; que par cette seule cause l'enfant pouvait naître épileptique, paraplégique ou idiot."—Rev. Sr. Moigno, obr. cit., pág. 542. Véase á Quatrefages, obr. cit., libro VII, cap. XXII, pág. 195.

(1) "Une foule de faits mettent hors de doute l'action du milieu sur le

El medio ambiente *puede*, como decíamos antes, explicarnos la aparición de esas diversidades orgánicas, y la ley de la herencia, á su vez, la continuación de esas mismas variedades aún más acentuadas y características en la prole. Si los padres tienden naturalmente, por ley de generación, á infundir su semejanza en los hijos, ¿qué extraño tiene aparezcan en éstos las variedades y afecciones propias de los que les dieron el ser? Y si la prole permanece en el mismo medio sujeta á las mismas influencias, no es cierto que esas diversidades orgánicas procedentes de la herencia, se irán marcando y *pronunciándose* más de padres á hijos, hasta fijarse de un modo estable con el transcurso del

germe, sur l'embryon quelque protégé qu'il puisse paraître par les enveloppes de l'oeuf, ou par les tissus de la mère. Les deux Geoffroy Saint-Hilaire ont bien montré que la monstruosité remonte aux premiers temps de la formation de l'être et indique dans certains cas les causes extérieures qui l'on produit. Les expériences de M. Dareste ont confirmé et singulièrement étendu en les précisant, ces premières conclusions. En mettant de la garance aux aliments d'une femelle des mammifères, Flourens a coloré en rouge les os du fœtus qu'elle portait. En plaçant les oeufs d'une truite saumonée dans une eau qui ne nourrissait que des truites blanches, Coste a vu ces oeufs pâlir progressivement et produire des truitons qui avaient perdu la coloration caractéristique de leur race.

„Pour grandir la taille de nos excellents petits chevaux de race camargue il suffit de fournir à la mère pendant la gestation une nourriture plus abondante que celle dont elle se contente habituellement, dans sa vie demi-sauvage. Ainsi on constate de la manière la plus nette et par des expériences précises que le milieu, agissant sur l'embryon pendant la vie intra-utérine ou intra-ovarique, est capable de produire d'une part les plus graves désordres tératologiques, d'autre part de simples et légères déviations. On est donc pleinement en droit d'attribuer à la même cause des modifications que leur plus ou moins d'importance place entre ces extrêmes.”—Quatrefoes, obr. cit., pág. 185.

“L'Académie des Sciences a plusieurs fois approuvé et couronné les recherches de M. Camille Dareste sur la production artificielle des monstres. Or, ce savant et habile physiologiste a prouvé par mille expériences qu'en agissant physiquement sur l'oeuf de la poule pendant la période de l'incubation, en le chauffant ou le refroidissant sur toute la surface ou sur un ou plusieurs de ses points; en l'induisant en totalité ou en partie d'un vernis imperméable; en lui donnant diverses positions, soit verticale, sur le gros et sur le petit bout, soit inclinée, on reproduit souvent même à volonté tous les cas connus de tératologie embryonnaire, etc., etc.”—Moigno, obra citada, pág. 543.

tiempo y constituir así el tipo propio de las diversas razas?

Se nos dirá que las variaciones así obtenidas son leves y no bastan á destruir el tipo primitivo de la estirpe establecida en determinado país (1). Pero á esto respondo que la objeción tendrá fuerza cuando el cambio de clima y la diversidad de condiciones constitutivas del medio ambiente no es completa, ó cuando la raza no está de un modo permanente radicada y establecida en esa nueva región. Pero si el medio ambiente varía por completo y la permanencia de la raza en ese medio es lo estable y fija que se requiere, la experiencia atestigua que esas variedades orgánicas son tan profundas que bastan con el transcurso del tiempo para dar origen á una nueva raza. Aun estirpes antiquísimas cuyo tipo es característico y parece inmutable, se ve que gradualmente van inmutándose con el cambio de la región habitada y la mudanza de condiciones sociales. Tal sucede, por ejemplo, con los anglosajones en la América septentrional, con los negros (2) y, en general, con otros pueblos (3). Todo lo cual prueba que la dificultad propuesta

(1) "La plupart des pays de l'Europe ont envoyé dans des régions lointaines un partie de leur population: or quelque soit le terme écoulé, ni l'Angleterre, ni la France, ni l'Espagne ne méconnaissent dans les colons les traits des habitants de la mère patrie."—Bérard, *Cours de Physiologie*, tom. I, página 461.

(2) Véase el cap. precedente, art. 3, núm. 291, pág. 947, en la nota (4).

(3) "Un long séjour en Amérique — dice la *Revue des Deux-Mondes* (15 Diciembre 1850)— a fait perdre au créole canadien les vives couleurs de sa carnation. Son teint a pris une nuance d'un gris foncé; ses cheveux noirs tombent à plat sur ses tempes comme ceux de l'Indien. Nous ne reconnaissons plus en lui le type européen, encore moins le type gaulois...—Lo mismo dice Pozzy de los colonos ingleses en Australia: "Même en Australie, colonisée depuis si peu de temps, les colons anglais ont subi l'action du milieu au point de former déjà un type à part distinct du type primitif. "Les *currencys*—écrivait Cunningham en 1826—(on sait qu'on désigne ainsi les créoles australiens par opposition aux Européens qu'on nomme *sterlings*), les *currencys* deviennent grands et sveltes comme les Américains, et sont en général remarquables par le caractère saxon des cheveux blonds et des yeux bleus; mais leur teint dans la jeunesse même est d'un *jaune pâle*. Dans un âge plus avancé, ils sont facilement reconnaissables auprès des individus nés en Angleterre. Les joues de rose ne sont point de ce climat, non

en nada amengua la fuerza de nuestro argumento, pues, á lo sumo se deduce que la *sola* mutación del clima y de las demás condiciones físicas, no basta para transformar la estirpe, si al mismo tiempo no cambian también el género de vida, las costumbres, el trato social, en una palabra, todas las circunstancias que completan el medio ambiente moral.

Bérard y Broca pretenden demostrar que la mutación de estirpes no *puede* en modo alguno explicarse por la influencia del medio. Existen—dicen ellos—no pocas razas limitrofes que, sujetas á las mismas ó muy semejantes condiciones climatológicas, conservan, no obstante, su propio y peculiar color. Luego el medio ambiente no nos explica el fenómeno (1).

Vayamos por partes. ¿Cuánto tiempo hace que esas razas, cuya inmutabilidad de caracteres se nos quiere objetar, se hallan bajo la influencia de ese medio ambiente? ¿Desde cuándo data la inmigración al nuevo territorio? Pues qué, ¿no nos consta, según muchos afirman, que

plus que de celui de l'Amérique, où un teint fleuri attirera indubitablement cette observation: "Vous êtes du vieux pays, vous!..—Pozzi, obra citada, pág. 554, 555.

(1) "Des hommes habitant depuis des époques vraisemblablement antérieures aux temps historiques des îles situées sous les mêmes latitudes et même au voisinage les unes des autres, sont restés différents de couleur jusqu'à nos jours. Comparez les habitants des îles Viti, Salomon, Nouvelles-Hébrides, aux Polynésiens des îles Tonga-Otaïti, Nonka Hiva. Les premiers sont couleur de suite; leurs voisins (depuis trois ou quatre mille ans peut-être) n'ont pas pris la teinte éthiopienne..—Bérard, *ibid.*, pág. 457.

"La zone du Soudan, nous dit-on, recèle à la fois la race blanche des Tonarics, la race rouge ou cuivrée des Fellahs, et plusieurs races au teint d'ébène... Le noir le plus pur et le plus foncé s'observe au nord du Sénégal, chez les Jolofs, qu'entourent les Maures simplement basanés, les Foulahs au teint de cuivre et les Mandingues couleur de tabac. Les Hottentots, si jaunes qu'on a essayé d'en faire des Mongols, ont pour voisins immédiats les Cafres, qui sont de vrais Nègres; et à l'autre extrémité de l'Afrique, les nègres laineux du Sahara septentrional, les descendants des anciens Melano-Gétules sont enclavés au milieu des Mozabies, des Biscaries, des Tonarics et autres Barbères à peau blanche..—Broca, *Recherches sur l'histoire naturelle*, pág. 475.

en la Polinesia, por ejemplo, han tenido lugar en diversas épocas diversas inmigraciones? (1). Luego hasta que no nos prueben que, *á pesar* de haber transcurrido el *lapso* de tiempo necesario y haber ejercido *con eficacia* su influencia las condiciones modificativas del medio ambiente, los caracteres típicos de las razas han permanecido inmutables, no habrán conseguido lo que pretenden. Pero es más; aunque esto nos probaran, quedaba en pie nuestro argumento Aquiles. Porque no bastan, como ya hemos dicho, las circunstancias climatológicas para la explicación del fenómeno. El medio ambiente lo constituyen, además, las costumbres y género de vida.

Luego puede muy bien suceder que pueblos en territorio limítrofes y de colindantes fronteras, se hallen separados por sus propios y típicos caracteres, si conservan no obstante su género peculiar de vida, retienen sus características costumbres y se mueven, en una palabra, en distinto ambiente *social* (2).

Más aún: supongamos que cambia en esas razas, cuya inmutabilidad se alega, no sólo el medio físico, sino el medio moral. ¿Quién ha dicho nunca que el medio ambiente sea causa *adecuada* para la constitución de las razas, si no se tiene también en cuenta la ley de la herencia? Si, pues, emigran á un mismo país dos razas, v. gr., podrán, quién lo duda, (sobre todo si cuidan de no mezclar la sangre), conservar cada una su tipo característico por largo tiempo ó modificarlo cada una á su manera y con nuevos rasgos también propios y característicos por razón de las leyes de herencia que presiden á la generación de la prole (2).

(1) Pozzy, obr. cit., pág. 544.

(2) Véase á Godrón, obr. cit., pág. 327, donde demuestra que en la Polynesia difieren no poco entre sí, por razón de la diversa vida social, aunque conengan en los rasgos típicos, individuos pertenecientes á la misma raza.

(2) Véase lo que dice Pozzy, lug. cit., pág. 546:

"En outre les influences du milieu ne sont pas seules ici à considérer, il

Finalmente, para hacernos cargo de todas las objeciones, estudiaremos aquí una, fundada en los modernos descubrimientos de la egiptología.—Como consta—dicen nuestros adversarios—por esculturas é inscripciones, cuya fecha es de 1700 antes de Jesucristo, ó sea de los reinados de Tolomeo IV y Ramsés II, ya entonces varias estirpes, sobre todo la etiópica y la mongólica, se hallaban en estado de fijeza y completa formación (1). Ahora bien; según la doc-

faut tenir grand compte aussi de la nature première de la race. La même race placée sous l'action des mêmes circonstances agissant dans le même sens sur des races différentes ne produiront pas toujours les mêmes effets. C'est ce qu'ont mis en lumière les expériences des éleveurs anglais. Les uns et les autres avaient le même but : produire un boeuf dont l'ossature fut aussi réduite, les muscles aussi volumineux, l'engraissement aussi rapide que possible, les moyens mis en oeuvre d'une part et d'autre étaient les mêmes; mais ils opéraient sur des races différentes, tandis que Backwel opérait sur la race à longues cornes de Leicester, les frères Collins opéraient sur la race à courtes cornes de la Tees. ¿Qu'en est-il résulté? C'est que les mêmes procédés employés pour atteindre le même but, souvent même par les mêmes personnes, ont produit des résultats différents. Le leicester a été transformé en dishley, et le teswater en durham, sans qu'on ait jamais pu faire disparaître complètement l'empreinte des types originels. "Une race nouvelle, dit très-bien M. de Quatrefages, n'est jamais un produit simple, pour employer le langage des mathématiciens, elle est toujours une *résultante* dont les deux *composantes* sont la race primitive d'une part et la nature du milieu de l'autre. Que l'un des éléments change, et le résultat changera aussi, comme change la *résultante*, dont l'une des composantes est changée. Voilà pourquoi, après mille ans, le Juif de Cochín est encore distinct du véritable Hindou; pourquoi tout en prenant peut-être quelques caractères communs, le négre et l'Anglo-saxon se distingueront toujours l'un de l'autre sur la terre d'Amérique; voilà pourquoi encore le négre transporté en Europe ne deviendra jamais un vrai caucasien, quand même son teint blanchirait, et pourquoi l'Européen acclimaté au Sénégal ne sera jamais un vrai négre, quand même son teint noircirait."—Quatrefages, *Unité de l'espèce humaine*, pag. 354.

(1) "Que les sculptures et les dessins qu'on a trouvés dans l'ancienne Egypte nous présentent des types parfaitement reconnaissables; que dans la grande procession de Ptolémée IV, qui date, nous oit-on, de 1700 ans avant J. C., la tête laineuse et prognathe du négre éthiopien, son front fuyant, son nez épaté, ses dents obliques, ses lèvres saillantes, et jusqu'à l'angle facial qui le caractérise soient merveilleusement rendus; que dans le tableau qui figure la victoire de Rhamsés II, sur les négres dans le temple de Beyt-el-Walee en Nubie, la tête de Rhamsés se détache de celle des vaincus comme celle d'un grec moderne au milieu d'une population du Congo; que dans celui représentant le combat de Sésostris contre les Seythes, il y ait parmi ces der-

trina católica, la formación de las razas comienza en la dispersión babélica. Pero entre esta dispersión y la Era de esos Reyes egipcios no transcurrió el tiempo suficiente para la formación completa de las razas y fijeza estable de sus caracteres típicos. Luego la teoría del medio ambiente, aun reforzada por la ley de la herencia, no basta para explicar la posibilidad del fenómeno que estudiamos.

Demos, por un momento, que las esculturas y pinturas aducidas como argumento en contra de la teoría monogenista son, en efecto, del tiempo de Ramsés II, ó sea de 1700 años antes de Jesucristo. Sin embargo, aun habrían transcurrido desde la dispersión babélica setecientos años, por lo menos.

Y ¿no es este tiempo suficiente para la formación de una raza, como nos lo demuestran, en nuestros mismos días, ejemplos recientes y continuos? Ahí está, v. gr., la nueva stirpe americana derivada de la transformación de los colonos anglo-sajones y otras varias citadas por Moigno (1) y otros autores. Y eso sin hablar de algunos individuos que en brevisimo tiempo, según cuentan, se trans-

niers une troupe alliée ou mercenaire de guerriers où l'on trouve tous les caractères des Mongols actuels de l'Asie centrale. Qu'est ce que cela prouve?.. Broca, obr. cit., pág. 450; en Pozzy, pág. 540.

(1) "A la suite des guerres de 1641 et 1669, deux grandes colonies irlandaises furent refoulées l'une dans la région montagneuse à l'est de la baronnie de Flows jusqu'à la mer, l'autre dans les comtés de Lestrem, Hugo et Mayo (Connaught). Or ce dernier groupe de petite taille, au ventre ballonné, aux jambes cagneuses, aux traits d'avertons, rappelle les populations les plus misérables de la Nouvelle-Hollande, tandis que dans toute l'île, là où la population n'a pas cessé de rencontrer les plus parfaits specimens de beauté et de vigueur physique et morales..."—Moigno, obr. cit., pág. 554.

Semejante mutación, se ha obrado durante no muy largo período de siglos en la colonia portuguesa de Malaca, según refiere el Dr. Ivan (*De France en Chine*, pág. 224): "Ce sont pour la plupart les descendants des anciens conquérants de la Malaisie; leurs pères furent les compagnons de Vasco de Gama et d'Albuquerque. Mais semblables aux monuments qu'élevèrent leurs aïeux et qui convrent le sol de leurs ruines, eux aussi ont été atteints par la dégradation et la vétusté. Au milieu de la population malaise, avec laquelle ils se sont depuis longtemps alliés, les 3.000 descendants des anciens Portugais sont ce qu'il y a de plus laid physiquement et moralement de plus

formaron hasta parecer de distinta raza (1), como el célebre inglés Lambert, llamado *homo-bixtrix* por tener el cuerpo sembrado de berrugas córneas. No se crea que esta es una de tantas anécdotas más ó menos verosímiles, no; se trata de un ser real, de un hombre de carne y hueso á quien vieron y observaron diligentemente insignes naturalistas, uno de los cuales, como escribe el Cardenal Wiseman (2), no dudó en afirmar que el tal Lambert podía dar

dégradé. On ne saurait les confondre avec les Malais d'origine pure; ils n'ont pas dans le regard, dans l'attitude la sauvagerie énergie de ces hommes. On dirait plutôt, qu'ils ont emprunté le caractère qui les distingue aux races éthiopiennes, leurs traits ont quelque chose de bestial. En un mot, ils portent sur leurs fronts rétrécis et huileux le signe d'une chute morale. Les pauvres gens n'ont aucune idée de leurs glorieux ancêtres: la tradition, souvenir consolateur des races déchues, s'est effacée de la mémoire du peuple; la plupart portent des noms illustres et ils ignorent quels furent leurs pères et quel rayon du passé perce leur obscurité.

„Rappelons en finissant que les modifications sont encore plus rapides et plus profondes, quand l'action du croisement vient s'ajouter à celle du milieu. Un voyageur très-savant, M. de Kanikoff, signalait à l'Académie des Sciences le fait suivant: „En 1817, quelques centaines de familles du Wurtemberg vinrent s'établir du Caucase en Géorgie-Ces prémices étaient des hommes de laideur peu commune, lourdement charpentés, ils avaient des faces larges et carrées, des cheveux blonds ou rouges, des yeux d'un bleu très-pâle. Ces caractères commencèrent déjà à disparaître chez les individus de la seconde génération; quant á la troisième génération presque tous les jeunes gens ont des yeux et les cheveux noirs, des tailles sveltes, etc., etc.. Moigno, obr. cit., pág. 555.

(1) „Si celui qui est soumis à l'action du climat ne s'en est pas défendu, et l'a subie toute entière, le changement peut aller jusqu'à simuler le passage d'une race à l'autre. A Nanka-Hiva, un matelot anglais qui avait adopté les mœurs du pays et s'était tatoué, ressemblait à s'y méprendre aux naturels des îles Marquises. Jeromo d'Aguiar, le secrétaire de Cortés après huit années ne pouvait plus être distingué des Indiens du Yucatan..—Moigno, lugar cit., pág. 551.

(2) „Las conclusiones—escribe el Emmo. Cardenal Wiseman (*Discursos sobre las relaciones que existen entre la ciencia y la Religión revelada*, libro I, disc. 3.º)—que saca Backer de este fenómeno extraordinario son exactísimas, y tienen mucho mayor peso ahora que se ha reproducido aquel en otra generación y en dos casos distintos. „Parece indudable—dice—que este hombre puede propagar una casta particular con una piel arrugada ó cubierta como la suya; y si esto aconteciera y se olvidara el origen accidental, no es imposible que se mirara esta casta como una especie diferente. Esta consideración casi nos llevaría á imaginar que la especie humana se ha producido de un sólo y único tronco, pudiendo también, con toda proba-

origen á una nueva raza diversísima de todas las anteriormente conocidas. Véase, por lo tanto, si el lapso de tiempo de más de siete siglos, transcurrido desde la confusión de lenguas hasta el reinado de Ramsés II, es ó no suficiente para la formación de una nueva raza.

Y es inútil replicar aduciendo el ejemplo de algunas estirpes que después de haber emigrado á nuevas regiones han conservado, no obstante, por muchos siglos, su tipo característico. A eso respondemos que, como ya antes hemos dicho, el cambio de clima no basta *por sí solo* para explicar el fenómeno, como que el medio ambiente comprende además otra multitud de circunstancias físicas y morales, no incluídas en el clima. Pruébennos que ni el medio ambiente, con la ley de herencia, bastan para explicarnos la formación de nuevas razas, según nos atestigua una múltiple y continua experiencia, y entonces nos daremos por vencidos en este punto.

§ V.—*Las razas y la filología.*

Otro de los argumentos alegados, se funda en la filología.

Es un hecho certísimo y evidente que existe entre los hombres una multitud de innumerables y diversas lenguas (1). Pero *imposible* que hijos de unos mismos padres hayan adoptado lenguas tan diversas que en nada se

bilidad, deberse originariamente la piel negra de los negros y otras muchas diferencias de la misma naturaleza á alguna causa accidental.,—Backer, *Memorias filosóficas*, 49.

(1) "Les recherches—dice Balbi (*Abrégé de géographie*), pág. 61, Paris 1842—que nous avons faites pour la rédaction de *l'Atlas ethnographique*, nous ont démontré qu'on peut porter au moins á deux mille le nombre de langues connues. L'état imparfait de l'ethnographie ne nous a permis de classer que 800 langues et environ 5.000 dialectes., (Véase Kaulen, *Die Sprachverwirrung zu Babel*, Meyence 1861, pág. 15), Gilly (*La science du langage*, pág. 21). Y añade el insigne Vigouroux: "Personne ne sait quel peut être le nombre des langues mortes.,—(Ob. cit., pág. 368 en la nota).

parecen unas á otras, de modo que unos pueblos no entiendan el lenguaje de los otros. Luego hay que conceder la existencia de varios centros de creación, de donde las diversas razas, distintas en lengua, como en costumbres, se hayan derivado.

Ya que tanto se precian los poligenistas de la autoridad de los sabios, diremos en primer lugar que muchos escritores, cuya competencia científica en la materia no puede negarse, confiesan claramente que la multitud y diversidad de lenguas del género humano de ningún modo *repugna* á su común procedencia adámica (1).

Nada hay tan sujeto á mudanzas y transformaciones como el lenguaje, sobre todo en los pueblos rudos y salvajes que carecen de escritura. Bien nos lo demuestran innumerables pueblos bárbaros (2), cuyos primitivos idiomas han desaparecido, instituyéndose en su lugar otros nuevos, y, sin ir más lejos, bien claro nos lo está diciendo

(1) "Faut-il penser que le genre humain descend d'un couple unique ou bien que l'espèce humaine, dès son principe, couvrit la terre en forme de peuplades, demande Guillaume de Humboldt? C'est, répond-il, ce que la science des langues ne saurait décider par elle même."—Alexandre de Humboldt, *Cosmos*, tomo I, pág. 427, en Vigouroux, pág. 370.

"Il se tromperait—escribe el poligenista portugués O. Martins (*As raças humanas*, tomo I, pág. 20, edit. 1881)—celui qui croirait qu'une affinité linguistique correspond toujours à une affinité ethnographique. C'est un fait connu qu'un peuple peut changer de langue sans altérer son sang, d'où il résulte que le tableau des langues actuellement parlées ne coïncidera jamais avec le tableau des races ou sous-races humaines... Une langue peut-être ou n'être pas un caractère de race."

"Nous arrivons à cette conviction, dit M. Max Müller, que quelque diversité qui existe dans les formes et dans les racines des langues humaines, on ne peut tirer de cette diversité aucun argument concluant contre la *possibilité* de l'origine commune de ces langues." Max Müller (*La science du langage*, pág. 426, Paris, 1864). El mismo Whitney, que en otros puntos disiente de la opinión de Müller, en el presente sigue su juicio en su obra *Language and the study of language*, pág. 385. Londres, 1870. El mismo es el parecer de Renan en su discurso *Conférence à l'Association scientifique de France*, en la *Revue politique et Littéraire*, 16 mart. 1878, pág. 864. Véase al mismo Renan, *De l'origine du langage*, pág. 200-201, 1864.]

(2) Puede verse sobre esto á Max Müller (*La science du langage*, página 36, 57-60), donde expone cuán fácilmente se alteran los idiomas.

la formación de las lenguas neolatinas (1), española, lusitana, italiana, etc. Pero, es más; está tan lejos de oponerse á la teoría monogenista el estudio de las lenguas, que, antes por el contrario, la confirma y corrobora más y más.

Sabido es lo mucho que ha progresado en nuestros días la filología *comparada* en el conocimiento de las lenguas. Pues bien; sus más insignes cultivadores confirman que son tantas y tales las afinidades que presentan entre sí, que la mayor parte de ellas pueden, con razón, referirse á dos lenguas primitivas principales, tronco y origen de todas las demás, una indoeuropea y otra siroarábica. Por igual razón de analogía deduce Moigno que todos los idiomas que habla la raza negra se derivan de una sola lengua primitiva (2). Finalmente, las lenguas americanas, aunque muchas y diversas entre sí, presentan, con todo, tanta semejanza y analogía gramatical, que, según el eminente filólogo Cardenal Wiseman, y los no menos célebres lingüistas Guillermo Humboldt, Malte-Brun y Vater, constituyen

(1) "Il nous est difficile à nous qui nous servons d'une langue fixée par l'écriture et par des monuments littéraires, de nous rendre compte de cette mobilité et de cette fluidité naturelle du langage, lors qu'il n'est pas endigué, si l'on peut ainsi dire, comme il l'est chez les nations cultivées. Le célèbre navigateur Cook, visitant au bout de quelques années des îles dont il avait étudié la langue à un premier voyage, il trouva le vocabulaire changé et des mots tout différents."—Vigouroux, 372-373.

(2) "Les bases mêmes de ses arguments, d'une part la *langue indo-européenne*, d'autre part la *langue syro-arabe* sont contradictoires à sa thèse. Que signifient, en effet, ces dénominations, langue indo-européenne, langue syro-arabe? 1.º Qu'il existe d'une part une langue commune à tous les peuples réunis sans le nom d'Indo-Européens, et qui dans la théorie de M. Chavée, accuse invinciblement l'origine commune d'une grande famille de peuples, la famille *japhétique* (*l'homo Japeticus* de Bory de Saint-Vincent), et qui comprend les Chinois, les Javannais, les Perses, les Grecs, les Italiens, les Germains, les Scandinaves, les Celtes, les Laves, les Anglais, etc., etc.—2.º Qu'il existe, de même, une langue commune à une seconde grande famille de peuples, la famille de Sem, qui comprend les Chaldéens, les Syriens, les Assyriens, les Arabes, les Abyssins, les Phéniciens, etc., etc., d'où l'on pourrait conclure par analogie qu'il existe une troisième langue égypto-africaine, commune à une troisième grande famille, la famille de Cham, qui comprend les Egyptiens, les Lybiens, les Kabyles, les Touaregs, les Ethiopiens, les Bucharis, les Africains, etc., etc." Moigno, ob. cit., pág. 583-84.

todas una sola familia, la cual, á su vez, supuesto el origen semítico de los pueblos del nuevo mundo, debe referirse á la familia oriental (1). Más aún: otros escritores verdadísimos en esta clase de estudios, como Alejandro Humboldt, Goulianoff, la Academia de San Petersburgo, Merian, Julio Klaproth, Fed. Schlegel, Herder, Remusat, Niebuhr y Mauryi, cuyos testimonios pueden verse copiados en la obra del Cardenal Wiseman (2), no dudan en sostener que, no ya estas ó aquellas lenguas, sino absolutamente todas, reconocieron un tiempo, origen y naturaleza común. El mismo Herder, que con impia chacota llama á la historia de la dispersión babélica *fragmento poético de estilo oriental*, obligado, no obstante, por la fuerza de los hechos, afirma que la multiplicación de las lenguas no fué obra del libre arbitrio y voluntad de los hombres, sino que, por el contrario, se debió á su violenta y respectiva separación y dispersión por la superficie del globo. Abel Remusat cree que la multiplicidad y diversidad de las lenguas no puede satisfactoriamente explicarse sino admitiendo una antiquísima confusión de las mismas. Finalmente, Niebuhr escribe que

(1) Wiseman, en el lugar ya citado. Lo mismo siente Reusch y Kaulen (*Die Sprachverwirrung zu Babel*, pág. 22, Mains, 1861). "Les centaines d'idiomes qu'on connaît aujourd'hui ne forment point autant des systèmes indépendants, d'origine différente, ils ne sont au contraire que des variétés de quelques familles de langues principales appelées *langues-types*. On s'accorde à reconnaître que les peuples qui parlent des idiomes dérivés de la même langue mère ne formaient eux-mêmes dans l'origine qu'un seul peuple dont le partage successif eut pour conséquence la scissure de la langue principale en familles, en idiomes, en dialectes. Or, comme jusqu'ici l'étude comparative des langues a toujours conduit à étendre de plus en plus les groupes de langues possédant une certaine unité et de diminuer le nombre des langues regardées comme types, nous pouvons espérer avec fondement qu'une étude encore plus approfondie finira par démontrer que les langues-types que jusqu'ici on n'avait pas encore ramenées à l'unité, ne sont en partie que des variétés d'une même langue primitive. Ce resultat est déjà en partie obtenu; ainsi on a prouvé que certaines langues, par exemple, les langues sémitiques et indo-germaines ont eu primitivement une connexion qui permet de conclure leur unité d'origine." — Reusch, *La Bible et la nature*, pág. 522-523.

(2) Wiseman lug. cit. Moigno, pag. 591-594.

los monogenistas, sosteniendo, como sostienen, la unidad de origen y común procedencia adámica de todos los hombres, se ven obligados, para explicar este fenómeno filológico, á admitir el milagro de la confusión de lenguas; «milagro—afirma—muy creíble y que en nada contradice á la razón» (1).

De todo lo dicho anteriormente se deduce que las investigaciones y descubrimientos de la etnología y de la filología, aun en opinión de aquellos que prescinden por completo ó niegan rotundamente la autoridad de la Biblia, confirman y corroboran la narración de Moisés. Porque, en efecto, el historiador sagrado nos refiere que en el principio del mundo toda la tierra era *labii unius et sermonum eorumdem* (2), es decir, no tenía más que un solo lenguaje y unos mismos vocablos; que después vino por intervención divina la confusión de lenguas, hasta el punto de que no entendiese *unusquisque vocem proximi sui, et idcirco vocatum esse nomen* (Babel) *quia ibi confusum est labium universae terrae et inde dispersit eos Dominus super faciem cunctarum gentium* (3), hasta el punto de que el uno no entienda el habla del otro, de donde se le dió (*á la ciudad donde esto tuvo lugar*) el nombre de Babel ó confusión,

(1) «Este error—escribe Niebuhr, en la tercera edición de su obra *Niebuhr's Römische Geschichte*—se escapó á la atención de los antiguos, probablemente porque admitían muchas estirpes primitivas de la especie humana. Los que las niegan y suben á una pareja única, deben suponer un milagro para explicar la existencia de idiomas de estructuras diferentes; y respecto de aquellas lenguas, que se diferencian por sus raíces y otras cualidades esenciales, hay que admitir el prodigio de la confusión de lenguas. La admisión de semejante milagro no ofende á la razón, porque una vez que los restos del antiguo mundo nos demuestran evidentemente que antes de este orden de cosas existía otro, es muy creíble que duró íntegro desde el principio, y que en cierto período sufrió una mudanza esencial.» Wiseman, obr. y lug. ya cit.

(2) Genes., II, 1.

(3) Genes., II, 7, 8 y 9.

porque allí fué confundido el lenguaje de toda la tierra y desde allí los esparció el Señor por todas las regiones.

Dispersáronse, en efecto, las familias de los tres hijos de Noé, y Sem fué el origen de las razas de lengua siro-arábica, Jafet de las razas cuyas lenguas se derivan de la indo-europea y Cam de los pueblos cuyas lenguas se refunden en la etiópica-negra, según afirman los filólogos. Y aunque la Sagrada Escritura no dice abiertamente que la confusión de lenguas se verificó de manera que los idiomas propios de las tres razas noémicas fueran otras tantas diversas modificaciones de una lengua anterior común á todas, como ahora creen los filólogos modernos al reconocer un origen lingüístico común á todas ellas, sin embargo *pudo* muy bien suceder así y en nada al menos contradice esto á la narración mosaica. Lo que sí es cierto, y esto basta á nuestro propósito, que la multiplicación de las lenguas habladas por las diversas razas *puede* explicarse satisfactoriamente sin necesidad de acudir á la teoría poligenista, y, por lo tanto, que está en su derecho Balbi al afirmar, que, «hasta ahora, ningún monumento, ya histórico, ya astronómico, ha podido probar que fuesen falsos los libros de Moisés; al contrario, éstos concuerdan del modo más notable con los resultados que han obtenido los filólogos más sabios y los más profundos geómetras» (1).

El libro del Génesis es el más antiguo de los que se conocen, y aun prescindiendo de la inspiración divina, es, según los datos fehacientes de la más severa é imparcial crítica, veracísimo y digno de ser creído. En ese libro, como hemos visto, hallamos perfectamente explicados estos dos extremos, cuya oposición é incompatibilidad pretenden, absurdamente, oponernos los poligenistas, á saber: el hecho de la unidad de origen y procedencia adámica del

(1) Adrian Balbi, *Atlas ethnographique du globe*, París, 1826. En Wiseman, lug. ya mencionado.

género humano, y el hecho, igualmente cierto, de la confusión y multiplicidad de lenguas. Luego ¿cómo se intenta sacar de la filología argumento de ningún género contra la tesis que venimos sustentando?

Y podemos también confirmar nuestro aserto arguyendo de este modo: O el lenguaje se debe en su origen al mismo Dios, ó á la invención del hombre. Si éste lo inventó (1), por más que sea absolutamente falsa, es lo cierto que, admitida la hipótesis, pudieron muy bien los hombres, aunque descendieran de un solo tronco, modificar el primitivo lenguaje y aun transformarle en otro, al dispersarse y establecerse definitivamente en otras regiones; ó, más breve, si *podieron* inventarlo, *a fortiori* pudieron transformarlo. Si el lenguaje no lo inventó primariamente el hombre, sino que Dios lo infundió á nuestros primeros padres, como es así (2), con igual razón pudo después infundir á sus hijos y descendientes las diversas lenguas de que en el Génesis nos habla el historiador hebreo. En una palabra, la Biblia y la filología en nada se oponen á la tesis monogenista, y la multiplicidad y diversidad de lenguas nada prueba en contra de ella. Tanto es así, que no faltan quienes, fundados en la afinidad y analogías observadas en las diversas lenguas, han pretendido demostrar la unidad de especie y de origen de todas las razas (3).

(1) Así aseguran, entre otros, Damiron, *Essai sur l'histoire de la Philosophie en France*, pág. 224, Bruselas, 1829; Cousin, *Prólogo á las nuevas consideraciones de Maine de Biran*, París, 1834; Häckel, *Anthropogentia*, pág. 314; *Histoire de la creation*, pág. 614, y otros.

(2) Así piensan, con los teólogos y filósofos católicos, Johnson, Antón y Bonald, según escribe el Emmo. Cardenal Wiseman, en su obra ya varias veces mencionada.

(3) Véase sobre la unidad de las lenguas el insigne historiador César Cantú en su *Historia Universal*, tomo I, libro I, cap. III, y Augusto Nicolás, *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, Barcelona, 1864.

§ VI.—*La dispersión de las razas por el globo.*

Admitida la unidad de origen del género humano, es necesario consecuentemente admitir su dispersión por las diversas regiones del globo donde hoy se encuentran, desde aquella en que apareció como centro de creación la pareja adámica. Este fenómeno es imposible de explicar; porque ó estas emigraciones se verificaron por tierra, y entonces ¿cómo abrirse paso á través de altísimos y escarpados montes, de inmensas llanuras obstruidas por la maleza y desprovistas de caminos y medios de comunicación?, ó se verificaron por mar, y entonces sube de punto la dificultad para atravesar las inmensidades del Océano sin naves ni género alguno de embarcaciones, de que en aquella infancia del mundo carecieron, sin duda, los primeros hombres. Luego es necesario reconocer varios centros de creación en las diversas regiones del globo, sin necesidad de acudir á supuestas é imposibles emigraciones.

He aquí la objeción fundada en la *imposibilidad* de resolver el inextricable problema de la dispersión de las razas. Pero ¿existe realmente esa imposibilidad? Veámoslo.

Si consultamos la historia del mundo, veremos que en sus anales se refieren una y mil veces las emigraciones de los diversos pueblos de un punto á otro de la tierra. ¿Quién ignora las invasiones é irrupciones, v. gr., de los godos, vándalos, árabes, turcos y otras que sería prolijo enumerar? Y esto que nos cuenta la Historia lo confirman plenamente los modernos descubrimientos de la arqueología y paleontología.

Esas invasiones, cuya certeza no puede ponerse en duda, fueron, como su mismo nombre lo indica, emigraciones á países habitados. Luego con más facilidad pudieron las razas trasladarse desde el punto de su origen á países inhabitados, á tierras incultas y despobladas, contra

lo que supone la objeción poligenista. Porque en el primer caso histórico, además de las dificultades inherentes á toda emigración, debieron los hombres superar la formidable resistencia de los pueblos que en la ocupación del país invadido les precedieran. Y sabido es que: *bomo homini lupus*, no hay mayor enemigo del hombre que el hombre mismo. Halla, en efecto, el ingenio humano, en su fecunda inventiva, medios y recursos para vadear la corriente de los ríos, atravesar enriscadas montañas, cruzar la inmensidad de los mares, esquivar y aun vencer la ferocidad de los animales; pero no puede muchas veces domeñar el poderío y quebrantar la resistencia armada de una nación enemiga. Es, pues, evidente que las irrupciones de que nos hablan los anales del mundo fueron más difíciles que las simples emigraciones, cuya realización califican de *impossible* los poligenistas. Es así que, como hemos visto, el hombre *pudo* vencer los obstáculos y superar las dificultades que á esas irrupciones se oponían; luego *a fortiori* pudo, en su lenta y gradual emigración terrestre, llegar á las diversas regiones *inhabitadas* del globo.

Bien conocen muchos la fuerza de este argumento, y por eso confiesan, mal de su grado, que la dificultad no está en la dispersión *terrestre*, sino en la *maritima* del género humano (1). Por eso opinan que, sobre todo, la prime-

(1) "On a vraiment trop exagéré la faiblesse de l'homme et la puissance des barrières que pouvaient lui opposer les accidents du terrain, la végétation, ou les faunes. L'homme a toujours su vaincre les bêtes féroces; dès les temps quaternaires il mangeait les rhinocéros. Il n'a jamais été arrêté par les montagnes lors même qu'il traînait á sa suite ce qui pouvait rendre le passage le plus difficile: Annibal a franchi les Alpes avec ses éléphants et Bonaparte avec ses canons. Les hordes asiatiques n'ont pas été arrêtées par les Palus Méotides, pas plus que Fernand de Soto par les marais de la Florida. Les déserts sont chaque jour sillonnés par des caravanes; et quant aux fleuves, il n'est pas de sauvage qui ne sache les traverser sur un radeau ou une outre.—En réalité, l'histoire des voyages ne le prouve que trop: l'homme seul arrête l'homme. Quand celui-ci n'existait pas, rien ne s'opposait á l'expansion de tribus ou de nations avançant lentement á leur heure, se poussant ou se dépassant tour á tour, continuant des centres secondaires

ra población de la América y de la Polynesia no debió su origen á las emigraciones de los pueblos. Bien es verdad que otros, aun entre nuestros adversarios, como Teodoro Waitz y Giebel, confiesan claramente que la dificultad de estas *emigraciones* no es razón suficiente para abandonar la teoría monogenista (1). Y en primer lugar, por lo que hace á la Polinesia, Armando Quatrefages escribió un libro entero sobre esta materia (2), que luego compendió en otro tratado sobre la especie humana, demostrando, con multitud de documentos, la ruta que probablemente debieron seguir los navegantes y primeros pobladores de aquellas islas (3). Nosotros, aquí, recordando una vez más que no nos incumbe demostrar los medios realmente históricos de la dispersión de las razas por el globo, sino indicar solamente la *posibilidad* del hecho, advertiremos lo siguiente:

1.º Parece cierto que, dada la identidad ó semejanza, al menos, de sus costumbres, tradiciones, ritos, ceremonias religiosas y lengua, diferente sólo por sus formas dialectales, los polinesios reconocen un origen común (4).

d'où partaient plus tard de nouvelles émigrations. Même sur une terre peuplée, une race supérieure envahissante ne procède pas autrement. C'est ainsi que les Aryas ont conquis l'Inde, c'est ainsi qu'avancent les Nègres Paouins qui partis d'un centre encore inconnu, arrivent au Gabon, sur un front de bandière d'environ quatre cents kilomètres...—Quatrefages, obra citada, lib. V, cap. XVI, págs. 134-135. Donde cuenta la emigración de los kalmonkos, hacia el año 1616, desde China al Imperio ruso, y su vuelta á la patria, después de ciento cincuenta años, vencidas toda suerte de dificultades.

(1) Véanse sus palabras en Reusch, págs. 500-501.

(2) *Les polynésiens et leurs migrations*.

(3) Quatrefages, *L'espèce humaine*, lib. V, cap. XVII, pág. 140 y siguientes.

(4) "Así lo confiesa el mismo Waitz, defensor del poligenismo, con estas palabras: "L'unanimité si grande qui existe dans la Polynésie depuis les îles Sandwich jusqu'à la Nouvelle-Zélande sous le rapport des moeurs, du langage, des traditions et de la religion ne permet pas de supposer à ces insulaires une origine différente... Véase á Reusch, ob. cit. pág. 501. "S'il est un fait sur lequel s'accordent tous les voyageurs, c'est que des Sandwich à la Nouvelle-Zélande et des Tongas à l'île de Pâques, tous les Polynésiens appartiennent à la même race et parlent la même langue avec de simples variantes de dialectes... Les considérations tirées de l'identité des popula-

2.º Según los eruditísimos antropólogos Malte-Brun, Homme, Lesson, Rienzi, Beechey, Wilkes y otros, los primeros habitantes de la Polinesia procedieron de las regiones del Occidente, y como se deduce de los argumentos físicos y filológicos, abandonada la opinión del origen americano de estos pueblos (1), debe reconocerse su procedencia de la Malasia (2).

3.º Los habitantes de las costas del continente asiático y de las islas indias pudieron trasladarse sin dificultad, como se ve por la simple inspección del mapa, á las islas malasias, no muy distantes de la Nueva Guinea; de aquí á la Nueva Bretaña y á las islas de Salomón y Fiji, y de éstas, finalmente, á la Polinesia (3). Ni es más difícil el acceso á la Australia.

tions et des langues en Polynésie permettent d'affirmer que tous les insulaires ont une origine commune; et par conséquent que venus d'un point quelconque, ils ont peuplé successivement, en avançant d'archipel en archipel le monde maritime où nous les avons découverts...—Quatrefages, loc. nup. cit. pag. 140.—Véase á Godrón, lib. III, cap. V, pag. 412. Moerenhout, *Voyages aux îles du Grand Océan*, tomo II.

(1) "Les caractères physiques et linguistiques attestent également que les Polynésiens sont un rameau détaché des ces races malaises que des nuances, parfois assez accusées, partagent en groupes nombreux. C'est á quelqu'un de ces groupes les moins éloignés du type blanc que se rattachent les populations dont il s'agit...—Quatrefages, pag. 141.

(2) "Les hommes qui ont tenu compte de toutes ces circonstances, Malte-Brun, Homme, Lesson, Rienzi, Beechey, Wilkes. n'ont ils pas hésité á regarder la Polynésie comme ayant été peuplée par des migrations avançant de l'ouest á l'est?—Au contraire, les écrivains qui se sont arrêtés aux connaissances naguère imparfaites, que nous avons de ces mers et á la direction ordinaire des vents, ou bien ont cru á l'autochthonie, ou bien ont imaginé diverses théories pour expliquer la présence de l'homme dans cette multitude d'îlots isolés. Ellis a cru que les Polynésiens avaient été portés d'Amérique en Océanie par les vents et les courants; mais cette hypothèse n'a guère rallié d'adhérents. Elle est en contradiction trop évidente avec tous les caractères physiques, linguistiques et sociaux, qui rattachent les Polynésiens aux races malaises autant qu'ils les éloignent des Américains...—Quatrefages, loc. cit., pag. 139.

(3) La Polynésie n'est pas précisément aussi isolée que l'on se plaît á le dire. La seule inspection des cartes eût suffi pour autoriser á penser qu'une population maritime, habituée á parcourir l'archipel malais á dñ plus d'une fois pousser jusqu'á la Nouvelle Guinée. Ce fait est aujourd'hui au dessus de toute contestation. Au delà, les archipels de la Nouvelle-Bretagne et des îles

Pero si tenemos en cuenta las circunstancias que pudieron concurrir en estas emigraciones marítimas, veremos, sin duda, que aumenta su grado de *posibilidad*, única que á nosotros nos incumbe al presente demostrar.

Porque, á la verdad, los vientos y corrientes oceánicas, lejos de impedir, favorecen muchas veces estas travesías (1). Ni se hallaban los hombres en aquellos remotísimos tiempos desprovistos de naves, ni carecían de cierta informe y rudimentaria arte de navegación (2), ni desconocían del todo el estudio de los mares y la orientación de la ruta por la observación de los astros (3). Consta, por no pocos ejemplos, que más de una vez efectuaron en sus embarcaciones, bien para emigrar espontáneamente á otros

Salomon mettent pour ainsi dire des navigateurs quelque peu aventureux sur la route des Fidjis; une fois parvenus à cet archipel, pour peu qu'ils aient été poussés par l'esprit des découvertes, ils ont dû gagner assez facilement la Polynésie proprement dite. La Nouvelle-Zélande au sud, les Sandwits au nord, restent toutefois en dehors de cet itinéraire indiqué par la géographie. — Quatrefages, *ib.* cap. I, pág. 138.

(1) Véase esto probado en Quatrefages, *ibid.*, pág. 138-139.

(2) "Quant aux *canots* dont il est ici question, ce n'était rien moins que ces doubles pirogues dont tous les voyageurs ont parlé avec admiration et Cook déclarait être très-propres aux voyages de long cours. C'est là un fait qui ressort à diverses reprises des détails très-précis contenus dans quelques-uns des chants traduits par Sir Georges Grey. Nous voyons par exemple un des chefs émigrants Ngatoro i-Rangia monter sur le toit de la maison construite sur la plate-forme qui joignait les deux canots. Ajoutons que l'*Arasva*, et les autres navires pareils, portait habituellement 140 guerriers, et l'on comprendra combien est dénuée de fondement l'assertion des écrivains qui déclaraient ces trajets impossibles faute de moyens de transport suffisants. — Quatrefages, pág. 143-144. Véase Godrón, pág. 411.

(3) "Ces traversées n'ont rien qui doive étonner. Les Polynésiens savaient fort bien se diriger en mer en se guidant sur les étoiles; et la route d'un point à un autre une fois reconnue, était inscrite, si l'on peut s'exprimer ainsi, dans un chant qui ne s'oubliait plus. Ils avaient de l'ensemble de leur monde maritime une idée générale très-juste. La carte dessinée par Tupaia, et que j'ai reproduite dans mon livre, vaut celles que dressaient nos savants du moyen-âge et embrasse une aire autrement étendue. Tupaia avait vu par lui-même plusieurs des îles qu'il a figurées. D'après les calculs de Cook il s'était avancé dans l'ouest à près de quatre cents lieues marines (2.700 kilomètres). Mais c'est par les *chants sacrés* de sa patrie qu'il connaissait le reste de la Polynésie et qu'il a pu en tracer le croquis très-suffisamment exact. — Quatrefages, *lug. cit.*, pág. 143.

países (1), bien obligados por imprevista tempestad (2), travesías más largas y difíciles que las que requiere el paso de una isla á otra de las del archipiélago polinesio.

Fundándose en estos hechos, concluye Lyell la *posibilidad* de que por modo análogo se trasladaran los antiguos desde el Africa hasta las costas de la América austral; desde España, pasando por las Azores, á la América septentrional, verificándose así, merced muchas veces á los mismos vientos y tempestades, como sucede con las plantas y animales, la dispersión del género humano por las diversas regiones del globo (3). Y si admitimos, como quiere Du-

(1) "Pour prouver cette possibilité, il n'est pas besoin de citer l'exemple de l'avisó français, *le Durac*, qui, parti le 31 juillet 1836, de la Nouvelle Calédonie, s'est échoué sur le récif de Mélish et dont les embarcations ont pu atteindre, sans avoir perdu un seul homme, Coupang, dans l'île de Timor, après avoir parcouru plus de 600 lieues. Faut-il rappeler cette petite jonque japonaise qui, en 1833, malgré les vents et les courants qui règnent habituellement dans l'Océan Pacifique, de l'ouest à l'est traversa l'immense étendue de cette mer et fut jetée sur la côte d'Amérique? Les simples pirogues des sauvages polynésiens font quelquefois de très longues traversées, comme le prouvent les faits que nous allons citer..."—Godrón, *obr. cit.*, pág. 412, 413.

(2) "Quoy (dans Dumont d'Urville, *Voyage de l'Astrolabe, Histoire du voyage*, tomo V, pág. 362) a vu á Tikopia un indigène de l'archipel des Ansis qui, entraîné dans une petite pirogue, par les courants et les vents, fut jeté, avec trois de ses compatriotes, sur cette île qui est située á 200 lieues du point d'où ces sauvages étaient partis..."—Godrón, *ibid.*, pág. 414.

"En 1696 deux pirogues montées par trente hommes ou femmes, partirent d'Anorso et furent portés par la tempête sur l'île Samal, l'une des Philippines, éloignée de 300 lieues de la première (*Lettres édifiantes et curieuses*, tomo XV, pág. 119.) Quatre naturels d'Ulea, errèrent pendant huit mois en mer, et finirent par arriver á l'une des îles Radack, á l'extrémité orientale de l'archipel des Carolines, ayant ainsi fait involontairement une traversée de 550 lieues. Ces malheureux vécurent uniquement de poissons et recueillaient les gouttes de pluie avec le plus grand soin. (Lyell, *Principles of Geology*, tomo II, pág. 114.) On voit assez fréquemment des habitants de la Polynésie portés, dans leurs frêles embarcations, par les vents alisés, sur les côtes de l'île de Luçon, comme Mallat (*Les Philippines, Histoire, Géographie, Moeurs*, etc., Paris, 1846, en 8.^o, tomo I, pág. 846), l'a observé pendant son séjour dans cette île..."—Godrón, pág. 415. Véase también á Lyell, *Principles of Geology*, tomo II, pág. 472. New-York, 1872.

(3) "The space traversed in some of these instances was so great that similar accidents might suffice to transport canoes from various parts of Africa to the shores of South America, or from Spain to the Azores, and thence to North America; so that man, even in a rude state of society, is

monti d'Urville, aunque á otros no parece probable, esta opinión, que la Polinesia formó en otros tiempos un continente unido al Asia, se explicará aún más fácilmente el origen de sus primeros pobladores (1).

Resulta de todo lo dicho que la unidad de origen y común procedencia adámica del género humano en nada se oponen á la posibilidad de su dispersión y propagación por las diversas regiones del globo.

Porque, en efecto, todos admiten, al menos como posible, y esto basta para nuestro intento, que la cuna del género humano debe colocarse en Asia. Pero hemos demostrado que, aun lo que parecía más difícil, pudieron desde el Asia por las islas malasia extenderse y llegar los hombres hasta la Polinesia. Luego...

Y digo que parecía esto más difícil, porque, ciertamente, sin tanto trabajo, puede explicarse la dispersión desde el Asia (2), Africa y Europa á la América. El Estrecho de Behring, que separa los dos continentes, mide, en su parte más angosta, sólo unas diez millas. ¿Quién se atreverá á negar que *pudieron* los hombres, atravesándolo por esa parte, trasladarse del viejo al nuevo mundo? (3).

able to be scattered involuntarily by the winds and waves over the globe, in a manner singularly analogous to that in which many plants and animals are diffused...—Lyell, *ob. cit.*, pág. 473.

(1) Quatrefages, *lug. cit.*, cap. XVII, pág. 140.

(2) "Une étonnante affinité dans les traditions, les hiéroglyphes, les monuments d'architecture, les institutions politiques et même les langues, a convaincu les savants de nos jours que l'Amérique s'est peuplée originairement par des émigrations de l'Asie, ou que du moins il y a eu d'anciennes communications entre ces deux portions de la terre..."—Rohrbacher, *Histoire universelle de l'Eglise catholique*, tomo I, pág. 160. París, 1842.

(3) "Le problème du peuplement se présente avec des conditions pour ainsi dire inverses en Polynésie et en Amérique. Relativement à cette dernière, il n'existe en réalité aucune difficulté géographique. Le voisinage de deux continents au détroit de Behring; l'existence dans ce passage des îles de Saint-Diomède dont la principale est placée presque exactement entre les deux terres opposées; la chaîne formée du Kamchatka à la presqu'île d'Alaska par les îles Aléoutiennes; les habitudes maritimes de toutes ces populations, la présence sur les deux rivages opposés de populations Tchouktchis; les voyages qu'elles font d'un continent à l'autre pour de sim-

Esta hipótesis se confirma, si, como nota el Cardenal Wiseman, se tienen en cuenta las grandes semejanzas que el cómputo del tiempo presenta entre los americanos y los pueblos del Asia oriental.

«El cómputo del tiempo—dice el sabio Cardenal—entre los americanos ofrece una coincidencia demasiado marcada, tratándose de un método puramente arbitrario con el del Asia oriental, para que sea de todo punto accidental. La división del tiempo en grandes ciclos de años, subdivididos en porciones más pequeñas, cada una de las cuales lleva un nombre particular, es, con ligera diferencia, el plan adoptado por los chinos, los japoneses, los kalmucos, los mongolios y los manchurios, como también entre los toltecas, los aztecas y otras naciones americanas, y el carácter de sus métodos respectivos es precisamente el mismo, con particularidad si se comparan los de los mejicanos y japoneses. Pero la comparación del zodiaco, como existe entre los tibetanos, los mongolios y japoneses, con los nombres dados por esta nación americana á los días del mes, creo que satisfará á los más incrédulos. Los signos idénticos son: el tigre, la liebre, la serpiente, el mono, el perro y un pájaro, de todos los cuales es claro que ninguna actitud natural podia haber sugerido su adopción en los continentes. Esta extraña coincidencia se aumenta también con el hecho curioso que muchos de los signos mejicanos que

ples affaires de commerce, ne peuvent laisser de doute sur les facilités offertes aux races Asiatiques pour passer dans l'Amérique du nord, par les régions boréales.—Quatrefages, obr. cit. cap. XVIII, pág. 148.—“Au nord-est escribe Moigno—les migrations en Amérique ne sont guère plus difficiles par l'Islande et le Groënland. Les Tchontes étaient naguère campés à la fois en Asie, en Amérique, ils habitent encore en partie des deux côtés et se visitent réciproquement pour traiter de leurs affaires; ils rappellent, d'ailleurs, à la fois, les races blanches et les peaux rouges des Etats-Unis. Des peuples qui habitent les rivages et les îles asiatiques, le plus remarquable est celui des Aïnos; or, son culte national, le culte de la mer et des astres, est un reflet irrécusable des croyances des peuples les plus civilisés de l'Amérique.” Moigno, obr. cit., tomo II, pág. 507-508.

faltan en el zodiaco tártaro se hallan en los shastras indios exactamente en las posiciones correspondientes, y no son menos arbitrarios éstos que los primeros, una casa, una caña de azúcar, un cuchillo y tres huellas de pie; pero para tratar este punto de un modo conveniente, sería necesario entrar en pormenores más circunstanciados» (1).

De un modo semejante opina Quatrefages, que pudo efectuarse la travesía del Japón á la América merced á las corrientes del río Tessian, llamado Kouro-Sivo por los japoneses (2), y desde el Africa, á impulso de la corriente ecuatorial del mar Atlántico (3), explicándose así la existencia de ciertas tribus negras halladas en el nuevo mundo (4).

Por lo que respecta á Europa, es cierto que, según afirman las historias de algunas naciones, los irlandeses, daneses, suecos y noruegos llegaron á Islandia y Groenlandia, y en la Edad Media hasta desembarcaron en Nueva Escocia y Terranova (5). Luego, teniendo en cuenta la

(1) Wiseman, obr. cit., disc. 2.

(2) "Plus au sud, le courant de Tessian, le Kouro-Sivo, ou fleuve Noir des Japonais, ouvre une large route aux navigateurs. Ce courant a fréquemment jeté sur les côtes de la Californie des corps flottants, des jonques désemparées. Des faits de cette nature ont lieu de nos jours. Il est impossible qu'ils ne se soient pas produits avant les découvertes des européens. De tout temps les populations asiatiques maritimes ont dû être amenées en Amérique de tous les points que baigne le fleuve Noir."—Quatrefages, *ibid.* pág. 148. Véase á Moigno, pág. 508.

(3) "Deux fois dans le siècle dernier, en 1731, et 1764, de petits navires allant d'un point des Canaries à un autre ont été poussés par la tempête dans la région des vents alisés et du courant équatorial, ils ont été entraînés jusqu'en Amérique. Ce qui s'est passé de nos jours a dû se passer bien autre fois. Nous ne pouvons donc être surpris de recontrer, aux environs du golfe du Mexique, des populations plus ou moins voisines des Blancs africains par leurs caractères physiques."—Quatrefages, *ibid.*, pág. 150.

(4) Quatrefages, en el lug. citado.

(5) Lo mismo opina Giebel, defensor, por otra parte, del poligenismo: "Il est très possible—escribe—que dans la plus haute antiquité déjà l'Amérique ait été peuplé par l'Europe. Dans le livre de *Mensura terræ*, du Dicuil, moine irlandais, écrit en 825, il est dit qu'en 795, par conséquent du temps de Charlemagne, des prêtres irlandais sont allés en Islande pour en convertir au christianisme le habitants venus de l'Amérique du Nord, et qui plus

proximidad de los países, mucho antes pudieron los europeos emigrar á la América. Y véase, por lo tanto, que ningún argumento sólido nos obliga á negar la procedencia adámica de los aborígenes americanos, cuando las tres razas, negra, caucásica y mogola *podieron* contribuir á la primera población del nuevo mundo (1). Nada decimos de la emigración al Africa y á la Europa, pues estando estos puntos tan cercanos al Asia, *a fortiori podieron* venir á habitarlos los descendientes de la familia de Adán.

Luego la dispersión de las diversas razas por el globo, que *puede* explicarse supuesta la procedencia adámica del género humano, no es argumento contra el monogenismo.

tard se retirèrent devant les Normands païens, en abandonnant des livres irlandais, des clochettes servant pour la messe et des crosses. En 861, les premiers Normands furent poussés par la tempête jusqu'en Islande, et après la bataille de Stafanger livrée par Harald Harfaget, il s'y fit beaucoup d'émigrations de sorte que, vers la fin du neuvième siècle, cette Ile était très-peuplée par des Norwégiens et des Danois et aussi par quelques Suédois et Groenlandais. Ce fut vers 984 ou 986 que la côte occidentale du Groenland commença à se peupler. En 980, Biarne Herjulfson, allant en Islande, fut poussé jusqu'au Groenland, et de là vint à Nadtucket, à la Nouvelle-Ecosse, à Terre-Neuve et jusqu'à l'embouchure du Thouton. Lur'son récit d'autres allèrent également vers ces régions éloignées, Thorwald Eirekson en 1002, et Thorfinn Karlsefne en 1007, l'un et l'autre partant du Groenland. Selon Dicuil, S. Brendanus fit déjà un voyage en Amérique et y séjourna depuis 562, jusqu'en 572. D'après une tradition, les Irlandais visitaient déjà régulièrement la partie méridionale de l'Amérique du Nord vers la fin du huitième siècle...—Giebel, *Tagesfragen*, pág. 91, en Reusch, obr. y lug. cit., pág. 499, 500, en la nota.

“Quant à l'Amérique il n'y a aucune impossibilité à ce qu'elle ait été peuplée par l'Ancien-Continent. On connaît les très anciennes relations que, malgré l'imperfection de leur navigation, les Norwégiens et les Islandais eurent avec l'Amérique du nord notamment avec le Groenland, où sous la tutelle de l'évêque de Gardar, une colonie de 200 villages peuplés de colons scandinaves en relation continue d'une part avec la mère patrie; de l'autre avec les rivages américains qui s'étendent au sud jusqu'an golfe du Mexique, et sur lesquels, bien plus tard, les frères Cabot et Cartier crurent atterrir les premiers...—Godrón, obr. cit., pág. 417.

“Jean Bremi affirme que dès le X^e siècle les Scandinaves avaient à Terre Neuve, ou dans le Labrador, une colonie appelée Vinland; et l'on reconnaît que vers la fin du VIII^e siècle les Islandais visitaient déjà régulièrement la partie méridionale de l'Amérique du Nord...—Moigno, obr. y lug. cit., pág. 508.

(1) Véase á Moigno, *ibid.*, pág. 508; Reusch, 498.

§ VII.—*El poligenismo de las especies vegetales y animales.*

Pretenden algunos, fundándose en el argumento de analogía, deducir del poligenismo de las especies vegetales y animales, el de las razas humanas.—Porque, dicen, y es doctrina de Agassiz, las especies vegetales y animales no fueron creadas en una sola región del globo, sino que aparecieron, como otros tantos centros de creación, en diversos puntos, recibiendo de la influencia del medio la diversidad de caracteres que los distingue. Luego lo mismo, por razón de analogía, debe afirmarse con respecto al origen de las diversas estirpes humanas.

Aun admitiendo como cierto el antecedente de este argumento, no fluye la consecuencia.

Pase, pues, que las especies vegetales y animales reconozcan diversos centros de creación, como ya nosotros mismos indicamos en otro lugar. ¿Mas existe realmente entre ellas y el hombre esa pretendida analogía que obligue á extender también al género humano el poligenismo? Ciertamente que no: el hombre, cuya unidad específica hemos demostrado, es cosmopolita, y puede habitar en todos los climas; no así los vegetales y animales, á excepción de algunos domésticos que el mismo hombre transporta consigo (1); el hombre tiene medios y recursos para trasladarse de un punto á otro y recorrer así, en sucesivas emigraciones, toda la tierra; pero los vegetales y animales no pueden por sí mismos verificarlo.

(1) "Constatons d'abord qu'aucune espèce animale ou végétale n'habite comme l'homme le globe à peu près tout entier.—La déclaration d'Ad. de Candolle est on ne peut plus précise en ce qui concerne les végétaux."
"Aucune plante phanérogame—dit-il—ne s'étend sur la totalité de la surface terrestre. Il n'en existe guère que 18 dont l'aire atteigne la moitié des terres. Aucun arbre ou arbuste ne figure parmi ces plantes d'une extension si considérable."—Quatrefages, lib. IV, cap. XV, pág. 125.

Además, la razón en que funda Agassiz su raciocinio es que las diversas estirpes humanas, como sucede á los demás seres vivientes, adquieren, por el influjo del medio, un modo de ser invariable, y esta razón es evidentemente falsa. Pueden las estirpes, como hemos visto, transformarse accidentalmente, y esto basta; pues, probada ya la unidad específica de todas ellas, resulta que aun las más distintas sólo se diferencian de un modo accidental. ¿No reconoce el mismo Agassiz la unidad de la especie humana? Pues si sus caracteres distintivos fuesen tales que no pudieran en modo alguno transformarse, cada raza vendría á constituir, en realidad, una especie.

Finalmente, es falso que las variedades físicas de las diversas estirpes no puedan explicarse siñó admitiendo su diversa procedencia de origen, como, del estudio de la dispersión del hombre por el globo, y la influencia del medio ambiente y la ley de herencia, queda demostrado.

No nos detenemos más en este punto, cuya extensa refutación puede ver el que guste en *Quatrefages* (1). Baste con lo dicho para que, aun admitida la verdad del antecedente de que ahora no disputamos, pueda y deba negarse en buena lógica la consecuencia, y por lo tanto, el poligenismo de las especies vegetales y animales, nada prueba contra la procedencia adámica del género humano.

§ VIII.—*El monogenismo y la Biblia.*

Hemos visto hasta ahora los argumentos científicos en que apoyan su aserto nuestros impugnadores. Y aunque, generalmente, no conceden autoridad á la palabra de Dios consignada en las Sagradas Escrituras, sin embargo, cuando se trata de rebuscar argucias contra la doctrina de los católicos, aun á la Biblia acuden, y llevan su *heroísmo* al

(1) Obr. cit., lib. IV, caps. XIV y XV.

extremo de hojearla siquiera sea de prisa y por breve tiempo.

Henos, pues, aquí en plena discusión exegética de la Biblia frente á frente de los poligenistas.—La Sagrada Escritura—dicen—lejos de favorecer, se opone terminantemente á la procedencia adámica del género humano.

Los primeros enlaces.—Porque, en efecto, si todos los hombres procedieron de la primera pareja paradisiaca, fué necesario que los hijos de Adán se unieran en torpísimo incesto con sus propias hermanas, pues no podían verificarse otros matrimonios para la multiplicación de la especie humana. Ahora bien, ¿cómo es posible semejante enormidad? Luego hemos de suponer que Moisés admite *implicitamente* en la narración genesiaca, la existencia de otros individuos procedentes de distinto origen.

¿Y quién ha dicho á nuestros observantes adversarios que en aquellas circunstancias el matrimonio entre los hermanos era incestuoso? Lean á los teólogos y sobre todo á San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Epifanio (1), Santo Tomás (2) y Teodoreto, y verán cómo unánimemente afirman que las únicas nupcias prohibidas en aquel tiempo eran las que se celebraran entre padres é hijos.

El fratricida. — Después que Caín mató á su hermano Abel, puso el Señor (en el fratricida), según dice la Escritura, *una señal para que ninguno que le encontrase le matase, y salido Caín de la presencia del Señor, prófugo en la tierra, habitó en el país que está al Oriente del Edén* (3). Claramente se deduce de estas palabras que en vida de Caín había muchos que podían, recordando el fratricidio,

(1) Véase á San Agustín, *De civit. Dei*, lib. XV, cap. XVI; San Juan Crisóstomo, *In Genes.*, orac. 20, al principio; Epifanio, *Haeres*, XXXVII, *Sethianor.*, pár. 6; Teodoreto, *Quaest.* 43 *in Genes.*

(2) Véase á Santo Tomás, 4.º, dist. 40, quaest. I, art. 3 et 4; *Supplem* quaest. 54, art. 3 et 4.

(3) *Genes.*, IV, 15-16.

tomar de él sangrienta venganza. Pero, como observa Vogt (1), aún no habían nacido Set y los otros hijos de Adán. Luego existían en tiempo del fratricida Caín otros hombres que no eran descendientes de Adán.

Para que este argumento tuviera fuerza contra nosotros, sería menester probar con evidencia que realmente en tiempo del matador de Abel no había más seres humanos en el mundo. Se dirá que la Escritura no nos afirma su existencia; pero tampoco la niega. Es más, de esta preterición de Moisés no puede legítimamente inferirse que no hubiese tales habitantes en la tierra. Porque, como agudamente observa San Agustín, «no fué necesario que el escritor de esta sagrada historia nombrara á todos los hombres que entonces pudieron existir, sino únicamente á aquellos que exigía el fin de la obra. El intento del historiador, inspirado por el Espíritu Santo, no era otro que el de referir la sucesión de determinadas generaciones hasta Abrahán, y desde éste al pueblo de Dios» (2). Bastábale para esto nombrar sólo á los hijos y descendientes de Adán que por sucesión de línea recta formaban esa genealogía, omitiendo los nombres de los demás que formaban, digámoslo así, las líneas colaterales (3). El mismo historiador hebreo, claramente insinúa que á la muerte de Abel, y como consuelo en tamaña desgracia, concedió el Señor á Adán otro hijo, Set (4); debió, pues, nacer poco después de la muerte de Abel. Pero el mismo Sagrado Libro nos atestigua (5) que «cumplió Adán los ciento treinta años de edad, y engendró un hijo á imagen y semejanza suya, á quien llamó Set». Luego Caín mató á su hermano poco antes de los ciento treinta años de su padre Adán. ¿Quién no ve que en estos ciento treinta años podía tener

(1) Vogt, *Leçons sur l'homme*, pág. 569, 2.^a edición, 1878.

(2) San Agustín, *De civitate Dei*, lib. XV, cap. VIII.

(3) Zacharía, *lug. cit.*, cap. IV.

(4) Genes., IV, 25.

(5) Genes., V, 3.

el fratricida otros hermanos que tomaran de él venganza por la muerte del inocente Abel, y que aguijado por el remordimiento del crimen, temiese por su vida?

Los hijos de Dios y los hijos de los hombres.—Otra de las dificultades se funda en la distinción que el Génesis hace entre los hijos de Dios y los hijos de los hombres (1); palabras que parecen indicar la existencia de dos estirpes humanas al principio del mundo, ya porque los hijos de Dios son considerados en oposición á los de los hombres, lo cual ciertamente no sucedería si todos procedieran de Adán y Eva; ya también porque entre unos y otros debían ser profundas y radicales las diferencias, puesto que su mutua unión y enlace dió origen á la raza de los gigantes (2).

Pero, realmente, esto en nada amengua la fuerza de los argumentos hasta ahora alegados. Porque esa especial denominación pudo muy bien aplicarse á dos familias, ambas procedentes de la pareja paradisiaca, pero distintas y aun opuestas entre sí por determinadas razones que justificaran su peculiar apelación. Así opinan casi todos los intérpretes, que los descendientes de Set recibieron el nombre de hijos de Dios por la pureza y santidad de sus costumbres, y los caínitas, por el contrario, el de hijos de los hombres, por haber heredado de su perverso padre la corrupción de vida y excesivo apego á los goces de la tierra (3).

La ciudad de Henoc.—Cuéntase en el libro del Génesis que Caín tuvo en otro país un hijo llamado Henoc y que dió este nombre á una ciudad que él mismo edificara (4).

De aquí se pretende sacar nuevo argumento contra

(1) Génes., VI, 2.

(2) Génes., VI, 4.

(3) Así San Hilario, San Crisóstomo, Cirilo, Teodoro y Ruperto, según Alápidé, y San Agustín, *De Civit. Dei*, lib. XV, cap. XXXIII.

(4) Génes., IV, 17.

nosotros. Según observa Vogt (1), Caín, al huir de la presencia de Dios, abrumado bajo el peso de la maldición divina, no llevó consigo á su primera mujer. ¿Cómo, pues, pudo tener hijos en aquella otra región oriental del Edén, y, sobre todo, cómo pudo edificar una ciudad si antes de su llegada no existían habitantes entre los cuales pudiera escoger á su futura esposa, madre de Henoc, y á los futuros obreros de la nueva ciudad?

«Porque—dice el nuevo exegeta—ó no se admite la existencia de Henoc, habido en este nuevo par, y la de la nueva ciudad edificada por Caín, ó es necesario reconocer la existencia de un pueblo coadamita.»

Dos cuestiones envuelve la presente objeción: primera, la existencia de una mujer, esposa de Caín, madre de Henoc, cuyo origen no puede ser adámico; segunda, la fundación de una ciudad que implica necesariamente la existencia de un pueblo distinto del de los hijos de Adán.

Respondo á la primera cuestión y digo que arbitrariamente y sin fundamento alguno sólido pretende Vogt no ser hija de Adán la esposa de Caín y que al huir de la presencia de Dios no la llevó consigo. Pues, aunque el historiador genésico no menciona al principio á ninguna, pero después, al comienzo del capítulo quinto, afirma que Adán tuvo sucesión femenina, y esto puede entenderse del tiempo antecedente y consiguiente al nacimiento de Set. Más aún; aunque no nos constara de un modo positivo la existencia de las mujeres adámicas, es cierto que por el solo hecho de no hablar de ellas el escritor sagrado, no se podría deducir que en ciento treinta años no tuvo Adán sucesión femenina.

Pero vengamos á la construcción de la ciudad de Henoc.

(1) Estos son los argumentos de muchos autores modernos, refutados por Vigouroux, ob. y lug. cit., cap. V, art. II, pág. 311, argumentos que en su mayor parte había ya propuesto La Peyrère.

Según interpreta el mismo racionalista Gesenio, la voz hebrea que en latín se traduce por ciudad, tiene significación latísima, pues «denota el campamento y aun pequeñas fortificaciones, como torres y atalayas para el centinela». «Y en este lugar del Génesis—añade—ni debe tomarse por ciudad ni por cueva, pues ésta no se construye, sino únicamente por tiendas de nómadas, defendidas de cualquier modo con un foso ó valladar contra el ímpetu de las fieras» (1).

¿Quién no ve ahora que si la palabra se usa en esta acepción, no necesitaba Caín ni exquisitos conocimientos arquitectónicos, ni gran número de artifices y operarios para edificar la *ciudad*?

Pero supongamos que se tratara de una en el propio rigor de la palabra. ¿No pudo construirla Cain sin el auxilio de hombres coadamitas ó preadamitas?

No es cierto, como enseña San Agustín, que Henoc fuese el primogénito del fratricida, ni puede en buena lógica deducirse tal primogenitura del hecho de haber llamado á la ciudad con su nombre. Bastaba que Cain amara de un modo especial á su hijo Henoc, aunque fuera el menor de todos, para que prefiriese su nombre al de sus hermanos en la designación de la ciudad, pues, como agudamente observa el santo doctor (2), «tampoco Judas fué el primogénito, y de él recibieron su nombre la región de Judea y el pueblo de los judíos.»

Pero aunque concediésemos de grado que realmente fué Henoc el primero de los hijos de Cain, «no deberíamos suponer por eso que su padre dió nombre á la ciudad al tiempo del nacimiento de su primogénito... sino que *pudo* muy bien suceder que cuando la familia de Henoc creció en tanto número que vino á constituir un pueblo, edificó

(1) Gesenio, *Thesaurus*, tomo II, pág. 1.005.

(2) San Agustín, *De Civit. Dei*, lib. XV, cap. VIII.

Cain la ciudad, y del nombre de su primogénito (1) la llamó Henoc». ¿Qué hay en esto de absurdo y contrario á la razón?

Es más; según el cómputo cronológico de sapientísimos autores, la construcción no se verificó hasta el año 400 ó el 500 de la Era del mundo (2), ó al menos *pudo* ser ésta la fecha, lo cual basta á nuestro propósito, que, como repetidamente hemos dicho, no es otro que el de explicar la *posibilidad* del hecho en conformidad con la narración mosaica. Admitida esta hipótesis, que en nada se opone ni á la Escritura, ni á la Tradición, ni á la razón misma, ¿quién no ve la numerosa descendencia que en cuatrocientos ó quinientos años pudo tener Cain? «Lo cual puede fácilmente conjeturarse por el hecho de que en poco más de cuatrocientos años creció tanto la familia de Abrahán, que, á la salida del pueblo de Dios de Egipto, llegaban á más de seiscientos mil los hombres de guerra (3), y nada decimos de los idumeos, descendientes de Esaú, que no eran israelitas, ni de otras gentes de la misma familia de Abrahán, pero no por la línea y sucesión de Sara» (4).

Estos 600.000 hombres de que nos habla Moisés nacieron en el espacio de doscientos años (mientras los hijos de Israel permanecieron en Egipto), de solos 70 individuos que formaban la familia de Jacob, cuando vino á aquella región (5). Luego, si tan larga era la vida de aquellos hombres, «¿quién duda que durante la edad de uno solo de ellos pudo multiplicarse tanto el género humano que llegara á formar, no digo una, sino muchas ciudades?» (6).

(1) San Agustín, *De Civit. Dei*, lib. XV, cap. VIII.

(2) Zacharía, lug. cit., cap. IV.—Véase el testimonio de Josefo en Aláptide, *In Génes.*, IV, 17.

(3) Exod., XII, 37.

(4) San Agustín, *De Civit. Dei*, lib. XV, cap. VIII, al fin.

(5) Exod., I, 5.

(6) San Agustín, en el lugar poco ha citado.—Véase al mismo santo doctor en sus *Quaestio. in Heptat.*, quaest. I.

Resulta de todo lo dicho que aun suponiendo, lo que no es cierto, se tratara de la fundación de una verdadera ciudad, pudo contar Caín con número suficiente de operarios de su descendencia, sin necesidad de acudir á hombres de distinto origen. Consta, además, por los mismos sagrados Libros, que los descendientes de Adán recibieron de él el conocimiento de las artes necesarias para el uso de la vida. Luego la construcción de la ciudad de Henoc nada prueba en contra de la procedencia adámica del género humano.

Caín y Abel.—Según la Sagrada Escritura, *Abel fué pastor de ovejas, y Caín cultivó los campos* (1). ¿Quién hubiera de decir que de esta diversidad de ocupaciones de los dos hijos de Adán, se había de hacer argumento contra la tesis monogenista? Y, sin embargo, así ha sucedido.

Si no había hombres coadmitas, á ¿qué fin iba á custodiar Abel sus rebaños contra la rapacidad de ladrones que no existían? Se dirá que para guardarlos de la voracidad de las fieras. Pero, y ¿no debía él temer en este caso por su propia vida?

Así discurren nuestros sabios. Como si las ovejas necesitaran sólo del cuidado y vigilancia del pastor contra las acometidas de los ladrones ó los asaltos de las fieras, y no también para que se les proporcionen buenos pastos, se les aleje de los dañosos y se les guarde y recoja en la seguridad de los apriscos. Además, el pastor se viste de la lana, se alimenta de la carne y leche de sus ovejas, y para todo esto tiene necesidad de estar entre ellas, para ordeñarlas á tiempos, esquilas cuando es preciso, curarlas en sus dolencias, y ejercer con ellas otros mil oficios.

—Pero Caín—se nos dirá,—¿cómo podía cultivar los campos y ejercer las variadas labores de la agricultura sin el

(1) *Genés.*, IV, 2.



auxilio de los instrumentos de labranza? Y ¿cómo podía hacerse con ellos sin el conocimiento de artes que no poseía y que sólo pudiera aprender de otros hombres anteriores, ó, cuando menos, coetáneos de Adán?

Esta es la *insuperable* objeción, cuya gloriosa paternidad debe atribuirse á Voltaire (1).

Pero ¿es cierto que al principio del mundo necesitase Caín de muchos y complicados instrumentos para el cultivo de las tierras? Y aunque esto fuese así, ¿no pudo su padre Adán, á quien Dios había instruído con el conocimiento de las artes necesarias para el sustento y conservación de su vida y la de sus hijos, enseñarles la agricultura?

Peccatum in foribus.—¿Qué más? Hasta de una sencilla metáfora se ha pretendido formular argumento irrefutable. Dijo Dios á Caín, como refiere el sagrado Libro (2): «¿Por qué estás enojado y por qué está demudado tu rostro? No es cierto que si obrares bien serás recompensado; pero, si mal, el pecado estará al punto presente EN TUS PUERTAS?» Y arguyen los poligenistas: «Aquí se hace alusión á los juicios que, según la costumbre de los orientales, se celebraban en las puertas. ¿Cómo, pues, sin admitir la existencia de otros hombres que fueran los juecès, podrían verificarse esos juicios?» (3).

Admitamos por un momento que se trate en las palabras citadas de verdaderos y solemnes juicios. ¿No podían Adán y sus mismos descendientes constituir el *jurado*? Pero en realidad, las palabras *al punto el pecado se presentará en sus puertas* (4) «no significan más que la inminen-

(1) Voltaire, *La Bible en fin expliquée. Genes. Oeuvres*, tomo VI, página 359.

(2) Genes., IV, 6-7.

(3) Así argumenta La Pèyrère: Véase el P. Zacharía, disertación contra los *Preadamitas*, cap. IV.

(4) P. Francisc. Anton. Zacharía, ob. cit., cap. IV.

cia del castigo, como decimos de los caminantes próximos á su llegada que están ya en las puertas. Metáfora que la Sagrada Escritura usa en otros lugares, v. gr., en el capítulo XIII de San Marcos, cuando hablando del día del Juicio final, dice: *Sabed que el hijo del hombre está ya cerca, está ya á LA PUERTA*. Ni sólo los Sagrados Libros, sino Plutarco, usa de ella cuando consigna el adagio: *Febris est in foribus*. Luego es absurdo, como pretenden los preadamitas, aplicar esas palabras á un verdadero juicio que hubiera de sufrir el fratricida Caín, cuando sólo aluden al remordimiento de su crimen que, como punzador perpetuo, debía afligirle en castigo de su pecado: *Culpam poena premit comes*, que dice Horacio.»

§ IX.—*El monogenismo y la doctrina católica.*

Antes de entrar en la demostración positiva y directa de nuestra tesis, conviene advertir que, al presente, sólo tratamos del origen del *actual* género humano desde Adán hasta nosotros. Si alguno sostiene la existencia de un pueblo preadamita *extinguido* totalmente antes de la aparición de la pareja paradisiaca, sepa que no irán con él nuestros argumentos; pues hemos de discutir, separadamente, y como el asunto lo merece, la existencia del hombre terciario.

Esto supuesto, decimos que *la fe católica nos enseña la común procedencia adámica del género humano*.

En efecto; el hombre, cuya creación se narra en los dos primeros capítulos del Génesis, es uno mismo, Adán. Es así que, evidentemente, según la narración bíblica, todo el género humano procede de la descendencia de aquel primer hombre; luego, según la doctrina católica contenida en la Escritura, el monogenismo es un hecho.

Que todos han provenido de aquel primer padre, cuya

creación se refiere en las primeras páginas del Génesis, se prueba por los capítulos V y X del mismo sagrado Libro. Por el primero de ellos, consta que Noé procedió originariamente de Adán; por el segundo, se sabe que después del diluvio en que se anegaron los demás (1), Noé y sus tres hijos Sen, Can y Jafet repoblaron la tierra y vinieron á ser de este modo padres y autores de todas las razas. La dificultad está, por consiguiente, en la mayor del silogismo. ¿Es cierto que el hombre cuya creación se narra en los dos primeros capítulos del Génesis, constituye una misma é idéntica persona? Vamos á demostrarlo contra el preadama La Peyrère.

Primer argumento.— a). El que se funda en el *paralelismo* de los lugares controvertidos.

De este modo narra el historiador hebreo en el primer capítulo la creación del hombre: «Y (*Dios*) dijo: Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra; y domine á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á las bestias, y á toda la tierra, y á todo reptil que se mueve sobre la tierra. Crió, pues, Dios al hombre á imagen suya: á imagen de Dios le crió, criólos varón y hembra. Y echóles Dios su bendición, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y enseñorearos de ella, y dominad á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á todos los animales que se mueven sobre la tierra» (2). En el cap. II se leen estas palabras: «Formó (3), pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, é inspiróle en el rostro un soplo ó *espíritu* de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma *racional*. Había plantado el Señor Dios desde el principio un jardín delicioso, en que colocó al hombre que había formado... Tomó, pues, el Señor Dios al hombre, y púsole en el pa-

(1) Genes., VII, 21.

(2) Genes., I, 26-29.

(2) Genes., II, 7, 8, 15-19, 21-23.

raiso de delicias, para que le cultivase y guardarse. Dióle también este precepto diciendo: Come, *si quieres*, del fruto de todos los árboles del paraíso. Más del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas: porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás. Dijo asimismo el Señor Dios: no es bueno que el hombre esté solo, hagámosle ayuda y *compañera* semejante á él... Por tanto, el Señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño, y mientras estaba dormido, le quitó una de las costillas, y llenó de carne aquel vacío. Y de la costilla aquella que había sacado de Adán, formó el Señor Dios una mujer: la cual puso delante de Adán.»

Como se ve, es tanta la semejanza entre estos dos textos, que bien claramente se infiere ser ambos narración de un solo hecho, siendo el segundo aclaración y desarrollo del primero. Por fin, Moisés en el cap. V, resumiendo la historia de la creación del hombre, escribe (1): «Esta es la genealogía de Adán. En el día en que Dios crió al hombre, á semejanza de Dios le crió. Criólos varón y hembra, y echóles su bendición: y al tiempo que fueron criados les puso por nombre Adán»; donde manifiestamente alude á las dos anteriores narraciones, y confunde por completo la creación de Adán con la del primer hombre.

Por lo cual, nada de extraño tiene si el mismo Morton confiesa que el sentido obvio y literal de la Biblia favorece nuestra tesis (2).

6). En el versículo quinto del^o capítulo II se lee: «Ni había quien cultivase la tierra», por lo cual—continúa el sagrado texto:—«En el día séptimo formó el Señor Dios al hombre.»

Pero es evidente, de toda evidencia, que si éste fuera distinto de aquel cuya creación se consigna en el capítulo

(1) Genes., V, 1-2.

(2) Morton, *Crania Americana*, Introduc., pág. 2, Filadelfia, 1839.

primero, sería falso que «no había hombre que cultivase la tierra». Luego en esos dos capítulos, la narración recae sobre un mismo é idéntico sujeto.

γ). En el versículo vigésimo del mismo capítulo II se escribe: «Mas no se hallaba para Adán ayuda ó *compañera* á él semejante.» Y otra vez, en el versículo vigésimo del siguiente capítulo, se encuentran estas palabras: «Y Adán puso á su mujer el nombre de *Eva, esto es, Vida*: atento á que había de ser *madre de todos los vivientes...*» Este segundo texto sería inadmisibile, si antes del hombre de quien se habla en el cap. II, hubiera sido creado otro con su *mujer (masculum et feminam creavit eos)*, según la interpretación del capítulo primero propuesta por La Peyrière (1).

δ). El inspirado autor del Génesis nos cuenta que trajo Dios á la presencia de Adán todos los animales «para que viese cómo los había de llamar, y, en efecto, todos los nombres puestos por Adán á los animales vivientes, esos son sus nombres propios. Llamó, pues, Adán por sus propios nombres á todos los animales, á todas las aves del cielo y á todas las bestias de la tierra...» (2). Las cuales palabras demuestran que todavía no se les había impuesto nombre á los animales. ¿Y es creible que, si realmente hubieran existido los preadamitas, dejaran por tanto tiempo *anónimos* á los animales, teniendo dominio el hombre sobre ellos y estando dotado de inteligencia, como expresamente se con-signa en el capítulo primero? (3). Luego cuando en él se habla de un hombre, éste no puede ser otro que Adán, padre y cabeza del género humano.

(1) Véase á Zacharía, cap. II, donde se refutan algunas argucias de La Peyrière.

(2) Genes., II, 19-20.

(3) Genes., I, 26-28.

Segundo argumento.—Pero no sólo el paralelismo y comparación entre diversos capítulos del Génesis, sino también el estudio y examen de otros lugares de los Sagrados Libros, prueban que no puede admitirse entre los católicos la doctrina del preadamismo.

El Libro de la Sabiduría nos dice (1): «Ella (la Sabiduría) guardó al que fué por *el mismo* Dios formado, al primer padre del mundo, habiendo sido creado él solo.» Luego uno sólo fué el padre de todos los hombres. Y en otra parte San Pablo dice: «*El Dios que crió el mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra...* (El es el que) *de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres, para que habitase la vasta extensión de la tierra...*» (2). Donde se ve manifiestamente cómo se contiene en los Sagrados Libros la doctrina de la unidad de origen y procedencia adámica de todos los hombres.

El dogma del pecado original.—Este dogma de fe, según el cual todos pecamos originariamente en Adán, supone la unidad de origen de todos los hombres, que de sus primeros padres heredan con la naturaleza, la mancha del pecado. Así lo dice San Pablo en varios puntos (3). Así lo enseña la Iglesia al definir muchas veces la propagación del pecado

(1) Sapient, X, 1.

(2) Act. Apostol., XVII, 24-26.

(3) Rom., V, 12; I Corinth., XV, 21-22. Contra la recta inteligencia del capítulo V opone el calvinista La Peyrère que al afirmar el Apóstol la existencia del pecado con anterioridad á la ley, y entenderse ésta de la que Dios promulgó á nuestros primeros padres, insinúa implícitamente y como por consecuencia la existencia de preadamitas que realmente pecaron. Esta dificultad puede verse largamente refutada en el P. Zacharía (ibid., cap. V), y en los diversos teólogos puede leerse, al tratar del pecado original, la discusión del verdadero sentido que á las palabras citadas de San Pablo debe atribuirse. Baste saber, pues no nos pertenece dilucidar esta controversia, que la interpretación lapeyreriana ni la reclama el contexto del capítulo, ni puede admitirse en unánime sentir de la Iglesia, que niega rotundamente la absurda teoría del preadamismo.

original á todos los hombres, que según modo y ley ordinaria vienen al mundo, exceptuando á la Inmaculada Virgen María (1). Así lo sostiene el Concilio Tridentino, que expresamente llama á Adán *el primer* hombre, del cual se extendió á todos los otros la mancha de la primera culpa. Por eso los teólogos (2), en cuyas obras pueden verse las citas de los Santos Padres, unánimes defensores de la doctrina por nosotros sustentada (3), afirman que esta parte de la proposición pertenece á la fe. Y hasta el mismo La Peyrère reconoció que le era contraria la doctrina de los Padres y de los Concilios. He aquí sus palabras en una carta á Filótimo: «Confieso no desconocer que mi hipótesis sobre la creación del hombre anterior á Adán, difiere del parecer de los Santos Padres y es diametralmente opuesta al canon de los Concilios ortodoxos, y que toda la doctrina de la caída y redención del género humano, está fundada por los Padres y Concilios sobre la hipótesis de Adán, como primer hombre y cabeza del linaje humano» (3).

(1) Véase, v. gr., Celestin, 1.º epist. 21 á los Obispos de las Galias sobre los errores de los Semipelagianos, cap. IV (Denzinger, núm. 88); Conc. Arausic. 2.º can. 2 (Denz., núm. 145), *Capitula* Concil. I apud Carisiacum, cap. I (Denzing., núm. 279); Concil. Tridentin., ses. 5, can. 2, 3 y 4 (Denzinger, números 671, 672, 673, etc., etc.)

(2) Véase, v. gr., al Card. Mazzella y á Perrone, Palmieri, Tepe, etc., etc.

(3) Véase, v. gr., al Card. Mazzella, Mendive, Tepe.

(4) Véase á Natal. Alex., *Histor. Eccles. Vetus Testam.*, dissert. 3, sobre la primera edad del mundo.

Suelen aquí algunos oponer á veces la doctrina de San Agustín, que negó la existencia de los antípodas (*De Civit. Dei*, lib. XVI, cap. IX); opinión cuyo incremento fué tal en el siglo VIII, que el Papa Zacarías llamó *opinión perversa é inicua doctrina* la de un tal Virgilio, á quien condenó por sostener la existencia de dichos antípodas. (Epist. Zachar. ad Bonifac. apud Hartzeim, S. J., *Concilia Germaniae*, tomo I, pág. 85.). Pero esto nada tiene que ver con la cuestión presente. Ni el Papa Zacarías ni San Agustín estaban obligados á saber en materias geográficas, más de lo que sabían los filósofos y cultivadores de las ciencias naturales en aquel tiempo, y era común opinión entonces que no se podía atravesar el Océano; por lo cual los que afirmaban la existencia de los antípodas, *ipso facto*, admitían el preadamismo. Esta fué la causa de que tanto el Pontífice Zacarías, como San Agustín tuvieran por errónea tal doctrina. Véase al Rdo. P. Perrone, *De Deo Creatore*, núm. 286 y siguientes.

§ X.—*La historia y la tradición de los pueblos.*

Hemos notado que, *absolute*, como se dice en las escuelas, pudo propagarse el género humano por uno ó varios centros de creación, con tal que las parejas primitivas, constituidas por Dios en las diversas regiones del globo, perteneciesen á la misma especie. Claro es que los argumentos de razón natural que en esta materia puedan aducirse, no pueden ser *intrinsecos*, sino únicamente *extrinsecos*, es decir, que sólo nos toca probar por indicios y conjeturas externas, qué es lo que *de hecho* y libremente hizo Dios en la creación y propagación del hombre. Estas señales de que nos podemos servir, son, principalmente, la historia y la tradición de los pueblos.

Sanchuniaton (1), el caldeo Beroso (2), el *Edda* ó colección de antiquísimas tradiciones en la Escandinavia, y Diodoro Sículo (3), nos describen, prescindiendo de algunos falsos pormenores, la propagación del género humano de una manera conforme en lo sustancial con la historia mosaica. Lo mismo se deduce de la lectura de los poetas griegos y latinos Orfeo (4), Hesiodo (5), Aristófanes (6),

(1) Véase en Euseb., *De praeparat. Evang.*, lib. I, cap. X.

(2) Véase á Euseb., *Chronic.*, lib. I, cap. II; Banier, *La mythologie et les fables expliquées par l'histoire*, tomo III, pág. 75 y siguientes.

(3) *Biblioth.*, lib. I, cap. I. Cfr. Laertius, *Proem.*, segm. 4; Cudworth, *Systema intellectuale*, pág. 317; Banier, *lug. cit.*, pág. 96 y siguientes.

(4) Orphei, *Hymni* I y siguientes, sobre todo 5, πρωτόγονου θυμιάμα ὁ Ἐλ Incienso del Primogénito y ἑκπρωτότως θυμιάμα, Incienso de Proteo, *Poemas*, vol. I, pág. 502 y siguientes. Cfr., Banier, *lug. cit.*, cap. V, pag. 103 y siguientes.

(5) Hesiod., lib. I, *Dies*. Cfr. Banier, *loc. cit.*

(6) Aristof., *Aves*, V, 667, donde llama á los hombres πηλοῦ πλάσματα, ó luti opera. Y en esta misma comedia de las aves brevemente expone la teogonía de los griegos, y la cosmogonía más clara y distintamente que Hesiodo.

Horacio (1) y Ovidio (2), como escribe el P. Juan Perrone (3).

Si consultamos las diversas tradiciones (4) de multitud de pueblos, veremos que concuerdan en estos tres puntos: 1.º el origen de los primeros hombres (5), su primitivo estado de felicidad (6), y el de la miseria en que vinieron a parar por la primera culpa (7); 2.º el diluvio (8) en que

(1) *Odarum*, lib. I, od. 16, vers. 13 y siguientes.

(2) *Metamorph.*, lib. I, vers. 75 y siguientes.

(3) *De Deo Creatore*, núm. 250.

(4) Véase á Fourmont, *Réflexions sur l'origine, l'histoire et la successions des anciens peuples*, lib. I, sec. 2, cap. I y siguientes.

(5) "A voir même et *Prométhée* (ce mythe se trouve dans tous les souvenirs de la Grèce. Cfr. Eschyle, *Prométhée*), qui ravit le feu du ciel pour animer une statue de boue. *Brahmâh* (*Mhanava-darvâ-Sastra*, ou *Lois de Manou*, vers. 5 à 22) qui fait sortir de son côté droit le Père du genre humain, ou la divinité du Japon se saignant pour produire un homme (*Dict. myth.* de Noël), ou le fils de *Bor* donnant le souffle, l'intelligence et le sang à deux troncs d'arbres (*Edda*, éd. citée), on ne peut méconnaître l'erreur voilant la vérité... Rappelons cependant quelques lieux échappés aux ténèbres. Les Mexicains savaient que tous les hommes son sortis d'un même couple de "l'homme de notre chair", *Tonaca teucthli*, et de "la femme de notre chair", *Tonacacihua*, ou la "mère des hommes" (Jhuacohualt). Au Pérou, l'homme s'appelle *Alpa camasca*, terre animée. Dans l'Amérique du Nord, les Mondans croient que le grand Esprit est apparu avec deux figures d'argile, qu'il dessécha et anima du souffle de sa bouche, et dont l'un reçut le nom de *premier homme* et l'autre celui de *compagne*. Le grand Dieu de Tahiti, *Taeroa*, forma l'homme avec la terre rouge (F. de Bougemont, *Le peuple primitif*, tome II), et les insulaires de Bornéo se souviennent que "l'homme a été modelé avec de la terre" (L'abbé de Barral, *Annales de philosophie chrétienne*, tome II, pag. 64.) C'est *Ahura mäsah* (Ormazd) le grand Dieu des Perses, qui a créé le premier couple, *Meschia* et *Meschiane* (Riancey, *Histoire du monde*, tome I, pag. 24-25; Paris, 1870.

(6) Véase á Riancey, *lug. cit.*, pag. 29.

(7) Véase á Riancey, *lug. cit.*, pag. 37.

(8) El P. Clavijero, S. J., después de haber recorrido por más de treinta años toda su patria mejicana, para recoger las tradiciones antiguas, asegura que los mejicanos y cubanos conservaban la tradición del diluvio. (*Storia del Mexico*, tomo II, pag. 6; tomo IV, pag. 16.) Véase á Humboldt (*Vues des cordillères*, tomo II, pag. 158). Y consta que la misma tradición prevaleció entre los indios (véase W. Jones, *Asiatic. research.*, tomo I, pag. 230), los caldeos (véase á Beroso, cit. por Euseb., Tertulian., Clement., Alejand. y otros; y á Abydeno en *Syncel.*, pag. 38, y Polihist. en el mismo *Syncel.*, pag. 30 y 31, y en Euseb., *Fraeparat. evang.*, lib. IX, cap. XII), entre los escandinavos (véase *Edda*), entre los groenlandos (Cranz, *Histoire des Groënlandais*, *Histoire général des voyages*, tomo XII), y los griegos (véase á

se salvó Noé (1), siendo con sus tres hijos después de aquella universal catástrofe el padre y restaurador del linaje humano (2); 3.º, la construcción de la Torre de Babel (3), cu-

Luciano, *De Dea Syria*, en Riancey, pág. 56, nota), y romanos (Ovid., *Metamorphos.*, lib. I, vers. 185), y entre otros pueblos, como largamente trata Rohrbacher (*Histoire univ. de l'Eglise cathol.*, tomo I, pág. 158-170) y Riancey, lug. cit., pág. 51-55. Sobre todo, puede verse en este punto César Cantú, en su *Historia Universal*, tomo I, lib. I, cap. III.

(1) Muchas son las tradiciones de los pueblos que atestiguan acerca del arca en que se salvó Noé. De lo cual trata así Rohrbacher: "Abydenus, dans son *Histoire d'Assyrie*, Alexandre, surnommé Polyhistor à cause de sa vaste érudition, parlaient comme Bérose et le citaient. Ce dernier ajoutait encore entre autres: On dit que l'on voit encore des restes de ce navire sur la montagne des Cordiens en Arménie, et quelques-uns rapportent de ce lieu des morceaux de bitume dont elle était enduite, et s'en servent comme d'un préservatif. Hiéronyme d'Egypte, dans ses *Antiquités phéniciennes*, Mnaséas et plusieurs autres, dit l'historien Josèphe, racontait les mêmes choses. Nicolas de Damas, si célèbre sous Auguste, écrivait dans le quatre-vingt-seizième livre de son histoire: Il y a en Arménie, dans la province de Miniade, une haute montagne nommée Baris où l'on dit que plusieurs se sauvèrent durant le cataclysme, et qu'une arche, dont les restes se sont conservées longtemps, et dans laquelle un homme s'était renfermé, s'arrêta sur cette montagne. C'est apparemment celui dont parle Moïse, le législateur des Juifs. Cet auteur, comme on voit ne se trompait guère, Josèphe ajoute que les Arméniens appelèrent l'endroit où Noé offrit son sacrifice le lieu de la descente. (*Antiquit.*, lib. I, cap. IV.) Ce lieu, devenu une ville, existe encore au pied des monts Ararats, et porte le nom de *Nachidchevan*, qui a en effet ce sens-là. Les Arméniens de nos jours prétendent, comme le faisaient ceux d'autrefois, que l'arche subsiste encore sur la montagne où elle s'est arrêtée.", Rohrbacher, lug. cit., pág. 169, París, 1842.

Si alguno objeta que el arca de Noé no pudo contener tanta multitud de animales y de cosas necesarias para la vida de los que en ella se salvaron, lea á Moigno (obra citada, tomo III, pág. 1.100 y sig.) y á Riancey (obr. cit., pág. 58 y sig. en la nota), los cuales demuestran que fué aquella arca como una de nuestras grandes embarcaciones, y por lo tanto, muy capaz para el fin á que Dios la destinara.

(2) Véase á Rohrbacher (lug. poco ha cit.), á Riancey (lug. cit., pág. 53 y sig.).

(3) "Josèphe — dice Moigno, *Les splendeurs*, tomo II, pág. 500 — cite ce passage d'Hestiaeus, le plus ancien historien de la Phénicie, simple écho des traditions primitives: "Tous les hommes n'avaient alors qu'une langue. Ils bâtirent une tour si élevée qu'elle semblait devoir monter jusqu'au ciel. Mais les dieux excitèrent contre elle une si violente tempête, qu'elle en fut renversée, et que ceux qui la construisirent parlèrent subitement diverses langues. C'est en souvenir de cet événement qu'on donna le nom de Babylone (ville de la confusion) à la cité qui fut, depuis, fondée en ce lieu.", Polyhistor, Abydène, Eupolème, cités par Eusébe (*Préparation évangélique*,

vos restos se conservan y la dispersión de las razas (1).

Ahora bien; es evidente que existe alguna causa de tan uniformes tradiciones en los diversos pueblos, acerca de hechos remotísimos que no pueden conocerse por sólo el discurso de la razón. Que esta uniformidad no puede atri-

liv. IX, chap. XIV), racontent cette même légende. Volney cite avec admiration ce passage de Moïse de Khoren: "La sibylle Bérosienne donne trois fils à Xisathrus, Sim ou, Zérorum, Titan et Japéthoste. Ils se séparèrent et se partagèrent le monde... Ils étaient terribles et brillants, ils conçurent le dessein impie de bâtir une tour...; un vent terrible et divin détruisit cette masse immense et jeta parmi les hommes des paroles inconnues qui causèrent le tumulte et la confusion. Sim, Titam (qui est l'équivalent grammatical de Cham) et Japéthoste ne sont-ils pas évidemment les trois fils de Noë? Et n'est-il pas certain que dans le génie poétique des Grecs, le souvenir de la tour de Babel est devenu la lutte gigantesque des Titans?." (*Recherches sur l'histoire ancienne*, tome I, pag. 146.)— Les aborigènes américains ont conservé intacte la tradition de Noë sortant du vaisseau libérateur, de son ivresse, de son sommeil, de sa nudité, des railleries de l'un de ses fils. Ils disaient aux premiers Espagnols venus au Mexique: "C'est sans doute parce que vous descendez du bon fils, que vous êtes bien vêtus; tandis que nous, qui descendons du mauvais fils, nous sommes dans un état de nudité." (Clavigero, *Storia del Mexico*, tome III, pag. 462.) M. de Humboldt a trouvé chez les indigènes de l'Amérique, dans la pyramide de Cholula, le souvenir vivant de la tour de Babel renversée par le feu du ciel. (*Vues des Cordillères*, tome I, pag. 96 y 114.) Véase á Riancey, pag. 67; Rohrbacher, tome I, pag. 177-178, donde el insigne escritor recuerda también la fábula griega y romana de los Titanes; que, acumulando montes sobre montes, quisieron escalar el cielo.

(1) "En dépit des témoignages—dice Moigno, *lug. cit.*, pag. 501—que nous venons de rappeler, M. Renan avait osé dire en 1845, *Histoire des langues sémitiques*, tome I, pag. 52: "La légende de la tour de Babel ne paraît pas fort ancienne, et elle s'explique par certaines particularités caractéristiques de la Babylonie, sans aucun rapport avec la confusion des langues." Mais Dieu a voulu qu'il reçut un cruel démenti. Les ruines de Babel ont été retrouvées par M. Victor Place. L'orgueilleuse tour a perdu six de ses huit étages; les deux qui restent se découvrent de vingt lieues; sa base quadrangulaire a cent quatre-vingt-quatorze mètres de côté. Les briques qui la composent sont de l'argile la plus pure et d'un blanc à peine échauffé par une petite nuance fauve; avant d'être cuites, elles ont été couvertes de caractères tracés avec la sûreté de main d'un calligraphe. Moïse affirme que dans cette audacieuse construction les enfants de Noë se servirent de briques en place de pierres, et de bitume au lieu de ciment. On se demandait où ils avaient pu trouver tant de bitume! Eh bien, dit M. Place, la fontaine qui l'a fourni est encore là; il coule avec tant d'abondance qu'il forme un véritable fleuve; il envahirait même une rivière voisine si les habitants ne se hâtaient de l'arrêter en l'enflammant. (*Moniteur universel*,

buirse al acaso, parece también innegable; pues con sólo aplicar el cálculo de probabilidad, se verá, no puede admitirse racionalmente que tantos y tan distintos pueblos convinieran por *casualidad* en fingir ó inventar tales hechos. Luego debe buscarse *otra causa* que nos explique el fenómeno. Esta no se ha podido presentar hasta ahora fuera de la unidad de origen y común procedencia adámica del género humano, que explican admirablemente, no sólo la uniformidad *sustancial* de las tradiciones de los pueblos, sino aun su discrepancia y errónea variedad en los pormenores. Porque si, en efecto, todos los hombres reconocen un mismo origen, claro es que todos recibirían de padres á hijos, por tradición, la historia de sucesos tan importantes como los que arriba enumeramos; pero dispersándose al mismo tiempo por las diversas regiones del globo, y no habiendo consignado los hechos por escrito, claro es que, con el transcurso del tiempo se habían de adulterar, al menos en los pormenores y circunstancias.

De todo lo cual resulta: que existe realmente uniformidad en la historia y tradiciones de los pueblos respecto á hechos íntimamente ligados con la cuestión presente; que la causa de esa uniformidad no puede ser meramente *casual*; que todas las otras asignadas para explicar el fenómeno son insuficientes, y la única que satisface es la unidad de origen del género humano.

Luego la historia y las tradiciones de los pueblos prueban una vez más la verdad del monogenismo.

février, 1857.) C'est ne pas assez encore; en 1836, M. Oppert, savant Assyriologue, a pu lire dans l'inscription de Borseppa, dont l'original est au Musée britannique de Londres, ce témoignage solennel de Nabuchodonosor 667 ans avant Jésus-Christ: "Le temple des sept lumières de la terre, auquel se rattache la mémoire de Borseppa et que le premier roi a commencé sans en avoir achever le faite, avait été abandonné depuis de longues années. Ils y avaient proféré en désordre l'expression de leurs pensées. Le tremblement de terre et le tonnerre avaient ébranlé la brique crue, avaient fendu la brique cuite des revêtements; la brique cuite des étages s'était éboulée en formant des collines... A la refaire, le grande Mérodah a engagé son coeur." Véase á Riancey, lug. ya cit., pág. 101 y siguientes.

Ni vale objetar que pueblos como el de los griegos se han considerado aborígenes, negando toda anterior procedencia de un centro único primitivo para el género humano.

Porque esta falsa creencia pudo proceder de varias causas, v. gr., de cierta soberbia nacional y espíritu de vanagloria, de la falta de documentos y datos relativos á su primera población y de otras varias. Pero y ¿cómo se explica que tantas y tantas naciones hayan convenido en atestiguar la unidad de origen del género humano...?

§ XI.—*El testimonio del Génesis.*

Aun prescindiendo de la inspiración divina y del elemento sobrenatural que informan la narración mosaica, no puede negarse que el Génesis es el libro más antiguo de los que se conservan escritos; que su autenticidad, integridad y pureza están plenamente confirmadas por la crítica, y, por lo tanto, que su veracidad es plena. Aun las narraciones de fenómenos, cuyo estudio corresponde á las ciencias naturales, nunca á pesar de los repetidos esfuerzos que en contra ha hecho una filosofía volteriana y atea, han resultado falsas, y muchas veces, por el contrario, han merecido la aprobación y elogios de toda clase de sabios (1). Este admirable libro nos refiere, con una sencillez inimitable, hija de la verdad misma, el origen adámico de todos los hombres y la dispersión de las razas después del diluvio (2). Luego, aun prescindiendo de la inspiración divina, sólo por el testimonio histórico del Génesis, queda en pie la doctrina del monogenismo.

La narración mosaica confirma plenamente todas aque-

(1) Entre cuyo número están, entre otros, para nombrar sólo á los que cultivan las ciencias naturales, Buffon, Linneo, Cuvier, Ampère, Demerson, Hadriano, Balbi, De Ferussac, Beudant, Cauchy, De Serres, Nérée, Boubée, Champillion, Remusat, Las-Cases y otros, cuyos nombres pueden verse en Augusto Nicolás, *Estudios filosóficos*, etc., tomo I, pág. 289.

(2) Génes, I, II, V, VII, VIII, IX, X.

llas cuestiones relativas al origen del hombre, que en nuestros días sólo por conjeturas y razones probables defienden multitud de sabios, á saber: la colocación de la cuna del género humano en Asia (1), la unidad y subsiguiente confusión de las lenguas (2), en cuyo estudio, como ya antes indicamos, cada vez coinciden más los filólogos con la historia genesiaca.

Más aún; los orígenes de los pueblos y de su desarrollo, tal como en nuestros tiempos los han ilustrado con sus eruditas investigaciones Mariette, De Sauley, Rawlinson, Lenormant, Rabiou y otros, coinciden, aun en los nombres, con los hijos y descendientes de Noé, que según el historiador hebreo propagaron, después del diluvio, el linaje humano (3). Sem tuvo cinco hijos: Elam, padre de los elamitas ó persas; Assur, de los asirios; Arfaxad, de quien descendía Heber, padre de los Hebreos; Lud, de los lidios, en el Asia menor, y Aram, de los arameos ó siros, que aun así son llamados por Homero y Hesiodo (4). Jafet, á cuya raza llamó Horacio *audax Iapeti genus*, tuvo siete hijos: Gomer, Magog, Madai, Javan, Tubal, Mosoc y Thiras. En Gomer, reconocen muchos á los kimri ó cimberos ó cimmericos, del cual se tienen por descendientes á los celtas y germanos; de Magog, descienden los escitas; de Madai, los medos; de Javan, los jonios; de Tubal, los tobelios, nombre que antiguamente llevaron los primitivos iberos, y de Thiras, los tracios (5). Finalmente, Cam penetró en Egipto, que por eso se llamó Khemi, y según Plutarco, Chemia. De sus cuatro hijos, Chus fué padre de los cushitas, y Nemrod, hijo de Chus, fundó á Babilonia; Mesraim pobló el Egipto y por eso aun hoy día Memphis (El Cairo) es llamada

(1) Quatrefages, *L'espèce humaine*, lib. IV. cap. XV, pág. 130. y sig.

(2) Génes., X.

(3) Génes., X.

(4) Véase á Riancey, pág. 90-91; Rohrbacher, *ibid.*, tomo I, pág. 181, en los cuales se trata este punto.

(5) Véase á Riancey, pág. 95, Rohrbacher, pág. 190.

Mesr ó Misr (1). Canaam habitó la región asi llamada de su nombre. Esta fué la tierra que Dios prometió á los hebreos; aquí habitaron éstos por largo tiempo, y de su descendencia tuvieron origen los pueblos de Fenicia y Sidón (2). Los semitas ocuparon el Asia; Cam, el Africa; Jafet, la Europa, de la que, como de centro más principal, se extendieron á otras partes sus descendientes (3).

Acerca de este punto puede leerse el insigne Moigno (4), en cuya obra encontrarán nuestros lectores un cuadro sinóptico tomado del Rdo. Sr. Darras (5), que representa á los descendientes de Noé como fundadores de los diferentes pueblos.

Por fin, en la misma Sagrada Escritura, se declara bastante la indole peculiar de las estirpes á que dieron origen los hijos de Noé, la abyección y miserable esclavitud de los camitas en castigo de la falta cometida contra su padre; la religiosidad que distingue á los descendientes de Sem y la admirable dilatación y propagación de los hijos de Jafet. Argumentos que, aun separadamente, son irrefutables, cuanto más si se consideran en conjunto.

§ XII.—*Corolarios.*

Siguense como tales, de todo lo anteriormente expuesto y probado, la *impiedad* y *temeridad* de la doctrina preadamita y coadamita. Ni hacen falta largos razonamientos para probarlo.

(1) Cfr. Maspero, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, pág. 14, París, 1886. M. Brugsh, obr. cit., remarque que les anciens Egyptiens tout en se donnant pour autochthones se nommaient *Loud*, c'est-à-dire, *germe*, type de genre humain. Ce nom rappelle parfaitement *Loudim* ou *Ludim*, de la Genèse, fils de Mezraïm, petit-fils de Chus; ce qui confirme l'origine chamitique de la population primitive de l'Egypte. Riancey, *Histoire du monde*, tomo I, pág. 380, nota (2).

(2) Véase á Riancey, pág. 94; Rohrbacher, 180-181.

(3) Véase á Riancey, ob. cit., pág. 97 y sig.

(4) Ob. y lug. cit., pág. 502 y sig.

(5) *Histoire générale de l'Eglise*, tomo I.

Hemos demostrado, en efecto, que la procedencia adámica y unidad de origen de todos los hombres es doctrina católica y aun dogma de fe; pero los preadamitas y coadamitas rechazan evidentemente ese dogma; luego su doctrina debe llamarse con razón *impía*.

Ahora, si la consideramos desde el punto de vista científico, veremos sin gran esfuerzo, que es realmente *temeraria*.

¿No es temeridad rechazar sin fundamento sólido una doctrina que aunque trate de un hecho contingente y libre en absoluto, no sólo parece posible, sino probada con muchos y solidísimos argumentos? Pues eso es lo que obstinados en su error, intentan malamente nuestros adversarios.

Además, por otro capítulo se ve lo temerario del sistema preadamita. Cada ciencia tiene sus propios límites, dentro de los cuales debe mantenerse para permanecer en la verdad: si en el estudio y desarrollo de sus teorías necesita de un principio que por sí misma no puede demostrar y lo demuestra otra ciencia, debe, naturalmente, pedirlo á ella como prestado, y suponerlo cierto en la demostración. Porque si la verdad no puede estar en oposición consigo misma, lo que se demuestra como verdadero en una ciencia, no dejará de serlo en ninguna otra, y por lo tanto podrá suponerse verdadero en todas. Así, por ejemplo, la Medicina supone muchas verdades que se prueban en Física, Química y Fisiología, y á su vez la Física y la Mecánica otras muchas cuya demostración corresponde á las Matemáticas: de igual modo la Fisiología y la Antropología deben tomar de otras ciencias muchos de sus principios.

Pues bien; si una ciencia cualquiera, ó mejor, si los cultivadores de una ciencia cualquiera al tratar de un punto determinado que ellos, sin auxilio ajeno, por sí mismos no pueden resolver, no quisieran aceptar conclusiones ciertas

y demostradas en otra parte como ciertas, sino que porfiada y tenazmente las impugnaran, ¿no serían tenidos con razón como temerarios? Pues eso hacen los que atacan la unidad de origen y común procedencia adámica del género humano.

Esta controversia no pueden resolverla ni la Antropología ni otras ciencias naturales, y la razón es clara. Se trata de un hecho que en absoluto pudo suceder de varias maneras, pues, como ya lo hemos hecho notar, la propagación del género humano ó pudo realizarse mediante un solo centro de creación ó mediante varios que en diversas regiones del globo apareciesen como otros tantos aborígenes del mundo. Luego toda la dificultad está en saber qué es lo que *de hecho* sucedió, cuál de estos dos modos de propagación eligió libérrimamente el Creador. Y el averiguar esto no corresponde á la Física ni á la Antropología, sino á las ciencias históricas y, sobre todo, á la Teología. Luego, si no quieren incurrir en la nota de *temerarios*, deben los antropólogos someterse á lo que decida la Teología, que también es ciencia y reina de todas las ciencias, fundada en principios inconcusos é irrefutables (1). Sométanse, por lo tanto, al imperio de las ciencias sagradas, y dejen de calumniarlas sin haberlas saludado siquiera, que tal conducta es indigna, no ya de quien se precie de científico, sino simplemente de ser discursivo y racional (2).

(1) Véase la *Lógica Mayor*, núm. 251, pág. 88b; núm. 306, pág. 1.030 y siguientes; núm. 275, pág. 955 y sig.; núm. 279, pág. 962.

(2) Muy bien dice á este propósito Hadriano Arcelin: "La science, nous venons de le voir, est en mesure de réfuter la théorie de l'origine simienne de l'homme et de conclure en faveur de l'unité de l'espèce. Mais comment l'espèce a-t-elle commencé? Par un ou par plusieurs couples? Tout se passe comme si l'humanité avait commencé par un couple unique, mais sans qu'on puisse le démontrer scientifiquement. L'affirmation absolue de l'unité originelle est et sera probablement toujours du domaine exclusif de la foi.

Nous admettons très bien que placés en face des questions d'origine, des savants s'abstiennent de se prononcer. En l'absence de preuves scientifiques, c'est l'application très légitime du doute méthodique. Mais nous avons, grâce à Dieu, d'autres moyens d'information. L'anthropologie n'a

Ni vale como lo hacen G. Pouchet, Broca, Vogt, Bourmeister y otros, alegar como pretexto para justificar su conducta, no sé qué soñados conflictos entre las ciencias y la fe, que no existen ni pueden existir. La verdad no puede estar en contradicción consigo misma, y lo que *cierta y evidentemente* demuestran las ciencias, lo aceptará sin temor alguno la Teología católica. Lo que hay es que muchos odian de muerte todo lo que tenga sabor de religión y huela a mil leguas á catolicismo; lo que hay es que, sin dignarse estudiar la Teología, suponen que ella da como cierto lo que en ningún modo lo da; ó, por el contrario, presentan como invictamente demostrado por las ciencias naturales, lo que en realidad no pasa de ser una hipótesis más ó menos aceptable y nada más.

pas le monopole exclusif de la science de l'homme. La philosophie et la théologie comblent ses lacunes. Elles achévent par d'autres voies et par d'autres méthodes les problèmes abandonnés comme insolubles par les sciences naturelles. Sans doute, il ne faut pas confondre les méthodes. Il ne faut pas, après avoir établi ses prémisses dans un ordre d'idées, conclure dans un autre. Mais tout homme qui aime la pleine vérité et la pleine lumière a le droit, après avoir tiré d'une science particulière tout ce qu'elle peut lui donner, d'aller chercher ailleurs les informations qui lui manquent.

Tant pis pour ceux qui rétrécissent arbitrairement à la mesure de leurs préjugés et de leurs passions, le champ de la connaissance et les horizons ouverts à l'intelligence humaine! — Arcelin, en la *Revue des Questions scientifiques*, tomo VI, pág. 441, 442.

ARTICULO III

De la antigüedad del hombre, según la Geología.

Antes de tratar esta difícil y complicadísima cuestión, conviene advertir que, al presente, no disputamos sobre la antigüedad del mundo, sino única y exclusivamente sobre la edad del hombre.

Si admitimos como verdadera la hipótesis, según la cual la primitiva nebulosa de materia caótica creada por Dios en un estado sumo de rarefacción y dotada de fuerza y propiedades especiales, fué lentamente en los días ó períodos genesiácos por ulteriores condensaciones y sucesivas evoluciones, dando origen á los astros que pueblan el cielo y al planeta que habitamos, claro es que la edad del hombre es muy posterior á la del mundo. Tanto es así, que aun los que nos atribuyen mayor antigüedad, conceden comunmente que somos muy posteriores al mundo, como formados después de la existencia de plantas y animales (1), conforme antes lo indicamos al exponer, siguiendo las huellas de los Santos Padres, la dignidad y excelencia de la condición humana sobre la de todos los otros seres que constituyen los diversos reinos de la naturaleza.

§ I.—*Incertidumbre de la cronología bíblica.*

Aunque no existe propiamente cronología de la Biblia, pues en ninguna de sus partes se consigna la edad del

(1) "A travers toute l'histoire de la terre — dice Dana, — il y a formation, préparation et progrès du monde en vue de l'existence d'un être spirituel qui doit y être soutenu, enseigné et élevé." — Dana, *Manual of Geology*.

mundo en que fué creado el hombre, sin embargo, recibe esta denominación la que varios autores han formado siguiendo en sus cómputos las indicaciones de los Sagrados Libros. Como fundada en indicaciones sujetas á varia y mudable interpretación, esta cronología no puede menos de ser incierta (1).

Las principales causas de esta diversidad son: *primera*, la distinta duración de la vida de los Patriarcas desde Adán hasta el diluvio, según los varios ejemplares de la Sagrada Escritura; así, por ejemplo, según los *Setenta*, ese tiempo fué de 2242 años; según el texto hebreo, de 1656, y según el samaritano, de 1307. La *segunda* causa, es la diversa duración del tiempo transcurrido desde el diluvio hasta el nacimiento de Abrahán, que según los *Setenta*, fué de 1147 años, según el texto hebreo, de 1367, y según el samaritano, de 1017 años (2). Y la *tercera* es, que realmente ignoramos á punto fijo si en la enumeración de los descendientes de Adán y aun de Noé y de Abrahán, omitió el historiador sagrado una ó varias generaciones. Así vemos, v. gr., que San Lucas (3) enumera entre Arfaxad y Sale á Cainan, de quien hace caso omiso el Génesis según la *Vulgata* (4).

Naturalmente, ocurre al menos escéptico en la materia, dudar por lo menos si en los catálogos genealógicos que nos presenta la Biblia, habrá otras omisiones parecidas; en cuyo caso bien se ve, que, aunque no existieran las otras causas alegadas de error, bastaría esta sola para

(1) "La chronologie biblique reste indéciée; c'est aux sciences humaines, qu'il appartient de trouver la date de la création de notre espèce. Seulement, que les savants attendent des preuves irrécusables, qu'ils évitent les exagérations, les illusions, qu'ils ne nous donnent pas comme certains des faits qui ne sont que probables, on même qui ne le sont pas du tout. Quand on aura acquis la certitude à cet égard, toute discussion cessera, parce que toute divergence aura cessé."—Le Hir, *Études religieuses*, pág. 511.

(2) Vigouroux, *lug. cit.*, pág. 230.

(3) Luc., III, 36.

(4) Génes., XI, 13-14.

producir triste incertidumbre en la cronología *biblica* (1). Añádase á esto que, como opinan graves autores, bien sea por error ó incuria de los copistas, bien por otra causa cualquiera, ni conservamos, ni, lo que es peor, sabemos qué texto biblico conserva las verdaderas fechas consignadas por Moisés en su inspirado relato (2). En vista de lo cual, es imposible deducir de los diversos cómputos que aparecen en el texto hebreo, samaritano y de los *Setenta*, cuál sea la verdadera ó al menos la más aceptable cronología (3). Desde el siglo XVI prevaleció, sin embargo, sobre todo por la autoridad de Escalígero, la del texto hebreo, aunque no faltaron escritores católicos y protestantes que prefiriesen la del texto griego de los *Setenta* (4), como ya en tiempos anteriores lo habían hecho, según afirman Baronio (5) y Natal Alejandro (6), los Padres griegos y los escritores de la Iglesia latina. En cambio, casi nadie adoptó la del samaritano (7).

§ II.—Principales cómputos de la cronología biblica.

Aunque, como se deduce de lo expuesto en el párrafo anterior, y afirman también muchos autores, es casi imposible establecer con precisión la edad de la creación del

(1) Véase á Moigno, tomo II, págs. 610-611. Se hallan también notadas por Vigouroux, muchas lagunas de los Sagrados Libros en las genealogías ob. cit., pág. 238.

(2) Vigouroux, lug. cit., pág. 235.

(3) Véase á Reusch, *La Bible et la nature*, cap. XXXI.

(4) Todo esto puede verse minuciosamente consignado en el insigne Vigouroux, pág. 23 y siguientes.

(5) *Apparatus ad Annal. Eccl.*, par. 118.

(6) *Historia Ecclesiast. Vetus et Nov. Testam.*, tomo I, pág. 71.

(7) "La discussion—escribe Vigouroux, pág. 233, nota 1—sur la chronologie des temps primitifs a toujours porté sur la valeur des chiffres du texte hébreu et de la version des Septante. Le texte Samaritain n'a été suivi dans l'antiquité que par l'auteur de l'écrit apocryphe intitulé la *Petite Genèse* Λεπτή Γένεσις, et dans les temps modernes que par l'égyptologue prussien Lepsius, *Chronologie der Aegypter*, en 4.^o, Berlín, 1849, tomo I, página 397.

hombre y la del diluvio (1); sin embargo, no han faltado en todos tiempos obras especiales que trataran, aprovechando algunas indicaciones de la Biblia, de fijar en lo posible la cronología (2). Pero, como no podía menos de suceder en materia tan oscura y sujeta á controversia, ha sido tanta la variedad de opiniones, que Alfonso Vignoles enumera hasta 200, Riccioli 70, el P. Tournemine 92 y los Padres Benedictinos en su obra titulada *L'art de verifier les dates* (3) 108.

Nosotros aquí consignaremos sólo las más célebres. Según la *Vulgata*, transcurrieron, desde Adán hasta la época del diluvio, 4184 años; según la versión de los *Setenta*, 5634, y según el Martirologio Romano, 5199; donde se ve, que sólo en la Iglesia romana, se cuentan dos cómputos diversos, apoyados cada uno en respetable autoridad. En la Iglesia griega, los alejandrinos, cuentan 5504 años; los constantinopolitanos, 5510.

Entre los Padres, San Jerónimo, en sus *Quaestion. Hebr.*, 3941; Casiodoro, 4697; Orígenes, 4830; Epifanio, en el segundo Sinodo Niceno, 5001; San Isidoro de Sevilla, 5196; Beda, Eusebio Cesariense, 5199, como el Martirologio; Paulo Orosio, y después Baronio, 5201; Rabano Mauro, 5296; San Isidoro Pelusiota y Lucas de Tuy, 5336; San Agustín, según Genebrardo, 5351; San Clemente de Alejandría, 5624; Lactancio, 5800; San Cipriano y Suidas, 6000; San Julián, Arzobispo de Toledo, 6011.

Los modernos hebreos parecen contar desde la creación de Adán hasta el Nacimiento de Jesucristo, sólo

(1) Véase á Pagi, *Apparatus Chronolog. ad Ann. ecclesiast. Baron., etc.*, pár. 2. 4; Petav., *De doctrin. temp.*, lib. IX, cap. VI, tomo II; Lequier, *Défense du texte hébreu de la Vulgate*, según Migne, *Cours scrip. sacr.*, tomo III, columna 1572; Card. Maignan, *Le Monde et l'homme primitif selon la Bible*, pág. 290

(2) Tales son v. g.: *De emendatione temporum*, por José Scaligero (1583); *Chronologicum*, Cavisi (1606); *De doctrina temporum* (1627); *Ration. temporum*, por Petavio (1630); *Chronologia sacra*, Capelli (1655); *Annales veteris et Novi Testamenti* (Usher); *Regia epitome historiae sacrae et profanae*, (Labbe), etc., etc.—Vid. Vigouroux, pág. 227 en la nota.

(3) Véase en Vigouroux, pág. 226.

3761 años; Arias Montano, 3849; Scaligero, 3950; el Tostado, 3963; Vicente Bellocense y Alápide, 3953; Sixto de Sena y muchísimos matemáticos antiguos, 3962; Belarmino y Petavio, 3984; Natal Alejandro, 4000; Userio, 4004; Pererio, 4022; Xantes Pagnino, 4051; el P. Tourne- mine, 4891; los Padres Benedictinos en su obra *L'art de vérifier les dates*, 4963; Jackson, 5426, el Rdo. Padre Pezron, 5972; Isaac Vossio, 6004; Onofre Panvinio, 6311; y las *Tablas de Alfonso el Sabio*, 6982 (1).

No puede ser mayor, como se ve, la diversidad del cómputo cronológico entre los mismos Padres, y aun dentro de la misma Iglesia Romana, que implícitamente, y no obstante discrepar entre si en más de mil años, aprueba el cómputo de la *Vulgata* y el del Martirologio (2).

§ III.—*Tiempos históricos y prehistóricos.*

Fácilmente conceden los Padres de la Iglesia y los escritores católicos que la edad del hombre puede extenderse

(1) Casi todas estas cifras se han transcrito de las *Tablas cronológicas sagradas*, del P. Tournemine, vol. III, *Commentar. S. Script. P. Stephani Menochii*, pág. 345, Veneta, 1758.

(2) "Les missionnaires jésuites en Chine—écrit Vigoroux, pág. 233—qui accueillirent avec faveur l'ouvrage du P. Pezron, s'étaient déjà auparavant déclarés en faveur des *Septante*, au moyen desquels ils pouvaient concilier le témoignage des annales du pays qu'ils évangélisaient avec la Sainte-Ecriture, et leur conduite avait été approuvée par leur Général. Dès les premiers temps de la mission ils l'avaient consulté, parce que quelques missionnaires crurent que la chronologie chinoise... était contraire à la Sainte-Ecriture, et quoiqu'on leur fit voir que cette chronologie pouvait s'accorder avec les calculs des *Septante*, autorisés dans l'Eglise, ces missionnaires avaient toujours quelque scrupule." (P. A. Gaubil, *Traité de la chronologie chinoise*, pág. 283, 284.) Pour trancher la question, le P. Adam Schall rédigea un mémoire où il rendit compte des fondements de la chronologie chinoise et on l'envoya à Rome où il fut examiné. On ne dit pas si l'on consulta le Saint-Père, mais une lettre écrite de Rome le 20 décembre 1637, en réponse à la consultation n'hésite pas à affirmer "qu'on peut sans scrupule suivre la chronologie chinoise", plaçant le règne de l'empereur Iao à l'an 2357 avant J.-C., parce qu'elle n'est pas en désaccord avec les *Septante*, dont la chronologie "est appuyée sur l'autorité des Pères de l'Eglise." (Ibid., pág. 285.)

á ocho mil años de existencia. Pero á los modernos transformistas, á los cronólogos de nuevo cuño que fantasean el estado salvaje como el primitivo y connatural al hombre, á los autores que fingen á su modo el origen de la civilización ó interpretan á su capricho los recientes descubrimientos de la geología, esos ocho mil años no les bastan ni para empezar. Y aunque Lyell tiene la sinceridad de reconocer la insuficiencia de los argumentos (1) en que se funda para extender más allá el origen del hombre; sin embargo, confiesa que es *antiquísimo* el género humano (2).

Para explicar sus teorías, necesitan los modernos un buen *recaudo* de siglos, y por eso distinguen *oportunamente*, siempre que se trata de averiguar la edad de un hombre ó una nación cualquiera, los tiempos *históricos* y los *prehistóricos*.

Llámase edad *histórica*, aquella de la cual han llegado hasta nosotros noticias más ó menos ciertas por la historia ó la tradición; y *prehistórica*, en cambio, la que sólo conocemos por los indicios que en sus investigaciones laboriosas y afortunadas, nos suministran la paleontología y la geología. Y como en las excavaciones hechas se han encontrado, no sólo restos humanos, según dicen, sino aun muchos instrumentos de arte usados por el hombre, lapideos unos, de bronce otros y de hierro los demás, y como en opinión de estos paleontólogos, el orden de prioridad en la existencia de esos instrumentos, es el enumerado por nosotros, de manera que primero se usaron los de piedra, después los de bronce y luego los de hierro; han establecido tres edades por las que ha atravesado sucesivamente el género humano: la edad de piedra, la edad de bronce y la edad de hierro.

Para que la humanidad, desde el primitivo estado de

(1) Véase en el Cardenal Mazzella, *De Deo creante*, núm. 573.

(2) Véase su *Antiquity of Man*.

barbarie y salvajismo en que la suponen llegase por las tres edades sucesivas al grado de civilización que nos presenta la historia, debieron indudablemente transcurrir, no digo ya miles de años, sino miles de millones de siglos. Burmeister sostiene que el hombre en Egipto alcanza una fecha lo menos de 72.000 años (1); Häckel, le atribuye 100.000 y aun más (2), Mortillet, 230.000 ó 240.000 (3); Draper, más de 250.000 (4); otros, no cien mil años, sino cien mil siglos; Carlos Vogt, llama *inconmensurable* la antigüedad del hombre (5); y aun el mismo Laporta, que no debe ser contado entre la turba de escritores impíos é incrédulos, no repara en concederle 200.000 años de existencia sobre la tierra.

§ IV. — *El hombre terciario.*

Acerca de la edad geológica en que hizo el hombre su entrada en el mundo, todos convienen que ciertamente no fué antes de la llamada *terciaria* (6). Algunos, siguiendo al Rdo. Sr. Bourgeois, sostienen la existencia del hombre en la época terciaria; mas, otros en cambio, y son los más, sólo desde la *cuaternaria*, aunque entre estos mismos autores existe gran divergencia de pareceres. Porque si se entiende con el nombre de edad cuaternaria la que Lyell llama *pleistocena y postpliocena*, que sigue á la terciaria y precede inmediatamente á la actual, es muy compleja y puede ser muy varia en su duración. Generalmente consta de sedimentos de transporte acarreados, á lo que parece, por grandes inundaciones (7); así que, según pongamos al principio

(1) Vigouroux, pág. 227.

(2) *Histoire de la création*, trad. Letourneau, pág. 509, 3.^a édic., 1884.

(3) *Le préhistorique, antiquité de l'homme*, pág. 627, Paris, 1888.

(4) Rev. Vigouroux, lug. cit.

(5) Moigno, obr. y lug. cit., pág. 756-801.

(6) Sobre estas divisiones y subdivisiones de edades, véase la *Cosmología*, núm. 72, pág. 224-227.

(7) "Les terrains quaternaires comprennent des dépôts de transport

ó al fin de esta época la aparición del género humano, varía también considerablemente su antigüedad (1). La edad *moderna* es aquella en la que se han formado los terrenos posteriores por diversos aluviones, cuya minuciosa descripción no es de este lugar (2).

Aunque alguno tal vez se admire, pero ello es cierto que el primer propugnador de la existencia del hombre terciario, ha sido un sacerdote católico, el Rdo. Sr. Bourgeois, Rector del Colegio de Pontlevoy en Francia, quien, habiendo encontrado cerca de Thenay en terrenos que parecían terciarios unos sílices que, según se dijo, ofrecían señales de la industria humana, presentó su descubrimiento ante una Academia de sabios, y sostuvo la existencia del hombre en aquellas remotísimas edades. La misma opinión patrocinó después el lusitano Ribeiro, aduciendo, como argumento, los restos hallados en las excavaciones hechas

dont la stratification, souvent très-desordonnée, accuse une ère d'inondations formidables; des alluvions anciennes, lehm ou loess; les cavernes à ossement, les brèches osseuses, les dépôts erratiques, les limons des pampas, etc., Moigno, obr. cit., 732.

(1) "Rien de plus complexe—dice Moigno (pág. 751)—dans l'espace et dans les temps, que la série des phénomènes quaternaires. Un géologue éminent, M. Hébert, en a fait énumération à sa manière: 1.º, creusement par voie d'érosion de nos vallées actuelles; 2.º, développement de la faune de l'*Elephas meridionalis* sur le sol accidenté, alors couvert de forêts peuplées d'éléphants et de rhinocéros; 3.º, formation par voie de courants aqueux du dépôt erratique inférieur de nos vallées, souvent appelé *diluvium gris*, sur une hauteur de 35 à 40 mètres; 4.º, formation d'un dépôt caillouteux composé d'argile rouge et de gravier quartzeux reposant soit sur le diluvium gris soit sur le loess, et que M. Hébert appelle *diluvium rouge*; 5.º, lavage du diluvium rouge par des eaux qui ont stratifié sa partie supérieure et l'ont mélangé avec le diluvium gris; 6.º, creusement postérieur de nos vallées dans des conditions nouvelles." (*Comptes rendus de l'Académie des sciences*, tomo LVI, pág. 1.004-1.005).

(2) "Les *terrains modernes* comprennent tous les dépôts qui se sont formés depuis les grandes inondations de la période quaternaire, et se poursuivent actuellement; alluvions marines, alluvions d'eau douce éboulis, bancs de sable, bancs de limon, amas de galets, conglomérats, tufs et travertins, stalactites et stalagmites; concrétions calcaires, silicieuses, gypseuses, ferrugineuses, etc.; efflorescences; salines, îles et récifs madréporiques, guanos, tourbe des marais, humus, ou terrain végétal, déjections volcaniques récentes." Moigno, pág. 732.

á orillas del río Tajo. De aquí que Hamy (1) y otros eruditos hayan sostenido la existencia del hombre terciario, aunque concediendo de buen grado que desapareció con todos sus descendientes de tal manera, que el actual género humano reconoce otro origen diverso (2). No pueden por esta razón llamarse preadamitas en el propio rigor de la palabra. Así lo advierte expresamente el Rdo. Sr. Fabre d'Envieu en su obra *Les origines de la terre...* donde se atreve á sustentar las gratuitas afirmaciones de algunos modernos antropólogos (3).

(1) *Précis de paléontologie humaine*, Paris, 1870.

(2) "Au jugement d'un géologue très compétent, M. V. Raulin—dice el insigne Moigno (obr. cit., pág. 495)—la communauté d'origine entre l'homme actuel et l'homme de Thénay serait contraire au fait admis par tous les paléontologistes, que les espèces d'ordre supérieur n'ont jamais appartenu à plus de deux époques successives; en effet, l'homme de Thénay aurait vécu dans cinq époques: calcaire de la Beauce, sables de la Touraine, terrain pliocène, diluvium, faune actuelle.."

(3) He aquí lo que acerca de esta materia escribe Moigno: "Dans son livre: *Les origines de la terre et de l'homme, ou l'Hexameron génésiaque*, Paris, Périsse frères, 1873. M. l'abbé Favre d'Envieu, professeur d'Écriture sainte à la Faculté de Théologie de Paris, n'hésite pas à formuler cette proposition, pág. 54, línea 27. *Propos. XX.*, "L'archéologie préhistorique et la paléontologie peuvent, sans se mettre en opposition avec la sainte Écriture, découvrir dans les terrains tertiaires et dans la première partie de la période quaternaire, des traces préadamites: en ne s'occupant pas des créations antérieures à l'avant dernier déluge, la Révélation biblique nous laisse libres d'admettre l'homme du diluvium gris, l'homme pliocène et même l'homme éocène; d'un autre côté, toute fois, les géologues ne sont pas fondés à soutenir que les hommes qui auraient habité sur la terre à ces époques primitives doivent être comptés au nombre de nos aïeux.. Je ne crois pas que cette proposition soit vraie, je regarde cette concession comme fatale; mais je comprends qu'on veuille la faire, et elle sauvegarde la foi de M. l'abbé Bourgeois. Mais M. l'abbé de Envieu va beaucoup trop loin et se perd, quand il dit (pág. 4 de sa préface).. "J'admets qu'on doit accorder à la terre et au genre humain la haute antiquité que lui attribuent des savants contemporains. Je reconnaitrai, si l'on veut, que l'homme qui a assisté à quelques-uns des phénomènes géologiques de la période quaternaire remonte à 250.000 ans. La science peut arriver à la démonstration géologique de cette théorie, je n'en serai nullement ému!!!. Les hommes quaternaires de la pierre taillée sont certainement les aïeux médiateurs ou immédiats des hommes de la pierre polie, qui ont vécu à la surface du globe, sur les plateaux du Hainaut, par exemple à Siprennes, qui ont traversé les couches quaternaires et les sables tertiaires, pour atteindre la craie blanche sous-jacente, dans laquelle ils ont développé de grands travaux d'exploitation de silex.."

Sin embargo, la mayor parte de ellos no admiten el hombre terciario. Claro es, y casi no hacía falta decirlo, que no tratamos ahora de la posibilidad de su existencia en aquellas remotísimas edades, pues, según muchos, no eran obstáculo para ello las condiciones físicas del clima y del terreno, sino que tratamos de la cuestión *de hecho*; en una palabra, de si realmente apareció ó no por vez primera, en la época del terreno terciario.

§ V.—*El hombre terciario y los descubrimientos geológicos.*

Seguiremos en este punto el método anteriormente adoptado al tratar de la unidad específica de las razas humanas y de su común procedencia adámica; es decir, refutaremos una por una las principales objeciones, con lo cual quedará plenamente demostrado que no hay motivo alguno para preferir ciertas modernas teorías, tan aventuradas como gratuitas, á la sólida y tradicional doctrina de los católicos, y después probaremos directamente nuestra tesis. Entremos en materia.

Los sílices de Thenay.—Según Bourgeois, los sílices de Thenay, prueban la existencia del hombre terciario, porque presentan señales del trabajo y la industria humana, como que parecen haber sido fragmentados mediante la acción del fuego aplicado por el hombre. Esos minerales se encuentran en terrenos de la época llamada terciaria; luego dan derecho á suponer que ya entonces existía el hombre (1).

(1) M. l'abbé Bourgeois "se fondait sur un certain nombre de silex, trouvés par lui dans une marne miocène, à la base du calcaire de Beauce; il les croyait taillés par l'homme, craquelés par le feu allumé de ses mains. La faune du calcaire, étudiée avec soin, donnait deux carnassiers plantigrades appartenant probablement au genre amphicyon, un tapir, un suillien, un grande pachyderme se rapprochant du rhinocéros, mais dépourvu de cornes sur le nez. Au dessus du calcaire, on rencontre les sables de l'Orléa

He aquí el argumento en toda su fuerza demostrativa. Pero, ¿son ciertas las premisas en que se funda? ¿Son ciertos los datos que se suponen?

Para que este raciocinio sea convincente, debe constarnos con certeza: 1.º que los terrenos de Thenay pertenecen á la época terciaria, lo cual está muy lejos de ser cierto (1); 2.º que, por intervención humana ó por otra causa cualquiera, no han experimentado mutación alguna, y se hallan, por lo tanto, tal como los formó la naturaleza. Ahora bien; el mismo Bourgeois afirma que algunos sedimentos de ese terreno han sido transportados allí de otra parte por causas extrínsecas (?); 3.º que los referidos sílices

nais, vaste dépôt dû à un large cours d'eau aujourd'hui disparu. M. Bourgeois relevait dans ces sables un certain nombre de types caractéristiques, un singe de la famille des gibbons, un paresseux colossal, deux dinotheriums d'espèces différentes, des mastodontes, des rhinocéros, des crocodiles, des tortues. Tous ces animaux vivaient sous un climat très chaud attesté par les palmiers dont on a reconnu les débris mêlés à leurs ossements. La mer des faluns dont nous avons fait connaître l'origine et les limites, superposait ses dépôts aux sables de l'Orléanais. — Marqués de Nadaillac, *Le problème de la vie*, pág. 184, Paris, 1893. — Véase á Hamy, *Précis de paléontologie humaine*, cap. I.

(1) "Le terrain de Thénay a-t-il été remanié? est-il vraiment tertiaire? Beaucoup de géologues, même parmi ceux qui l'ont visité et qui comme M. de Vibraye, le connaissent le mieux, réservent leur jugement. Il renferme évidemment les éléments d'un terrain tertiaire, marnes lacustres, faluns, calcaire de Beauce; argiles et argiles marneuses; mais l'ordre de ces éléments est évidemment en partie renversé, et ce n'est pas là certainement un terrain tertiaire normal. Tout, au contraire, semble indiquer que ces terrains s'étaient déposés ailleurs régulièrement; et qu'à Thénay ce ne sont plus que des terrains de transport. Pour cette raison M. d'Archiac les rapporte au terrain quaternaire inférieur. — Moigno, *ob. cit.*, pág. 735.

(2) "Le terrain de Thénay a-t-il été remanié? Certainement, incontestablement, de l'aveu solennel de M. l'Abbé Bourgeois: il dit positivement de la seconde couche (*lug. cit.*, pág. 2). "Les débris de mammifères proviennent pour la plupart de sables de l'Orléanais, il ne sont là qu'en vertu d'un *remaniement*." Et ce remaniement il l'explique ainsi dans une note communiquée à l'Académie le 4 mars 1887. — *Comptes rendus*, tome LXIV, pág. 431. "La mer de faluns a envahi, dans le département de Loire-et-Cher, sur la rive gauche de la Loire, les graviers ossifères de l'Orléanais et les a remaniés jusqu'au fond." Voilà comment les terrains de Thénay sont des terrains de transport et ne prouvent plus rien. M. l'Abbé Bourgeois dit encore (pág. 4), des silex de la dernière couche. "Ils ne sont plus dans leur position origi-

son de la misma época que el terreno en que se encuentran, y esto de ningún modo puede admitirse, ya porque, como demuestran los geólogos, no siempre los fósiles pertenecen á la misma edad de los terrenos en que yacen sepultados (1), ya porque en el caso presente así lo reconoce y lo confiesa el mismo Bourgeois (2); 4.º que dichos minerales presentan, sin género de duda, señales de la industria é intervención del hombre, y este punto es aún más discutible y menos cierto que los anteriores.

Según muchos eminentes naturalistas, como Hébert y Nilsson, en el descubrimiento de los fósiles de Thenay no existen vestigios de labor humana; lo mismo afirmaron ante el Congreso antropológico internacional de Bruselas el año 1872, Steentrup, Virchow, Neiryneck, Fraas y Desor; otros suspendieron su juicio, y algunos, como Homalio d'Halloy y Quatrefages, creyeron ver en los sílices señales del trabajo del hombre (3). No así el Marqués de Nadaillac, Damour, Maitre, Boule y otros (4): algunos de los cuales

nelle, puisqu'ils appartiennent à la craie: ils ont été transportés là par une cause quelconque; pour un grand nombre on peut invoquer l'action de l'eau., — Moigno, lug. cit., págs. 735-736.

(1) "Le tort ou le faible de M. l'Abbé Bourgeois est d'avoir oublié ce que M. Albert Gaudry et beaucoup d'autres géologues ont cependant démontré d'une manière certaine, que les ossements fossiles, et par conséquent les silex taillés, entraînés eux aussi par les eaux n'appartiennent pas toujours au même âge géologique que le terrain où ils sont enfouis., Idem idem pág. 746.

2) "Le dépôt des silex est-il contemporain du dépôt des terrains? Evidemment non, à moins que comme le terrain lui-même, ils ne soient venus là par transport., El mismo, pág. 736.

(3) Moigno, pág. 738, 739, 740.

(4) Véase á Nadaillac, obr. cit., pág. 187: "Telle a été — dice Nadaillac — aussi l'impression de M. Maitre, inspecteur attaché au Musée de Saint-Germain et chargé de vérifier sur place les gisements où se rencontraient les pierres trouvées par l'Abbé Bourgeois. "Sur cette masse énorme de silex qui ont passé par mes mains (M. Maitre avait manié, nous dit il, plus de six mille de ces pierres) écrivait-il dans un rapport adressé au Directeur du Musée, j'ai cherché en vain la trace de la bulbe de percussion., Véase á Bertrand, *La Gaule avant les Gaulois*, 1.ª edición, Paris, 1884, pag. 6. Voyez aussi 2.ª edición, Paris, 1891. Toute la question est parfaitement et savamment élucidée.

explican, por la acción del calor solar y de otras causas, el pulimento de dichos minerales (1). Pues ¿qué si admitimos la explicación de Juan Tyndall, de que puede la arena, arrasada en las grandes inundaciones, socavar las rocas y pulir de tal modo sus fragmentos, que parezcan artificialmente labrados? Y no se crea que esta es una hipótesis más ó menos probable. Se trata de un hecho de experiencia, y el mismo Tyndall dice haber visto más de una vez fragmentos de esa clase, modificados de tal manera al azar por la acción de causas físicas, que á encontrarse entre restos humanos, los tendríamos como instrumentos tallados por *manos hábiles* y creeríamos pertenecían á la edad de piedra (2).

(1) "On appelle bulbe ou conoïde de percussion—dise Nadaillac, pag. 187, nota 1—certaines nodosités résultant d'un choc violent qui peut provenir de causes bien différentes. Il ne saurait donc suffire pour affirmer un travail intentionnel. Le craquelage peut être dû à des actions thermales ou chimiques, l'éclatement aux rayons du soleil à la différence de la température diurne et nocturne combinée avec l'humidité. M. Rabourdin a été témoin en Afrique de ce dernier fait; des roches en grès silicieux, en grès ferrugineux, en basalte magnétique, se brisaient sous cette double influence. Je les ai vus moi-même s'exercer dans le désert du Sinaï, et les éclats que je ramassais offraient un certain ressemblance avec les silex de Thénay. M. Paul Cabanne (*Ass. franç.*, Toulouse, 1887) cite une série de silex craquelés ou étonnés, recueillis dans une carrière abandonnée, située dans la commune de Saint-André (Gironde). Au dire de M. Cabanne, ces silex présentent une ressemblance cette fois absolue avec ceux de Thénay. Leur craquelage profond, leur effritement, les étonnures, observées à la surface, doivent être exclusivement attribuées, à l'action des agents atmosphériques, action sans doute bien plus intense dans les temps primitifs qu'aujourd'hui. On doit aussi rappeler les belles expériences de M. Daubrée sur la pression ou la torsion s'exerçant sur des matières solides, et amenant des accidents de surface analogues à ceux de Thénay.."

(2) "Je suis redevable au docteur Hooker de quelques échantillons de pierres dont les premières ont été recueillies sur les côtes de la baie de Lyell, près Wellington, dans la Nouvelle-Zélande, et décrites par M. Travers, dans les travaux de l'Institut de la Nouvelle-Zélande. Si vous n'en connaissiez pas l'origine, vous en attribueriez certainement la forme au travail de l'homme. Elles ressemblent à des couteaux de silex et à des têtes de lance, apparemment ciselées en facettes, avec une aussi exacte observation des lois de la symétrie, que si elles eussent été l'action d'un outil guidé par l'intelligence humaine. Mais nul instrument de l'homme n'a été appelé à agir sur ces pierres. Elles ont reçu leur forme actuelle des sables agités par le vent de la baie de Lyell. Deux vents y dominant, qui poussent

Y nótese de paso la cautela con que se ha de proceder en esta clase de investigaciones geológicas, pues no sería la primera vez que la buena fe de algunos se ha visto sorprendida por la fraudulenta imitación y engañosa apariencia de gente taimada, atenta únicamente al lucro y utilidad de un desenfrenado mercantilismo. Por eso ninguno debe extrañar que después de haberse discutido acaloradamente este punto en el Congreso científico de París (1867), Bruselas (1872), Lisboa (1880), Londres (1883), Tolosa (1887), y más tarde en la reunión antropológica de Bruselas (1889-90), nada se haya decidido en favor de la hipótesis terciaria.

Lejos de eso, cuando el año 1884 se reunió en Blois una asamblea de sabios, la mayor parte de los congresistas, después de haber emprendido nuevas excavaciones, negó que los famosos sílices hubieran sido pulimentados por mano del hombre (1).

alternativement le sable contre les faces opposées des cailloux; chaque petite particule des sables détache son morceau infinitésimal et finit par sculpter ces formes singulières. Ces pierres, qui ont une si étrange ressemblance avec les œuvres de l'art humain se rencontrent en grande abondance et de différentes dimensions depuis 1 jusqu'à 6 centimètres et plus. On nous en présenta un grand nombre, de formes très-variées, telles que têtes de flèche, coins, couteaux, etc., toutes avec des bords tranchants... Si on les rencontrait avec des débris humains, on ne manquerait pas de les classer dans le période appelé âge de pierre... (*Extrait des Mémoires de la Société philosophique de Wellington*, 9 février, 1869). — Plus récemment encore, j'ai trouvé dans le *Scientific American*, journal du 11 juin 1874, tout à fait à l'improviste, cette indication curieuse: "M. Carl Schimper, mort en février 1808 à Schwetzingen, près de Heidelberg, était en possession d'une collection très-précieuse de pierres dures réunies dans le but de montrer les formes très-diverses que l'action de l'eau peut imprimer à des silex..." Voici, enfin, que dans la séance tenue à Lille le 21 août 1874, par la section d'Anthropologie de l'association française pour l'avancement des sciences M. Daleau a exposé une théorie de la taille des silex en petits éclats par pression, à laquelle se sont raliés MM. de Quatrefages, Vogt et Lejeune... Moigno, *obr. cit.*, pág. 934-935.

(1) "Lors de la réunion, à Blois, de l'Association française pour l'avancement des sciences, en 1884, de nouvelles fouilles avaient été organisées, leur résultat fut négatif, et dans la discussion à la section d'anthropologie, très nombreuse ce jour-là, l'impression de la grande majorité des membres

Se nos dirá que el Sr. Desnoyers encontró en Saint-Prest, cerca de Chartres, y en terrenos anteriores al cuaternario, huesos del *elefante meridional* con estrias é incisiones que parecían hechas por el hombre.

Es verdad, pero también lo es que otros naturalistas explican la formación de tales estrias por otras causas (1). Más aun; cuando el Sr. Bourgeois y su compañero el Rdo. De-launay hallaron en Pouancé, en terrenos anteriores aun á los de Saint-Prest, un hueso del *baliterio* con parecidas incisiones, Carlos Lyell, con ser uno de los defensores de la exagerada antigüedad de la especie humana, juzgó eran obra de las mordeduras de animales marinos; opinión que después se vió comprobada por otros hechos (2). Preguntado amistosamente por el abate Moigno, el mismo Desnoyers, qué sentía sobre la existencia del hombre terciario,

était très certainement contraire à l'authenticité des silex d'origine tertiaire., Nadaillac, pág. 188.

(1) Sir Charles Lyell crut reconnaître que les incisions étaient postérieures à l'enfouissement des fossiles; et M. Eugène Robert, d'accord en cela avec M. Bayle, conservateur des collections paléontologiques de l'École des Mines, émit l'opinion que les incisions ont pu être faites soit par des grains de sable en mouvement dans une même direction parallèle, soit pour l'outil extracteur de l'ouvrier, ou même que ces incisions pouvaient être tout simplement des ruptures ou des retraits des os, mis en évidence par les célèbres expériences de M. Flourens. De son côté sir Pohn Lubbock, après les avoir examinées très attentivement, affirme hautement qu'il ne se croyait pas autorisé à certifier que les stries n'avaient pas pu être faites autrement que par une main humaine., Moigno, obr. cit., pág. 742.

(2) "Sir Charles Lyell eut immédiatement la pensée de les attribuer (las mencionadas incisiones, *des entailles*) à la morsure des grands animaux marins. Il ne tarda pas même à constater sur des os qu'il avait donnés à ronger à des porcs épics, des entailles tout-à-fait semblables à celles des dépôts de Saint-Prest et de Poancé, quoique produites incontestablement par des dents d'animaux. On trouva d'ailleurs bientôt dans les faluns de Pouancé les ossements fossiles d'un animal vorace, de la famille des squales ou des castors, le *Trogotherium*, dont les dents pouvaient très bien avoir été la cause des incisions observées. Bref, presque tous les juges compétents furent d'accord à admettre avec sir Charles Lyell, qu'on ne saurait raisonnablement s'étayer d'un fait aussi secondaire que celui d'incision ou entailles trouvées sur un os pour affirmer un fait aussi capital que celui de l'existence de l'homme dans les temps géologiques, et que force était de suspendre tout jugement tant qu'on ne serait pas en possession de preuves d'un ordre plus élevé., Moigno, pág. 742-743.

respondió que se trataba de un punto muy oscuro y dudoso, y que de ninguna manera podía darse como cierto, mientras no tuviéramos pruebas más convincentes (1).

Quede, pues, asentado que los descubrimientos geológicos de Thenay, nada concluyen en contra de nuestra tesis y en favor de la existencia del hombre llamado terciario.

Excavaciones en Otta.—El lusitano Ribeiro (2) encontró junto á Otta, en el valle del Tajo, fragmentos silíceos, que, al parecer, presentaban rastros de la industria humana, y los encontró en terrenos que, según Gaudry y Oswald Heer, pertenecían á la edad terciaria miocena (3).

Con más razón todavía que cuando objetábamos al señor Bourgeois, podemos decir que todos, ó casi todos los datos en que se funda el portugués Ribeiro, son inciertos é inadmisibles en buena y serena crítica. Porque ni el lugar del descubrimiento, ni las condiciones que presentan los minerales descubiertos, se han explorado suficientemente: tanto es así, que los mismos sabios del Congreso de Lisboa cuando vinieron á Otta y estudiaron detenidamente el asunto sobre el terreno, ó negaron por completo, ó duda-

(1) Véanse las palabras de Desmoyers en la obra del insigne Sr. Moigno, pág. 747. Parecido á esto fué lo que dijo Evans, en 1870, en el Congreso, reunido en Liverpool: "Je dois avouer que les preuves de l'existence de l'homme dans l'époque miocène ou même dans l'époque pliocène en France (elle n'a pas encore été affirmée ailleurs), se montrent à moi, après examen fait avec le plus grand soin et sur place, comme étant loin d'être convaincantes (*very far from convincing*).", Moigno, pág. 748.

(2) "M. Ribeiro a présenté au Congrès de Lisbonne, en 1880, vingt-deux échantillons choisis parmi ceux, où il dit la taille intentionnelle évidente. (*Descripção de alguns sílex e quartzites lascados encontrados nas camadas dos terrenos terciário e quaternário das Bacias do Tejo.*) M. de Mortillet les reproduit dans son Musée Préhistorique. Pl. III., Nadaillac, obra citada, pág. 186, nota 3.

(3) "La charneca (désert) d'Otta, dans la vallée du Tage, est un vaste plateau fortement raviné où gisent en grand nombre des cailloux brisés par les agents atmosphériques. Les quartz et les sílex sur lesquels on a cru voir les traces d'un travail humain, ont été trouvés dans une formation d'eau douce dont l'âge miocène a été déterminé d'après les animaux par M. Gaudry, d'après les plantes par Oswald Heer., Nadaillac, pág. 189.

ron, por lo menos, de la eficacia y valor del argumento (1). Y en el Congreso de Bruselas, el mismo Bourgeois, portandostandarte de la opinión que combatimos, negó que en los silices del Otta pudieran verse las pretendidas señales (2). Luego si los descubrimientos geológicos de Thenay no demostraban satisfactoriamente la existencia del hombre terciario, tampoco la demostrarán los del valle del *Otta*.

Otras excavaciones. — Casi nos podíamos excusar de ir refutando á otros antropólogos que se fundan en idénticos descubrimientos. Pero aunque no sea más que á título de información científica, enumeraremos brevemente otras excavaciones.

Rames descubrió en Puy-Courny (Aurillac), en terrenos llamados miocenos, fragmentos silíceos, de cuya forma especial argüía la existencia del hombre en aquellas remotísimas edades (3). Conclusión que no se la admiten otros y

(1) "Le point précis—dice Nadaillac (lug. cit., pág. 19)—où ces silex ont été recueillis, le fait de la taille surtout, sont loin d'avoir été élucidés d'une manière aussi satisfaisante. Des graves doutes sont restés dans l'esprit de ceux des membres du Congrès de Lisbonne qui s'étaient rendus à Otta. M. Evans, savant très autorisé, nie le caractère humain des silex; il est même loin d'admettre que le gisement soit miocène, et le fût-il, ajoute-t-il, les sables et les graviers, ont été sûrement remaniés (*Journal of the Anthropological Institut of Great Britain*, 1888, pág. 462.) Telle est également la conclusion de M. Cazalis de Fondonce dans un excellent travail, publié par lui, à son retour du Portugal (*L'homme tertiaire en Portugal. Revue des sciences naturelles*, 3.^e série, Montpellier, 15 Sept. 1881.)

(2) Véase el *Congrès international* de Bruxelles, pág. 99, en la obra del Sr. Moigno, pág. 744, quien no obstante añade en una nota: "Le lendemain, cependant, M. l'abbé Bourgeois fit cette nouvelle déclaration: "Il y avait un silex que je n'avais pas vu. M. Ribeiro me l'a mis sous les yeux, et je dois reconnaître qu'il est impossible de nier, sur cet échantillon, le travail de l'homme. Toutefois, comme la couche dans laquelle il a été trouvé ne présentait pas d'éléments paléontologiques et stratigraphiques déterminés, je reserve la question de gisement comme l'a fait M. Franck." (Ibidem.)

(3) "Le gisement de Puy-Courny se montre sur un terrain de très-faible épaisseur, disloqué par les éruptions du volcan placé au centre du Cantal. Il appartient à l'étage miocène et il serait plus ancien que celui étudié à Otta. Les silex sont le produit d'une dénudation; ils ont été, pendant des

debe correr la suerte (1) de la de Bourgeois ó el lusitano Ribeiro.

Dígase lo propio de otros minerales extraídos en Mesvin, cerca de la ciudad de Mons, ya porque nadie ha visto el lugar donde se hallaban sepultados, ya porque los mismos antropólogos no convienen entre sí acerca de la edad geológica de los terrenos en que se encontraron (2).

Tampoco debe darse más importancia á los huesos de un ballenato que el profesor Capellini encontró en las arcillas pliocenas de Poggiarone y presentó después á varios Congresos científicos. Observábase en dichos fósiles que los huesos de uno de los lados del esqueleto presentaban incisiones que no tenían los del otro lado, y de aquí deducía Capellini que eran debidas al hombre, pues á ser obra de peces ó mamíferos, hubieran tenido doble incisión correspondiente á las dos mandíbulas de dichos animales. Como se ve, el argumento nada prueba, pues ni faltan peces provistos de un solo orden de dientes, en cuyo caso se explicaría muy bien la *asimetría* de las incisiones, ni por otra parte en la edad terciaria podía habitar el hombre la tierra tuscia á que pertenece Poggiarone, que según testimonio de peritísimos geólogos, en aquella época se hallaba

siècles innombrables, entraînés par les eaux, balayés par des agents énergiques, ce qui explique les choes dont ils portent la trace, les nombreux éclats détachés des nucléus. M. Rames, à qui l'on doit la découverte de ces silex, avait remarqué parmi eux les variétés de roches les plus diverses et avait attribué ce fait à un choix intelligent.»—Nadaillac, *ibid.*, pág. 190.

(1) "Mais M. Boule a démontré que ce que l'on appelait le triage, était un simple effet de la marche graduelle des érosions.»—Boule, *Temps, quat. préhist. du Cantal. Ass. franç.*, Toulouse, 1887. La Société géologique de France, réunie à Aurillac, s'est transportée an Puy-Courny; ses membres n'ont rien pu ou rien voulu décider; mais la grande majorité d'entre eux, s'il faut en croire le bruit public, repoussait la taille intentionnelle des silex.»—Nadaillac, *ibid.*, pág. 191, quien añade lo siguiente en una nota: "Il faut ajouter que M. Rames ne soutient plus que faiblement, nous dit-on l'authenticité de ses découvertes.»—*Anthropologie*, 1889, pág. 249.

(2) Véase á Nadaillac, *ibid.*, pág. 191-192.

casi cubierta por el agua. Por eso hoy nadie da eficacia al descubrimiento de Capellini (1).

¿Probarán más los restos humanos de Castelnodolo, cerca de Brixia; los de junto á Savona, en la *Colle del Vento*; los del Castelfranco y otros excavados en varias partes de Italia, si aun concediendo que el terreno fuera plioceno, suponen muchos autores (entre ellos Hamy) que sólo se trata de sepulcros construídos en época posterior? (2).

De la evidente ineficacia de estos y otros argumentos (3) deducen con razón, no ya sólo los filósofos católicos, sino también muchos eminentes naturalistas, que en

(1) Nadaillac, *ibid.*, pág. 192-193.

(2) "La réunion sur un même point d'un certain nombre d'ossements humains, le groupement normal des os, la parfaite conservation de quelques-uns d'entre eux, font présumer que ce sont là des sépultures, et la présence de débris humains, dans des couches marines non remaniées de l'âge tertiaire, paraît si extraordinaire que M. Sergi pour l'expliquer est réduit à l'hypothèse du naufrage d'une famille sur la plage pliocène. Mais alors, répond M. de Mortillet, les os auraient été rapidement dispersés par l'action de la mer; comment les retrouve-t-on en place?,"—Nadaillac, pág. 193-194.

Hamy (*Précis de Paléontologie humaine*, cap. III, pág. 64), donde tras esta aserción, continúa: "L'état physique des os de Savone, leurs caractères anatomiques ont été invoqués, en faveur de leur antiquité. Nous n'avons rien trouvé dans les descriptions de MM. Issel, Prüner Bey et Broca, qui fût spécial à ces débris, on qui attestât leur enfouissement à l'époque lointaine à laquelle on les a fait remonter. Sans doute, ces ossements "sont fragiles, légers, luisants, sur leurs surfaces naturelles," sans doute, "ils happent à la langue," et présentent la même couleur que le terrain où on les a trouvés. Mais ces particularités ont été maintes fois observées dans certaines conditions sur des ossements récents; quant aux caractères anatomiques la seule conséquence qu'on puisse tirer de leur étude, c'est que cet individu était de petite taille, et un peu prognate," etc.

"M. Castelfranco résume très bien toute la question de l'existence de l'homme en Italie durant la période tertiaire. Aucun fait indiscutable, dit-il, ne témoigne de cette existence avant l'époque quaternaire. Le gisement ossifère du Val d'Arno, les couches de Sangiovanni auprès de Sienne, les assises du Monte Aperto, ou celles de San Valentino dans le Reggiano, les marnes bleues du Colle del Vento auprès de Savone, les squelettes de Castenedolo, toutes ces découvertes proclamées tout d'abord avec grand éclat ont du être successivement abandonnées faute de preuves permettant de les affirmer avec quelque sécurité,"—Nadaillac, *ibid.*, pág. 194.

(3) Marquis de Nadaillac, *lug. cit.*, y en *L'homme tertiaire*.

el estado actual de los conocimientos científicos no puede sostenerse con visos de probabilidad la existencia del hombre terciario (1).

VI.—*El hombre terciario y la doctrina católica.*

Hasta aquí hemos demostrado nuestra tesis de un modo que pudiéramos llamar negativo ó sea refutando una por una las objeciones. Ahora pretendemos hacerlo con argumentos directos y positivos.

Sea el primero que en materia tan grave no se debe abandonar el sentir tradicional de toda la Iglesia, fundado, al menos indirectamente, en las Sagradas Letras, mientras razones evidentes y demostrativas, á ello no nos obliguen. Y no se nos objete que en el punto que discutimos de la antigüedad del hombre no existe esa uniformidad de pareceres, como que la misma cronología bíblica resulta incierta. Porque si bien es verdad que entre los mismos católicos varia el cómputo cronológico, no lo es menos que esas variaciones oscilan siempre entre ciertos y determinados límites que el hombre terciario traspasa con una diferencia de muchos centenares de miles de años. Y puede admitirse sin razones evidentes que todas esas cronologías, fundadas, al menos de un modo indirecto, en el testimonio ó interpretación de la Sagrada Escritura, son falsas?

El hombre (2) es fin próximo de la creación de la tierra, es el rey del mundo, es el ser privilegiado para cuya

(1) "Les prétendus vestiges de l'intelligence humaine que quelques-uns ont cru reconnaître sur des silex de cette époque sont si grossières et si contestables que la plupart des savants ont refusé de les prendre en considération et de les faire entrer en ligne de compte dans les supputations chronologiques. Les personnes mêmes qui y croient, et elles sont de plus en plus rares, sont plutôt portées à attribuer ces prétendus outils à un être intelligent différent de l'homme. Donc, de l'avis de tous ou à peu près, notre espèce n'existait point à l'époque tertiaire."—Rev. Sr. Ibamard, *Controverse*, août, 1886, pág. 504.

(2) Véase la *Cosmología*, núm. 92, pág. 322 y sig.

utilidad y provecho formó el Señor tantas y tan diversas maravillas. Parece natural y puesto en razón que primero se edificara y adornara oportunamente el palacio antes que el Rey viniera á habitarlo.

Esto es precisamente lo que nosotros decimos, que el hombre no hizo su entrada en el mundo hasta que la tierra estuvo, digámoslo así, completamente *instalada*.

Además, ni Adán ni su descendencia reclaman para sí tan remoto y antiquísimo origen, al menos según el obvio sentido de la Escritura y la general interpretación de la Iglesia Católica. Ocurre, por lo tanto, preguntar: ¿Quién es ese hombre cuya aparición en el mundo se pretende remontar á tan prehistóricas edades? ¿Es algún antepasado de nuestro primer padre? Pero entonces cae por tierra la primacía de Adán; entonces se niega la narración mosaica, que le coloca en el paraíso como padre y cabeza del género humano, sin anterior ascendencia ni previo origen más que el de la creación divina.

¿Es alguno que coexistió con nuestro primer padre y cuya descendencia es también contemporánea de la descendencia adámica? Pues esta hipótesis repugna y contradice á la doctrina católica y dogma de fe del pecado original; porque es claro, esos descendientes, *coadamitas* en el tiempo, pero no *adámilas* en el origen, no estarían comprendidos en el decreto paradisiaco, y, por lo tanto, no sería verdad que el pecado de origen inficiona á todos los hombres que vienen á este mundo. ¿Se trata, finalmente, de algún otro que, aunque anterior á nuestro primer padre, desapareció, sin embargo, antes que Adán hiciera su entrada en el mundo? Pero y esto, ¿con qué fundamento se pretende sostener? ¿Cómo admitir sin razones evidentes esas dos creaciones, la primera de una raza completamente extinguida (lo cual parece desdice de Dios, quien se supone destruye una especie de hombres para dar lugar á otros), la segunda de Adán y toda su descendencia?

Es, por consiguiente, inadmisibile el hombre terciario. Los restos y fósiles aducidos, no consta con certeza pertenezcan á la época terciaria ó probablemente han aparecido en esos terrenos en tiempo muy posterior á la formación de los mismos, ó, finalmente, de ninguna manera arguyen la existencia del hombre en aquellas remotísimas edades. Ni vale apelar, como lo hacen algunos antropólogos para resolver el enigma, á la existencia de no sé que antropitheco preadámico, ó como quieren algunos apologistas cristianos á la de un antropomorfo distinto esencialmente del hombre. Porque semejantes hipótesis carecen de fundamento serio y sólo indican en sus autores fecunda imaginativa que supla con sus ficciones el hueco de los argumentos científicos, únicos que en estas materias se deben en buena crítica admitir (1).

§ VII.—*La Edad cuaternaria.*

Viendo los partidarios del hombre terciario que no pueden con probabilidades de éxito sostener su existencia, pretenden al menos colocarlo en la época cuaternaria. Pero como se ignora á punto fijo la duración de esta edad y se supone en ella haberse verificado grandes perturbaciones naturales, como los aludes, inundaciones, etc., de aquí la necesidad en que se ven de acudir á multitud de conjeturas con el único fin de echar por tierra la cronología bíblica y asignar al género humano la mayor antigüedad posible. Este es el origen de la célebre *prehistoria*, donosa ciencia en la que toda gratuita hipótesis tiene cabida, donde á los argumentos sustituyen las conjeturas y donde las más flagrantes y palmarias contradicciones se quieren hacer pasar como pruebas con tal que vulneren de algún modo

(1) Vide apud Vigouroux, op. et loc. cit., pág. 256-57.

la tradición católica. Y, sin embargo, — ¡quién lo creyera! — la prehistoria es para muchos el argumento Aquiles.

Las tierras de aluvión.—Es cierto—dicen—que en los terrenos cuaternarios y sobre todo en las tierras de *aluvión*, llamadas *diluvium* por los geólogos, se encuentran fósiles y restos del hombre que arguyen igualmente su existencia en aquellas remotísimas edades.

En efecto; los Sres. Boucher de Perthes, en Abeville, cerca de *Amiens*, y Rigollot, cerca de *Saint-Acheul*, hallaron, el primero unas segures, que él denominó *célticas*, y el segundo varios otros instrumentos artificialmente labrados. Y aunque al principio no se dió importancia á estos descubrimientos, después, sin embargo, llegaron á inclinar el ánimo de notables antropólogos, y en especial de Prestwich, Evans, Lyell Desnoyers, Gaudry, etc. (1), en favor de la tesis del hombre cuaternario. El mismo Boucher de Perthes, el año 1863, descubrió, cerca de Abeville, en Moulin-Quignon, una mandíbula humana, hallazgo que vino á corroborar la opinión que combatimos y siguieron, entre otros, Quatrefages y Alfonso Milne-Edwards (2).

Todos estos hallazgos se hicieron en terrenos cuater-

(1) "En 1847—dice Lyell (*L'ancienneté de l'homme prouvée par la Géologie*, trad. Chaper. cap. 6, pág. 103, Paris, 1870)—Boucher de Perthes appliqua le nom d'«antédiluviens», à ces anciens instruments, comme venant des niveaux inférieurs d'une série de couches d'alluvions anciennes bordant la vallée de la Somme, et que les géologues ont appelées le «diluvium».—(Boucher de Perthes, *Antiquités celtiques-antédiluviennes*, tomo I, 1847; en 8.º—Voir pour l'histoire de cette question: Boucher de Perthes, *De l'homme antédiluvien et de ses œuvres: Mém. Soc. d'Emulat. d'Abbeville, 1857-1860, et Ant. celt.*; tomo III, pág. 1, 1864; en 8.º). Il a commencé à recueillir ces instruments en 1841. Depuis cette époque on les a extraits des lits de sable et de gravier partout où l'on creusait, soit en travaillant aux fortifications d'Abbeville, soit en exploitant chaque année, pour avoir des cailloux pour les routes ou de l'argile pour la fabrication des briques. Vide Lyell en todo este capítulo Moigno ob y lug. citados, pág. 752.

(2) Véase á Moigno, *ibid.*, pág. 754 y sig.

narios y los primeros de que hicimos mención, á una profundidad de 3, 6, 7 y 11 metros.

Pero es evidente—se nos arguye—que estos terrenos son antiquísimos y requieren para su completa formación muchos millares de años. Luego los descubrimientos geológicos de los terrenos de aluvión prueban la existencia del hombre cuaternario.

El valle del Somme, donde se hallaban sepultados los restos de que venimos hablando, contiene estratos y sedimentos de muchos metros de profundidad (1). La formación de dichas capas debe atribuirse, según parece, á la acción del mismo río *Somme*. Siendo esto así, resulta que el primitivo cauce debió de ser mucho más superficial que el que ahora vemos, y si llegó á obtener la profundidad que hoy tiene, fué debido á las sucesivas inundaciones que socavaron el valle y depositaron en él varios estratos y sedimentos. ¿Quién no ve, por lo tanto, los miles y miles de años y aun de siglos que se necesitan para que la sola acción de un río no muy caudaloso, como el *Somme*, formara los terrenos de aluvión cuya existencia no puede ponerse en duda?

He aquí el argumento. Y por cierto que al encauzarlo nosotros en la forma silogística y presentarlo en términos tan precisos, le hemos añadido una fuerza y eficacia que no tenía.

Antes de responder directamente, conviene hacer notar que eminentes tratadistas, como Lapparent, Jakob, Lyell, Federico Ratzel (2) y otros confiesan que nada sólido ni cierto puede establecerse en la duración del período cuaternario, ni en la formación de los aluviones, y, por consi-

(1) Véase á Lyell, obr. cit., cap. VII.

(2) Véase á Lapparent, (*Traité de Géologie*, pág. 128 y siguientes, edic.) 1886; Jakob, (*Unsere Erde*, pág. 471, Friburg. 1883); Lyell, (ob. cit., cap. XV, pág. 356; cap. XIX, pág. 412); Ratzel, (*Die Vorgeschichte des Europäischen Menschen*, pág. 21-22); Cfr. *Quarterly* (Review, pág. 47, Octubr. 1863, en el Emmo. Card. Mazella, *De Deo creante*, núm. 580 en una nota.)

guiente, que mientras no contemos con otro *cronómetro* más seguro, nada tampoco podemos afirmar con certeza acerca de la pretendida antigüedad del hombre (1). Porque salta á la vista que de lo contrario la seriedad de la ciencia desaparece admitiendo conjeturas por razones, y gratuitas hipótesis por incontrastables argumentos.

Pero viniendo ahora á la dificultad, digo que autores como Elías de Beaumont niegan que los terrenos de Moulin-Quignon, debidos al acarreo, pertenezcan propiamente á la época *diluvium*, haciéndolos, por el contrario, coetáneos de los sedimentos de turba correspondientes á la época moderna (2). Otro geólogo inglés, Alfredo Tylor, después de un atento y concienzudo examen, sostiene precedieron

(1) Muy bien dice Reusch: "On peut ramener à deux classes toutes les preuves géologiques de l'âge du genre humain. D'abord on a trouvé dans la terre, en diverses régions, des ossements humains, des instruments faits par la main de l'homme, etc., couverts d'une couche plus ou moins épaisse d'argile, de tourbe, de vase, etc. Cette couche s'y est déposée peu à peu, de sorte que, si nous pouvions calculer combien de temps elle a mis à se former, nous saurions, par là, à quelle époque ces ossements humains et ces instruments se trouvaient encore à la surface du sol, et par suite nous saurions aussi approximativement à quelle époque ont existé les hommes de qui ces débris proviennent. Mais, pour pouvoir calculer combien de siècles ces dépôts ont mis à se former, il faudrait savoir deux choses. 1.º l'épaisseur du dépôt, et 2.º la mesure de son accroissement pendant la durée d'un siècle. Le premier point est facilement constaté, il suffit de mesurer la profondeur du dépôt; on sait par exemple, que les instruments travaillés par la main de l'homme ont été trouvés ensevelis sous 30 pieds de tourbe et 40 de limon. Mais il est impossible d'évaluer le second; je vous ai montré, en effet, que l'on n'a pas pu découvrir une mesure de l'accroissement de la tourbe et de l'augmentation des dépôts fluviatiles qui convienne à tous les temps et à tous les lieux. Conséquemment ces formations géologiques ne sont pas propres à servir de chronomètres." — Reusch, *La Bible et la nature*, cap. XXXIV, pag. 594.

(2) Véase esto en Moigno, pag. 755: "L'illustre géologue (M. Elie de Beaumont) ajoutait: Les dépôts meubles sur des pentes sont contemporains de l'alluvion tourbeuse, et de même que la tourbe, ils peuvent contenir des produits de l'industrie humaine et des ossements humains. Mais, sortis du post diluvium, ils peuvent contenir en même temps tout ce que contiennent les dépôts diluviens, notamment des dents et des ossements d'éléphant, d'hippopotame, etc., qui sont au nombre des matières que le transport et l'action des agents extérieurs détruisent le plus difficilement." *Comptes rendus de l'Académie*, tom. LVI, pag. 936.

inmediatamente á los tiempos históricos (1); luego no puede admitirse como dato cierto y comprobado la supuesta antigüedad cuaternaria de dichos terrenos.

Pero sea de esto lo que se quiera, vengamos á los sedimentos del valle del Somme. Si nos atenemos á Mercey, que exploró detenidamente esta comarca, el río Somme llevaba cincuenta veces más agua en tiempo de la dominación romana, y entonces fué cuando al parecer se formaron los estratos de muchos metros de profundidad, en todo semejantes á los sedimentos de Saint-Acheul, donde se descubrieron las segures y la famosa mandíbula á que antes aludimos. Se comprueba que la formación de dichos aluviones debió verificarse en la época de los romanos, porque en esos terrenos se han encontrado vasijas que según el mismo Mortillet corresponden al último periodo de la dominación romana. Más aún; parece que en ese tiempo

(1) "Le Memoire de M. Tylor—dice Moigno (pág. 756)—a pour titre: "*Sur le Gravier d'Amiens*; il a été inséré dans le journal de la Société géologique de Londres, livraison de mai 1867; ses conclusions comprennent non-seulement les terrains de Moulin-Quignon et d'Abbeville, mais aussi ceux d'Amiens et de Saint-Acheul, que l'on croyait plus anciens. Un grand nombre de géologues, M. Prestwich, Lyell, Ib Heberl, du fait extraordinaire que les graviers fossilifères de la Somme s'élevaient à 23 mètres au dessus du niveau de la rivière avaient cru pouvoir conclure que leur dépôt se remontait à une époque séparée des temps historiques par un long intervalle, pendant lequel se serait accompli le creusement de la vallée sur une profondeur de 13 à 17 mètres; M. Tylor, au contraire, est conduit, par l'évidence des faits, aux conclusions suivantes: "Le terrain crétacé de la Somme avait pris sa configuration actuelle antérieurement à tout dépôt de gravier, comme on le constate dans toutes les vallées où se montrent des dépôts quaternaires. Tout le gravier de la vallée d'Amiens est d'une seule formation parfaitement homogène dans ses caractères minéraux et organiques, de même âge à Abbeville et à Saint-Acheul, âge peu distant d'une époque voisine de la période historique. Les inondations, qui ont produit ces graviers devaient atteindre une hauteur d'au moins 26 mètres. L'eau de la Somme, à l'époque de ces inondations, remplissait, toute la vallée depuis la base jusqu'au sommet. Les dépôts de graviers et de loess atteignent souvent une hauteur de 35 mètres au-dessus du niveau actuel du fleuve. Ces inondations supposent et démontrent une *période pluviale*, aussi manifestement que les blocs erratiques indiquent une période glaciaire. Cette période pluviale a dû précéder immédiatement l'origine véritable des temps historiques." — Moigno, obra y lugar antes citados, págs. 756-757.

llegaba el mar hasta Amiens, como se deduce de las conchas marinas y otros restos, y sobre todo de las medallas acuñadas en tiempo de Postumio, que floreció el año 267 del nacimiento de Cristo, medallas descubiertas en un depósito marítimo de tres metros de profundidad. «Bajo un depósito marítimo—dice el Rdo. Sr. Hamard (*Diccionario Apologético...* por Jaugey, en el vocablo *Antigüedad del hombre*, pág. 166)—de tres metros han aparecido varios restos romanos, y entre ellos monedas, las más recientes del Emperador Postumio, muerto en 267, lo cual demuestra que después de esta fecha el mar invadió el país y depositó en él tres metros de sedimentos en breve plazo, puesto que en el siglo VII ya estaban habitados algunos pueblos de la costa; bastó, por tanto, un período máximo de dos ó tres siglos para la formación de aquel espeso terreno» (*Compte-rendu d'une Controverse scientifique de Lille*, 1874, pág. 60) (1).

Vese, pues, que esos sedimentos no requieren tan exagerada duración de tiempo, pues se explican suficientemente dentro de los límites de la cronología bíblica, admitiendo como debe admitirse el mayor caudal del río y por lo tanto el mayor ímpetu de sus aguas en las sucesivas inundaciones. Lo que Marcey ha probado del valle del Somme, en Amiens, lo ha probado Belgrand del valle y del río Sena, el cual, en algunos puntos, y durante las grandes inundaciones, llegó á alcanzar seis kilómetros de anchura y cerca de cincuenta metros de profundidad (2). Parecidas son las conclusiones científicas que del estudio de las inundaciones del Tiber deduce Miguel Rossi, afirmando que esas grandes perturbaciones geoló-

(1) El mismo autor (apud *Controverse*, Octob. 1886, pág. 171, nota 11) afirma que según Gousselet al dar cuenta de estos descubrimientos en el Congreso Científico de Lille, la formación de los referidos aluviones exige á lo más uno ó dos siglos.

(2) Véase á Moigno, pág. 757-758.

gicas del período cuaternario continuaron hasta los tiempos históricos (1). Finalmente, Chambrun de Rosémont sostiene, después de haberse fijado en los ríos Var y Ródano, que el período de las grandes lluvias y grandes inundaciones parece coincidir con la época del diluvio descrito por Moisés en el Génesis (2). Todo lo cual nos está demostrando que en los últimos tiempos de la época cuaternaria, y casi ya como quien dice en la edad moderna, existieron poderosas causas de perturbación geológica á cuyo potente y eficacísimo influjo, sin necesidad de acudir á una soñada sucesión de millares de siglos, debe atribuirse la formación de los aluviones. Y vese también al mismo tiempo, que la sola consideración de los estratos y sedimentos no basta en modo alguno para formar acertadamente el cómputo cronológico. La inspección y estudio de esos terrenos servirá para indicarnos las causas geológicas de tan enormes perturbaciones y aun nos dirá, si se quiere, el orden de sucesión en que esas diversas causas obraron; pero de ningún modo podrán demostrarnos la *duración* de su influjo, el tiempo que se necesitó para que esas causas produjesen tales efectos. Porque unos mismos agentes geológicos que obrando en circunstancias normales, lenta y gradualmente,

(1) Moigno, pág. 758-761.

(2) "M. de Chambrun de Rosemont vient de publier sous ce titre: *Etudes géologiques sur le Var et le Rhône, pendant les périodes tertiaire et quaternaire, leurs deltas, la dernière période pluviale, le déluge*, Nice, Caisson et Mignon, 1873, des recherches très-originales et très-consciencieuses qui l'ont conduit à des conclusions très-semblables à celles de M. Alfred Tylor. Vers la fin de la période quaternaire, le Var remplissait un lit immense de plusieurs kilomètres de largeur, de plus de sept mètres de profondeur. Le volume de ses eaux était plus de cent fois le volume actuel, et par conséquent, l'abondance des pluies était elle-même cent fois plus grande; on peut évaluer á 80 mètres la nappe d'eau tombée annuellement. Ces grandes pluies durèrent longtemps, et elles eurent un paroxysme qui fut court. La période des grandes pluies coïnciderait avec l'époque glaciaire; le paroxysme des grandes eaux, l'inondation par excellence serait le dernier grand événement de l'histoire physique de notre globe, dans la conviction de M. de Rosemont, ce serait le déluge mosaïque!!!.—Moigno, obr. cit., pág. 761.

necesitarían un gran espacio de tiempo, podrán en muchísimo menos producir idénticos y aun mayores efectos si obran en mejores condiciones de potencia y energía. Mientras ignoremos, por lo tanto, las circunstancias que concurrieron en las diversas causas de transformación geológica, mientras no sepamos á punto fijo el *modo peculiar* como obraron, no podremos tampoco determinar á ciencia cierta el cómputo cronológico y nos expondremos, como Lyell, á ver refutados y aun ridiculizados nuestros gratuitos cálculos, por la severa é imparcial crítica y autoridad de los sabios (1).

(1) Oigamos al mismo Huxley: "All that geology can prove is local order of succession... But the moment the geologist has to deal with large areas, or with completely separated deposits, the mischief of confounding that "homotaxis," or "similarity of arrangement," which *can* be demonstrated, with "synchrony," or "identity of date," for which there is not a shadow of proof under the one common term of "contemporaneity," becomes incalculable, and proves the constant source of gratuitous speculations." Huxley, *Sermons*, pág. 212.

En iguales términos dice Jakob: Ce qu'ont écrit naguère d'illustres géologues sur l'homme fossile, sur sa coexistence avec les animaux prédamiques, etc., est devenu aujourd'hui sans objet. Il n'est plus question de demander à quelle date eut lieu l'époque glaciaire et combien de temps elle a duré. Le géologue ne connaît pas de dates, mais seulement une succession dans les choses; à la question de date, il doit répondre: Nous ne savons pas. Les phénomènes pour lesquels des géologues phantaisistes, parmi lesquels il faut ranger Lyell, malgré sa grande science, ne réclament pas moins de cent mille ans, ces phénomènes, dans des circonstances exceptionnelles comme on en rencontraît à l'époque glaciaire, ont pu aisément se produire en fort peu de siècles." - Jakob, *Unsere Erde*, Friburg., 1883, pág. 471.

Oigase, en fin, á Chabas: "Tous les objets qui tombent sur un terrain meuble, détrempé périodiquement, ont une tendance à pénétrer dans le sol, qui les a reçus. L'accroissement des alluvions est en raison inverse des inondations. Tout calcul fondé sur les profondeurs comparatives des dépôts manque de base; la nature de ces éléments est telle, qu'elle ne se prête en aucune manière à l'élimination de données moyennes. Tout ce qu'il est possible d'affirmer, c'est que la zone renfermant des objets romains est en contact avec celle qui contient des outils de silex. Ces deux zones, y compris les dépôts modernes, n'occupent pas une épaisseur de 1 mètre 50 à 2 mètres dans les alluvions supérieures de la Saône. La zone à silex n'a pas plus de puissance que la zone à débris romains. Si donc l'on attribue à 500 ans la formation de la couche romaine (40 à 50 centimètres de puissance) on serait presque autorisé à n'attribuer qu'une pareille durée à la formation du dépôt inférieur jusqu'à la naissance de la couche argileuse stérile en monu-

Así que el hallazgo tan traído y llevado de hachas y otros instrumentos, no sirve para determinar siquiera con visos de probable un cómputo cronológico, mucho más si se tiene en cuenta que esos restos son muy semejantes á otros descubiertos en la superficie de los terrenos y por lo mismo de la época moderna (1). En cuanto á la famosa mandíbula hallada en Moulin-Quignon, baste saber que fué desenterrada del vecino cementerio y vendida después á título de fósil, engañando así la buena fe de ciertos pobres antropólogos (2).

Resulta, pues, de todo lo expuesto, que los terrenos de aluvi3n nada prueban en contra de nuestra tesis.

ments. Doublons pour faire acte de droit aux partisans de haute antiquité; nous n'arriverons encore qu'à 1.000 ans avant notre ère; c'est, je crois, la limite extrême; quinze siècles seraient inadmissibles.»—M. Chabas, *Etudes sur l'Antiquité historique*, pág. 510 y siguientes.

(1) "Revenons un instant aux silex de Moulin-Quignon et de Saint-Acheul, et voyons si, au lieu d'accuser eux aussi une antiquité démesurée, ils ne nous ramènent pas comme les terrains à une époque presque historique. Dans une note présentée à l'Académie des Sciences, dans la séance du 26 mai (tomo LIV, pág. 1.128) M. Scipion Gras dit: "Des silex travaillés, pareils à ceux que l'on prétend être diluviens, ont été trouvés dans une position telle qu'on est obligé de leur attribuer une origine moderne. M. Toulliez, archéologue et ingénieur à Mons, possède une collection de quatre cents haches, qui pour la plupart sont brutes et ne diffèrent pas sensiblement de celles de Saint-Acheul, et cependant elles ont été toutes recueillies à la surface du sol. Est-il admissible que des produits aussi semblables aient été fabriqués les uns au commencement de la période quaternaire, les autres pendant la période actuelle?." C'est l'argument que nous avons déjà fait valoir plus d'une fois et qui est absolument décisif.»—Moigno, páginas 761-762.

(2) Véase á Moigno, pág. 762, donde refiere que en una reunión *espiritista*, varios de esos flamantes antropólogos, después de haber evocado el *espiritu* del gran Cuvier y el alma de la persona cuya era la mandíbula *quignoniana*, les hicieron una multitud de preguntas. Estos son los ridículos extremos á que conduce la incredulidad de los que, rehusando admitir la evidencia de las pruebas de la Religión, acuden á los trampantojos y pantomimas de un espiritismo neclo é impío y pretenden deducir de él argumentos irrecusables en favor de sus extravagantes teorías.

§ VIII.—*Turberas y Estalagmitas.*

Parecido al anterior es el argumento de la formación de las turberas. En el mismo valle del Somme y en otros puntos se encuentran sedimentos de *turba* (1) que llegan á veces á más de nueve metros de profundidad. En estas turberas se hallan sepultados muchos huesos de animales y aun algunos también de hombre. Parece, por lo tanto, que ya éste existía en el periodo de la formación de esos terrenos. Lo cual se comprueba también de esta manera.

Según los geólogos, la formación de la *turba* es posterior á la del *diluvium*. Pero en la época de los terrenos *diluvium* existía ya el hombre, según esos autores; luego, *a fortiori*, en la de la *turba*.—Pero la formación de esos terrenos—arguyen con Lyell—fué lentísima, tanto que, según Boucher

(1) Estos sedimentos de turba se forman por la descomposición de la materia vegetal. "La tourbe ne pousse pas toute seule, au fond des étangs, par une sorte d'action lente et mystérieuse, comme on semble le croire. Elle est, ainsi que nous l'avons dit, le résultat de la décomposition de matières végétales. La croissance dépend donc de celle des plantes qui contribuent à la produire. Si pour une raison ou pour une autre, ces plantes sont détruites, il n'y a plus de formation de tourbe possible, dussent des siècles s'écouler. Tel paraît être aujourd'hui le cas de la vallée de la Somme. Les ouvriers employés à l'exploitation des tourbières ont donc pu dire avec raison que la tourbe ne pousse pas. Elle ne pousse que là où il y a des herbes ou des plantes pour la former. Primitivement, quand les couches, qu'on extrait aujourd'hui se sont déposées, la vallée de la Somme était une sorte de marais entouré de forêts de tous côtés. On comprend dès lors que les feuilles tombées en automne, et les débris de toutes sortes provenant de ces forêts, entraînés par les pluies hivernales au fond de la vallée, favorisaient singulièrement la croissance des plantes marécageuses, et par suite l'accumulation de la tourbe. En outre, les parcelles de matière qui entrent dans sa composition étant très petites, sont aisément dispersées par les eaux. Toutes les fois qu'une ondée tombe dans un pays tourbeux, elle emporte une partie de ces molécules et souvent en si grande abondance que les eaux en sont noircies. Puis, quand ces eaux s'écoulent et se répandent sur une surface plane où elles sont filtrées à travers les couches végétales qui recouvrent le sol, une portion considérable de la matière tourbeuse tenue en suspension est arrêtée et vient ainsi augmenter dans une notable proportion l'épaisseur du dépôt."—B. Pozzy, *La terre et le récit biblique*, lib. III, cap. XII, par. 1.

de Perthes, los sedimentos de turba en un siglo sólo alcanzan un espesor de cuatro *centímetros* (1). Luego ¿cuántos cientos de miles de años debieron transcurrir para que llegasen á la profundidad que hoy vemos y cuál no será la remotísima antigüedad del hombre contemporáneo de las turberas?

He aquí el argumento cuya ineficacia se demuestra de un modo semejante al que empleamos en el párrafo anterior.

En primer lugar, no es cierto que las turberas pertenezcan á la época cuaternaria, pues eminentes geólogos aseguran que corresponden á la Edad Moderna (2). En se-

(1) "Les antiquaires trouvent près de la surface des restes gallo romains et encore plus bas des armes celtiques de la période de pierre; mais la profondeur à laquelle se rencontrent les objets romains varie suivant les endroits, et ne peut servir avec certitude pour faire juger de leur âge, attendu, qu'en quelques parties des marais, surtout dans le voisinage de la rivière, la tourbe est souvent si molle que des objets lourds peuvent s'y enfoncer sous la seule action de la pesanteur. Dans un cas pourtant, Boucher de Perthes a observé plusieurs larges écuelles aplaties de poterie romaine gisant horizontalement dans la tourbe, et que leur forme avait du empêcher de pénétrer et de s'enfoncer à travers la couche qui les portait. Estimant à quatorze siècles le temps de l'accroissement de la matière végétale qui les avait recouvertes, il calcula que la gaine d'épaisseur par siècle ne devait pas dépasser 3 centimètres (Boucher de Perthes, *Antiquités celtiques*, tomo II, pág. 154.) A ce taux d'accroissement il aurait fallu tant de dizaines de mille ans pour former l'épaisseur totale de 9 mètres, que nous devons hésiter avant d'adopter une pareille échelle chronométrique. C'est en multipliant les observations de cette nature, en les vérifiant et en les contrôlant l'une par l'autre que nous pourrions peut-être réussir à acquérir des données sérieuses pour l'évaluation de l'âge de ce dépôt tourbeux. (Lyell, *L'ancienneté*, cap. VII, pág. 121.) A todo lo cual añade Hamy en una nota lo siguiente: (2) "L'atelier de fondeur de l'âge du bronze qu'on voit aujourd'hui au Musée d'Amiens, était enfoui dans la tourbe, à 2 mètres de profondeur. Il faudrait donc, suivant les calculs de M. Boucher de Perthes, lui supposer de 6.000 ans d'ancienneté. Or on sait que l'apparition des métaux en Europe est de date bien plus récente." (H.)

(2) "Observemos, ante todo, que las turberas pertenecen á la época geológica actual, porque nunca aparecen debajo de los aluviones cuaternarios; porque los animales fósiles que contienen son especies modernas; porque los productos industriales que ocultan, revelan una civilización algo adelantada, la de la piedra pulimentada ó tal vez la de los metales; porque la época cuaternaria fué, sin duda, demasiado agitada para permitir la forma-

gundo lugar, carece de fundamento sólido el cómputo cronológico que respecto de las turberas hacen Lyell y otros, pretendiendo de aquí deducir la exagerada antigüedad del hombre.

La argumentación de Boucher de Perthes, admitida después por Lyell, es la siguiente: Para que las turberas adquieran una profundidad de *cuatro* centímetros, se necesita un siglo. Preguntará el discreto lector cómo se prueba esta rotunda aserción. Nada más fácil. A unos sesenta centímetros se han encontrado restos de la época romana. Luego en quince siglos, que es próximamente el tiempo transcurrido desde entonces hasta nuestros días, el espesor de las turberas llegó á sesenta centímetros, ó sea á cuatro centímetros por siglo. Calcúlese, por lo tanto, los miles de años (veinte mil) que serán menester para el espesor actual de ocho metros. He aquí el cómputo de Lyell, que aun á su mismo autor le pareció increíble (1), y vamos ahora á refutar.

En efecto; no es cierto que hayan sido necesarios quince siglos para la formación de esos sesenta centímetros, y, por lo tanto, que sólo correspondan cuatro por cada cien años. Eso sería si realmente las turberas hubieran ido constituyéndose hasta nuestros días. Pero hace ya muchos siglos, ó sea desde el séptimo, poco más ó menos (en que comenzaron á cultivarse (2) y ser habitados dichos terrenos), cesó la formación de las turberas. Luego resulta que para esos sesenta centímetros tenemos tan sólo tres ó cua-

ción de la turba, y, finalmente, porque aun suponiendo que algunos depósitos de turba hubieran logrado formarse, las enormes inundaciones, que caracterizan esta extraña fase de la historia del globo, habrían arrastrado sus materiales. Parece, por tanto, que es lícito en cierto modo computar la duración de la época actual por el espesor de las turberas; averigüese, al efecto, el espesor de la capa formada en un siglo y se sabrá el número de siglos que tardó en acumularse cada turba. — *Diccionario Apologético*, lug. cit., pág. 168. Véase también la *Controverse*, Octub. 1886, pág. 175.

(1) Lyell, ob. cit., pág. 121.

(2) Véase á Lapparent, *Traité de Géologie*, pág. 349.

tro siglos de duración y no quince como falsamente supone Lyell.

Además, en los mismos lugares, y á una profundidad de seis y ocho metros, se han encontrado ánforas de barro y medallas de la época romana. Luego el cómputo *bucheriano* es falso, pues según su teoría debiera retrasarse dicha época muchísimos siglos, á ser verdadero lo de los cuatro centímetros. En el mismo fondo de las turberas se halló también una barquichuela cargada de ladrillos que, como observa Southall (1), no se conocían en las Galias antes de los romanos. Luego debemos creer que esas capas, aun en su mayor profundidad, no arguyen una época anterior á la romana, y son posteriores al nacimiento de Cristo (2).

Pero hay más en nuestro favor. Toda la fuerza del raciocinio que se nos opone, consiste en suponer que por cada siglo sólo corresponde un avance de cuatro centímetros. Pero esta hipótesis es completamente falsa, ya porque en América, según atestigua Andrews, los sedimentos crecen cada siglo cincuenta y aun *sesenta* centímetros, y en Irlanda *quinientos*, á razón de cinco por año (3), ya porque en varios puntos de Francia é Inglaterra las antiguas *vías* romanas se hallan recubiertas de una espesísima capa de turba de muchos metros de profundidad (4), ya

(1) En su insigne obra. *The recent origin of man*, pág. 281.

(2) Véase á Hamard en la *Controvers.*, Octub., 1886, y el *Diccionario Apologético*, lug. cit., pág. 169, donde añade: "Otras barcas han sido encontradas en la turba del valle del Somme, una el año 1860, en Saint-Jean-des Prés, cerca de Abbeville, sobre la orilla izquierda del canal y á una profundidad de 12 pies; otra, que contenía varios esqueletos, una espada de bronce y varias monedas del Emperador Magencio (306-312), fué exhumada en Pigquigni, entre Abbeville y Amiens. Todo esto confirma lo dicho antes, á saber, que el mar ocupó, sin duda, esta región, hace próximamente quince siglos. Y después de saberlo, ¿habrá quien se sorprenda de encontrar en ella una serie de terrenos que el estado actual de cosas no explica satisfactoriamente?."

(3) Véase á Hamard, *ibid.*

(4) "La arqueología confirma este rapidísimo crecimiento de las antiguas

finalmente, porque otros hechos históricos, cuya certeza no puede ponerse en duda, prueban hasta la evidencia que basta el transcurso de algunos siglos para la formación de los ocho metros (1). Luego, si como atestiguan eminentes geólogos (2), bastan pocos siglos para la formación de las turberas, no puede deducirse de ellas la exagerada antigüedad del hombre, á menos que no se pruebe, como hasta ahora no se ha probado, que en el caso concreto de que se trata, las del valle del Somme necesitaron el transcurso de esos miles y millones de años (3).

turberas, pues en diversos lugares de Francia é Inglaterra han aparecido vías romanas cubiertas de espesa capa de turba, que han ocultado á veces otros tantos depósitos; en Londres, bajo las antiguas murallas, hay un lecho de turba de dos ó tres metros de espesor, por completo formado durante la dominación romana, pues que en todas sus alturas ofrece vestigios de esa época.—Rev. Sr. Hamard, *Diccionario*, lug. cit., pág. 179. Cfr. *Controverse*, Octub., 1886, pág. 177; del mismo Lyell, *Principes de Géologie*, cap. XLIV, y del insigne Southall, *The recent origen of man*, pág. 313.

(1) "Hay observaciones aún más notables. Los cadáveres de dos personas, muertas en 1677 en el Condado de Berby, fueron descubiertos veintisiete años después bajo tres pies de turba; monedas de Eduardo IV, que murió en 1483, han sido encontradas recientemente á la profundidad de 18 pies; en Irlanda, por fin, país que por su humedad es singularmente favorable á la producción de turba, se hallaron á 15 y 20 pies de profundidad varios cuñetes de butiro y un zapato de cuero, objetos que no parecen anteriores al siglo XVII. (Véanse Lyell, *Principes de Géologie*, tomo II; Southall, *The recent origen of man*; de Nadaillac, *Les premiers hommes*, tomo II.)" Hamard, *Diccionario*, lug. cit. Cfr. *Controverse*, ibid. Véanse muchos de estos hechos, narrados por el Rdo. Moigno, pág. 780 y siguientes. Por eso el mismo Carlos Vogt, testigo nada sospechoso en la materia, después de haber consultado á eminentes geólogos, afirma que de la formación de las turberas no puede deducirse un cómputo cronológico seguro, como intentan nuestros impugnadores. — Véase Vogt, *Leçons d'anthropologie*, tomo II, págs. 141 y 143.

(2) "Un siglo basta—leemos en el *Prodrome de géologie* de M. Vézian— para que plantas tan humildes como el césped produzcan un banco de turba de tres metros de espesor." M. Bioult de Neuville avanza más y dice: "Parece probado que con circunstancias favorables los más espesos lechos de turba han podido formarse en uno ó dos siglos, aun en aquellos sitios en que no se produce ahora por faltar las condiciones necesarias." — (*Matériaux*, 1876, pág. 358.) "Véase qué lejos estamos de aquellos cientos de siglos que los partidarios de largas cronologías fantasean." — Hamard, *Diccionario*, lug. cit., pág. 171. Conf. *Controverse*, lug. cit.

(3) Véase Reusch, *La Bible et la nature*, cap. XXXIII, pág. 567 y siguientes.

Estalagmitas.—«Llámanse estalagmitas las costras calcáreas que tapizan el suelo de algunas cavernas y cubren á veces también los productos de las industrias humanas; se forman por la evaporación de las aguas que gotean de las bóvedas de las cavernas y depositan en el suelo el carbonato de cal en ellas disuelto» (1).

Pues bien; de la formación de las estalagmitas en Inglaterra, en las cavernas de Kent, cerca de Torquay, se ha pretendido deducir la antigüedad del hombre. Porque, dicen los prehistóricos, esas estalagmitas formaban una capa de bastante espesor en cuyo fondo yacían sepultados restos de animales y aun del hombre con varios instrumentos de sílice. Estos fósiles parecen allí enterrados con anterioridad á las estalagmitas. Pero es sabido que éstas se van formando con suma lentitud y requieren el transcurso de miles y miles de años para alcanzar, sobre todo como en algunos puntos sucede, cinco metros en las capas de que están constituidas (2). Luego el argumento geológico de las estalagmitas prueba la existencia del hombre desde antiquísimos tiempos.

Como se ve, el raciocinio es idéntico al que varias veces anteriormente hemos refutado.

Toda la fuerza de la dificultad estriba en suponer que la formación de las estalagmitas requiere esa interminable serie de años. Pero ¿y esto cómo se prueba?

Estalagmitas hay en América y aun en York de Inglaterra, que no cuentan más de mil años de antigüedad (3).

(1) Rev. Sr. Hamard, en el *Diccionario Apologético...* por J. B. Jaugey, en la palabra *antigüedad del hombre*, pág. 171, Madrid, 1890.

(2) Lyell, ob. cit., cap. VI, pág. 106 y siguientes.

(3) "Le capitaine Brome a trouvé dans une grotte de Gibraltar, sous une stalagmite compacte, une lame de cuivre qui datait tout au plus de la fin du douzième siècle. Or, la stalagmite avait 18 pouces d'épaisseur (45 centimètres) et était recouverte d'un dépôt terreux qui atteignait une hauteur de six pieds (1^m,80).—Un géologue bien connu, Mantell, rapporte de son côté un fait qui montre avec quelle rapidité s'effectuent les dépôts calcaires. Un explorateur des grottes du Brésil avait percé une couche de stalagmite

¿Quién les ha dicho á los antropólogos por nosotros impugnados, que no se formaron en condiciones geológicas idénticas ó al menos semejantes, las estalagmitas que ellos nos presentan como objeción? Y, sin embargo, mientras esto no se pruebe, quedan en pie nuestros asertos (1).

§ IX.—*La hipótesis de Lyell.*

Otro nuevo género de argumentos intentan esgrimir en favor de sus teorías.—Es evidente—arguyen—que la superficie de la tierra ha experimentado en el transcurso de los siglos grandes transformaciones debidas á otras tantas causas de perturbación geológica.

El hombre fué contemporáneo de esas modificaciones, las cuales, á su vez, suponen una antigüedad incalculable. Luego...

Así, por ejemplo, la superficie de la tierra unas veces ha estado cubierta por las aguas y otras á muchos metros sobre el nivel del mar. Hay quien dice, y esta es la hipótesis de Lyell en su obra *L'ancienneté de l'homme*, que hubo un tiempo en que la Galia comunicaba con Inglaterra y no existía el paso de Calais, y no sólo con Inglaterra, sino con Africa y América, y, finalmente, que los países intermedios

pour explorer le gisement archéologique qu'elle recouvrait, lorsque des nécessités pressantes l'obligèrent á abandonner les fouilles commencées. Quand il voulut les reprendre quelques années après, il fut tout surpris de ne plus retrouver l'excavation qu'il avait pratiquée. Une nouvelle formation stalagmitique l'avait totalement comblée. (J. Southall, ob. cit., pág. 221.) D'autres observations, faites dans les cavernes de la Virginie, ont révélé un accroissement annuel de cinq millimètres dans les stalagmites du pays. A ce compte, les cinq mètres qui représentent au maximum l'épaisseur totale des deux couches de Kent, correspondraient á une durée de mille ans.—Mais on a constaté, en Angleterre même, des exemples de formation plus rapide. Dans une grotte du comté d'York, l'accroissement, nous dit-on, est de neuf millimètres par an. (J. Southall, ob. cit., pág. 122.) M. Elisée Reclus signale des faits analogues, etc.—Hamard, *Controverse*, Octubr., 1886, pág. 181. Cfr. *Diccionario Apologético*, ibid., pág. 172. Cfr. Southall, *Recent origin of man*, págs. 221-22-223.

(1) Véase el Rev. Sr. Moigno, pág. 806 y siguientes.

quedaron sumergidos por efecto de un hundimiento. «En otros sitios, por lo contrario, se supone que el suelo se elevó. Lyell menciona la existencia de muchas marinas de origen cuaternario en lugares de la costa de Gales situados á 400 metros de altura; de sedimentos neptúnicos de la misma época, que aparecen en Noruega á 300 metros y de conchas asociadas á vasijas que han aparecido á 90 metros sobre el nivel medio del mar, cerca de Cagliari, en Cerdeña» (1).

Ahora bien; el hombre existía en tiempo de estas elevaciones y depresiones de la superficie de la tierra, como se comprueba por los restos hallados en los sedimentos submarinos. «Pero por otra parte—nota Lyell—las tierras no pudieron elevarse sobre el nivel de las aguas sino á razón de 75 centímetros por cada siglo, que es precisamente lo que ahora se observa en las costas del litoral de Suecia» (2). Luego para explicarnos la diferencia de nivel de 90 y 200 y aun *cuatrocientos* metros, tal cual hoy existe en muchos puntos, es preciso suponer el transcurso de miles y millares de años, y, por consiguiente, es preciso remontar hasta esa antigüedad prehistórica la verdadera edad del hombre.

Nos hallamos otra vez con un argumento cuya única fuerza demostrativa se apoya en un falso supuesto, á saber: que por cada siglo sólo corresponde un desnivel de 75 centímetros. La hipótesis de Lyell en este punto se halla desmentida por hechos innegables observados en la Escandinavia, Bothnia y otros lugares donde el terreno llegó á alcanzar una altura de 30 centímetros y á veces de un metro sobre el nivel del mar, en solos cien años (3). Así que

(1) Rev. Sr. Hamard, lugar ya antes citado, *Diccionario Apologético*, pág. 173.

(2) Lyell, *L'ancienneté*, cap. XIV, donde se hallan los cálculos necesarios para estas elevaciones y depresiones de que venimos hablando.

(3) Véase Hamard, *Diccionario Apologético*, pág. 175, donde se aducen muchos hechos en confirmación de esta verdad.

variando con los países y las condiciones geológicas la mayor ó menor rapidez en la elevación ó depresión de los terrenos, no puede establecerse regla fija en esta materia.

Sobre todo, si se tiene en cuenta que además de las elevaciones de terreno lentas y normales, se verifican á veces otras subitáneas y tumultuarias, que caen, por lo tanto, fuera de la regla común y no están sujetas á medida alguna determinada.

«A despecho de cierta escuela que afirma lo contrario — dice el Sr. Hamard (1), — no son raros esos movimientos bruscos, sino frecuentes y más justificados que los movimientos paulatinos. Interminable sería la lista de los que han ocurrido en los dos últimos siglos con ocasión de terremotos y erupciones volcánicas; recordemos solamente las islas de Santorín (Cícladas), que varias veces han salido del seno de las aguas, especialmente en 1707 y 1806; la isla Nyoe, que surgió en 1783, al Sudoeste de la Islandia, y desapareció meses después; la isla Julia ó Graham, formada en 1831 con igual rapidez al Sudoeste de Sicilia y sumergida antes de un año; el Jorullo, montaña volcánica que en 1759 se elevó de repente hasta la altura de 500 metros en las llanuras de Méjico; una gran porción de Nueva Zelanda, levantada tres metros en la sola noche del 23 de Enero de 1855; la costa de Chile, agitada en nuestro siglo por diversos movimientos, que han producido la elevación de la orilla y de una isla próxima en dos ó tres metros; una porción de la India de 3.000 kilómetros cuadrados, que de improviso se sumergió en el mar y á la vez que se formaba en una llanura distante nueve kilómetros, una cadena de colinas; la Calabria destrozada y hundida á trechos, y levantada después durante los terribles sacudimientos de 1783; lagos de 30 kilómetros de extensión que se formaron el año de 1812 en una hora,

(1) *Diccionario*, pág. 174-175.

cerca del Misisipi; un muelle de Lisboa, atestado de gente, el cual, durante el terremoto de 1755, quedó de pronto sumergido y con 150 metros de agua encima, según se dice; en fin, la reciente catástrofe de la isla de la Sonda, donde, como se recordará, hubo sumersión de islas, emersión de otras y modificaciones tan notables de la geografía física de aquellos parajes, que los navegantes se vieron forzados á rectificar sus derroteros.»

Luego mientras no se pruebe con certeza que esos fenómenos geológicos á que se alude en la objeción se realizaron con tan pasmosa lentitud, nada conseguirán nuestros adversarios aunque, por otra parte, les conste que el hombre existía ya *de hecho* en aquellas Edades. Pero esto ni lo han demostrado nunca hasta ahora ni es de temer lo demuestren en adelante. Aun la misma *presunción del hecho* está por nuestra parte, pues la época cuaternaria, en la que se ponen esas elevaciones y depresiones del terreno, es la época de mayores perturbaciones y trastornos geológicos y cuando las causas naturales pudieron obrar con mayor caudal de energías y en mejores circunstancias para obtener grandes efectos en poco tiempo.

Pero supongamos que efectivamente hubieran existido islas y aun continentes enteros, sepultados hoy en el fondo de los mares á consecuencia de horrosos cataclismos. Nada obsta para la doctrina que venimos sustentando, pues, según afirman muchos escritores, todos estos fenómenos tuvieron lugar antes de la aparición del hombre sobre la tierra.

§ X.—*El periodo glacial.*

El periodo conocido en geología con el nombre de glacial, pertenece, según parece deducirse de algunos restos y fósiles, á la edad cuaternaria (1). La existencia de una

(1) "Les glaciers des temps quaternaires—dice Hamard (*Controverse*, Novembre, 1886, pág. 322)—s'étendirent certainement bien au delà de leurs

cantidad tan enorme de hielo y los fenómenos climatológicos que de ahí se derivan, exigen naturalmente, para su satisfactoria explicación, el transcurso de miles y millares de años. Pero el hombre vivía ya en el período glacial; luego su edad no puede menos de ser antiquísima.

Ante todo conviene advertir que no es una ni idéntica la opinión de los geólogos sobre la existencia del hombre en este período. Unos, ciertamente, lo afirman; pero otros, en cambio (1), fundándose en la carencia de restos y fósiles humanos, lo niegan rotundamente.

limites actuelles. Les moraines, les blocs erratiques, les roches striées et moutonnées sont là pour l'attester. C'est, en effet, à ces trois caractères qu'on reconnaît l'existence d'un ancien glacier... Les moraines sont des accumulations de débris rocheux et de matériaux divers que les glaciers, animés on le sait d'un mouvement incessant quoique très lent, transportent à leur surface ou dans leur profondeur, et déposent finalement soit sur leurs bords, soit à leur extrémité... Les blocs erratiques sont des fragments de rochers, souvent d'un volume énorme, qu'on trouve disséminés çà et là, quelquefois à des grandes distances des lieux d'où ils proviennent. On avait d'abord attribué leur transport aux eaux courantes; mais la vivacité de leurs arrêtes, l'énormité de leur poids, et surtout leur position sur le flanc ou au sommet des côtes condamnent généralement cette hypothèse et obligent à recourir à l'action des glaces mouvantes. Nos glaciers actuels offrent, du reste, un exemple continu de ce mode de transport... Les roches qui constituent le lit du glacier attestent aussi à leur façon l'action des glaces. L'énorme pression qu'elles ont à subir les use et les polit, et, comme leur densité n'est pas partout la même, il en résulte une sorte d'ondulations qui les fait paraître moutonnées... C'est en effet à l'aide de ces trois indices, moraines, blocs erratiques, roches striées et moutonnées, qu'on reconnaît la trace certaine d'un ancien glacier; or, ces indices se trouvent réunis de la façon la moins douteuse sur divers points du globe, notamment dans la région des Alpes. Incontestablement il y eût là, à une époque que nous essaierons bientôt de déterminer, des glaciers immensément plus étendus que ceux que nous y voyons aujourd'hui. L'un d'eux, le mieux étudié de tous, ne mesurait pas moins de 100 lieues. Il s'étendait depuis le Haut-Valais jusqu'au coteau de Fourvière, près de Lyon, remplissant dans l'intervalle toute la vallée du Rhône, y compris le lac de Genève... — Falsan et Chantre, *Monographie des anciens glaciers et du terrain erratique de la partie moyenne du bassin du Rhône*, Lyon, 1880.

(1) Véase á Nadaillac, *Le problème de la vie*, pág. 201 y sig., donde se lee lo siguiente en una nota: (2) "Geikie, Preswich, Boyd-Dawkins, Skertchley, Hicks, en Inglaterra; M. de Mortillet, en France. MM. de Saporta, Falsan, Chantre dicen l'homme contemporain de la grande extension des glaciers, Pour M. Boule, il est interglaciaire, et telle est aussi l'opinion de

Sin embargo, puede concederse la aparición del hombre en ese tiempo y negar, con todo, la consecuencia que de ahí se pretende sacar.

El hombre pudo existir en el período glacial. Al menos, no debió ser obstáculo para ello la baja temperatura, ya porque un descenso no muy grande de la misma, acompañado de gran humedad, basta, según muchos, para explicar la formación del hielo (1); ya porque éste no llegó á ser general en toda Europa y pudo, por lo tanto, el hombre, como sabemos de las plantas y animales, vivir en lugares más templados; ya, finalmente, porque como se deduce de los habitantes de la Siberia, Laponia, Alaska y otros puntos septentrionales (2), puede aún ahora resistir temperaturas frigidísimas. Pudo, por lo tanto, existir en el período glacial. Negamos, sin embargo, la consecuencia, porque la formación de ese período no exige la remotísima antigüedad que algunos suponen. Bien sé que muchos geólogos requieren miles y miles de años, y, por lo tanto, retrasan á tan antigua fecha la aparición del hombre sobre la tierra; pero también sé que no pocos se contentan con siete ú

M. A. Bertrand; pour MM. Evans et Hughes, il est post glaciaire. On voit combien la lumière est loin d'être encore faite sur ce point important. El mismo Nadaillac, como también Carthailhac, siguen la segunda de estas tres opiniones. Finalmente, el Sr. Hamard, el insigne Arcelin y otros, conformes en esto con Evans y Hughes, citados por Nadaillac, sostienen que, al menos en nuestras regiones, el hombre apareció después del período glacial.

(1) "Parece, pues, que la temperatura fué en nuestros países inferior á la actual en la época cuaternaria, ó sea cuando el hombre comenzó á habitarlos; pero que la diferencia no es tan grande como suponen algunos. Un descenso de cuatro grados basta, según M. Carlos Martins, para explicar la antigua extensión de los glaciales, y aun quizá deba estimarse esa cifra como máximun, porque es ya indudable que la humedad fué causa principal de aquel fenómeno; los cauces de los ríos y los aluviones demuestran que había agua entonces en estado líquido, y que si los glaciales eran más extensos que ahora, también los ríos eran mucho más caudalosos."—Hamard, *Diccionario*, pág. 179. *Controverse*, Novembre, 1886, pág. 334 y siguientes.

(2) Nadaillac, obra citada, pág. 203, en la nota, donde demuestra que el hombre ha podido soportar 40, 50, 60 y aun más grados bajo cero.

ocho mil años (1), y que entre los modernos libres de prejuicios de escuela, es ya general la tendencia á disminuir esa serie de siglos (2).

Veamos ahora cómo en nuestra doctrina puede explicarse satisfactoriamente el período glacial.

Dijimos antes que, según Lapparent, Saporta, Dupont y otros, una gran humedad en la atmósfera, con un descenso de temperatura no mucho mayor que el que ahora en algunos puntos del globo suele observarse, basta para la formación del hielo que dió nombre al período que venimos estudiando. Según consta por documentos históricos fidedignos, hallamos hace veinte y veinticinco siglos, ó sea en la época moderna, condiciones climatológicas de nieve, hielo, lluvia, temperatura, etc., idénticas ó muy semejantes á las que constituyen el período glacial propiamente dicho y suelen reputarse por los geólogos como características de la Edad cuaternaria.

En efecto; á ella pueden y deben referirse las inundaciones del Somme, Tíber, Sena, Var y Ródano, que tuvieron lugar en la época moderna en que estos ríos contaban con un caudal de agua cincuenta y aun cien veces mayor que el presente y de que nos hablan Mercey, Miguel Rossi, Belgrandi, Rosemont y otros (3).

Lo mismo debe decirse de las inundaciones del Rhin, Elba, Oder, Vístula, Danubio y otros ríos. Además se colige de antiguos documentos históricos que en Europa,

(1) Nadaillac, *ibid.*, pág. 212 y 215.

(2) Así lo afirmó públicamente en el Congreso científico de Washington Mac-Gee: "The present tendency appears towards the shortenings of the prehistoric of human life." — *American Anthropologist*, January, 1892, página 47.

(3) Hamard *Controverse*, Noviembre, 1886, pág. 347.

(4) "Los escritos de la antigüedad contienen sobre este punto preciosas indicaciones. Herodoto describe el clima de la Escitia en términos que ahora parecerían propios de Laponia ó de Groenlandia; hallábase aquel país completamente helado durante ocho meses del año y por encima del mar Negro pasaban carros pesadísimos; la región danubiana quedaba también

tanto en la región danubiana (4), como en Grecia y en las Galias (1), hace dos mil años, y aun antes, la temperatura era mucho más fría y la nieve, hielo y lluvias mucho más abundantes y frecuentes, como lo atestiguan Herodoto y Aristóteles, Julio César (2), Cicerón (3), Varrón (4), Posidonio (5), Diodoro de Sicilia (6), Virgilio (7), Ovidio (8)

sepultada bajo la nieve por los mismos ocho meses y recibía en verano copiosas lluvias, que daban al río un caudal impetuoso. Dícenos también dicho autor que el asno no podía vivir en la Escocia por los intensos fríos que allí reinaban.—Hamard, *Diccionario*, lug. cit., pág. 180. Herodoto, lib. IV, párs. 28, 50.

(1) "Un siglo después (de Herodoto) Aristóteles (384-322 a. de C.) advierte lo mismo de la Galia, y su contemporáneo Teofrasto manifiesta que no se daba el olivo en Grecia á más de cuotrocientos estadios del mar. Excusado es decir que ahora el asno y el olivo viven perfectamente en los países mencionados.—Hamard, *Diccionario*, pág. 180. Cfr. *Controverse*, *ibid.*, pág. 341. Y véase Aristóteles, *De generat. animal.*, lib. II, cap. V; Appleton, *History of Rome*, pág. 191.

(2) "Pasados tres siglos, nos habla César en varias ocasiones y con insistencia del rigor y precocidad de los inviernos en el país galo, de su abundancia en lluvias y nieves, de sus numerosos lagos, lagunas y pantanos, que á cada paso ofrecían nuevos obstáculos á la marcha de sus ejércitos, de suerte que se guardaba muy bien de emprender expediciones, como no fuera en el verano.—Hamard, *ibid.*, pág. 180. Véase Julio César *Comment.*, lib. III, núm. 9, lib. IV, núms. 20 y 38, lib. V, núms. 12 y 52 etc.

(3) En sus epístols. y en la oración de *Provinc. Consul.*

(4) Varro, I, 7, en Hamard, *Controverse*, lug. cit.

(5) *Athenaeus*, I, 13.

(6) "Diodoro de Sicilia (V, 25 y 26) confirma estas noticias y dice ser tan fríos los inviernos en aquel país "que casi todos los ríos se hielan y forman puentes naturales, sobre los que pasan sin dificultad ejércitos numerosos seguidos de carros y bagajes; con objeto de que los pasajeros no resbalen en el hielo y sea su marcha segura, se esparce paja sobre el hielo.—Hamard, *Diccionario*, pág. 181. Cfr. *Controverse*, Nov., 1886, pág. 342.

(7) Véanse las *Geórgicas*, lib. III, vers. 354-382.

(8) Véase *Epíst. ex Ponto*, lib. I, epíst. 2, 3, 7; lib. II, epíst. 2; lib. III, epíst. 1, 8; lib. IV, epíst. 7, 10; *Trist.* III, 10, 12; V, 2. "Ovidio—dice Hamard (*Diccionario*, pág. 181. Cfr. *Controverse*, *ibid.*, pág. 343),—que pasó allí muchos años de su vida, es quizá más preciso cuando dice "El Danubio, con ser tan ancho, que en su desembocadura parece un mar, se hiela y endurece de manera que disimula su desagüe en el Ponto Euxino; puédesse caminar con pié seguro por donde antes bogaban los navíos; las olas congeladas resuenan bajo los cascos de los caballos, y los bueyes de los sármatas arrastran sus pesadas carretas sobre estos puentes de nueva especie. También he visto, parecerá increíble, aunque mi relato merece completo crédito, porque ningún interés tengo en disfrazar la verdad, también he visto convertida

y Estrabón (1). Casi lo mismo afirman también escritores de época posterior, como Floro, Plinio el Joven, Libanio, Casiodoro, Gregorio Turonense y otros (2).

En vista de lo cual, es indudable, como concluye Fuster, que el clima de las Galias fué en aquella época mucho más duro y la temperatura mucho más baja (3). También puede proporcionalmente decirse lo mismo de Italia, según se desprende de los poetas latinos Virgilio y Horacio (4). Asimismo se conoce que las regiones de Asia, Africa y América fueron en otro tiempo más húmedas y frías á juz-

en duro hielo toda la extensión del Ponto Euxino, y aun la he recorrido á pié. Suele el vino solidificarse allí y ser comido á pedazos. Y temiendo que se le acuse de exageración poética, apela al testimonio de dos antiguos gobernadores de Moesia, que pueden comprobar su veracidad. Compréndese que Ovidio tome estas precauciones, porque el autor que ahora nos diese la noticia de haberse helado por completo el mar Negro, con seguridad no sería creído. Lo mismo cuenta Virgilio en el lug. cit.

(1) "A la même époque — dice Hamard (*Controverse*, ibid., pág. 344) — un géographe réputé pour son exactitude, Strabon, observe qu'on ne trouve plus, ni olivier, ni figuier au nord de la Narbonnaise, et il insiste sur les crues énormes qu'éprouvent en hiver les fleuves de la Gaule, notamment le Rhône et le Var. Ce dernier, dit-il, grossit dans cette saison au point d'avoir alors une largeur de sept stades." — Strabón, lib. IV, cap. I, números 2, 3, 11.

(2) Según el ilustre Hamard, *Controverse*, ibid., pág. 345.

(3) "S'il y eut jamais un fait démontré dans l'histoire — dit M. Fuster — c'est l'extrême rigueur du climat de l'ancienne Gaule. Tous les témoignages, toutes les opinions, toutes les circonstances proclament hautement, d'une commune voix, l'intensité de ses froids, la surabondance de ses pluies et la violence de ses tempêtes. On se dresse en vain contre un tel fait en lui opposant des notions fausses ou des préjugés que rien n'appuie; il triomphera tôt ou tard comme la vérité." — Fuster, *Des changements dans le climat de la France*, en el Rev. Sr. Hamard, *Controverse*, Novembre, 1886, pág. 346.

(4) "Italia misma experimentaba algunos efectos de aquel frío; Virgilio nos habla de nieves acumuladas, de ríos que arrastran témpanos, del triste invierno que hiende las rocas y encadena las corrientes, y todo esto en la región más cálida de Italia, ó sea en las cercanías de Tarento. Horacio, más preciso, nos muestra el Soractes, monte cercano de Roma, blanqueado por la espesa nieve; los ríos presos por la áspera helada, interrumpiendo su curso, y las heladas campiñas. Ahora no sucede haber nieve en el Soractes, ni nieva jamás en la campiña romana." — Hamard, *Diccionario*, pág. 191. Véase la *Controverse*, lug. cit., pág. 344. Y Virgil., *Georgicor.*, lib. I, versos 810, 813; lib. IV, vers. 136, 137; Horac., *Odar.* I, 2, 9; IV, 7.

gar por largos ríos y pantanos ya desecados, por restos de vegetación exuberante que se han encontrado en lugares hoy aridísimos y por otras varias señales (1).

Supuesta la verdad de estos hechos, consignados en multitud de documentos históricos, cuya autenticidad no puede ponerse en duda, podemos argüir de la manera siguiente: O el periodo geológico en que todos los fenómenos dichos tuvieron lugar fué el glacial, correspondiente á la Edad cuaternaria, ó uno no muy distante, á juzgar por los signos inequívocos que anteriormente hemos enumerado y que bastan en la presente materia para juzgar con acierto y clasificar con exactitud. Si lo primero, aunque admitamos la existencia del hombre en dicho periodo, que según vimos pertenece á los tiempos históricos, nada se deduce en contra de nuestra tesis. Si lo segundo, es decir, si los fenómenos de que nos habla la historia, en todo semejantes á los que caracterizan el periodo glacial, son de una época anterior, tampoco se ve necesidad alguna de retrasar exageradamente la aparición del hombre sobre la tierra, sino que puede explicarse satisfactoriamente dentro de los límites de la cronología bíblica, al menos según el cómputo de los *Setenta*, que señala al género humano cerca de seis mil años de existencia antes de Jesucristo.

En efecto; si el periodo glacial es anterior al en que se realizaron los fenómenos que venimos exponiendo, habrá naturalmente que retrasarlo algunos años antes. Pero los fenómenos cuya exposición acabamos de hacer, se colocan quinientos ó mil años antes de Jesucristo. Luego el periodo glacial deberemos ponerlo con anterioridad á esta fecha. Y ¿quién ha dicho que dentro de los límites de la cronología bíblica, aun la más restringida, no cabe colocar *bolga-*

(1) Hamard, *Diccionario*, pág. 182; *Controverse*, Noviembre, 1880, página 347 y siguientes; Chabas, *Etudes sur l'antiquité historique*, pág. 359; Rioult de Neuville, *Materiaux pour l'histoire de l'homme*, tomo V, pág. 201; E. Reclus, *Les continents*, pág. 111, et *L'Asie antérieure*, pág. 741.

damente el ya famoso periodo glacial? Pues qué, ¿no quedan desde la época á que aluden los historiadores citados, hasta el diluvio tres mil años, y hasta la creación de Adán cinco mil?

Y si aun menor *lapso* de tiempo basta para explicar el cambio de condiciones geológicas y climatológicas, verificado entre nuestros tiempos y aquellos anteriores á Cristo, ¿por qué no ha de bastar un *lapso* mucho mayor para explicar un cambio menos profundo como el que separa el periodo glacial propiamente dicho del otro á él tan semejante? Y nótese que discurrimos en la hipótesis más desfavorable; nótese que generosamente concedemos que los fenómenos geológicos y climatológicos aducidos no pertenecen al periodo glacial. Pero y esto, ¿cómo lo prueban nuestros impugnadores? De ninguna manera.

Mas supongamos que lo demostraran, y ¿cómo nos hacen ver que entre el periodo *post*-glacial y el glacial propiamente dicho transcurrieron más años que los que señala la cronología bíblica, y, por lo tanto, que la aparición del hombre debe remontarse á la fabulosa antigüedad que ellos suponen? Tanto más cuanto que, según Lapparent, Jakob y otros insignes sabios, los datos suministrados hasta hoy por la geología, de ninguna manera son suficientes para formar con ellos un cómputo cronológico exacto.

§ XI — *Las hipótesis sobre el periodo glacial.*

Ni por ésas se dan por vencidos. Las hipótesis que generalmente admiten los sabios modernos para explicarse la formación del periodo glacial, exigen necesariamente el transcurso de miles y millones de años (1). Pero, por otra

(1) *Bien des opinions ont été émises relativement à la durée des temps quaternaires. Plusieurs ont même essayé de la traduire en chiffres, en attribuant le refroidissement glaciaire à la précession des équinoxes, ainsi qu'aux variations de l'excentricité terrestre. Suivant les auteurs, l'époque

parte, se supone que el hombre es contemporáneo de ese período. Luego estamos en lo cierto al pretender mayor antigüedad que la atribuida por los católicos y señalada por la cronología bíblica. En una palabra, las causas á que generalmente asignan los geólogos la formación de dicho período son tales que requieren esa remotísima antigüedad. Luego...

Veamos brevemente la fuerza de este argumento, si es que tiene alguna.

Muchas son las hipótesis inventadas para darse cuenta y explicación satisfactoria de las causas á que se debe la formación del período glacial. Unos lo atribuyen á fenómenos astronómicos, v. gr., á la precesión de los equinoccios, á las variaciones de la excentricidad de la tierra; otros recurren á causas físicas, tales como la mayor humedad de la atmósfera, etc.

Notemos, ante todo, que se trata de meras hipótesis, más ó menos probables; pero, al fin y al cabo, hipótesis que pueden desaparecer mañana y quedar para siempre arrinconadas en el campo de la ciencia. Unas exigen, ciertamente, gran duración de tiempo; pero otras, en cambio, se contentan con mucho menos (1). Mas aunque concediéramos de buen grado que todas ellas son, en efecto, posibles, ¿cómo se prueba que las verdaderas y dignas de ser aceptadas por todos, son precisamente las que exigen para la explicación de los hechos tan remota y fabulosa antigüedad?

No nos toca ahora discutir las á nosotros en particular,

de la grande extension des glaces aurait eu lieu de 225.000 à 350.000 ans avant notre ère, et sa durée aurait été, pour les uns de 160, pour les autres de plus de 2.000 siècles.—A. de Lapparent, *Géologie*, pág. 1.282.

(1) "El Rev. Hamard atribuye el período glacial á la desviación del perihelio, que siete mil años precisamente antes de Jesucristo fué causa de una temperatura frigidísima. Como se ve en esta hipótesis, dicho período se coloca ya casi en nuestros tiempos.— Véase Hamard, *Controverse*, Noviembre, 1886, pág. 353 y sig. *Diccionario*, lug. cit., pág. 182.

como lo han hecho ya, por ejemplo, Moigno (1) y Hamard (2). Basta para nuestro intento advertir que se trata de hipótesis inciertas, algunas inadmisibles, y, por lo tanto, que nada sólido puede en buena crítica deducirse de ellas (3). Además, como ya antes hicimos notar, muchos y eminentes geólogos, fundándose en que hasta épocas muy posteriores no se encuentran vestigios humanos, creen más probable, al menos en estas regiones, que el hombre no existió durante el período glacial (4).

Como se ve, en esta opinión la edad del hombre no puede ser tan antigua como el período cuaternario. Por eso el mismo Hamard, que coloca unos siete mil años antes de Jesucristo aquel estado atmosférico de frigidísima temperatura á que, según él, debió su origen el período que estudiamos, no se atreve, sin embargo, á conceder al hombre, al menos en nuestras regiones, más que tres mil años de existencia antes de la Era cristiana (5).

Se nos dirá que tales hipótesis son inciertas; pero este es

(1) Lugar citado, págs. 788-801, donde se demuestra lo absurdo de los cálculos y del sistema de Lyell y de otros.

(2) *Controverse*, Noviembre, 1886, pág. 350 y sigs.

(3) "Tous ces calculs (à saber, los que antes adujimos) — dice el insigne L'apparent — ont à nos yeux le tort de reposer sur une hypothèse gratuite, à savoir que l'extension des glaces réclame une cause de froid, alors qu'au moins pour ce qui concerne les massifs alpins et pyrénéens, cette extension a eu lieu sous un régime surtout *humide* et par une température qui permettrait, dans nos vallées, au moment où les glaciers occupaient le massif montagneux, l'existence des grands herbivores et celle de végétaux sensibles comme le figuier. Si, comme c'est notre opinion, de simples changements géographiques, tels qu'une modification dans le contour des masses continentales, dans le régime des vents ou dans le parcours des courants dérivés des *Gulf-Stream*, suffisent pour expliquer les circonstances de l'époque quaternaire, l'astronomie n'a plus rien à voir dans cette question et sa précision ne peut profiter en rien à l'évaluation de la durée des temps glaciaires." — A. de L'apparent, lugar citado.

(4) "Une seule fois on a trouvé des débris humains dans *Ihem*, terre argileuse jaunâtre, qui semble résulter du lavage des moraines. Cette découverte a été faite par M. Chantre, à Toussieux (Isère) en 1868. Son auteur reconnaît lui-même qu'il peut rester quelque doute sur l'âge de ces fossils. Rien ne prouve en effet, qu'ils n'ont point été enfouis à une date récente." — Hamard, *Controverse*, Noviembre, 1886, pág. 357, en la nota (1).

(5) Hamard, *Controverse*, loc. cit., págs. 358-359, comp. con la pág. 354.

precisamente nuestro argumento. Si carecen de base sólida y son tales que las unas sustituyen á las otras diversas y aun contrarias, con pasmosa rapidez, sin que hasta ahora nos suministren datos ciertos y positivos para formar un cómputo cronológico, ¿con qué derecho se pretende fundar nada sólido, como en terreno firme, en tan movediza é inconsistente base y argüir con aires de triunfo en contra de nuestra doctrina?

¶ Ni vale que algunos apoyados, como siempre, en el falso y gratuito supuesto de la existencia del hombre en el período cuaternario, pretendan demostrar su remotísima edad, fundándose para ello en ciertos fenómenos geológicos que, como la formación de los valles, pertenecen, según dicen, á esa época y requieren una larguísima duración de tiempo (1). Porque ¿quién les ha dicho á los geólogos con quienes ahora discutimos, que esos fenómenos cuya causa se supone ser el hielo, pertenecen á la Edad cuaternaria? Figurémonos, como otros quieren, que tuvieran lugar en la terciaria (2). Entonces cae por tierra el

(1) "Peut-on du moins—dice Lapparent (ibid.)—se faire une idée de la valeur relative de cette durée d'après les dépôts étalés dans nos plaines et nos vallées, ou encore d'après les variations de la faune? Plus d'un auteur l'a pensé, et il en est beaucoup aux yeux de qui des milliers de siècles ont été nécessaires à l'accomplissement de tant de choses. Mais la plupart du temps cette appréciation se fonde sur l'idée, tout à fait erronée, que le creusement des vallées est l'oeuvre de l'époque quaternaire. C'est ainsi qu'après avoir constaté qu'entre la grotte du Moustier et celle de la Madelaine dans la vallée de la Vézère, il y a une différence de niveau de 27 mètres, M. Broca écrivait: "Ce creusement de 27 mètres dû à l'action des eaux, s'est effectué sous les yeux de nos troglodites, et depuis lors, pendant toute la durée de l'époque moderne, c'est-à-dire, pendant des centaines de siècles, il n'a fait que très peu de progrès. Jugez d'après cela combien de générations humaines ont dû s'écouler entre l'époque du Moustier et celle de la Madelaine."—*Associat. française*, Congrès de Bordeaux, pag. 1.212.

(2) "Nous l'avons déjà dit, l'époque quaternaire a trouvé presque partout les détails de l'orographie et de l'hydrographie constitués comme ils sont aujourd'hui. Les gorges destinées à l'encaissement des glaciers étaient déjà creusées, comme aussi les vallées, où les grands cours avaient, dès la miocène ou tout ou moins dès le pliocène, commencé à étaler les alluvions, et il est probable qu'il y avait eu déjà plusieurs alternatives de remplissage et de déblaiement."—Vigouroux, lugar citado, pag. 247.

argumento. Pues es evidente que por más tiempo y larga duración que esas perturbaciones geológicas exijan, nada se deduce de ahí en favor de la antigüedad del hombre, cuya existencia sería posterior (Edad cuaternaria) á la del período en que dichos fenómenos se realizaron.

Hay además aquí otra gratuita suposición, que no debe admitirse, y es la de suponer que las causas naturales de perturbación geológica obraron de un modo lento y normal, y, por lo tanto, fué menester un plazo grandísimo de tiempo. Pero y esto, ¿cómo se prueba, cuando sabemos más bien, á juzgar por lo que aun ahora en nuestros mismos tiempos sucede con las grandes avenidas y tempestades, que en la Edad cuaternaria las crecidísimas lluvias y grandes inundaciones debieron obrar con mucha más eficacia y rapidez? (1). Pero seamos generosos y concedamos de buen grado que realmente transcurrió todo el tiempo que se supone. Mientras no nos prueben que el hombre apareció ya al principio de la Edad cuaternaria, nada consiguen con semejante argumento, y, por consiguiente, ni las hipótesis sobre el período glacial ni los fenómenos geológicos que á ese período pertenecen, prueban algo en favor de la remotísima antigüedad del hombre.

(1) "D'ailleurs vouloir juger par ce qui se passe sous nos yeux du temps qui a été nécessaire, soit pour déblayer certaines vallées encombrées de dépôts meubles, soit pour amener jusqu'à Lyon les blocs erratiques du centre de la Suisse, serait oublier, d'abord, que les précipitations atmosphériques étaient alors au moins dix ou vingt fois plus abondantes que de nos jours, ensuite que des mouvements du sol ont dû, à plus d'une reprise, restituer aux rivières une pente torrentielle. En somme, la période quaternaire a été caractérisée par une activité tout à fait exceptionnelle des agents extérieurs, et rien dans ce que nous voyons aujourd'hui n'en peut donner une idée juste, si ce n'est ces énormes éboulements que, de temps à autre, de grandes pluies occasionnent dans les montagnes, ou ces entassements d'alluvions que la rectification d'un cours d'eau comme la Kander amoncelle en peu d'années sur un même point. L'apparent, pág. 1.283, ob. cit.

ARTÍCULO IV

DE LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE SEGÚN LA PREHISTORIA

§ I.—*El hombre y los animales prehistóricos.*

Para salir triunfantes en su empresa, llaman otros en su apoyo á la paleontología y arguyen de esta manera: A grandes profundidades se encuentran restos humanos mezclados y confundidos con los de animales que ha tiempo dejaron de existir ó emigraron, al menos, á otras regiones. Tales son el mammoth (*elephas primigenius*), el rinoceronte (*tichorinus*), el oso de las cavernas (*ursus spelaeus*), el león de las cavernas (*felis spelaea*), el megaterio (*cerous megacerus*), la hiena de las cavernas (*hyena spelaea*) y el reno (*cerous tarandus*). Estos animales deben ser considerados como prehistóricos, pues sus restos no se encuentran en terrenos pertenecientes á la época histórica, y, por otra parte, su desaparición debió verificarse lenta y gradualmente, ó sea en el transcurso de miles y miles de años. Pero, como ya lo hemos notado, los restos humanos se encuentran mezclados con los de estos animales, y, por lo tanto, fué contemporáneo de todos ellos, el hombre. Luego debe retrasarse la fecha de su aparición.

Demos que, en efecto, el hombre haya vivido con esos animales. Digo, con todo, que este solo hecho no es prueba concluyente. Y la razón, á mi ver, es muy sencilla. Porque pudo muy bien con ellos vivir el hombre, aunque su aparición en la tierra fuera de fecha muy posterior, no de otra manera que puede un niño nacido ayer, vivir con un anciano de cien años. Y este es, precisamente, el punto que se ventila, á saber, si aunque el hombre viviera algún tiempo con esos animales prehistóricos, realmente cuenta como ellos tantos años de existencia, ó, por el contrario,

es de una época posterior en miles de años y aun de siglos.

Se me responderá que harto claramente nos indican esa aparición simultánea, el hecho de hallarse mezclados en los mismos terrenos los huesos humanos con los de dichos animales. Pues yo, á mi vez, respondo que esta prueba es tan ineficaz para el intento que se pretende, que ni siquiera demuestra, no ya la igualdad de fechas, pero ni aun la coexistencia del hombre con dichos animales. Y la razón es muy clara, porque dichos restos no se encuentran en los verdaderos terrenos geológicos, sino en los de aluvión y en los llamados de transporte. Ahora bien; nadie ignora que en estos aluviones suelen hallarse, dentro de unas mismas cavernas, restos correspondientes á muy diversas Edades, y, lo que es más, colocados en orden inverso á su antigüedad, ó sea los más modernos debajo, contra lo que naturalmente y en rigor geológico debiera acontecer (1).

Más aún; en estas excavaciones se encuentran á veces mezclados con los del hombre no sólo los huesos de animales antiquísimos, que ya desaparecieron de la fauna terres-

(1) Véase Moigno, ob. y lug. cit., pág. 874. Véase también Southall, *Recent origin of man*, pág. 193. "The mere juxtaposition of the bones alone does not prove the contemporancy of the remains. Man may have frequented these caves long after the bears and the hyaenas, and have left his traces there. Or they may have been burial-places. Or his bones and those of the animals may have been swept into the caves, at different times, floods. We know that in many instances the bones were collected in this way... The bones are frequently found in the utmost confusion and disorder. It is often rendered certain in these cases that they have been washed into the caves, by the fact that drift-pebbles are found in close proximity, wihc pebbles have come from a considerable distance. They are often accompanied by terrestrial and fluvialle shells."

"Nous avons longtemps supposé—dice el Sr. Marcellus de Serres (*Comptes rendus*, tomo XLVI, pág. 1.243),—que les débris humains étaient contemporains des grands ours, des lions, des hyènes et des rhinocéros, des grottes ossifères; mais un examen plus approfondi des faits récemment observés nous a forcé d'abandonner cette supposition. Les courants d'eau ont tout mêlé, tout confondu, et cela non seulement dans le plus grand désordre, mais dans un état complet de dislocation..."—Moigno, pág. 827 y siguientes, donde el mismo Lartet, Lyell, Hamy y otros confiesan que no debemos fiarnos mucho en la coexistencia, dentro de unas mismas cavernas de los huesos del hombre con los de dichos animales.

tre, sino también los de animales domésticos, como el buey, la cabra, la oveja, el cerdo, etc., enteramente idénticos á los de estos animales, tales cuales hoy los conocemos. Luego, según muy bien observa Steentrup (1), ó se rechaza como ineficaz la prueba de la coexistencia de los restos humanos con los de los animales, ó si no permítasenos con igual derecho deducir, fundándonos en los fósiles de animales domésticos, la menor antigüedad y aun relativo carácter moderno de la edad del hombre. Porque es evidente que la existencia de esos animales, ya domesticados, arguye un gran progreso en la cultura, y, por lo tanto, una época relativamente muy posterior.

Aunque es muy difícil, por no decir casi imposible, asignar con certeza las causas de la desaparición de dichos animales llamados prehistóricos, sin embargo no faltan datos suficientes para conjeturar que no es tan antigua como algunos suponen. Como ya antes hicimos notar, los restos de dichos animales se encuentran mezclados con los de otros ya domesticados que, al menos en estas regiones, son de época muy posterior; el elefante (2) y el *cervus megarcerus* (3) aparecen en terrenos de aluvión relativamente modernos; los fósiles del elefante y del rinoceronte, consérvanse en muy buen estado en los estratos de la Siberia pertenecientes al último período glacial, que corresponde

(1) En el Congreso de Bruselas, *Comptes rendus*, pág. 211.

(2) "En la gruta de Nerón (Ardèche) — dice Hamard (*Diccionario*, página 185), — aparecen con él el caballo, el corzo, la hiena, el lobo, la cabra montés, el ciervo, el toro y hasta el perro, cuya introducción en este país parece reciente; así también resulta en depósitos superficiales ó aluviones recientes, en especial en una formación de turba de Inglaterra, que contiene animales propios en su mayoría de la fauna histórica." — Lyell, *Principes de géologie*, tomo I, pág. 710. "Mille arguments, son palabras del ilustre Moigno, plaident contre l'antiquité imaginaire attribué au mammouth. M. Désor affirme qu'en Suisse on ne trouve jamais l'éléphant que dans des terrains remaniés, et jamais dans les limons glaciaires. C'est après la retraite des glaciers que vivait ce proboscidien avec le renne." — *Revue des Cours publics*, 12 février 1870.

(3) Hamard, *ibid.*, pág. 186; Pozzy, *op. cit.*, 415.

casi á los tiempos históricos (1); el reno (*cervus tarandus*) coexiste aún en la Laponia con el hombre, y según los comentarios de *Bello gallico*, parece inferirse que existió ya en tiempo de Julio César (2).

Pero sea de esto lo que se quiera, es lo cierto que de la coexistencia del hombre con animales ó ya extinguidos ó emigrados á otras regiones, nada puede deducirse contra nosotros. Porque según consta por multitud de ejemplos, no ya unos cuantos animales, como los que la objeción supone, sino gran número de especies enteras, han desaparecido, ó perseguidas por el hombre han huido á más lejanos países en *poco tiempo*. Tanto, que el insigne Pozzy, refiriéndose únicamente á los tiempos históricos enumera, sólo de aves y mamíferos, lo menos cuarenta especies extinguidas por completo, de las cuales algunas no necesitaron más que *treinta años* para su total desaparición (3).

Alfonso Milne Edwards refiere que en la isleta Rodríguez, situada en el mar Indico, al Oriente de la de Mauricio, y en estratos no muy profundos, se ha encontrado innumerable multitud de fósiles pertenecientes á animales ya extinguidos en aquel punto, muchas de cuyas especies existían á fines del siglo XVII, como consta con certeza por el catálogo del Sr. Leguat, que describió la fauna y la flora de dicha isla (4). En el Africa Septentrional, y en tiempos que precedieron inmediatamente á la Era cristiana, había elefantes y los empleaban para las guerras; lo mismo se diga de Egipto, donde abundaban tanto que, en tiempo del Rey Tolomeo III, cogieron 120 en una cacería. Y, sin embargo,

(1) Hamard, *ibid.*, pág. 184 y 186; Moigno, pág. 881, donde según el periódico inglés *Athenaeum*, parece que en la Siberia permanece aún el elefante primigenio.

(2) IV, 21, 26. Véase sobre este punto Moigno, pág. 880-897, y Southall, *op. cit.*, pág. 310 y sig.

(3) Pozzy, pág. 412.

(4) Alphons. Milne-Edwards, *Recherches sur la faune ancienne de l'île Rodriguez*, en Moigno, pág. 872. Cfr. Hamard, *lug. cit.*, pág. 188-189.

ahora en África y en Egipto han desaparecido del todo (1). Cuando los colonos ingleses arribaron al promontorio de Buena Esperanza, encontraron allí al elefante, león, rinoceronte, al ciervo *alces* y otros mamíferos que ya han dejado de figurar en la fauna de aquel país.

Pero ¿qué más? ¿No vemos aún en nuestras mismas regiones y en nuestros mismos días que el lobo, v. gr., el jabalí y otras fieras silvestres van desapareciendo y que otros animales sumamente perseguidos por los cazadores quedarían bien pronto exterminados si los gobiernos, con pródidas leyes sobre la caza, no atendieran á su conservación? Luego ¿cómo del mero hecho de haber desaparecido varios animales, un tiempo contemporáneos del hombre, se pretende argüir en favor de esa remotísima antigüedad, si antes no se prueba con certeza que dicha separación tuvo lugar lenta y paulatinamente y en el transcurso de miles y aun millones de años?

§ II.— *La edad del hombre en el delta del Nilo.*

En el año 1851 y siguientes, Leonardo Horner, á expensas de la Real Sociedad de Londres, realizó, en terrenos de aluvi6n próximos al delta actual del Nilo, varias excavaciones, cuyo resultado se nos quiere presentar como argumento conducente.

A una profundidad de 10 y 18 metros se hallaron fragmentos de vasos y ladrillos y aun á la de 22 encontró uno Linant Bey. Según Girard, el sedimento depositado por el Nilo creció 15 centímetros y según Rosière tan sólo 63 milímetros por cada siglo. Luego, según este cálculo, los fragmentos depositados bajo esos sedimentos alcanzan una antigüedad de doce mil ó treinta mil años, que es el tiem-

(1) Hamard, *Diccionario* pág. 185.

po necesario para que, á razón de 15 centímetros ó 63 milímetros por siglo, llegara el Nilo á formar capas de 10, 18 y aun 22 metros de espesor. Resulta, por lo tanto, que, como concluye Bunsen, el hombre existía en Egipto hace ya doce mil años (1). Este es el argumento expuesto en toda su fuerza demostrativa y que, según veremos al punto, carece de fundamento sólido.

En efecto; ¿quién ha dicho que los objetos hallados á esas profundidades, bajo los sedimentos del Nilo, son de tan remota antigüedad, habiéndose encontrado en terrenos de aluvión? ¿Cómo nos prueban que, aun siendo muy posteriores, no fueron introducidos violentamente por alguna causa extrínseca? (2).

Pero demos que sea como dicen; supongamos que los fragmentos de que se trata sean contemporáneos de los terrenos en que se hallaban sepultados. ¿Quién nos ha dicho que el sedimento del Nilo se fué formando siempre de la misma manera, se fué depositando siempre en la misma cantidad, con igual lentitud y, por lo tanto, que la constitución geológica de esos terrenos — requiere la antigüedad que el argumento gratuitamente supone? O más bien, como prudentemente advierten insignes geólogos, ¿debemos mirar con cauteloso recelo los cómputos aventurados y cálculos inexactos que de la inspección y estudio de los aluviones y sedimentos suelen formarse? No se necesita ser muy versado en estas materias para saber que á veces, por

(1) Pözzy, *La terre et le récit biblique*, pág. 441; Moigno, ob. y lug. cit., pág. 767.

(2) Moigno, *ibid.*, pág. 769; Southall, ob. cit., pág. 474: "The resulting estimates for the antiquity of bricks and pottery in Egypt range from twelve thousand to sixty thousand years. A writer in the *London Quarterly Review* answers all this with the remark that the late Robert Stephenson found in the delta near Damietta, at a greater depth than was ever reached by Mr. Horner, a brick bearing upon it the stamp of Moammed Ali." Véase, pues, con qué cautela ha de procederse en el cómputo de la antigüedad de tales restos hallados en los sedimentos

la acción de poderosas causas geológicas, llegan á formarse estratos de grandísimo espesor (1).

Pero, en fin, cedamos por un momento de nuestro derecho y concedamos que los sedimentos fueron depositándose siempre en la misma cantidad. Ahí está precisamente el *nudo gordiano*. ¿Es cierta la base del cálculo según el cual el aumento *secular* de dichos estratos fué sólo á razón de 15 centímetros y 63 milímetros? De ninguna manera.

Para formar el cómputo aducido, fúndanse algunos en el hecho de hallarse cubierta por un sedimento de nueve pies de espesor la base de la estatua de Rhamsés II, erigida en Menfis hacia el año de 1360 antes de la Era cristiana. Pero este fundamento es absurdo; luego también lo será el cálculo sobre tan insostenible base cimentado.

Suponen, no sé con qué derecho, que las inundaciones del Nilo empezaron el año mismo de la erección de la estatua de Rhamsés II y fueron continuándose anualmente de la misma manera, lo cual es inadmisibile. Porque, como observa muy bien Reusch (2), debemos creer que tan

(1) F. Jergusson escribe lo siguiente en la revista *Quarterley Journal of the geological societ* y Agost. 1863, pág. 327: "Les observations dont je viens de parler font voir combien on est exposé à se tromper dans les conclusions tirées des percements faits dans les dépôts d'un delta et dans les calculs fondés sur des alluvions locales. Voici ce que j'ai constaté moi-même. Les briques qui formaient les fondements d'une maison que j'ai construite furent emportées par l'eau d'un fleuve et déposées dans son lit à une profondeur de 30 à 40 pieds. Depuis lors le fleuve s'est retiré à l'endroit où était ma maisonnette, mais à 40 pieds au dessus de ses ruines, on trouve actuellement un nouveau village. En y faisant des fouilles on y trouverait mes briques et on pourrait calculer d'après la profondeur où elles gisent, combien il y a de milliers d'années que je vivais.."

Véanse muchos ejemplos de estos en Reusch, pág. 556, y Moigno, pág. 777 y sig. Finalmente. el Sr. Kerviler, en la *Revue des Questions scientifiques*, tomo IX, Enero, 1881, pág. 29, demuestra que en la desembocadura del Loire los estratos del delta crecieron cada siglo á razón de 37 centímetros. Por donde se ve que no puede darse cronómetro seguro para medir el incremento de los sedimentos formados por los ríos.

(2) "Horner suppose que les dépôts ont commencé à se former sur la base de la statue de Ramsès, au moment même où elle fut erigée 1360 avant Jésus

pronto como la cultísima Menfis (hoy Cairo) fué habitada, se vió protegida contra los desbordamientos del Nilo ó por su posición misma topográfica ó, si esto no, al menos por muros y reparos artificiales. Y, por lo tanto, es verosímil suponer que las inundaciones no empezaron hasta el año 500 de la Era cristiana, ó sea después de la devastación de la ciudad.

Consta, en efecto, que hasta esta época fué grande y aun asombroso su florecimiento incompatible, por otra parte, con las anuales inundaciones del Nilo, que gratuitamente se suponen coincidir con el comienzo y fundación de Menfis. Luego, como antes decíamos, flaquea por su base el cómputo de Horner y los desbordamientos del Nilo datan del año 500 de la Era cristiana; es decir, que en mil quinientos años próximamente, los estratos del sedimento depositado pudieron alcanzar un espesor de cerca de tres metros. Bastan, pues, cinco ó seis mil años de existencia para explicarnos la altura que actualmente presenta y, por lo tanto, nada se deduce de aquí en contra de la tesis.

§ III.—*El hombre Natchez.*

Allá en el delta del caudaloso Mississipi, en la ciudad de Natchez, á una profundidad de cinco metros, bajo capas de materia vegetal, Dowler tuvo la fortuna de desenterrar un hermoso esqueleto en otros tiempos distantes de los nuestros cien mil ó ciento cincuenta y siete mil años, *pro-*

Christ. Il faudrait alors que Memphis eût été annuellement inondée par les eaux, ce qu'on ne peut guère supposer. Aussi longtemps que Memphis fut habitée, il est probable que cette ville fût protégée contre l'inondation par sa position, ou par des moyens artificiels; le Nil ne put y déposer ses sédiments qu'après la dévastation de cette ville, qui eut lieu 500 ans après Jésus Christ; par conséquent la couche de 9 pieds 4 pouces s'est formée dans l'espace de 1.400 ans, ce qui élève le dépôt formé dans chaque siècle bien au dessus de 3 pouces $\frac{1}{4}$.—Reusch, op. cit., pág. 553.

piedad de un correcto ciudadano americano. Que el *armazón* de que se trata sea un esqueleto humano, no puede negarse; que se haya encontrado á una profundidad de cinco metros bajo los sedimentos del delta del Mississipi, es un hecho. Pero... según el *acreditado* cronómetro de Gerardi y de Horner, que antes aplicamos á las anuales inundaciones del Nilo, el *lapso* de tiempo necesario para que á razón de 15 centímetros ó 63 milímetros por siglo llegara el Mississipi á formar sus sedimentos, es el de cien mil ó ciento cincuenta y siete mil años, según los cálculos respectivamente de Lyell y de Vogt (1). Luego...

Salta á la vista que todo el ingenio de tan formidable máquina dialéctica está en suponer que el cálculo de Vogt y de otros semejantes puede servir con exactitud para el cómputo de los años que en la formación de los actuales sedimentos invirtiera el Mississipi en sus seculares inundaciones.

O más brevemente: la fuerza del argumento estriba en la hipótesis de que las capas de sedimento en el delta del citado río americano crecieran á razón de 15 centímetros ó 63 milímetros por cada siglo, hipótesis que será todo lo ingeniosa que se quiera, pero que tiene el gravísimo inconveniente de ser totalmente *gratuita* y estar ya refutada en el párrafo anterior. Cae, por lo tanto, destituida de su falsa base toda la aparatosa objeción y cae al embate de las razones antes expuestas y confirmadas por lo que hace al caso presente por el testimonio irrecusable de varios sabios modernos, testigos de mayor excepción.

Así, por ejemplo, Abbot, comisionado por el gobierno de los Estados Unidos para explorar detenidamente todo el río y cuencas del Mississipi, después de bien estudiado el asunto sobre el terreno, afirmó que el referido delta no exi-

(1) Lyell, *L'ancienneté*, cap XI, pág. 224-225; Vogt, *Leçons sur l'homme*, pág. 431 y sig

gía una duración más allá de cuatro mil años (1). Juan Lubbock sostiene que bastan tres mil para explicar el desarrollo y cultura del hombre americano (2), y Schmidt (3) se contenta con mil setecientos años. Quatrefages, con favorecer y todo la opinión de la exagerada antigüedad del género humano y admitir la existencia del hombre terciario, cree, sin embargo, que el hombre americano es de fecha muy reciente (4). El mismo Lyell, por fin, después de advertir que debe darse poco crédito á semejantes cómputos, basados en tan inexactas y arbitrarias cronologías, añade que los estratos del famoso delta del Mississipi fueron removidos y trastornados en un grande terremoto, hacia el año 1811, y que, á su juicio, son de una época algo más reciente que la de los de Abbeville, en la región del Somme.

Donde verá, finalmente, el discreto lector que, después de tanta paleontología, corremos el riesgo eminente de

(1) Hamard, *Etudes d'Archeologie*, Avant-propos, págs. 7-11, Paris, 1880.

(2) *L'homme avant l'histoire*, págs. 210 398 apud Figuier, *L'homme primitif*, pág. 444.

(3) *Zur Urgeschichte Nordamerica* en la *Archiv. sur Anthropologie* tomo V, an. 1872, pág. 162. Véase Vigouroux, pág. 253.

(4) "C'est surtout par le nord que me semblent avoir eu lieu les grandes migrations et elles ont été accomplies par des populations sauvages. Les traditions tirées par l'abbé Brasseur de Baurbourg des livres sacrés des Quichés, celles des Delaxares que nous a conservé Heckewelder, me paraissent bien instructives à cet égard. En comparant les récits du missionnaire avec quelques-uns des faits de l'histoire mexicaine antérieure à la conquête, j'ai pu déterminer approximativement la date de l'arrivée des Peaux Rouges dans le bassin du Mississipi. Il ne me paraît pas qu'on puisse la faire remonter au-delà du IX ou du VIII siècle au plus.— Ces mêmes additions mettent en lumière un fait non moins important; c'est que les tribus Algonquines et Iroquoises, après avoir traversé la vallée du Mississipi, d'où elles chassèrent le peuple dont on étudie aujourd'hui les singuliers monuments, n'eurent plus à combattre et trouvèrent le pays inhabité jusqu'à la côte et bien loin vers le sud. Une conclusion analogue ressort, quoique moins clairement, des traditions de quelques peuplades de l'Amérique meridionale. Ainsi, dans les deux moitiés du Nouveau-Monde peut-être, dans la portion septentrionale à coup sur, on retrouve ces terres désertes que nous a déjà montrées la Polynésie et le prétendu *autochthone américain* d'Agassir, de Morton, de Nott, de Gliddon, est au contraire un des derniers venus sur ce continent." — Quatrefages, *L'espèce humaine*, lib. V, cap. XVIII, páginas 153-154.

considerar como prehistórico un pobre esqueleto que sabe Dios si lleva de existencia un par de siglos.

§ IV.— *El torrente Tinière.*

Hay en Suiza un torrente, llamado Tinière, que va á tributar sus aguas al lago de Ginebra. Junto á la misma desembocadura forma un alfaque de diversos estratos, bajo los cuales yacen sepultados huesos de hombre, fragmentos de ladrillo y otros objetos por el estilo. Sólo con estos datos ha querido Marlot deducir siete mil años de fecha para los fósiles humanos que ocupan el fondo y últimas capas de los estratos (1). Y cuenta que aún debe asignarse más remoto origen á los mamíferos que, según muchos, fueron contemporáneos del hombre (2).

¿Y qué respondemos á esta objeción? Que los cálculos del Sr. Morlot no tienen otro fundamento sólido que su *buena voluntad* de echar abajo la doctrina de los católicos referente á la edad del hombre. Y si no, vamos á la prueba.

Todo el *tinglado*, permítasenos la frase, estriba en dos falsos supuestos. Para que la objeción tenga alguna fuerza,

(1) "Les divers couches dont se composent ces alluvions semblent superposées dans un ordre très régulier. On peut y reconnaître à diverses profondeurs trois couches différentes de terre végétale qui ont recouvert autrefois chaque dépôt. La couche supérieure a de 4 à 6 pouces d'épaisseur et git à 4 pieds sous le sol; on y a découvert des morceaux de briques romaines et une pièce de monnaie romaine. La couche du milieu a 6 pouces d'épaisseur et se trouve à dix pieds au dessous du sol; on y a découvert des débris de vaisselle en argile non vernissée et de petites pincettes en bronze. La couche inférieure a de 6 à 7 pieds d'épaisseur et git à une profondeur de 19 pieds; on y a trouvé des poteries très-grossières, du charbon et des ossements d'animaux fracturés. Marlot conclut de ces faits que la couche supérieure remonte au temps des Romains, celle du milieu à l'époque de bronze, et celle du bas à la période de pierre. La période romaine pour la Suisse remonte au moins à 13 et au plus à 18 siècles. Or si, depuis cette époque, le ruisseau a amoncelé 4 pieds de détritus, il suit de là, supposé que le dépôt se soit fait régulièrement, que l'âge de la période de bronze est au moins de 3.900 et au plus de 4.200 ans, et que celui de la période de pierre est au moins de 4.700 et au plus de 7.000 ans."—Reusch, *La Bible et la nature*, pag. 576.

(2) Lyell, ob. cit., pag. 413.

debe suponer que los sedimentos del torrente Tinière fueron formándose y depositándose siempre con la misma uniformidad y lentitud. Pero como muy bien observan (1) Andrés Wagner (2) y Carlos Vogt, esto no puede admitirse, ó al menos está gratuitamente admitido y, según el axioma de las escuelas, refrendado por el sentido común *quod gratis affirmatur gratis negatur*.

Suponen en segundo lugar que en dichos estratos aparecen vestigios de las tres famosas Edades: la de piedra, la de bronce y la romana. Y esto también es una de tantas gratuitas afirmaciones que por si solas se vienen abajo. Porque el mismo Vogt duda mucho que los estratos superiores alcancen la época de la dominación romana: sólo existen indicios levisimos y despreciables para asignar á otros una fecha correspondiente á la Edad de *bronce*, y por fin, el que se supone pertenecer á la de piedra no presenta los caracteres propios de tan remota antigüedad.

§ V.—*Las ciudades lacustres en Suiza.*

En el fondo de varios lagos de Suiza, á profundidades de un metro á 4,50, han dado nuestros investigadores con antiguas columnas de madera que, á no dudar, sirvieron en otro tiempo para base y sostén de poblaciones pertene-

(1) "Morlot a conclu de la régularité des couches qui forment le dépôt à la régularité de l'atterrissement. Néanmoins, nonobstant l'apparente régularité, les atterrissements d'un courant d'eau qui se précipite des montagnes à la suite de grandes pluies ou de la fonte des neiges ne peuvent jamais être réguliers. Un courant d'eau d'une force extraordinaire, inondant le pays à la suite d'une pluie torrentielle, peut, en un seul jour, emporter plus de matières que des eaux dont la course est régulière n'en déposent pendant des siècles. De plus, rien n'empêche que ces matières, emportées par les eaux, ne se déposent avec ordre par suite de la diversité de leur pesanteur tout aussi bien que si elles avaient été déposées peu à peu.", Reusch, ob. cit., págs. 577-578. Cfr. Pozzy, ob. cit., pág. 445. Moigno, página 866.

(2) *Bedenken über einige neuere versuche das Alter der europäischen Urbe-völkerung zu bestimmen*, apend Reusch, pág. 577.

cientes á la Edad de piedra, ó cuando menos, á la de bronce, descubrimientos á los que por hiperbólico eufemismo han convenido en llamar ciudades lacustres de la Helvecia (1).

Dícese que de la atenta y científica inspección de dichos restos aparece la diversa cultura que en otro tiempo debieron tener esas ciudades, hecho que nos autoriza á suponer que pertenecieron á las tres famosas Edades de piedra, de bronce y de hierro. Pero la primera de estas Edades, ó sea la de piedra, se remonta, según el cómputo cronológico del Sr. Morlot, á una antigüedad de cinco ó seis mil años; luego es justo conceder al hombre por lo menos la fecha de las ciudades lacustres, que ya entonces construía y habitaba (2).

He aquí la objeción que, á pesar de su variedad con respecto á las anteriormente expuestas, tiene, no obstante, idéntica solución que todas ellas.

Porque el único fundamento en que se apoya, no es otro que los cálculos cronológicos del Sr. Morlot, se halla desvirtuado de toda razón sólida que lo garantice. Por eso no es extraño, si el Sr. Keller se atreve á afirmar que hasta el presente no puede hacerse con exactitud ni visos siquiera

(1) "Dans les parties basses de plusieurs lacs de la Suisse, à des profondeurs de 1 mètre à 4 mètres 50, on a découvert d'anciens pilotis de bois ayant servi évidemment de supports à des villages, baptisés du nom un peu trop prétentieux de cités lacustres, et dont l'origine remonte au dernier âge de la pierre, ou même à l'âge du bronze. Elles ont commencé à attirer l'attention vers 1854. La première fut découverte dans le lac de Zurich, dont les eaux avaient subi une baisse excessive et dont on voulut reculer le rivage. A l'heure qu'il est, on a retrouvé 11 stations lacustres dans le lac de Brienne, 26 dans le lac de Neuchâtel, 24 dans le lac de Genève, dans le lac de Constance, 3 dans le lac d'Annecy, etc. Le mode de construction de ces villages sur pilotis est partout le même; des pieux en bois de chêne, de 60 centimètres de diamètre environ, étaient plantés dans le fond du lac; enfoncés dans le sol, ils étaient reliés ensemble par des poutres destinées à soutenir un plancher, et c'est sur le plancher que les habitations étaient bâties; un pont construit de la même manière réunissait le village à la terre. L'importance de ces villages variait beaucoup; on en a découvert qui pouvaient contenir de 1.500 à 1.800 habitants." — Moigno, ob. et loc. cit., pág. 862.

(2) Moigno, loc. cit. ág. 864.

de sólida probabilidad, cómputo alguno sobre la fecha á que se remontan las referidas ciudades lacustres (1). Fundados en esta imposibilidad de aventurarse con tan inciertos datos, los hombres verdaderamente prudentes ó se abstienen, como el mismo Keller, Desor y Von Bar, de todo cálculo cronológico, ó á lo más conceden á dichas habitaciones una antigüedad de mil años próximamente (2).

Pero si bien se mira, no hacía falta que el argumento extrínseco de la autoridad científica viniese á corroborar nuestro aserto cuando del inmediato estudio de la cuestión *lacustre* se deduce con evidencia la misma verdad. Porque sólo la fantasía de nuestros adversarios pudo soñar con tales ciudades, á las que vendría muy ancho el dictado de villorrios.

Estacas de encina de 60 centímetros de diámetro, clavadas en el fondo del lago, unidas entre sí por medio de vigas para sostener un tablado que á su vez sirviera de base á las asendereadas habitaciones lacustres; y todo esto, unido con la tierra por un puente de la misma *complicada* arquitectura; he ahí, lector amable, el *tinglado* inverosímil que como maravilloso descubrimiento pretenden oponernos.

(1) "Vith respect,, dice Keller, to the age of the early settlements of this nature (Lake-Dwellings) we have not a single safe datum to guide our determination, so that it is quite impossible with any probability to decide even approximalety the century or the centuries when they existed., Keller, *The Lake Dwellings*, pág. 293.

(2) "Aussi de nos jours revient-on de plus en plus de cette antiquité exagérée qu'on avait d'abord attribuée aux habitations lacustres. Hochtetter (*Æsterr. Wochenschrift*, Dec. 1864, 1.610) regarde comme très-vraisemblable qu'elles ne remontent pas à plus de dix siècles avant l'ère chrétienne; Franz Maurer, qui a publié dans *l'Ausland* une série d'articles sur ces constructions, les fait remonter au temps écoulé entre le cinquième et le huitième siècle avant Jésus Christ (*Ausland*, 1864, 913). Hassler, dans une dissertation remarquable (*Vierteljahrschrift*, 1865, pág. 80) place dans le troisième siècle avant Jésus-Christ le grand nombre des constructions lacustres les plus récentes, et, en parlant des plus anciennes, il dit: "Rien ne nous oblige de faire remonter leur âge à plus de 1.000 ans avant Jesu-Christ., Reusch, págs. 578-579.

Pero sea como dicen: supongamos que efectivamente surgen del fondo de esos lagos por arte de *encantamiento* verdaderas ciudades; maravillas como *esas* han existido en Francia ayer, como quien dice, durante los Reyes carlovingios junto á Voiron (Isère) (1) y existen aun en nuestros días en otras regiones del globo (2).

Luego el argumento de las ciudades lacustres nada prueba tampoco en favor de la inverosímil antigüedad del hombre.

§ VI.—*El hombre fósil.*

Dejando otros argumentos de menor cuantía que pueden verse expuestos y largamente tratados en Moigno, vamos á discutir ahora uno verdaderamente *terrorífico*. Prepárese el lector, porque vamos á exponer ante su atónita consideración cráneos, mandíbulas, calaveras y otros excesos por el estilo.

Se trata del hombre fósil, una de cuyas más antiguas estirpes, según Hamy y Quatrefages, es la de *Canstadt*,

(1) "L'usage des habitations sur pilotis au milieu des lacs ou des marais, est de tous les temps et de tous les pays. Les palafittes préhistoriques de la Suisse, les crannoges d'Irlande, les terramares d'Italie ont eu leurs analogues à toutes les époques historiques. Hérodote a décrit les habitations sur pilotis des Péoniens du lac Prusias; Hippocrate, celles du Phasis; Abulfeda celles du lac des Chrétiens en Syrie, au XIII siècle. M Chantre a exploré au lac Paladru (Isère) une palafitte carlovingienne, et un historien du VIII siècle paraît faire allusion à des établissements de ce genre, quand il relate que l'armée carlovingienne sous la conduite du sénéchal Andulf, s'empara en l'année 786 d'un grand nombre de Bretons, de leurs Châteaux et de leurs forteresses construits dans des lieux marécageux, *in locis palustribus*., Arcelin, en la *Revue des questions scientifiques*, Avril, 1877, tomo I, pág. 417.

(2) "Ces habitations lacustres sont encore en usage chez différentes peuplades. Layard en a trouvé de semblables chez une tribu arabe qui habite des pays marécageux près de l'Euphrate; on en a trouvé également chez les nègres près du lac Tschadda, dans l'Afrique centrale, chez les Papous de la Nouvelle Guinée, à Bornéo et ailleurs encore. Hérodote (V, 16) parle d'un village des Péoniens entièrement bâti sur pilotis, sur le lac Prusias en Thrace.—Reusch, pág. 573.



donde por vez primera dieron los paleontólogos con esta clase de *argumentos*, á fines del siglo XVIII. A la misma raza, según dichos escritores, pertenece también el famosísimo cráneo *Neanderthal*, descubierto cerca de *Düsseldorf* por Fuhlrot el año 1857. Según unos, su antigüedad llega al principio de la Edad cuaternaria. Para su descubridor, cuenta la friolera de doscientos mil ó trescientos mil años, y no faltan quienes lo suponen contemporáneo de la Edad terciaria (1).

Tampoco son de ayer, pues los hacen coetáneos del *ursus spelaeus*, *elephas primigenius* y del *mamoulb*, otro cráneo hallado, según cuentan, por Schmerling, cerca de Engis (2), en una caverna de Bélgica, un maxilar descubierto por Eduardo Dupont en la caverna Naulette, cerca de Dinant, también en Bélgica, la mandíbula Moulin-Quignon, de que antes se trató, y otros fósiles humanos.

Sigue en orden de importancia la raza *Cro Magnon*, cuyos cadáveres fueron encontrados en la población del mismo nombre de la región Périgord en la caverna Eycies, cerca de Toyac, en Dornia (Francia), gracias á la diligencia y trabajo de Eduardo Lartet y Christy. Con esta estirpe tiene gran semejanza, según algunos, el hombre fósil que en los confines de Francia é Italia, en las cuevas de Menton, halló Rivière, junto á los fósiles del *felis spelaeo*, *ursus spelaeus* y otros animales primigenios.

Viene, finalmente, la raza *Furfooz*, cuyos fósiles desen-

(1) Véase á Quatrefajes, *L'espèce humaine*, lib. VIII, cap. XXVI, ubi inter alia multa haec scripsit (pág. 228): "Jusqu'à ce jour la race de Canstadt est incontestablement la race européenne la plus ancienne. Elle a disputé le sol aux grands mammifères éteints, au mammoth, au rhinocéros thichorinus, à l'ours et à l'hyéne des cavernes. Elle appartient donc aux premiers temps de l'époque quaternaire. Pour M. Schaaffhausen, elle remonterait bien plus haut encore et ne serait autre chose que l'homme tertiaire survivant à la dernière révolution géologique."

(2) Véase su minuciosa descripción en Figuier, *L'homme primitif*, página 90 y sig. París, 1882.

(3) Véase su minuciosa descripción en Hamy, *Précis de Paléontologie humaine*, cap. XI, pág. 346. Figuier, *L'homme primitif*, pág. 180 y sig.

terrá Eduardo Dupont después de Schmerling en las cavernas de Furfooz en Bélgica (3) Los cráneos así descubiertos presentan, en opinión de algunos, gran semejanza con los hallados en el cementerio de Solutré en la región de Borgogne por Arcelin y Ferry (1), y que se dicen pertenecer á la edad del reno ó *cervus tarandus*.

Antes de responder directamente, no estará de más advertir, como de paso, la suma ligereza y arbitrariedad con que algunos proceden en este asunto. Escritores hay que, llevados de su afán anticatólico, han pretendido cón temerario empeño deducir de inciertos é incompletos restos, no ya la mayor ó menor antigüedad de las razas, sino lo que es más admirable; las cualidades peculiares, la índole ó ingenio, el carácter y costumbres de los individuos mismos á que pertenecieron. Y fantaseando á su capricho y ostentando como verdades inconcusas y conquistas de la ciencia, vanas y gratuitas hipótesis que todo hombre serio debe por decoro rechazar, quieren minar por su base el inmovible edificio de la verdad católica, que ha desafiado todo el poder y la astucia toda de los sofistas de todos los tiempos.

Viniendo al punto concreto, cuya discusión nos ocupa en estos momentos, bien claro verá el lector qué fuerza tienen y qué autoridad merecen. Juzgando con imparcialidad, bien pronto se echa de ver que son inconsistentes de todo punto los fundamentos en que se apoyan.

Para que algo pruebe y algo valga la argumentación del hombre fósil, es necesario *suponer* que sus restos se remontan á los comienzos de la Edad cuaternaria. Esto, ni se prueba con razón alguna aceptable ni, según autorizados paleontólogos, puede probarse; como que los datos hoy día existentes en todas las regiones exploradas no bastan en modo alguno para suponer que dichos fósiles sean hu-

(1) Véase Figulier, pág. 182.

manos, ni aunque esto pudiera demostrarse sería suficiente por sí solo para determinar la antigüedad del género humano, como, de la refutación en anteriores párrafos consignada, se ha podido con evidencia conocer.

Segundo fundamento que presupone la objeción, á saber: que las estirpes cuyos fósiles se presentan fueron coetáneas de los animales llamados prehistóricos. Pero hemos demostrado que de aquí nada convincente é irrefutable puede inferirse en contra de nuestra tesis. Luego no puede sobre tan movediza base apoyarse la argumentación.

Finalmente—dicen—la estirpe *canstadciana*, y es este el *tercer* falso supuesto que vamos á refutar, presenta caracteres de una degradación pasmosa y, por consiguiente, sólo á fuerza de miles de millones de años ó de siglos pudieron esas razas llegar al grado de cultura intelectual y moral que admiramos después en el género humano.

A primera vista parece que la dificultad tiene fuerza, pero no es así. En primer lugar, ¿quién puede deducir con exactitud y precisión cuasi matemáticas de la simple vista y estudio de incompletos y problemáticos restos, el grado de cultura intelectual de las razas á que se dicen pertenecer? Pero demos que ello sea: en segundo lugar, nada se adelanta con esto, pues toda la fuerza del raciocinio estriba en suponer que el primitivo estado en que fué constituido el hombre fué de rudeza ó salvajismo, ó lo que es más, que desciende de no sé qué simio antropomorfo y reconoce un origen puramente beluino y animal, ambas suposiciones igualmente falsas é inadmisibles.

Que el hombre no desciende del mono, se prueba largamente en otro lugar de la Filosofía (1), y no es necesario, por lo tanto, que ahora nosotros nos detengamos á refutarlo. Tampoco debe admitirse, como después más

(1) Véase *Psycholog.*, vol. I, núm. 84 y sig., pág. 388 y sig., y, sobre todo, pág. 332, *Denique ad probationem* γ.

detenidamente veremos, que fuese la barbarie y el salvajismo el primitivo estado del hombre. No; Dios no crió al padre y caudillo de todo el linaje humano, en tan misérrima condición, destituido del caudal de conocimientos y el grado de cultura que dignidad tan elevada y tan múltiples necesidades, así propias como ajenas requerían.

Es más: aunque por un momento diéramos de buen grado que hubiera así salido el hombre de las omnipotentes manos de su Hacedor, ¿quién ha probado que se requieran precisamente esos miles y millones de años, por no decir de siglos, para que deponga su barbarie y adquiera el grado de cultura y de civilización á que históricamente ha llegado?

Por lo tanto, el argumento del hombre fósil carece de la solidez y fuerza que sus aparatosos *descubridores* le quieren arbitrariamente conceder. Y eso que hemos hecho gratuitas concesiones para robustecer la argumentación. Y eso que hemos tratado sobre todo de la raza *canstadciana* que es, en realidad, la única cuyos fósiles pueden aparentemente ofrecer alguna mayor dificultad.

Porque si consideramos los cráneos Engis y Neanderthal veremos que son restos tan incompletos (falta en ellos la parte facial) é insuficientes, que de ninguna manera pueden bastar para deducir de ellos nada seguro respecto á la antigüedad del género humano. El primero de ellos, según afirma Pruner-Bey después de concienzudo examen, pertenece á la raza céltica, es decir, á una época bastante más moderna que la pretendida por nuestros adversarios (1).

(1) Pour un anatomiste anglais, M. Huxley, ce crâne n'offre aucune trace de dégradation; il présente "une bonne moyenne," et il pourrait être aussi bien celui d'un philosophe que celui d'un sauvage inculte. Pour d'autres, et par exemple pour M. Karl Vogt, il dénote un degré tout à fait rudimentaire d'intelligence. Lyell n'ose prendre aucun parti entre ces deux opinions.— Ainsi Hippocrate-Huxley dit *oui*, Galien-Vogt *non*, et Celse-Lyell ne dit ni oui ni non. Cela ne nous surprend guère, car il est bien difficile de raisonner sur une pièce aussi incomplète. Nous dirons cependant que l'opinion de M. le docteur Pruner-Bey est que le crâne d'Engis est un crâne de femme, qui appartient à la race celtique, c'est-à-dire à une race très moderne. Le

El segundo, también de la misma estirpe, pertenece á algún individuo de los tiempos históricos sepultado en las cavernas donde esos restos se encuentran (1), y en opinión de Quatrefages, son tales los rasgos que presenta el cráneo de Neanderthal, que no duda en afirmar tiene parecido con otros evidentemente de los tiempos modernos, y lo que es más aún, con individuos que viven en nuestros días (2). El Dr. Mayer llega á decir que puede muy bien

crâne d'Engis est déposé au Jardin des Plantes de Paris dans la galerie d'anthropologie. A côté de cette pièce on voit le squelette d'une femme celtique de très haute taille. Le crâne de ce squelette correspond parfaitement, selon M. Pruner-Bey, à celui du crâne d'Engis; il est seulement plus volumineux. — Figuiet, *L'homme primitif*, pág. 91.

(1) "En résumé, le crâne du Néanderthal appartient, selon M. Pruner-Bey, à une époque qui est difficile de fixer, mais qui dans aucun cas, ne peut être plus ancienne que l'époque du renne. Il pourrait même appartenir à une époque beaucoup plus moderne, car la particularité qui frappe dans le crâne, c'est à-dire le développement des sinus frontaux, se rencontre, sinon au même degré, du moins d'une façon analogue, sur des crânes isolés de toutes les époques, et même parmi nos contemporains. Le fils du maréchal Grouchy, mort récemment, présentait ce même développement normal des arcades sourcilières. Une haute célébrité médicale d'Italie, le docteur Buffalini, le présente également. — En résumé, M. Pruner-Bey incline à penser que le crâne désigné sous le nom de *Néanderthalois* n'est que celui d'un individu appartenant au peuple celtique, qui aurait été enterré pendant les temps historiques dans la caverne où on l'a trouvé. La saillie des arcades sourcilières serait, dans l'opinion de M. Pruner-Bey, un cas anormal, une exception tout individuelle, survenue chez le dit Celte. Il faut donc bien se garder de considérer ce crâne comme représentant une race particulière; c'est un individu qui offrait une anomalie." — Figuiet, *ibid*, pág. 94.

(2) "Au Congrès de Paris, M. Vogt a cité l'exemple d'un de ses amis, le Dr. Emmayer, dont le crâne rappelle entièrement celui du Neanderthal et qui n'en est pas moins un médecin aliéniste fort distingué. En parcourant le Musée de Copenhague, je fus frappé des traits néanderthaloïdes que présentait un des crânes de la collection, il se trouva que c'était celui de Kay Lykke, gentilhomme danois qui à joué un certain rôle politique pendant le XVII^e siècle. M. Godron a publié le dessin de la tête de saint Mansuy, évêque de Toul au IV^e siècle, et cette tête exagère même quelques-uns des traits les plus saillants du crâne de Néanderthal. Le front est encore plus fuyant, la voûte plus surbaissée et la tête s'allonge si bien que l'indice céphalique descend à 69,41. En fin la tête de Bruce, le héros écossais, reproduisait aussi le type de Canstadt. — En présence de ces faits, il faut bien reconnaître que même l'individu dont on a trouvé les restes dans la caverne de Néanderthal a pu posséder toutes les qualités morales et intellectuelles compatibles avec son état social inférieur." — De Quatrefages, *L'espèce*

ser de algún cosaco muerto por los años de 1814. Tan exigua es la antigüedad de fecha que de los estratos en que se encuentran y de las demás condiciones que en ellos concurren, presentan los referidos cráneos.

La raza Cro-Magnon, según el ya citado Pruner-Bey, es muy semejante á la de los laponeses, finlandeses y otros pueblos de nuestros tiempos (1), por lo cual la llama raza *mongoloide primitiva* (2). Finalmente, la estirpe Furfooz y todos los otros fósiles aducidos ofrecen señales de más reciente origen y, por lo tanto, el argumento del hombre fósil corre parejas con el de las ciudades lacustres de la Helvecia que antes justísimamente rechazamos.

§ VII.—*El progreso en la civilización del hombre.*

Vengamos ahora á discutir los argumentos de la *arqueología prehistórica*.

Es verdad innegable—dicen—y merece los honores de indiscutible axioma que el hombre, lo mismo en la vida individual, donde la niñez precede á la juventud y ésta á la virilidad, como en la vida social, procede siempre de lo imperfecto á lo perfecto. Es evidente que para este gradual y paulatino progreso se requiere un gran lapso de tiempo, como lo demuestran los pueblos bárbaros que durante un espacio de tantos y tantos siglos apenas si han logrado salir de las tinieblas de la ignorancia y salvajismo en que se hallan sumergidos. Es, por lo tanto, necesario afirmar que la existencia del género humano se remonta, contra lo que nosotros pretendemos, á una fecha antiquísima.

humaine, pág. 231. Véase también Pozzy, *La terre et le récit biblique de la création*, pág. 387, París, 1874.

(1) Véase Hamard, *Diccionario Apologético*, en la voz *Hombre*, página 1.554.

(2) El mismo Quatrefages, *L'espèce humaine*, pág. 248.

Examinemos cada una de las proposiciones cuya verdad se nos da como innegable.

Que el hombre procede siempre de lo imperfecto á lo perfecto. Ciertamente que, ordinariamente hablando, así debe suceder, á menos que un auxilio especial y singularísima providencia de Dios le coloque en otras excepcionales condiciones. Ahora bien; en el caso de que se trata, ¿tenemos fundamentos para asegurar que intervino esa especialísima Providencia? Ciertamente que sí.

La narración mosaica nos dice que el hombre, rey de la creación y obra primorosa de las manos del Hacedor, apareció en el mundo en un estado felicísimo de superioridad moral é intelectual, de que sólo por el pecado vino á caer y la común y no interrumpida tradición de todos los pueblos, que ya de por sí es un testimonio respetabilísimo, y mucho más si viene en apoyo del Génesis, nos confirma, como ya antes lo hicimos notar, que no fué la barbarie y el salvajismo la triste y miserable condición del hombre en los momentos de su aparición sobre la tierra.

Y á la verdad, si consultamos á la misma razón natural veremos que no pudo suceder de otra manera. Porque si Dios tiene, como en otro lugar de la Filosofía se demuestra, especial providencia del hombre, ¿cómo suponer ni por un momento siquiera que conviniese crearle tan abyecto y miserable que ni á sí mismo ni á sus descendientes pudiera debidamente proveer? ¿No deberemos, por el contrario, afirmar que otro muy distinto y más digno fué el estado en que Dios colocó desde el principio al rey de la creación y cabeza del género humano? Sólo, por lo tanto, los que escudados en la absurda teoría del darwinismo, nos suponen descendientes de no sé qué simio antropomorfo, pueden atreverse á establecer como inconcuso el falso supuesto de la primitiva abyecta condición del hombre sobre la tierra.

Pero aún hay más: lo que la narración genesiaca con-

signa, lo que la unánime tradición de los pueblos corrobora y la misma razón natural indica, se halla confirmado por el testimonio de la historia.

Es cosa averiguada que el hombre constituido en el salvajismo y en la barbarie, y abandonado á sus propias fuerzas, tarde ó nunca llega á salir de la abyección intelectual y moral inherentes á tan miserable estado. Para ello necesita el concurso de fuerzas extrañas, el auxilio del magisterio y la educación que de otros hombres más cultos y civilizados reciba.

Ahi están para atestiguar esta verdad la costa septentrional de Africa y sobre todo el imperio de Cartago; ahí está el Egipto, Asiria, Babilonia y otros pueblos que un día florecieron por su cultura y hoy yacen inertes, sepultados, por decirlo así, entre las ruinas y escombros de su pasada grandeza. Ahi están proclamando con su historia tan desconsoladora verdad todas las naciones bárbaras, que á menos que el comercio, las misiones ó cualquiera otra causa de contacto y comunicación con otros pueblos civilizados venga á sacarles de su letargo, permanecen siglos y siglos adheridos á sus rudas costumbres, esclavos de las mismas supersticiones, víctimas, en fin, de la misma barbarie y salvajismo (1).

Que la cultura y civilización de los pueblos sea obra del magisterio y educación, supuesto, claro está, el nativo

(1) "Plus l'homme est voisin de l'état sauvage, plus il est stationnaire. Les hordes errantes que nous avons découvertes, clairsemées aux extrémités du monde connu, n'ont pas fait un seul pas vers la civilisation. Les habitants des côtes que Néarque a visitées, sont encore aujourd'hui ce qu'ils étaient il y a deux mille ans. A présent comme alors ces hordes arrachent à la mer une subsistence incertaine. A présent comme alors leurs richesses se composent d'ossements aquatiques, jetés par les flots sur le rivage. Le besoin ne les a pas instruites; la misère ne les a pas éclairées, et les voyageurs modernes les ont retrouvées telles que les observait, il y a vingt siècles l'amiral d'Alexandre. Il en est de même des sauvages décrits dans l'antiquité par Agatharchide, et, de nos jours, par le chevalier Bruce, etc., Benjamin Constant, *De la Religion*, lib. I, cap. VIII.

poder de la inteligencia humana capaz de progreso y adelantamiento, es á todas luces históricamente un hecho innegable. Así el actual estado de civilización en Europa se debe á la influencia de los griegos y romanos, y más que todo á la incesante labor y benéfico influjo del infalible magisterio de la Iglesia católica: á los romanos educaron sobre todo los griegos, y á éstos los egipcios y caldeos, los cuales, á su vez, tuvieron á los descendientes de Noé por maestros y progenitores. Y lo que decimos de estos pueblos, debemos afirmar por inducción histórica de otros como, por ejemplo, la India y la China, mientras no se nos pruebe lo contrario.

Es decir, que el argumento de nuestros adversarios se vuelve contra ellos, pues del mismo progreso y civilización de los actuales pueblos deducimos la necesidad de unos primitivos fundadores cuya cultura sirviese de maestra y educadora á las generaciones subsiguientes.

Y á la verdad, ¿cómo suponer en la miserable condición de salvajismo á que gratuitamente se relega al primer hombre y sus descendientes, á los que supieron construir el arca y levantar la torre de Babel, hechos cuya certeza ninguno en buena crítica puede rebatir? ¿Por qué, pues, al castigar Dios la soberbia humana con la confusión de lenguas y separarse los descendientes de Noé en general dispersión por todas las regiones del globo, no pudieron llevar los gérmenes de cultura y civilización suficientes para dar origen á pueblos también cultos y civilizados?

Si, no obstante, vemos que todavía algunos yacen sumidos en la ignorancia y estupidez, bien puede ser, ó que sus primitivos fundadores no alcanzaron el grado de cultura que en otros vemos, ó no se hallaron en condiciones de implantarla en los pueblos que fundaron, ó lo que es más verosímil, vinieron después por un conjunto de tristes circunstancias á caer en la degradación del salvajismo como á otros sabemos por la historia que, en efecto, ha sucedido,

Es, por conguiente, falso de todo punto que la *arqueología histórica* nos obligue á suponer al hombre sumido en la barbarie en los momentos de su aparición sobre la tierra.

Pero demos que así fuera: concedamos de buen grado lo que de ninguna manera se ha podido probar hasta ahora. ¿Sería por esto verdad que para llegar al grado de cultura que hoy vemos florecer en algunos pueblos hace falta suponer el transcurso de miles y millones de años y que de otra manera no puede explicarse tan singular fenómeno? De ninguna manera. Y para convencerse de ello, basta acudir de nuevo al testimonio de los hechos que nos suministra la historia.

Ciento treinta años bastaron al antiguo pueblo mejicano y trescientos al de los incas del Perú para mejorar notablemente y alcanzar el grado de cultura que al arribar á aquellos países por vez primera admiraron los españoles (1) y en cinco siglos nada más cambió la faz del pueblo romano, y gracias, sobre todo, como antes decíamos, á la influencia salvadora de la Iglesia católica, pudieron las naciones europeas reponerse de los desastres á que la irrupción de los septentrionales les había conducido, y sacudiendo el polvo de la barbarie, caminar á paso firme por la senda del verdadero progreso y de la verdadera civilización.

Luego aunque es verdad que el hombre constituido en el salvajismo y en la barbarie y abandonado á sus propias fuerzas, tarde ó nunca llega á salir de la abyección intelectual y moral inherentes á tan miserable estado; no lo es menos que, por el contrario, con el concurso de fuerzas extrañas, con el auxilio del magisterio y la educación que de otros hombres más cultos y civilizados recibe, puede llegar al grado de cultura que hoy vemos florecer en algunos pue-

(1) Véase Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, lib. VI cap. VII, Sevilla, 1890. Cfr. Moigno, ob. y lug. cit., págs. 643-645.

blos sin necesidad del transcurso de miles y millones de años gratuitamente fantaseados.

§ VIII.—*Las Edades prehistóricas.*

Amantes como los que más de lo *positivo*, muchos de los modernos científicos riense de las argucias escolásticas, que así llaman ellos al razonamiento contundente y abrumador de la lógica, y van á refugiarse con gloriosa y estratégica retirada en los hechos *ciertos* y *reales* de la historia. Y parapetados como en inexpugnables baluartes en los descubrimientos de la geología llamada prehistórica se creen, á su juicio, invulnerables.

¿Pero cuáles son esos hechos cuya abrumadora realidad nos pregonan á los cuatro vientos? Veámoslo.

Es cosa—dicen—averiguada, gracias al impropio y constante trabajo de la ciencia moderna, que el hombre empleó primero para los usos de la vida instrumentos de piedra y de hueso, después los de bronce y, finalmente, los de hierro. Esta diversidad de materias empleadas indica los diversos grados de cultura por los que sucesivamente fué pasando y dan á su vez origen á las tres famosas Edades prehistóricas: la de *piedra*, la de *bronce* y la de *hierro* (1).

Suelen hacerse también otras subdivisiones en cada una de estas tres grandes Edades que acabamos de mencionar. Así, por ejemplo, Mortillet y otros distinguen en la primera la *eolítica*, ó de la piedra cortada al fuego; la *paleolítica*, ó de la piedra tallada, y la *neolítica*, ó de la piedra pulimentada; en la paleolítica, la *Chelleana*, *Musteriana*, *Solutreana* y *Magdalenana*; en la de bronce, la *Morgesiana* (Mor-

(1) No han faltado quienes pretendan distinguir la Edad de hueso de la de cobre; pero el uso de los instrumentos de hueso pertenece á la Edad de *piedra* y el uso de los instrumentos de cobre *no consta* haya existido fuera de la América septentrional.—Arzelin, *Revue des questions scientifiques* tomo I, pág. 412.

ges en Helvecia), y *Larnaudiana* (Larnaud en el Jura) (1), y, finalmente, en la de hierro, la *Hallstaciense* y *Marniana* (2).

La razón de estas subdivisiones no es otra que el mayor ó menor grado de perfección que el hombre alcanzó en el trabajo y pulimento de dichos instrumentos, á juzgar por los restos que de las excavaciones hechas en los diversos estratos se suelen encontrar. De ahí también que las más de las veces el nombre de la región en donde han aparecido haya servido para designar la subdivisión correspondiente en la clasificación geológica (3).

(1) Dígase lo mismo de la subdivisión adoptada por Chautre para esta misma Edad de bronce en *Ceventana* (Cévennes), *Rhodantana* (Ródano) y *Maeringiniana* (Maeringen, en Suiza).— Véase Hamard, *Diccionario Apologético*, en la palabra *Bronce*, pág. 360.

(2) El mismo Hamard, *Diccionario*, en la voz *Antigüedad del hombre*, pág. 191; y pág. 1.500 en la voz *Hierro*.

(3) "El siguiente cuadro — dice el Rev. Sr. Hamard (*Diccionario antigüedad del hombre*, pág. 191)— da idea de la supuesta sucesión, y en él se designa cada período por la principal localidad que lo representa:

Tiempos prehistóricos según M. de Mortillet

Epocas geológicas.	EDADES	PERÍODOS
<i>Terciaria</i>	Eolítica ó de la piedra cortada al fuego.....	Thenay (Loire-y-Cher). Otta (Portugal).
<i>Cuaternaria</i> ...	Paleolítica ó de la piedra tallada.....	Chelles (Seine-y-Marne). Le Moustier (Dordogne). Salutré (Saone-y-Loire). La Madelaine (Dordogne).
<i>Actual</i>	Neolítica ó de la piedra pulimentada..... Del bronce..... Del hierro.....	Robenhausen (Suiza). Morges (Suiza). Larnaud (Jura). Hallstatt (Austria). La Marne (Francia).

A ésta puede reducirse la división de los primeros pobladores de las Galias, hecha por Lartet, en la Edad del oso de las cavernas (*spelæus*), del elefante primigenio (*mammuth*) y del rinoceronte y en la Edad del aurochs ó bisonte europeo y del buey (*urus*), ó como otros prefieren, finalmente, en la Edad del reno. Dicen que en Dinamarca hacen algunos la división del hombre y de sus Edades en la del *pino*, *encina* y del *haya* (véase Moigno, pág. 825). La Edad Mousteriana y Acheolana de Mortillet viene á coincidir con la del oso y elefante de las cavernas de Lartet; la Solutreana

Admitidos estos supuestos hechos objetan de esta manera. El gradual y paulatino progreso del hombre en las vías de cultura y civilización que arguyen estas diversas Edades prehistóricas, supone necesariamente el transcurso de miles y millones de años. Luego los hechos de la llamada arqueología prehistórica prueban contra los católicos.

Para proceder con el debido orden y claridad, haremos dos advertencias.

Y sea la primera que no todos están contestes en admitir la tal distinción de Edades prehistóricas. La razón en que se fundan para tan categórica negativa es que no pocas veces se encuentran mezclados y confundidos en estratos recientes los instrumentos de piedra con los de hierro, y, por lo tanto, que del hallazgo de tales restos en ningún modo puede argüirse sucesión de épocas prehistóricas. ¿No están mezclados los instrumentos de piedra con los de bronce y con los de hierro? Luego tenemos derecho á equipararlos en la antigüedad, y, por consiguiente, los de piedra no indican tal antigüedad fabulosa.

Nosotros, sin embargo, creemos que, en vista de ciertos datos innegables que nos suministra la geología, no puede ni debe adoptarse tal sistema de refutación. Ciertamente que en tiempos relativamente modernos, y si se quiere aún ahora, en ciertos países y en determinados pueblos, se hallan todavía en uso instrumentos de piedra (1); cierto también, que si en todos los estratos, así antiguos como modernos, hallásemos mezclados y confundidos los diversos géneros de instrumentos, cuya variedad y gradual sucesión se nos presenta como indubitable, tendríamos derecho para negar, como algunos hacen, la diversidad de Edades prehistóricas. Pero ahí está, precisamente, el punto

y Magdaleniana con la del reno, todas las cuales pueden verse minuciosamente descritas en Arcelin.—*Revue des questions scientifiques*, Abril 1877, tomo I, págs. 402-403 y sig. Cfr. Moigno, ob. y lug. cit., págs. 857-858.

(1) Véase J. Estienne (en la *Revue des questions scientifiques*, Julio, 1878, tomo IV, pág. 60) y otros.

de la dificultad; como en terrenos evidentemente antiguos sólo aparecen los de piedra y sólo en otros relativamente modernos se encuentran los de hierro, creemos que no hay razón para dejar de adoptar, provisionalmente al menos, la división *general* establecida por la arqueología prehistórica. Pero en cambio, y era esto lo segundo que debíamos advertir, no deben admitirse las múltiples y arbitrarias subdivisiones que de cada una de las tres grandes Edades han hecho Mortillet, Lartet y otros.

En efecto; ¿cuál es la razón en que se fundan para esa ulterior clasificación? La diversidad que se observa en la elaboración de los instrumentos, la mayor ó menor perfección con que se hallan trabajados. Y ¿basta este solo indicio para suponerlos pertenecientes á diversas Edades? ¿Quién les ha dicho que todos los hombres, pertenecientes á una misma época, tenían la misma habilidad, y, por consiguiente, que fuese necesario encontrar en los instrumentos por ellos usados igual grado de perfección?

Para que de la mayor ó menor perfección de esos instrumentos pudiéramos argüir la diversidad sucesiva de las Edades á que corresponden, sería preciso que se hallaran superpuestos en estratos pertenecientes también á diversas Edades. ¿Sucede así en realidad? De ninguna manera; sólo dos clases de instrumentos lapídeos reúnen esta condición; los demás se hallan indiferentemente en toda clase de terrenos. Luego tenemos derecho, mientras no se nos pruebe lo contrario, para rechazar las subdivisiones antes mencionadas, y con mayor razón las que Mortillet establece como correspondientes á los terrenos terciarios, en los cuales no se encuentran semejantes restos que arguyan la existencia de hombre.

Tanto más cuanto que el mismo Mortillet concede (gratuitamente, claro está; pero podemos argüirle *ad hominem*) que los fragmentos silíceos del Thenay pudieron ser elaborados por un simio antropomorfo anterior al hombre.

Quedan, pues, como únicamente admisibles, las tres Edades de la arqueología prehistórica.

Duración de las tres Edades.—Aun admitiendo, contra lo que algunos opinan, la sucesiva distinción de estas tres Edades, decimos que de este solo hecho en ninguna manera se sigue la pretendida antigüedad del género humano.

Para que esto pudiera demostrarse, sería menester que la diversidad de estas tres Edades nos suministrara datos ciertos ó al menos sólidamente probables para formar con ellos un cómputo cronológico suficientemente exacto. Pero ¿sucede esto en realidad? Muy al contrario.

¿Cuál es, en efecto, el único argumento que se alega? La *imposibilidad*, así la llaman, de explicar en otra cualquiera hipótesis el progreso en la cultura del hombre que arguye la diferencia sucesiva de los materiales empleados en la elaboración de los instrumentos para los usos de la vida. Ahora bien; si esta imposibilidad sólo existe en la imaginación de nuestros asendereados geólogos, si el *hecho* puede explicarse sin necesidad de amontonar siglos y siglos, nada vale y nada prueba la objeción. Y nótese bien la fuerza de nuestro raciocinio. A nosotros nos basta aducir una explicación *posible, verosímil*, para dar al traste con la dificultad que se nos objeta, puesto que se nos arguye con la *imposibilidad* de explicar los hechos de otra manera.

¿Podemos aducir esa explicación? Sí por cierto. Supongamos que poco después de haberse introducido el uso de los instrumentos de piedra vinieron á aquellas regiones otros pueblos más cultos, por ejemplo, los fenicios, que enseñaron el uso de los de bronce, y no mucho más tarde otros, todavía más adelantados, que empleasen, como los romanos, el hierro para la fabricación de los mismos utensilios. ¿De qué servirá, entonces, la famosa división de las tres Edades prehistóricas? Y que esta explicación no es una nueva hipótesis gratuita y mucho menos absurda, lo prue-

ban hechos recientes de nuestra misma historia contemporánea.

«Para convencerse de ello — dice Hamard — nos basta apelar al testimonio de la historia contemporánea, que nos presenta á varios pueblos oceánicos pasando, sin transición apreciable, de una extremada barbarie á los refinamientos de nuestra civilización. Hace un siglo los habitantes de Taiti se hallaban en plena Edad de piedra, ignorando hasta el arte de la alfarería. En menos de diez años, según afirma Cook que los visitó, abandonaron sus groseros y rudimentarios utensilios y adoptaron los de los europeos. En las islas de la Escandinavia la transformación fué aún más completa, si no más rápida. Sumido este país en la mayor barbarie á fines del último siglo, casi nada tiene hoy que envidiar á Europa, cuyas instituciones han sido allí implantadas en gran número. Si el progreso industrial se efectuase espontáneamente en el seno de un pueblo, se comprendería que hubiese tránsito gradual de la barbarie á la civilización; pero la Historia y la Arqueología están de acuerdo en manifestarnos que esta transición es generalmente el resultado de una importación ó de algún contacto con otros pueblos más adelantados. Por lo menos, jamás se ha visto que los salvajes pasen por sí mismos á la civilización» (1).

En conclusión, que mientras no nos demuestren con evidencia, ó al menos con argumentos de sólida y verdadera probabilidad, que la duración de *cada una* de esas tres Edades fué lo suficientemente larga para que todas ellas, en su interminable sucesión, formasen el *lapso* de tiempo que se supone, nada consiguen los que impugnan la tesis católica.

(1) *Diccionario*, etc., pág. 350, en la palabra *Bronce*. Ejemplos semejantes á éstos nos suministra á cada paso la historia de las colonias ultramarinas desde el siglo XV y XVI.

Sucesión de las Edades prehistóricas.—Estudiemos ahora, no ya la duración de cada una, sino el orden de prioridad, la serie que forman ó sucesión que existe entre todas ellas. Y para que mejor se entienda, consideremos lo que nos dice la geología en cada una de las principales partes del mundo.

Niegan varios paleontólogos que en algunas regiones de Asia existiera nunca la Edad lapídea, al menos como anterior á las de bronce y de hierro. Opinión que parece hallarse confirmada, ya por las excavaciones de Schlieman en Hissarlick, ó antigua Troya, ya también y sobre todo por lo que de los primeros hombres casi en los comienzos de la vida humana nos refiere la Biblia, á saber: que Tubalcain fué (1) *artífice en trabajar de martillo toda obra de cobre y de hierro.*

Conceden otros que se encuentren instrumentos lapídeos, pero los suponen posteriores y más recientes que los de bronce y los de hierro. Sea de esto lo que se quiera, no puede ponerse en duda que en algunas partes de Asia se conoció el uso del bronce y del hierro desde remotísimas Edades y que de ninguna manera puede probarse la existencia de la Edad lapídea como distinta y mucho menos como anterior á las otras dos llamadas prehistóricas (2). Dígase lo mismo del Africa.

«La serie de las tres Edades—éscribe el ya citado Hamard—de la piedra, del bronce y del hierro tiene poquísimos motivos para ser considerada como una ley fatal impuesta á la humanidad entera, pues, según opinión de casi todos los arqueólogos, los pueblos africanos se han substraído á ella. Según parece, éstos en todo tiempo han conocido el hierro.

(1) Génes., cap. IV, vers. 22. Véase Arcelin, *Revue des questions scientifiques*, tomo I, págs. 410-411-412. Hamard, *Diccionario*, pág. 194-195.

(2) Véase Hamard, *Diccionario*, etc., por J. B. Jaugey, en la palabra *Hierro*, págs. 1.498-1.499.

Puede explicarse esto atendiendo á que los minerales ferruginos abundan muy especialmente en dichos países...» (1).

Y si esto es verdad del Africa en general, con mayor razón del Egipto, acerca de cuya geología sienten comunemente los egiptólogos (2) lo que de algunas regiones de Asia acabamos de advertir.

Con respecto á los países americanos, es opinión válida entre los paleontólogos que la Edad paleolítica ó de la piedra tallada no precedió, como en la doctrina que refutamos debía suceder, á la neolítica ó de la piedra pulimentada.

De todo lo cual se deduce con evidencia lógica: primero, que sólo en Europa, y eso en determinadas regiones, precedió al uso de los metales el de la piedra (3); segundo, que no tienen razón nuestros adversarios, y menos los positivistas, para establecer como ley general la sucesión de las tres Edades llamadas prehistóricas. Y digo *menos* los positivistas, porque si tanto alardean de guiarse en sus raciocinios sólo por los *hechos*, bien claro se ve que no pueden en modo alguno establecer leyes generales que no existen, supliendo así con los inventos de su fecunda imaginativa los datos ciertos y positivos que la experiencia se niega á suministrar.

Y nótese de paso cómo á la vez se confirma lo que en el párrafo anterior decíamos sobre la corta duración de cada

(1) Hamard, *Diccionario*, pág. 1.499, en la voz *Hierro*.

(2) Véase Lepsius, *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Alterthums Kunde*, Jul.-Septemb., 1870; Chabas, *Etudes sur l'antiquité historique*, Paris, 1873, cap. V; Mariette apud Arcelin, *Revue des questions scientifiques*, tomo I, pág. 410.

(3) "Si l'âge de la pierre polie est la plus ancienne phase industrielle connue dans les pays scandinaves, en Amérique il paraît, d'après les observations de MM. Sequier et Davis, se confondre avec l'époque paléolithique. Les différents types particuliers aux instruments de pierre ont été rencontrés dans toutes les régions du monde habité. Mais la réalité d'un âge de pierre antérieur à l'emploi des métaux n'est démontré que pour une partie de l'Europe et quelques pays sauvages ou barbares, restés en dehors du mouvement de la civilisation du vieux monde occidental."—Arcelin, *Revue des questions scientifiques*, Abril 1877, tomo I, pág. 411.

una de las Edades prehistóricas. Porque, en efecto, si mientras aquí en Europa reinaba la Edad de piedra, era ya conocido en otras partes del mundo, por ejemplo, en las regiones de Oriente, el uso de los metales, ¿qué necesidad hay de prolongar indefinidamente el tiempo de cada Edad sin más razón que la de sacar verdaderas, hipótesis gratuitas y fantásticas? ¿No nos consta por la misma historia que los primitivos europeos tuvieron desde muy antiguo comunicación con los fenicios y otros pueblos más cultos, de los que indudablemente debieron aprender el uso de los metales? Luego mientras no nos prueben con certeza que la Edad lapídea en Europa duró esa serie interminable de años que se supone, estamos en nuestro derecho al rechazar el argumento de las Edades prehistóricas.

Las Edades prehistóricas en los pueblos europeos.—Para convencernos más de esta verdad, estudiemos siquiera sea brevemente las manifestaciones de dichas tres edades en los pueblos de Europa.

Y ante todo, hagamos constar que hoy día es opinión válida y autorizadísima entre los antropólogos que el uso del hierro coincide en nuestras regiones con el comienzo de los tiempos prehistóricos (1). Ahora bien; ¿quién no sabe que éstos precedieron en pocos siglos al principio de la Era cristiana? Así que algunos colocan ya en el siglo IV antes de Jesucristo el empleo del hierro en las Galias, de las que se extendió tal vez á las regiones danuvianas y á la Italia septentrional, conocida con el nombre de Cisalpina (2).

(1) "Avec le fer se lève, en Europe, l'aurore des temps historiques. Si ses débuts sont, sur beaucoup de points, perdus dans les brumes préhistoriques, il annonce partout l'entrée en scène des peuples historiques, dont les industries se relient généralement par des transitions insensibles avec celles de la première époque du fer. Les grandes races européennes ont pris leurs cantonnements définitifs et se développent librement, chacune suivant son génie particulier."—*Revue des questions scientifiques*, loc. cit. pág. 416.

(2) Hamard, *Diccionario*, en la voz *Hierro*, págs. 1.499-1.500.

Compruébase lo que vamos diciendo con el descubrimiento de la necrópolis de Hallstatt, anterior á la Era romana, cerca de Salzburg (Austria), precisamente en estratos que se dicen los más antiguos de Europa.

«Aun los arqueólogos más propensos á extender la cronología de los tiempos prehistóricos reconocen, sin embargo, que este cementerio no debe remontarse á muy remota antigüedad. M. Chantre ha tratado de atribuirlo á los siglos XIII y XIV antes que nuestra Era; pero estas cifras parecen exageradas á los sabios de allende el Rhin. Uno de ellos, M. de Undset, fija el apogeo de la civilización llamada *ballstaciana* hacia el siglo V antes de Jesucristo. Otro, M. de Sackeu, la hace durar desde esta época hasta el principio del imperio romano. Estas fechas confirman en vez de impugnarlo el origen galo que nosotros atribuimos al hierro» (1). Es decir, que la Edad del hierro en Europa no nos obliga á remontarnos más allá del siglo VIII antes de la Era cristiana.

Veamos ahora la antigüedad que debe asignarse á la Edad de bronce. Y ante todo, no estará demás advertir que no faltan quienes niegan sencillamente que tal edad precediese á la del hierro, ya porque éste era de suyo más fácil y de más necesidad para la vida, ya también porque parece debe entrar en la elaboración de los mismos instrumentos de bronce (2). Sin embargo, creemos que tal aserción no debe admitirse, pues la historia y la arqueología demuestran de consuno que ó precedió efectivamente ó fué al menos más conocido entre los pueblos orientales. Así que se encuentra con más frecuencia en los estratos geológicos y hacen de él mención escritores antiquísimos (2).

(1) Hamard, *Diccionario*, en la voz *Hierro*, col. 1.500, y en la voz *Antigüedad del hombre*, col. 195.

(2) Véase Tscherning y Percy Hamard, *Diccionario*, en la voz *Antigüedad del hombre*, pág. 194.

(2) Véase Hamard, *Diccionario*, en la voz *Bronce*, pág. 352 y sig.

Pero sea de esto lo que quiera, parece cierto que al menos entre los europeos es más antiguo el uso de los instrumentos de bronce que el de los de hierro. Esto supuesto, ¿cuándo y cómo se introdujo en nuestras regiones el uso del bronce? No puede negarse, atendiendo á los datos suministrados por la historia, que probablemente su introducción es debida á los fenicios. Consta, en efecto, que ellos sabían trabajarlo y se distinguían en su elaboración (1); consta que ya desde muy antiguo tuvieron comercio con los pueblos de Europa, en cuyo litoral fundaron varias colonias (2), y constan, finalmente, otros indicios que no son del caso enumerar y pueden verse expuestos en Hamard (3), que confirman la misma opinión.

¿A qué época se remonta la comunicación de los fenicios con estas regiones? Al siglo X ó á lo más al XII antes de la Era cristiana (4). Es decir, que ya por ese tiempo era conocido entre los europeos el uso del bronce, ni los argumentos geológicos ó paleontológicos, nos obligan en modo alguno á suponer para la Edad de bronce fecha más remota (5).

Así como los últimos tiempos de la Edad de bronce confinan, por decirlo así, con la Edad de hierro, así también el comienzo de la Edad de bronce coincide casi con los últimos tiempos de la Edad de piedra, ó sea con la llamada neolítica. No puede negarse, al menos si se trata de ciertas regiones de Europa, que, en efecto, existió la Edad de piedra pulimentada (6). La duda puede estar sobre si entre éstas y la Edad de bronce hubo sucesión de tiempo ó fue-

(1) Véase Perrot, *Histoire de l'art dans l'antiquité*, tomo III, Paris, Hachette, 1854.

(2) Véase Riancey, *Histoire du Monde*, tomo II, pág. 270 y sig., y otros historiadores.

(3) *Diccionario Apologético*, en la voz *Bronce*, col. 354 y sig.

(4) *Diccionario Apologético*, col. 365-366.

(5) Véase Arcelin, *Revue des questions scientifiques*, Abril 1877, tomo I, pág. 421.

(6) Vide Arcelin, *Revue des questions scientifiques*, págs. 405-409.

ron ambas, por el contrario, simultáneas. Afirman lo primero Arcelin y muchos otros autores (1), y en cambio, sostienen la identidad cronológica de estas dos Edades, al menos en las Galias, el insigne Chabas (2), Southall (3), Alejandro Bertrand (4) y el tantas veces citado Sr. Hamard (5).

Prescindiendo de esta controversia, puede afirmarse que la fecha á que se remonta la Edad neolítica, aun dado caso que la consideremos como distinta de las otras y anterior á la de bronce, no puede ser muy antigua. Ya porque al menos fué muy próxima á la de bronce y coincidió casi con los comienzos de ésta, ya porque el adelanto de la industria y cultura del hombre aparece idéntico en entrambas Edades, ya, en fin, porque, como se deduce por los restos hallados en diversos terrenos, figuran en la Edad neolítica animales pertenecientes á los tiempos históricos, y aun lo que es más, á nuestros mismos días (6).

Más antigua es, aunque no puede asegurarse cuándo empezó, la Edad paleolítica ó de la piedra tallada. ¿Pero y acaso ésta nos obliga á retrasar la fecha de la aparición del hombre más allá de los términos de la cronología bíblica? De ninguna manera.

En primer lugar, no puede presentarse razón alguna sólida que exija tal antigüedad, pues los fragmentos silíceos ni en si mismo considerados ni mucho menos por los arbitrarios cómputos á que su estudio ha dado lugar, prueban nada en modo alguno.

En segundo lugar, hemos demostrado que bastan mil ó mil doscientos años para explicar satisfactoriamente la

(1) Arcelin, *Revue des questions scientifiques*, págs. 408-409.

(2) *Etudes sur l'antiquité préhistorique*, pág. 523 y sig.

(3) *The recent origin of man*.

(4) *Arqueología céltica y gala, y la Galia antes de los galos*.

(5) *Diccionario*, en la voz *Bronce*, pág. 359.

(6) Hamard, *Diccionario*, en la voz *Bronce*, pág. 359, y en la voz *Antigüedad del hombre*, col. 193.

existencia y sucesión de las Edades de hierro, bronce y el periodo neolítico de la Edad de piedra. Por consiguiente, sobran todavía años hasta el diluvio universal para asignarlos á la Edad paleolítica sin necesidad de fantasear fabulosas cronologías que sólo han existido en fecundas imaginaciones.

«Si nada obsta á que la Edad de bronce haya terminado en el siglo IV antes de Jesucristo, y la de piedra en el VI ó X precedente, no es necesario ensanchar los límites de la cronología tradicional, ya que, según la versión griega de la Biblia, habían transcurrido treinta y dos siglos desde el diluvio hasta la Era cristiana: y suponiendo que la raza de Noé necesitara siete ú ocho siglos para esparcirse hasta el Occidente de Europa, la Edad de piedra, si no fué anterior al diluvio, pudo empezar en nuestros países dos mil quinientos años antes de Jesucristo y durar mil años, tiempo sobrado para explicar el número, en realidad mínimo, de armas y utensilios pétreos desparramados en nuestro suelo, con tanta mayor razón, cuanto muchos de dichos objetos pertenecen, como hemos manifestado, á la Edad de los metales» (1).

Queda, por consiguiente, demostrado que las tres Edades llamadas prehistóricas en Europa y la única de bronce que floreció en los pueblos orientales, son relativamente modernas, ó al menos que de su existencia nada sólido puede deducirse en contra de la tesis católica (2).

(1) Hamard, *Diccionario*, en la voz *Antigüedad del hombre*, col. 199.

(2) Véase lo que dice el insigne Arcelin: "L'âge minimum de nos stations néolithiques des bords de la Saône, enfaies aujourd'hui à deux mètres de profondeur sous l'alluvion moderne, serait de 3.000 ans, soit environ 1.100 ans avant notre ère. M. Chabas ne croit pas qu'elles dépassent le premier millénaire. (Chabas, *Note sur la caverne de Germolles, dans Mem. de la soc. d'hist. et d'arch. de Châlons-sur-Saône*, tomo VI, 2.^a part., pág. 289). En résumé l'âge de la pierre polie et à plus forte raison ceux du bronce et du fer préhistoriques rentreraient en grande partie, pour ce qui concerne l'Europe occidentale, dans le cadre de la chronologie historique, qu'on peut étendre sans difficulté jusqu'à six ou sept mille ans.

L'Egypte était déjà en plein âge du bronze à l'époque de Menkara (My-

§ IX.—*Los monumentos megalíticos.*

Conócense con este nombre, derivado de las dos palabras griegas (μέγας, grande y λίθος, piedra), informes y rudos trabajos en piedra que abundan en casi todas las partes del mundo. Mucho se ha escrito acerca de ellos en estos últimos tiempos (1) y de su estudio y consideración quieren deducir algunos nueva prueba en pro de sus opiniones.

Varias son las clases de monumentos megalíticos: entre los principales se cuentan los llamados *dolmenes*, *menhires*, *circulos* ó *cromlechs*, *tumulus* y *hunnébedes* (2). Aunque no

cerinus), dont l'an IX correspond, d'après M. Chabas, à l'une des années de la période quadriennale 3.007 à 3.010 avant notre ère.

M. Schliemann attribue 3.800 ans aux couches de l'âge de bronze d'Hinsarlik, soit 2.000 ans avant notre ère. (Ces évaluations, basées sur la stratigraphie, ne peuvent être accueillies qu'avec les plus grandes réserves, à cause des remaniements qui ont dû très-probablement se produire à Hinsarlik). Le passage de l'âge de bronze à l'âge de fer aurait eu lieu en Italie vers le IX.^e ou le X.^e siècle. (C.^{te} Conestabile, *Congrès de Bologne*, 6 Oct. 1871) à l'époque de Villanova, mais l'âge du fer ne s'y serait véritablement établi qu'au temps des derniers rois de Rome.

En Italie, par conséquent, l'époque néolithique serait bien plus ancienne que sur les bords de la Saône, et nos pays étaient encore plongés dans la barbarie, quand florissait en Toscane, par exemple, la belle civilisation paléo-étrusque, si bien étudiée par M. le C.^{te} Gozzadini. Le passage du bronze au fer s'est effectué en Suède pendant les premiers siècles de notre ère qui sont préhistoriques pour cette contrée (Oscar Montelius, *Antiquités suédoises*, Stockholm, 1873), et c'est, comme tout le monde le sait au XV.^e et au XVI.^e siècle, seulement, c'est-à-dire depuis la conquête, que l'usage du fer s'est substitué, en Amérique, à celui du bronze et du cuivre. — *Revue des questions scientifiques*, Avril, 1897, tome I, págs. 422-423.

(1) Muy conocido es el erudito libro que acerca de esta materia escribió en inglés Fergusson y fué luego traducido al francés por Hamard, *Les monuments mégalithiques de tout pays*, etc. París, 1878.

(2) He aquí la sumaria descripción que de ellos hace el ilustre d'Estienne: "Le *dolmen* (du celtique *dol*, table, et *men* ou *maen*, pierre) est une pierre brute et de forme tabulaire, ou un ensemble de pierres reposant sur des supports verticaux de même nature. — Le *demi-dolmen*, est un dolmen incliné dont l'une des extrémités repose sur le sol.

La *grotte des fées*, l'*allée couverte*, en Hollande le *hunnébed* (tombeaux de géants) est une sorte de dolmen étroit et allongé dont la partie tabulaire est formée de plusieurs pierres juxtaposées.

Le *menhir* ou *peulvan* (de *maen*, pierre et *hir* long-ou haut) la *pierre*

todos los autores convienen, ni mucho menos, en el origen que debe asignárseles, sin embargo se puede afirmar con bastante certeza: primero, que encontrándose en tantas y tan diversas regiones del globo, no fueron obra de una sola raza, contra lo que algunos opinan (1); segundo, que el presentar en su misma variedad cierta semejanza común y como sello de idéntico origen, confirma una vez más la doctrina antes establecida de la unidad específica del género humano.

Pero dejando aparte cuestiones sobre las que puede originarse tal vez alguna duda, vengamos á las deducciones que como más sólidas y probables nos ofrece la arqueología histórica. Esos monumentos, sobre todo los túmulos y los dolmenes, son monumentos funéreos, como extensamente lo demuestra el Sr. Hamard (2), y lo que más hace á nuestro propósito, de origen relativamente moderno. Así

levée ou *debout* est une pierre brute, plus longue que large, plantée verticalement dans le sol, elle prend en Bretagne le nom de *lech*, lorsqu'elle n'est pas tout à fait brute, mais quelque peu travaillée et porte soit une inscription, soit une croix.

L'alignement est une ensemble de menhirs disposés en une série de lignes parallèles.—Le *cercle* ou *cromlech* (de celtique *crom*, courbe et *lech* pierre) est un groupe de menhirs ou de simples pierres formant une ligne circulaire. Les anglais donnant improprement à de simples dolmens le nom de *cromlech*, ont appliqué plus spécialement cette dernière dénomination au monument composé d'un cercle entourant un dolmen.—Le *tumulus* est un tertre de terre de forme circulaire (*barrow*) ou oblongue (*long-barrow*) contenant ordinairement une construction en pierres brutes à son intérieur, souvent entouré d'un ou plusieurs *cercles*, et surmonté à son sommet d'un dolmen découvert ou *apparent*.—Le *cairn* ou *galgal* est un tumulus en terre mélangé de pierres brutes; ordinairement enfoui dans l'intérieur d'un cairn ou d'un tumulus.

Ajoutons à cette série d'appellations spéciales la dénomination d'*avenues*, pour désigner certaines sortes de voies composées de deux lignes parallèles et fort longues de pierre debout...—Jean-d'Estienne, *Revue des questions scientifiques*, Juillet, 1878, tome IV, págs. 75-76.

(1) Véase á Hamard en el prólogo de su obra citada (*Les monuments mégalithiques*) y d'Estienne (en la *Revue des questions scientifiques*, tome IV, pág. 81 y sig.).

(2) Véase á Hamard, *Les monuments mégalithiques*, pág. XII y sig.; d'Estienne, *Revue des questions scientifiques*, tome IV, pág. 79 y sig.

nos lo persuaden la tradición de los pueblos (1), los autores de tales monumentos, que al menos en las Galias, parece fueron los celtas (2) y, finalmente, los restos que contienen muchos de esos túmulos.

Encuéntanse, en efecto, con harta frecuencia objetos de bronce, de hierro y de piedra, pertenecientes á la Edad neolítica. Tal sucede, por ejemplo, con las segures llamadas *célticas*, de piedra pulimentada, que ya por la relativa perfección con que están elaboradas, ya porque parecen objetos de mero adorno, comprueban la opinión del reciente origen de dichos monumentos megalíticos.

Si en otros no hallamos tales restos, es lícito conjeturar que esto se debe á que han desaparecido violentamente, pues nunca dejan de encontrarse en aquellos que por especiales condiciones estuvieron á seguro de la rapacidad de manos rateras. Pero aunque concediéramos de buen grado que dichos restos y los túmulos donde se hallan contenidos pertenecieran á la Edad paleolítica, ya hemos visto antes que en ninguna manera sería necesario retrasar la fecha de su aparición más allá de los términos de la cronología bíblica.

Es, por consiguiente, admisible la opinión de Ferguson, quien, en vista de éstos y otros datos que nos parece innecesario explicar, sostiene que los monumentos megalíticos no se remontan muchos años más allá de la Era cristiana (3).

(1) Véase d'Estienne, *Revue des questions scientifiques*, tomo IV, página 91; Hamard, *Les monuments mégalithiques*, pág. XXXIV.

(2) Véase d'Estienne, *Revue des questions scientifiques*, tomo IV, página 90; Hamard, *Les monuments mégalithiques*, pág. XXXII.

(3) "En ce qui concerne leur âge, la question n'est pas tout-à-fait aussi facile à résoudre. A part quelques-uns, comme ceux de Grom et de Thyra, et deux ou trois autres que nous mentionnerons plus loin, il en est peu qui portent avec eux les preuves d'une date incontestable; mais lorsque l'on tient compte de toutes les traditions, de toutes les analogies, de toutes les probabilités il en résulte un ensemble de preuves vraiment irrésistibles. La force de cet argument ne repose pas sur deux ou trois preuves, ni même

ARTÍCULO IV

DE LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE, SEGÚN LA CRONOLOGÍA DE ALGUNOS PUEBLOS

Otra clase de argumentos tenemos ahora que discutir, deducidos de la cronología histórica de varios pueblos, para dar ya fin á nuestro trabajo.

La Egiptología y la Edad del hombre.—El primero de ellos, que sirve para objetar contra el origen relativamente moderno del hombre, está tomado de la remotísima antigüedad del Egipto á que parecen favorecer, ya los historiadores griegos y egipcios, ya los catálogos de la serie de Reyes que figuraron en aquel país, ora ciertas inscripciones jeroglíficas, ora, en fin, diversidad de monumentos que han sido asunto de concienzudo estudio para la Egiptología.

Platón, en el *Timaeo* (1) y en sus libros sobre las Leyes (2), asigna respectivamente más de ocho y diez mil años de existencia al pueblo egipcio. Herodoto hace subir los anales de sus reyes á la fecha de once mil trescientos

sur une douzaine, elle est basée sur une multitude de coïncidences, qui empruntées à un grand nombre d'exemples, et réunies en un même corps, constituent un argument plus convaincant que ne le serait un témoignage direct. Aussi, pour l'apprécier, il faut l'envisager dans son ensemble; ce serait lui enlever toute sa force que de prendre isolément chacun des faits sur lesquels il repose, fût-ce le principal.—Un point qu'il ne sera pas difficile d'établir, nous semble-t-il, c'est que tous les monuments mégalithiques forment un groupe continu s'étendant en séries ininterrompues du premier au dernier. Il n'y a point là d'hiatus ni d'intervalle quelconque, et comme il est prouvé que quelques-uns appartiennent au X.^e siècle, toute la question est de savoir à quelle distance en arrière il est permis de reporter les autres. C'est à peine si l'on peut remonter de beaucoup au de là de l'ère chrétienne. Cette date semble satisfaire entièrement toutes les conditions connues du problème, au moins en ce qui concerne les monuments de pierres.» — Fergusson, obra citada, *Introduction*, pág. 32.

(1) Edic. Fermin Didot., tomo II, pág. 301.

(2) Idem, págs. 284-285.

cuarenta años (1) y Diodoro Sículo á seis mil (2). Esto por lo que respecta á los historiadores griegos. Manetho, sacerdote egipcio que nació tres siglos antes de la Era cristiana, escribió la historia patria, algunos de cuyos fragmentos nos ha conservado Eusebio de Cesarea (3).

Pues bien; según se deduce de lo que tan antiquísimos documentos testifican, reinaron primero en Egipto por espacio de trece mil años los dioses; después los héroes por espacio de mil doscientos cincuenta y cinco, á los cuales sucedieron otros Reyes por mil ochocientos diecisiete años: vienen luego 30 Menphitas durante mil setecientos noventa, 10 Thinitas durante trescientos cincuenta: Manes y los héroes por cinco mil ochocientos trece y, finalmente, 30 diversas dinastías por espacio de cinco mil, formando todos ellos la verdaderamente fabulosa suma de treinta mil años.

Hasta aquí el testimonio de los historiadores así propios como extraños, en favor de la antigüedad del pueblo egipcio.

Esto mismo parecen confirmar, como antes indicábamos, diversos catálogos de Reyes. Uno de estos documentos se conserva en Turín, donde se enumeran las dinastías egipcias hasta la época de los pastores; otro se conserva en los archivos de Abydi, en el cual figuran 76 Reyes antes de Setí I y su hijo Ramsés II; el tercero se encuentra en Saqqarah, y el cuarto en Karak, que contiene en larga serie los nombres de muchos Reyes.

Además de otros catálogos más breves y varias inscripciones jeroglíficas, donde se narran las hazañas de dichos Reyes y otros personajes ilustres, aducen, finalmente, los antropólogos modernos como prueba de su aserto la existencia de varios monumentos que parecen demostrar el florecimiento de las artes y las ciencias en Egipto desde re-

(1) Herodoto, II, 142, en Didot., págs. 118-119.

(2) En Maigno, ob. y lug. cit., pág. 655.

(3) Euseb., *Chron.*, lib. I, cap. XX; en Migne, *Patrol. graec.*, tomo XIX, col. 182 y sig.

motísima fecha, de todo lo cual concluyen que en el estado actual de la Egiptología debe afirmarse la pretendida antigüedad del hombre contra lo que nosotros sostenemos (1).

Respondamos por partes, para mayor claridad. El testimonio de los historiadores griegos debe rechazarse como destituido de autoridad y valor suficientes, á menos que otra cosa se nos pruebe, ya porque los griegos parecen haberlo sabido sólo por los egipcios imbuidos en la falsa idea de la fecha fabulosa de sus aborígenes, ya porque teniendo que valerse de intérpretes para venir en conocimiento de la historia del pueblo egipcio, muy de temer es que sufrieran lamentables equivocaciones, ya, finalmente, porque la misma discrepancia que, ora entre los mismos historiadores griegos, ora entre ellos y los egipcios existe, invalida en gran parte la fuerza del testimonio que de tales autoridades pretende deducirse (2).

Ni es de más autoridad el testimonio de Manetho. Por de pronto, deben rechazarse las seis primeras series de Reyes que dicho historiador enumera. Y aunque quiera admitirse la última, que comprende treinta dinastías, en ninguna manera debe hacerse lo mismo con los cinco mil años que por arbitrario cómputo les designa.

En efecto; dicho historiador demuestra estar poco enterado de los sucesos que narra, pues en lo referente á trescientos dos años de historia sólo se da cuenta de cinco sucesos, de los cuales sólo dos tienen alguna importancia (3);

(1) Véase Vigouroux, ob. y lug. cit., págs. 277-284.

(2) Moigno, págs. 654-662; Riancey, *Histoire du monde*, tomo 1, pág. 412, en la nota.

(3) Ni vale decir que este defecto debe atribuirse á Eusebio de Cesarea, el cual omite á su capricho parte de los sucesos referidos por Manetho, pues á esta objeción responde muy atinadamente el ilustre Vigouroux (ibid., página 280): "On pourrait prétendre, il est vrai, que l'ouvrage original de l'historien égyptien était plus nourri de faits et que le fragment qu'on vient de lire n'est qu'un résumé dû à ses abrégiateurs. Mais il y a tout lieu de penser qu'Eusébe et le Syncelle ont reproduit en entier ce que Manethon racontait de la seconde dynastie, parce que les deux chroniqueurs grecs

presenta como *sucesivas*, dinastías que consta con certeza fueron sólo *simultáneas*; hace lo mismo con Reyes particulares como en el caso de Ramsés II, de la décimanona dinastía, que reinó con su padre Seti por espacio de cerca de veinte años, y luego sólo treinta y seis; así que mientras Manetho les atribuye ciento veintiún años de reinado, los monumentos históricos sólo les conceden setenta y siete, y, finalmente, su narración está en desacuerdo con el *papyro* que se conserva en Turín, en lo referente á 37 reinados, pues mientras Manetho calcula el lapso de tiempo en novecientos ochenta y cuatro, el otro documento sólo concede seiscientos quince años de duración.

Vese, pues, por todo lo dicho, que el testimonio del historiador egipcio, sin otras pruebas que lo autoricen, no puede pasar en buena crítica como argumento concluyente (1).

Con respecto á otras pruebas menos importantes, que algunos pretenden hallar en confirmación de su tesis, debe notarse que los catálogos de Reyes, si se exceptúa el que se conserva en Turín, no son documentos cronológicos y, por lo tanto, no hacen fe en la cuestión que al presente se ventila. El mismo documento turinense además de hallarse incompleto y ser sólo un fragmento del verdadero que ya no existe (2) es, según algunos escritores, de origen reciente, y por lo tanto, poco fidedigno en la materia (3).

ont fait un travail indépendant et rapportent néanmoins la même chose. Dès lors qu'ils s'accordent ensemble, sans être copiés, ce ne peut être que parce qu'ils reproduisent simplement l'un et l'autre leur original. — Cfr. Fr. Lenormant, *Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, 1809, tomo I, págs. 348-356-356.

(1) Así que afirma con razón Rougé: "Les chiffres annexés aux listes de Manethon n'ont pu soutenir l'examen de la critique éclairée par les monuments." — *Notice sommaire sur les monuments d'Egypte*, pág. 60. Véase Vigouroux, *lug. cit.*, pág. 281, y Moigno, *ob. cit.*, pág. 655-662.

(2) Véase Vigouroux, pág. 282.

(3) Véase lo que escribe William Osburn: "La copie de Turin est très-récente; elle a été écrite probablement un siècle après la naissance de Jésus-Christ; un allemand a trouvé le nom du Christ dans plus d'un des derniers

Pero, aun pasando por alto tales deficiencias, en ninguna manera puede deducirse con exactitud el cómputo de los años que corresponden á cada uno de los Reyes, pues consta con certeza que varios reinaron á la vez é ignoramos además el número de Monarcas que simultanearon en su reinado (1). No es, pues, de extrañar que escritores tan autorizados como Lenormant, Mariette (2), Brugsch (3) y otros afirmen que en el estado actual de la ciencia nada puede asegurarse con respecto á la cronología del pueblo egipcio.

En prueba de lo que venimos afirmando, basta recordar la discrepancia que aun entre los más insignes egiptólogos existe sobre el comienzo del reinado de Menes, fundador de Menfis (El Cairo), en el cual, como antes indicamos, principia la serie histórica de los Reyes egipcios y lo atestiguan el documento turinense y los historiadores Manetho, Herodoto, Diodoro Sículo y Eratosthenes (4).

chapitres. Je disais cela à Turin il ya vingt ans; je le répète avec plus d'assurance après une étude de quinze ans de la copie exacte de Lepsius. Les écrivains de ce papyrus ont été ces prêtres égyptiens voyageurs, mentionnés par Petronius Arbitrator, qui traversèrent en long et en large l'empire romain, vendant des images, des amulettes et d'autres colifichets, qu'ils achetaient à bas prix dans les villes qu'ils traversaient. L'homme assez insensé pour offrir de payer au prix d'une rançon de roi ces 120 papyrus était un de leurs convertis ou pervertis qu'ils avaient déterminé à quitter l'agréable ville de l'Asie Mineure où il était né, pour trafiquer avec lui. Le temple d'Isis à Pompéi, l'obélisque de Bénévent et plusieurs des pseudo-antiquités de Rome son l'oeuvre de ces prêtres vagabonds.— Osburn, *Histoire monumentale d'Égypte*, apud Moigno, pág. 668.

(1) *M. Lenormant — dice Vigouroux (pág. 288, nota 1.^a),— suppose seulement deux dynasties simultanées (*Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, tomo I, pág. 348-358), M. Brugsch en admet cinq; Bunsen et M. Lieblein, sept; Wilkinson et M. Poole, douze.— Cfr. G. Rawlinson (loc. cit., pág. 10-11); Lieblein (*Chronologie égyptienne*, pág. 148); G. le Syncelle (*Cronogr.*, Bonn., 1829, tomo I, pág. 96).

(2) Véase Lenormant, *Histoire ancienne de l'Orient*, tomo I, pág. 322; Mariette, *Aperçu de l'histoire d'Égypte*, pág. 66.

(3) Brugsch, *Geschicht Ägyptens*, pág. 40. Cfr. Biot, *Comptes rendus de l'Académie*, vol. XXXVI, pág. 1.861.

(4) "Tout ce qui précède—dice Vigouroux (pág. 287),— nous explique comment il existe un désaccord si grand entre les différents historiens modernes, qui se sont occupés de l'histoire d'Égypte. Tandis que Böckh place l'avéne-

Böckh lo coloca en 5702, Wilkinson en 2691 y Champollión Figeac aún en época posterior. Pero se debe advertir que el mismo Böckh, al formar su cómputo en la hipótesis de Manetho de que todos los reinados hubieran sido sucesivos, confiesa que de ningún modo puede darse autoridad histórica á tales cálculos cronológicos (1). Luego la egiptología no requiere abandonemos la tradicional cronología bíblica, ya que desde el diluvio hasta Cristo transcurrieron, según el Martirologio romano, dos mil novecientos cincuenta y siete años; según la versión de los Setenta, tres mil trescientos noventa y dos, y más aún en opinión de algunos Padres y otros antiguos escritores católicos.

La objeción fundada en el florecimiento de las artes en Egipto desde una remotísima antigüedad, sólo tendría alguna fuerza en la absurda hipótesis antes refutada del origen beluino del hombre ó en la que le supone al menos constituido desde su aparición en la tierra, en un estado de abyección é impotencia que se opone abiertamente á la realidad de los hechos, consignada con todos los caracteres de autenticidad histórica en la narración del Génesis.

La construcción del arca noética, la erección de la torre de Babel, lo que de Tubalcain nos refiere la Biblia, que

ment de Menés, le premier roi humain, en 5.702, avant notre ère; Unger le place en 5.613; Mariette et François Lenormant, en 5.004; M. Brugsch, en 4.455; M. Lauth, en 4.157; M. Pessl, en 3.917 (II von Pessl, *Das Chronologisch System Manetho's*, Leipzig, 1878, pág. 267); M. Lieblein, en 3.893; Leipsius, en 3.852; Bunsen, en 3.628 ou 3.059; M. Reginald Stuart Poole, en 2.717, et Wilkinson, en 2.691. "C'est—observe M. George Rawlinson,—comme si les meilleures autorités sur l'histoire romaine venaient nous dire, les unes que la République fut fondée en 508, les autres en 3.508 avant J.-C." (Loc. cit., pág. 2). Un chronologiste anonyme place Menés en 2.362.—*Die Chronologie der Genesis*, von E. A. in-12.º, Ratisbonne, 1881, pág. 232. Voir H. S. Osborn, *Ancienne Egypte*, in-8.º, Cincinnati, 1883, págs. 35-48. Véase también Chabas, *Etudes sur l'antiquité historique*, pág. 14 y sig. Wiseman, *Discursos sobre las relaciones que existen entre la ciencia y la religión revelada*, lib. II, disc. 8.

(1) A. Böckh, *Manetho und die Hundsternperiode*, Berlin, 1845, página 3.381. Cfr. H. Vollot, *Du système chronologique de Manethons*, Beoune, 1867, pág. 35.

sabía trabajar en bronce y en hierro (1), prueban suficientemente que Cham ó su hijo Mesraim, hijos de Noé, al abandonar los campos de Sennaar, donde el Señor había confundido sus lenguas y echar los primeros cimientos del pueblo egipcio, pudieron llevar consigo caudal de conocimientos no despreciable que, aumentándose y perfeccionándose más y más con el transcurso del tiempo, bastara á explicarnos el decantado adelanto de las artes en Egipto desde remotísimos tiempos (2).

Ahora bien; los monumentos más antiguos del arte y la industria de los egipcios, son sin duda alguna, en opinión de Bunsen, Gardner, Wilkinson, Osburn, Mariette-Bey, Renán y Rawlinson, las célebres pirámides. Y aunque los mismos autores no convienen acerca de la edad á que se remonta la más antigua de ellas, la erigida en tiempo del Rey Sopha ó Cheops de la cuarta dinastía, sin embargo, es muy probable, como sostiene Guillermo Osburn, que fluctúe entre el 2300 y 1900 antes de la Era cristiana (3), opinión que concuerda con la de Champollion-Figeac, quien, después de largos y concienzudos estudios sobre la materia, sostiene que no existe en Egipto monumento alguno de más de dos mil años de existencia antes de Jesucristo.

(1) Genes., IV, 22.

(2) Véase Moigno (ob. y lug. citado, pág. 641-644 y sigs.)

(3) "Les dates assignées par ces savants à la fondation du plus ancien de ces monuments varient entre des limites assez considérables, de 5.400 à 1.900 ans avant Jésus-Christ. Le Sueur, Renan, Mariette, les p'acent de 5.400 à 4.000; Fergusson et Lepsius, de 3.900 à 2.600; Gardner, Wilkinson et Rawlinson, de 2.500 à 2.200; William Osburn, de 2.300 à 1.900. Cette dernière époque, déduite d'un examen rigoureux et très-complet de toutes les données hiéroglyphiques, est en outre si bien confirmée par des déductions astronomiques commencées par Sir John Smyth, que nous sommes autorisés à la considérer non seulement comme la plus probable, mais comme la date véritable du premier âge des pyramides.— Toutes ces grandes autorités, à quelques exceptions près, s'accordent encore, quant à la date relative de ces monuments, en ce sens qu'elles assignent la date la plus ancienne au principal, au chef suprême, si nous pouvons nous exprimer ainsi, de cette armée de constructions gigantesques élevées sur les hauteurs du plateau circulaire qui domine le delta du Nil.,— Moigno, etc.

Aun admitiendo el cómputo cronológico de los Setenta, pudieron los Chamitas habitar el Egipto antes de la erección de la más antigua de las pirámides, por espacio de mil años, tiempo más que suficiente para explicarnos el desarrollo de las artes y de la industria en aquel pueblo (1).

Ni se objete para declinar la fuerza de nuestros argumentos que en algunas pinturas y cuadros egipcios aparecen tipos de diversas razas y, por lo tanto, que se hallaban ya entonces éstas formadas con todos sus caracteres, lo cual supone una antigüedad remotísima para los aborígenes de aquel pueblo. Porque, en primer lugar, como antes en otro párrafo demostramos, la formación de las diversas estirpes humanas no requiere el transcurso de tiempo que gratuitamente se supone. Y en segundo lugar, ¿quién ha dicho que desde el diluvio ó sea treinta siglos antes de Jesucristo, según la cronología de los Setenta, hasta el siglo XVI ó XIV, antes de la Era cristiana, á que á lo menos pertenecen dichas pinturas, no hubo tiempo suficiente para la formación de dichas razas?

Es por consiguiente inexacto que la Egiptología nos obligue en modo alguno ó dejar el cómputo tradicional y extender sus límites exageradamente (2).

§ II.—*La cronología china.*

Que este misterioso pueblo posee anales y ordenadas cronologías en donde se narran los hechos de su historia, parece fuera de duda, como lo atestiguan, primero los Padres de la Compañía de Jesús, misioneros en aquellas apartadas regiones, y después muchos otros escritores que han tratado

(1) La objeción, tomada de los monumentos astronómicos del templo de Tentyr y Latopolis, puede verse discutida en Mazzella, *De Deo creante*, núm. 578.

(2) Véase Moigno y Vigouroux, lugares citados. Cfr. Rubion, *Diccionario Apologético*, R. A. Jaugey, en la voz *Egipto*.

de este asunto. Según P. Martini (1), el Rey Fo-hi, el más antiguo de todos en opinión de los eruditos chinos, floreció dos mil novecientos cincuenta y dos ó tres mil cuatrocientos sesenta y ocho años antes de Jesucristo.

Pero sea de esto lo que se quiera, el Rey Jaho, desde el cual la historia aparece menos conjetural, empezó á reinar el año 2357 antes de la Era cristiana. Mas nótese bien que ya para este tiempo, la población era muy numerosa, había en ella astrónomos que distinguían los solsticios y los equinoccios, literatos que conocían la poesía y sabios en fin de todas clases que daban carácter de adelantados á la cultura y civilización de los chinos. De todo lo cual, es necesario, aun en la opinión más modesta, retrasar algunos siglos la cronología bíblica desde la época del diluvio.

Veamos de contestar brevemente á la objeción.

Ante todo conviene advertir que el año 213 antes de Cristo, imperando Chihoang se entregaron al fuego todos los libros de Historia que trataban de la China. Parece por lo tanto que de los documentos rigurosamente históricos no puede objetarse contra nosotros. Y aunque algunos ejemplares se salvaran del incendio y á ellos se añadan las tradiciones populares, no son fundamentos sólidos para el cómputo de los aborígenes de este pueblo (2), y mientras no las veamos confirmadas, en ningún modo deben admitirse semejantes fábulas como si fueran verídica y autorizada historia.

Tan es así, que no ya sólo los sinólogos europeos sino los mismos naturales del país rechazan como inadmisibile la

(1) Vigouroux, ob. y lug. cit., pág. 267 y sig.

(2) "On cite bien quelques monuments antiques à l'appui des historiens chinois, mais ces monuments ne soutiennent pas l'examen de la critique. L'authenticité de la tablette de Ju qu'on dit avoir été trouvée en 1212 avant J.-C. celle des "tambours de pierre," de la dynastie de Chou (827-782) et plus encore, celles de 72 tablettes gravées dit-on, par ordre des 72 prédécesseurs de Fo-hi, sont très justement suspects. Nous ne trouvons ainsi dans le Céleste Empire aucun document véritablement autorisé sur lequel on puisse appuyer aucune date ancienne."—Vigouroux, ob. cit., pág. 274.

exagerada antigüedad de su pretendida historia (1). Asi por ejemplo, Segismundo Fries uno de los modernos historiadores de aquella nación, divide en dos partes su obra: comprende la primera el período mítico y la segunda el histórico cuyos comienzos pone en el año 775 antes de la Era cristiana (2). Legge (3), que tradujo al inglés el antiquísimo libro Chou-king (uno de los cinco sagrados que se atribuyen á Confucio, 551-429, a. Ch.) (4) afirma que los hechos consignados en dicho documento corresponden á lo más al periodo comprendido entre 2357 y 627 antes de la Era cristiana. Lo mismo sostienen Klaproth, Remusat y otros (5).

(1) "Qui connaît ce qui s'est passé dans la haute antiquité, demande le chinois Jangts, puisque aucun document authentique n'est parvenu jusqu'à nous? Celui qui examinera les vieilles histoires jugera qu'il est très difficile de les croire et une discussion sérieuse le convaincra qu'elles ne sont pas dignes de foi. Dans les temps primitifs, on ne conservait aucun document historique. (Dans W. William, *The Middle Kingdom*, 2 in 8°. Londres, 1488, tome II, pag. 137.) Les auteurs européens ne peuvent pas être moins exigeants que les auteurs chinois."—Vigouroux, pag. 271.

(2) Un des plus récents historiens de la Chine, M Sigismund de Fries, divise son ouvrage en deux parties: période mythique et la période historique, cette dernière commençant en l'an 775 avant J. C. Non pas, dit il, que tous les événements racontés après cette date soient historiques et que tous ceux qui les précèdent soient fabuleux, mais "parce que c'est là le premier point fixe pour une étude chronologique comparée, tandis que toutes les dates antérieures ne peuvent être considérées que comme des estimations par à peu près."—Vigouroux, pag. 274.

(3) Véase Legge, *The sacred books of China*.

(4) P. Goubil, S. J., *Traité de chronologie chinoise*, pag. 209.

(5) "Klaproth nie l'existence de toute certitude historique dans les annales du Céleste Empire, antérieure à l'an 752 avant Jésus-Christ. Abel Rémusat fait remonter l'histoire des Chinois à l'an 2.637 avant Jésus-Christ. Lassen dit que les Chinois n'ont d'histoire véritable qu'à partir du VIII siècle, et place par conjecture, la première dynastie, celle de Huc, à l'an 2.205 avant Jésus-Christ, la période la plus éloignée s'arrête à 2.000 ans avant Jésus-Christ. Schlégel croit que les caractères de l'écriture chinoise ont 4.000 ans d'antiquité, ce qui les ferait remonter à trois ou quatre générations après le déluge. Plusieurs écrivains ont insinué que Fo-Hi, le fondateur du Céleste-Empire, pouvait être Noé. En suivant la cronologie des Septante, on pourrait, s'il était besoin, admettre les dix princes chinois, prédécesseurs de Hoang-Ti, et fixer l'époque de la fondation de l'Empire chinois par Fo-Hi en l'an 254 après le déluge, 3.462 avant Jésus-Christ. Mais, ajoutait le P. Amyot, nous n'avons pas besoin pour la Chine d'un si grand espace de temps (*Mémoires concernant les Chinois*, tome XIII, págs. 78-79) pour faire

Ni vale tampoco objetar aduciendo como argumento incontrastable, los conocimientos científicos y observaciones astronómicas que se atribuyen á los chinos. Porque tales adelantos y maravillas son relativamente pocos, arguyen escasa antigüedad (1), y pueden explicarse finalmente por la tradición que desde los Patriarcas antediluvianos llegó por medio de los descendientes de Noé hasta los primeros pobladores del Celeste Imperio (2). Luego la cronología

voir que, quand même la partie de l'histoire chinoise, depuis le 60.^e année du règne de Hoang-Ti, jusqu'à la première année du règne de Fo-Hi, serait revêtue de toute la certitude et de toute l'authenticité que l'on accorde aux autres parties de la même histoire, on n'en pourrait tirer aucune conséquence qui ne pût être admise par tout bon chrétien ou tout bon critique., Moigno, pág. 688.

(1) "Le *Chouking* donne clairement à entendre qu'il existait une méthode pour supputer les éclipses longtemps avant Chouang-Jy, 2.159 ans avant Jésus-Christ. A la rigueur, comme nous l'avons déjà dit, ces connaissances astronomiques ne seraient pas inadmissibles; elles seraient comme un reflet de la science antediluvienne, conservée et transmise par Noé et ses enfants, ainsi qu'on l'a vu dans la construction de la grande Pyramide.

Le P. Goubil dit en effet (*Lettres édifiantes*, tomo XXVI, págs. 27 y 102): "Je pense que les fondateurs de l'Empire avaient reçu des Patriarches, ou même de Noé, bien des connaissances sur l'astronomie., Mais de fait, il faut descendre à l'an 1104 avant Jésus-Christ pour trouver non pas la prédiction, mais l'observation d'une première, jusqu'à l'an 775 pour l'observation d'une seconde éclipse. Confucius ne cite d'éclipses remarquées avec certitude que vers l'année 722 avant J.-C. Il est d'ailleurs absolument reconnu que les anciens astronomes chinois n'avaient aucun moyen sûr de calculer les éclipses: ils se trompaient grossièrement; plus tard ils ont adopté purement et simplement les méthodes européennes, sans leur apporter le plus petit perfectionnement. Sous les Tsius de 200 à 253 avant J.-C. ils ne connaissaient pas les mouvements propres des étoiles fixes; et la précession des équinoxes n'a été bien appréciée d'eux que vers l'an 1250 après J.-C., — Moigno, página 689.

(2) "En résumé— dit M. Sédillot (*Lettre à M. de Humboldt sur les travaux de l'Ecole arabe*, 1853, pág. 11)—on ne signale dans les livres classiques de la Chine que cinq faits dignes d'attention en apparence, les solstices de Jao et de Tcheou-Hong calculés après coup; une éclipse de soleil à laquelle on a assigné plusieurs dates, qui toutes ont été reconnues fausses; l'identification du souverain avec la polaire ou plutôt avec le pôle lui-même, et enfin de prétendues étoiles à leurs passages au méridien. Ajoutez à cela des combinaisons de chiffres reposant sur des récits ridicules ou sur les nombres mystiques de Confucius, et vous aurez le tableau complet des connaissances scientifiques de la Chine dans la période qui précède l'ère chrétienne., Moigno, *ibid.*, pág. 690.

tradicional bíblica, nada tiene que temer de la supuesta antigüedad de la población china (1).

§ III.—*La cronología india.*

Parecido es el argumento que contra nuestra tesis se funda en la cronología del pueblo de la India cuyo origen según algunos, se remonta á una fecha antiquísima (2). Y parecida es también la manera de resolverlo.

No faltan, en efecto, quienes colocan por los años de 2200 antes de Cristo (3), la entrada de los *Aryas*, aborígenes de los indios, en este país; no mucho antes, á saber, por los de 2500 suponen comunmente los historiadores que dichos *Aryas* abandonaron la Sogdiana y la Bactriana (4). Dicen que anterior á ésta existió otra raza en la India, vencida por los *Aryas* cuando éstos llegaron á aquel país. Pero de tales

(1) Véase Vigouroux, *lug. cit.*; Moigno, *lug. cit.*; Riancey, *Histoire du monde*, tomo I, págs. 308, 312 y sig.

(2) Véase, v. g., Riancey, *Histoire du monde*, tomo I, pág. 255: "Voici ce que dit le Vischnou Pourana: "Le temps est une forme de Vischnou. Ecoute comment il sert à mesurer la durée de Brahma et de tous les autres êtres doués de sentiments. Quinze clignements d'oeil font un *kaschthá*; trente *kaschthas*, un *kalá*; trente *kalás*, un *muhúrta*. Trente *muhúrta*s font un jour et une nuit des mortels; trente jours, un mois divisé en deux demi-mois; six mois font un *ayana* (la période de la course du soleil au nord ou au sud de l'écliptique) et deux *ayan*as composent une année. L'*ayana* méridional est une nuit et *Payana* septentrional un jour des dieux. Douze mille années divines (composées de 365 jours de cette durée) constituent la période des quatre *yongas*, ou âges. Ils sont ainsi partagés: l'âge *kritá* a quatre mille années divines; le *tretá*, trois mille; le *donápara*, deux mille, et le *kalí*, mille; c'est là ce qu'ont déclaré ceux qui connaissent les choses de l'antiquité." I. Garret, *A classical Dictionary of India*, Madras, 1871, pág. 138. Le premier joua a duré 1.728.000 ans; le second, 1.296.000; le troisième, 864.000; le quatrième, qui est commencé, doit avoir 432.000 ans. Ce simple exposé suffit pour montrer le caractère fabuleux de la chronologie hindoue." Vigouroux, *ob. cit.*, pág. 263 in nota (3). Cfr. Dubois de Jancigny, *Inde*, Paris, 1845, pág. 219. M. Duncker, *Geschichte der Alterthums*, 5.ª ed., 1879, tomo III, pág. 54.

(3) "M. Eastwick fait entrer les *Aryas* dans l'Inde vers 2.200 avant J.-C." *Handbook of the benjab*, pág. 3, Londres, 1883.

(4) Lenormant, *Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, tomo III, página 431; Riancey, *ob. cit.*, tomo I, pág. 182.

aborígenes nada hay consignado en documentos históricos.

En cuanto á las tradiciones populares, lo que hay de cierto es que en buena crítica deben ser miradas como meras fábulas en lo referente á la antigüedad de la población de la India (1). Es más: hoy por hoy la edad más remota á que según datos y pruebas racionales debe retrasarse la historia de este país, no pasa del año 1500 y según otros del 800 antes de Jesucristo (2).

Ni vaya á creerse que el defecto de la historia lo suplen otros documentos. La inscripción más antigua en que se hace mención de los indios como sujetos al poder de Darío es la encontrada en Persia (3). En la misma India no se conserva documento alguno anterior al siglo III antes de Cristo y las inscripciones Açokenses, las primeras que se

(1) "L. von Orthlich (*Allgemeine Geschichte von Indien*, 3, in-8.º, Leipzig, 1859-1861, tomo I, págs. 1-4) fait vaguement remonter l'histoire de l'Inde à une très haute antiquité, mais sans aucune preuve.—Les exploits de Sémiramis et de Sésostris dans l'Inde sont fabuleux. Sur les diverses traditions antiques relativement à l'Inde voir Buncker. (*Geschichte des Alterthum*, tomo III, pág. 11 y sig.). Quant à l'opinion soutenue par M. E. Bujou (*L'Égypte dans l'Inde 4.000 ans avant J.-C.*, in-8.º, Paris, 1884) elle ne s'appuie sur rien de concluant. Sur ce qu'ont dit les anciens de l'Inde antique et de son histoire, voir Collin de Bar (*Hist. de l'Inde ancienne et moderne*, Paris, 1814, tomo I, págs. 118-154.) A. Graham, *Genealogical and chronological tables illustrative of Indian history*, Londres, 1880, 2.º ed., pág. 2. Vigouroux, pág. 264 in nota 1.ª et 4.ª

(2) "M. Talboys Wheeler—dice Vigouroux (pág 264)—commence leur histoire seulement vers 1.500 avant l'ère chrétienne et il n'a rien à dire sur cette époque en dehors des légendes qu'il tire du Mahabharata. Le célèbre indianiste allemand M. Lassen, place entre l'an 1.000 et 1.200 avant J.-C. la victoire remportée par les Pándavas contre les Kauravas, laquelle termine la guerre racontée dans ce grand poème épique: il reconnaît que l'histoire des temps antérieurs à cette guerre est fictive et qu'il est impossible de la soumettre à une vraie chronologie (*Indische Alterthumskunde*, 2.ª edit., in-8.º, Leipzig, 1867, tomo I, pág. 611-612 (d'après Roth); pág. 606). M. Buncker assure qu'on ne peut remonter avec quelque certitude que vers l'an 800 avant l'ère chrétienne.—M. Buncker, *Geschichte des Alterthums*, 5.ª edic., 1879, tomo III, pág. 11.

(3) Véase Fr. Spiegel, *Die altpersischen Keilenschriften*, pág. 54. Vigouroux, pág. 265.

conocen, solo se remontan al año 250 antes de la Era cristiana (1).

Pasemos de las inscripciones á los libros. Los más antiguos de la India son los sagrados de los Vedas (2). Es opinión común entre los eruditos investigadores de esta materia que de dichas obras los fragmentos que alcanzan fecha más atrasada, deben colocarse en el siglo XIV y, según

(1) Cfr. R. Sewell, *A. Sketch of the dynasties of southern India*, en 4.º Madras, 1883, pág. 1; H. Oldenberb, *On the dates of ancient Indian inscriptions and coins, dans l'Indian Antiquary*, Agosto 1881, tomo X, págs. 213-227, et en allemand dans Sallet'se, *Zeitschrift für numismatik*, 1879, en Vigouroux, pág. 265 en nota (4).

(2) "Que (la civilisation et) la littérature de l'Inde doivent être reportées assez haut dans l'antiquité profane, il n'y a point actuellement de doute sérieux à ce sujet... (mais) personne ne leur assigne plus cette fabuleuse antiquité que l'on s'était empressé de leur attribuer sur une vague renommée... Il n'est point d'ouvrage sanscrit antérieur au corps des écritures sacrées portant le nom de Véda. Après l'examen le plus minutieux de ces livres, des indianistes d'une très grande autorité n'ont pas osé faire remonter la composition des parties les plus anciennes au delà du XIV.º siècle avant J.-C... Le savant éditeur du Rig-Véda M. Max Müller, a tracé de main de maître le tableau de l'ancienne littérature sanscrite (*A History of ancient Sanscrit Literature so far as it illustrates the primitive religion of the Brahmans*, in-8.º, Londres, 1859. Résumée par M. Barthélemy Saint-Hilaire, *Journal des savants*, 1860-1861), et il en a placé le développement complet dans l'espace d'environ mille ans, du XII.º au II.º siècle avant notre ère. (F. Nève, *Les époques littéraires de l'Inde*, in-8.º, Bruxelles, 1833, págs. 40-41). Pour les principales opinions sur la date des Vedas, voir Vivier de Saint Martin (*Etude sur la géographie et les populations primitives du nord-ouest de l'Inde*, in-8.º, Paris, 1869, págs 5-10). Cfr. J. Mohl; *Vingt-sept ans d'histoire des études orientales*, tomo II, pág. 506. Voici ce que dit M. Marius Fontane lui même. "Placer la fin de la période védique vers le quatorzième siècle avant notre ère, c'est rendre trop hâtive l'évolution qui transforme la religion du Véda en culte brahmanique. Le premier groupement des hymnes védiques appartiendrait à la fin du treizième siècle avant J.-C. Jusqu'alors les hymnes avaient été seulement récités, appris, conservés dans les mémoires, on peut-être vaguement écrits sur des feuilles d'arbres." *Inde védique 1 800 à 800 avant J.-C.*, Paris, 1831, pág. 52. A la pag. 44 il dit: "Le Rig-Véda... est un recueil de traditions rythmées et hymnes, conservées d'abord par de constants récits, et transcrites, un jour, sur des feuilles de palmiers, vers le douzième siècle de notre ère probablement." En Vigouroux, pág. 266.

"Boilingbroke, astronome éminent autant qu'indianiste exercé, qui, d'un passage de ce livre où il est fait mention de la position du solstice relativement à deux constellations, position qui se rapporte à l'an 1891 avant Jésus-Christ, conclut que la compilation des Vedas a dû être fait pour la première

M. Müller, el XII antes de Jesucristo (1). El budhismo empezó áflorecer el siglo V ó VI antes de la Era cristiana (2).

Finalmente, el testimonio de los escritores extranjeros ó sea, para el caso, de los extraños á la India nada prueba. El griego Megasthenes, el más antiguo de todos ellos, vuelto de la embajada que por orden de Seleuco Nicator (300 años antes de Cristo) desempeñó ante el Rey Magadha Chandragupta, á quien él llama Sandracotton, escribió su obra *Indica* de la cual solo se conservan algunos fragmentos. Pues bien; es completamente fabuloso el espacio de 640₂ años que, fiado en la tradición de los indígenas, supone transcurrieron desde Dionisio ó sea Baccho hasta el Rey Sandracotton (3).

Se nos dirá que Bailly, desgraciado inventor de tantas supercherías científicas, concede á los indios mayor antigüedad y aun afirma que entre ellos se conservan observaciones astronómicas cuya fecha se remonta hasta cinco mil ó seis mil años de existencia. Es verdad que dice eso Bailly,

fois dans le XIV.^e siècle. D'autres savants non moins éminents MM. Albrecht, Weber, Roth, Max Müller, sont arrivés de leur côté, et par d'autres voies au même résultat. La date des hymnes les plus récents semble devoir être fixée à l'an 160 avant J.-C., qui doit être celle de la clôture de la période proprement védique... MM. Wilson, Lassen, Max Müller adoptent pour l'époque la plus vraisemblable de la rédaction du code et des lois de Manon, le IX.^e siècle avant l'ère chrétienne.— Moigno, ob. y lug. cit., pág. 682.

(1) "M. Max Müller distingue quatre époques différentes pour la composition des Védas. Il place la première, celle des Chandas, à laquelle appartiennent les plus anciens hymnes védiques, entre l'an 1200 et 1000 avant J.-C. (*Ancient Sanskrit Literature*, págs. 301-305). Il ne trouve aucune trace d'histoire authentique de l'Inde dans la littérature indigène avant cette époque. D'après lui, des anciens Hindous n'arrivèrent même pas d'eux-mêmes à l'idée de la chronologie; cette idée leur vint du dehors comme l'alphabet et l'usage de la monnaie, et ce furent leurs rapports avec les Grecs qui les amenèrent à dater leurs documents historiques.—Vigouroux, pág. 266.

(2) "Sydbarta Catyantinha, le fondateur du bouddhisme, qui devait combattre le brahmanisme et le régime des castes, naquit l'an 622 avant J.-C. Le bouddhisme constitua son système religieux de 483 à 543.—Moigno, pág. 683.

(3) Véase Duncker, *Geschichte des Alterthums*, tomo III, pág. 56 y sig.

pero no lo es menos y con esto damos por terminado este párrafo, que Bentley y otros peritísimos autores demuestran la falsedad de tales afirmaciones (1).

§ IV.—*La historia de Beroso.*

Tal es el documento que para probar la remotísima antigüedad de los asirios y caldeos y consiguientemente la del género humano, suele también aducirse.

Según Beroso, sacerdote que fué de Belo, en Babilonia, durante el reinado de Antioco en Siria (261-246 antes de Cristo), el primer Rey de Babilonia se remonta al año 468.330 antes de la Era cristiana, fecha que dicen hallarse confirmada por las observaciones astronómicas comenzadas á hacerse por los años 450.000 antes de Cristo, también en Babilonia.

Que las observaciones de Beroso, sobre todo en lo relativo á la cronología de los caldeos, no merecen crédito alguno, es verdad admitida, no sólo por los modernos críticos, sino también por los antiguos griegos y romanos. Ya

(1) Véase Moigno, págs. 684-685. "L'astronomie indienne — disent Weber, Klaproth, Lassen, — est uniquement fondée sur des ouvrages grecs, et les données de l'école d'Alexandrie. Dans l'époque védique elle est tout à fait dans l'enfance, se bornant à l'observation de quelques étoiles fixes, des 27 ou 28 mansions lunaires et de périgées de la lune. L'année est de 360 jours. La date de la plus ancienne division indienne en stations lunaires, au nombre de 28 autre fois, de 27 aujourd'hui, est comprise entre 1528 et 1375 avant J.-C.; c'est probablement 1428. La Place affirme que les tables indiennes ne peuvent réclamer une très haute antiquité. Tout indique qu'elles sont postérieures à Ptolémée, puisque le moyen mouvement qu'elles assignent à la lune par rapport à son périgée, à ses nœuds et au soleil, est plus rapide que celui de Ptolémée... Klaproth affirme qu'elles ont été composées dans le VII.^e siècle de l'ère vulgaire, et qu'elles ont été postérieurement reportées à une époque antérieure (*Mémoires relatifs à l'Asie*, 1826, pag. 397).— D'après Lassen aussi, le premier indianiste de l'Allemagne, le *Surya-Siddhantho* est postérieur à l'introduction de l'astronomie grecque dans l'Inde, et date des premiers siècles de l'ère chrétienne.— Mortillet, *Matériaux pour servir à l'histoire de l'homme*, tomo I, pag. 233. Véase el Card. Wiseman, ob. cit., disc. 7; Moigno, ob. cit., pag. 681; Vigou-roux, pag. 263 y siguiente.

Cicerón en su tiempo tachaba á los caldeos de vanos y necios y los llamaba en buena *literatura* mentirosos, pues pretendían retrasar sus aborígenes al año 470.000 (1). Distingue Beroso siete dinastías, es verdad. Pero las dos primeras se han considerado siempre como inadmisibles por fabulosas y la tercera, ó sea la meda, no comenzó á reinar hasta el 2250 ó 2400 antes de Cristo.

Ni tiene más fuerza el argumento de las observaciones astronómicas que gratuitamente se les atribuye, y cuya falsedad está plenamente demostrada. Conquistada Babilonia por Alejandro, envió Aristóteles á aquella ciudad á su discípulo Callisthenes con el objeto de aprender la Astronomía con los caldeos. Y entonces este sabio pudo notar que las tales observaciones sólo comprendían un espacio de mil novecientos tres años. Donde se ve que el argumento astronómico, llamémoslo así, prueba tanto como el histórico.

Igual fuerza tienen también los datos que en pro de la exagerada antigüedad de asirios y caldeos quieren hallar algunos en otros historiadores.

Además, los documentos cuneiformes indican con certeza, en muchos casos, la fecha relativa á determinados acontecimientos, tanto que de esta manera hemos venido en conocimiento de la cronología caldaica y babilónica. Porque, en efecto, los asirios contaban los años por los que llevaban en su administración los magistrados (eponymos), llamados *limnios*, cuya institución no parece anterior al siglo XIV antes de Cristo, así como los atenienses por los de los arcontas y los romanos por los de los cónsules.

Pues bien; habiéndose encontrado y publicado en nuestros días muchas de estas inscripciones que contenían los

(1) "Condemnemus hos (Chaldaeos) aut stultitiae, aut vanitatis, aut impudentiae, quia CCCCLXX millia annorum, ut ipsi dicunt, monumentis comprehensa continent, et mentiri judicemus."—*De divinat.*, I, 19, 36. Oper. edit. Teubner, part. IV, tomo II, pág. 141.

nombres y los principales hechos de muchos de esos funcionarios públicos, ninguna de ellas nos obliga á retrasar la historia más allá de los años 2274 antes de la Era cristiana y, por consiguiente, á reformar en lo más mínimo la tradicional cronología bíblica (1).

§ V.—*El cilindro de Nabonides.*

La última objeción que nos resta ya por refutar se funda en el hallazgo de varios documentos cuneiformes y sobre todo del cilindro de Nabonides, Rey de Babilonia, cilindro que se conserva hoy día en el Museo británico (2).

(1) "Grâce à ce système de chronologie, les Assyriens ont pu nous donner sur les événements du passé des dates précises, comme nous n'en avons encore rencontré chez aucun autre peuple. Sennachérib (705-681), l'ennemi d'Ezéchias, mentionne dans l'une de ses inscriptions, qu'un sceau, ayant appartenu à Tuklath-Ninip, avait été emporté à Babylone 600 ans auparavant, et que 418 ans s'étaient écoulés, lorsqu'il envahit lui-même Babylone (en 692) depuis la défaite de Teglathphalasar 1.^{er} (vers. 1.130) par les Babyloniens. Teglathphalasar 1.^{er} dit à son tour qu'il a restauré à Khalah-Chergat un temple bâti par Sanisibin, fils d'Imisdagan, 701 ans auparavant. Le fils de Sennachérib, Assurbanipal (668-626), raconte de son côté qu'une idole qu'il a reconquise en 639 dans le pays d'Elam avait été enlevée d'Erech, il y avait alors 1635 ans, par conséquent en 2274 avant notre ère. C'est la date la plus reculée qu'aient fournie jusqu'à présent les documents assyriens." Vigouroux, pag. 293.

(2) "Un cylindre de Nabonide, roi de Babylone, trouvé à Abon-Abba par M. Hormuzd Rassam et conservé maintenant au Musée Britannique, nous fournit des dates plus anciennes, et par conséquent plus importantes que celles des documents assyriens. M. Pinches a fait connaître ce cylindre à la Société d'Archéologie biblique de Londres en 1882. Nous y lisons que Ligbagas ou Urbagas, roi d'Ur (la patrie d'Abraham), vivait 700 ans avant Hammuragas ou Hammurabi, dont l'époque est d'ailleurs inconnue. Mais nous y lisons de plus que Naramsin, fils de Sargon 1.^{er}, avait fondé le temple du dieu Samas ou le Soleil, à Sippara, 3.200 ans avant le règne de Nabonide, c'est-à-dire vers l'an 3.750 avant notre ère. Cette date positive, la plus considérable qui ait été découverte jusqu'ici sur un monument original antique, fait remonter le déluge, qui était connu des Babyloniens comme des Hébreux à plus de 4.000 ans avant J.-C.; car avant Naramsin et avant Sargon il y avait eu déjà, d'après le témoignage des monuments, un certain nombre de rois postérieurs au grand cataclysme. Si l'on admet ce chiffre, il faut donc reconnaître que la chronologie postdiluvienne tirée de la Bible, même celle des Septante, est insuffisante, puisqu'elle ne nous donne pas 4.000 ans entre

De dicho documento consta, según Nabonides, que Naramsis, hijo de Sargón I, reinaba ya tres mil doscientos años antes, y como Nabonides, pertenece al quinientos cincuenta antes de Jesucristo, resulta un total de tres mil setecientos cincuenta años.

Ahora bien; según consta por monumentos históricos, hubo otros Reyes posteriores al diluvio y anteriores á Naramsis y Sargos; luego es necesario conceder á Babilonia una antigüedad de cerca de cuatro mil años antes de Cristo, ó sea mayor aún que la que se asigna en la cronología de los *Setenta* para la fecha misma del diluvio.

¿Qué respondemos á esta dificultad? Que el año correspondiente al reinado de Naramsis, atribuido por Nabonides, aunque por algunos asiriólogos se admite como verdadero (1), sin embargo, para otros es realmente incierto (2) y, por lo tanto, no debe aceptarse sin otras pruebas sólidas que lo justifiquen ante la sana crítica histórica. ¿No pudo, en efecto, Nabonides dejarse engañar por dudosas y aun falsas tradiciones, sobre todo cuando sabemos el prurito de casi todos los pueblos antiguos por retrasar exageradamente la fecha de sus primitivos aborígenes?

Pero aunque así no fuera, la fecha es incierta *de suyo*: no existen otros documentos que la verifiquen; luego en buena crítica, debe rechazarse. Tanto más, cuanto que parece cosa averiguada que hasta el año 747 antes de Cristo no se encuentra documento alguno relativo á la cronología de los caldeos y babilonios (3). Cuanto sobre el particular se

le déluge et la venue de Notre-Seigneur.—Vigouroux, págs. 294-295; después añáde en la nota (2): "Avant la découverte de l'inscription de Nabonide on placé le règne de Sargon 1.^{er} vers l'an 2000 (Lenormant) ou 1900 (Hommel).

(1) Véase, v. gr., Rawlinson, *Athenacum*, 9 Decemb. 1882, pág. 781.

(2) Véase Sayce, *Academy*, 24 Novemb. 1883, pág. 351; y Peters, *Proceedings of the Society of bibl. Arch.*, Mai 1886, pág. 142; en Vigouroux, pág. 297.

(3) "On peut voir—dice Vigouroux (pág. 297, nota 3)—toutes les listes babyloniennes et chaldéennes réunies dans Sayce (*Ancient Empires of the East*, págs. 292-299). Les listes cunéiformes babyloniennes ont été publiées dans les *Proceedings of the Society of Biblical Archaeology*, Decemb., 1880,

quiera estudiar, debe tomarse de los monumentos que nos suministra la asiriología y que, según hemos visto en el párrafo anterior, no exigen para el hombre fecha más remota que la asignada por la cronología bíblica (1).

§ VI.—*Conclusión.*

De todo lo que en anteriores párrafos llevamos expuesto, se deduce con evidencia que cuantos argumentos ha escogitado *la ciencia moderna* en pro de la exagerada antigüedad del hombre, ó son falsos ó absurdos, ó al menos inciertos é ineficaces para la demostración del punto controvertido.

¿Qué conclusión podemos y debemos sacar, por lo tanto? *Que en ninguna manera se debe abandonar la tradicional cronología bíblica contenida dentro de los límites que á ella le asignan los documentos eclesiásticos.*

Tratándose, como se trata, de punto tan importante, ¿quién no ve que mientras otra cosa no se pruebe con sólidos é irrefutables argumentos, debe prevalecer la cronología bíblica, recomendable por su antigüedad, respetable por la tradición y confirmada, finalmente, por la razón misma?

págs. 20-22; Janvier, 1881, págs. 37-49; Mai, 1884. Cfr. Fr. Hommel, *Zur altbabylonische Chronologie*, dans la *Zeitschrift für Keilschriftforschung*, Janvier, 1884, tomo I, págs. 32-44; C. P. Tiele, *Babylonisch assyrisch Geschichte*, in-8.º, Cotha, 1886, tomo I, pág. 100 y sig.; E. Pannier, *Genealogiae biblicae* págs. 122-197..

(1) "Pour la Chaldée et la Babylonie, une chronologie exacte ne commence qu'avec l'ère de Nabonassar, en 747 avant J.-C. Le canon de Ptolémée, les listes royales babyloniennes, les synchronismes des monuments assyriens et enfin les nombreuses tablettes datées de la famille Egili (depuis Nabuchodonosor jusqu'à Darius, fils d'Hystaspe) nous fournissent des renseignements précis et sûrs pour cette époque, mais tout moyen de contrôler nous fait défaut pour les époques antérieures, en dehors des documents assyriens, qui ne remontent pas assez haut..—Vigouroux, *pages* 296-297.

Que la controversia de que nos ocupamos sea importante, nadie habrá que se atreva razonablemente á negarlo.

Se trata de un punto relacionado con la Biblia y en cierta manera contenido en ella, y se trata, sobre todo, de ceder ó no ceder el puesto á preocupaciones absurdas, fundadas muchas de ellas en el origen beluino ó el primitivo estado salvaje del hombre.

Que la cronología bíblica *rectamente entendida*, se halla adornada de los caracteres de antigüedad y autoridad que la hacen por todos conceptos respetable, no puede tampoco ponerse en duda.

Y digo la cronología *rectamente entendida*. Porque no pretendemos que el cómputo fundado en la Biblia y admitido por la tradición católica sea *exacto* con exactitud matemática de modo que *positivamente* señale la verdadera fecha de la antigüedad del hombre. Sabida cosa es que entre las varias cronologías en boga entre los Santos Padres y escritores católicos ninguna ha sido hasta ahora declarada como preferente y exclusiva. Lo que si decimos es que *negativamente*, al menos, señala un límite más allá del cual no debe prudentemente extenderse la fecha del linaje humano, á saber: seis mil años antes de la Era cristiana.

Admitida en este sentido la cronología bíblica, es evidente que goza del privilegio de hallarse robustecida por una tradición antiquísima. Unánimemente ha sido respetada en la Iglesia de Dios, y aún ahora mismo la respetan todos los que no quieren admitir como conquistas de la ciencia hipótesis gratuitas y aun absurdas, fundadas sólo en el innato odio á la Religión Católica.

Siendo esto verdad, como realmente lo es, ¿debe y puede despreciarse una cronología cuya autoridad extrínseca es tan recomendable? ¿Nada significa el sentir unánime de la Iglesia, que por boca de los Concilios, de los Santos Padres y escritores católicos conviene en afirmar que

la existencia del género humano no debe retrasarse más allá del año 6000 antes de Jesucristo?

Ni vaya á creerse que la cronología bíblica carece de razones intrínsecas que vengan en su apoyo.

Que el Génesis escrito por Moisés sea un libro antiquísimo y veracísimo, donde con fidelidad y sencillez encantadoras se narran los anales del mundo, lo demuestran, más que con evidencia, los teólogos y exegetas católicos. ¿Y qué nos dicen las Sagradas páginas con respecto al punto que discutimos? Que el primero de los hombres y el que fué padre y cabeza del linaje humano no es otro sino Adán; que Dios inundó la tierra con un diluvio para castigar las prevaricaciones de los hijos de los hombres y que de esta universal catástrofe sólo alcanzaron á salvarse Noé, sus hijos y sus respectivas familias.

Pero aún hay más: no solamente se consignan en la narración mosaica los hechos que acabo de citar, sino que se expresa la edad en la que Adán y los demás patriarcas antediluvianos engendraron á sus hijos, datos suficientes para calcular *negativamente*, al menos, como antes explicábamos, el número de años que desde la creación del primer hombre transcurrieron hasta el diluvio. De una manera análoga se colige también el tiempo que media después del diluvio hasta el comienzo de la Era cristiana. Siempre, claro está, fijando límites en sentido negativo, ó sea indicando un lapso de tiempo como *máximum* en la cronología del género humano.

En una palabra; procedemos en éste asunto como lo exigen las leyes de la crítica histórica. ¿Se duda, porque no se sabe á ciencia cierta la fecha de algún acontecimiento histórico? La más elemental prudencia aconseja no retrasarlo más allá de lo que permiten los documentos más antiguos ni adelantarlo más acá de lo que consienten los monumentos históricos de origen más moderno. Pues esto hacemos y debemos hacer en el asunto de la cronología bíblica.

En materia tan importante, mientras no se nos presenten razones sólidas que prueben lo contrario, ¿á qué abandonar la cronología bíblica, cuya antigüedad y autoridad externa, aun prescindiendo de los argumentos intrínsecos, son tan respetables?

¿Existen esas razones en la doctrina de nuestros adversarios? Acabamos de examinar y discutir las que más fuerza aparentan y como más irrefutables opone la *ciencia moderna*. ¿Y qué resulta de tan larga discusión y concienzudo examen? Que ninguna de ellas prueba con certeza, y muchas, por no decir todas, se apoyan en gratuitas hipótesis y vanas afirmaciones (1).

Pero objetan que ni aun en el sentido por nosotros explicado puede admitirse la cronología bíblica. Es cierto—dicen—que en los diversos ejemplares y en las diferentes versiones de la Biblia aparece también diversidad en las fechas y en las Edades. Luego pudo muy bien suceder que en todos esos ejemplares se hayan omitido algunos personajes y se hayan pasado en silencio algunos hechos, cuya cronología, añadida á la que hoy conocemos, retrasara notablemente la fecha del género humano. ¿Quién nos dice que los amanuenses, sobre todo, al trasladar las genealogías no han omitido alguna de ellas ó han puesto una fecha por otra, perturbando así el verdadero cómputo de los años correspondientes á la historia del hombre sobre la tierra? ¿Quién nos asegura que el mismo escritor sagrado no suprimió de propósito los nombres de algunos personajes indignos de mención por sus crímenes ó por otra causa cualquiera, de modo que la serie indicada en las genealogías no padezca solución de continuidad? Tanto más, cuanto que, según nosotros mismos indicamos al principio, no faltan en los Sagrados Libros ejemplos de semejantes omisiones y otras veces existe fundamento para suponerlas,

(1) H. Arcellin, *Revue des questions scientifiques*, tomo I, pág. 421 y siguientes, Abril, 1877.

como cuando San Mateo señala el mismo número de catorce genealogías desde Abrahán á David, desde David hasta la transmigración de Babilonia y desde ésta, finalmente, hasta el Nacimiento de Cristo (1).

El argumento, como se ve, no tiene fuerza ninguna y en sana lógica se puede y se debe, admitidas las premisas, negar la consecuencia. *Es posible* que deban añadirse algunos años más á los que forman la serie de la historia del género humano, tal como nosotros la conocemos: luego... es *probable* que deban añadirse. ¿Quién no ve lo ilógico de tal razonamiento?

Porque *tal ó cual* libro ó escritor sagrado omitió algo que por otro libro ó escritor sagrado llegamos á saber; porque *tal ó cual* amanuense pudo omitir y aun omitió de hecho si se quiere, una genealogía ó un cómputo cronológico, deberemos concluir como *probable* que á la cronología formada con los datos de todos esos diversos documentos históricos *comparados, compulsados y discutidos* han de añadirse *de hecho* arbitrariamente años y años sin tino, sin hacer caso del sentir unánime y tradicional de los doctores católicos, y atendiendo únicamente á confirmar por tan indignos procedimientos, teorías gratuitas y *a priori*?

Es, por consiguiente, deber ineludible del polemista católico, no ceder un palmo de terreno mientras *sólidas y evidentes* razones no le obliguen á ello. Estamos en *posesión*: á ellos les incumbe probar sus asertos y tendría triste gracia darse de antemano por vencidos enseñando la experiencia que cuantas veces han pretendido los racionalistas convencer de falsedad á la Biblia, otras tantas se han visto obligados á confesar en su vergonzosa derrota, que la verdadera ciencia no puede estar en oposición con lo que cierta y categóricamente se contiene en los Libros Sagrados: *nulla unquam inter fidem et rationem vera dissensio esse potest* (2).

(1) Matth., I, 2-16-17.

(2) Conc. Vatic., ses. 3.^a, cap. IV, *De Fide et Ratione*.

A. M. D. G.



citar en nuestra época la Filosofía escolástica. En este concepto, su obra es monumento único en el presente siglo.,—“Los ocho volúmenes... forman ellos solos una como biblioteca filosófica que pueda sustituir á un gran número de obras.,”

(*Études Partie Bibliographique*, 1893, pág. 172; *Ibid.*, tomo LXXVII), 1898, pág. 542.)

Origen de los seres vivos, según sus diversas especies, y **Examen del transformismo**.—Obra escrita en latín por el Rdo. P. JUAN JOSÉ URRÁBURU, de la Compañía de Jesús, y traducida por otro Padre de la misma Compañía.

Forma un tomo en 4.º mayor, de XII-300 páginas, en hermoso papel é impresión elegante: su precio es de **3 50** pesetas, franco de porte.

P. ALEJANDRO GALLERANI, S. J.—**Jesuitas expulsos de España, literatos en Italia**, traducción del italiano con apéndices, por Antonio de Madariaga, S. J. XIV-303 páginas en 8.º; precio, **3** pesetas.

“No contento el P. Madariaga con traducir al castellano nuestros artículos, ha querido añadir por su cuenta en tres apéndices lo que en el texto se daba ya como sabido y no entraba en el plan del autor; es á saber, las noticias referentes á la expulsión, sobre todo á la de España.

El P. Madariaga—dice en su prólogo—ha querido citar con rigurosa fidelidad y sincera franqueza los autores de que se ha servido, aun á riesgo de que pueda decirse que *ni lo bueno es suyo, ni lo suyo es bueno*. Pero todos, en cambio, dirán que es bueno lo ajeno que para su obra ha utilizado y bueno igualmente lo que él ha puesto de propia cosecha: á saber, el criterio en la selección de documentos, la justicia de las reflexiones que hace y la unidad y trabazón que en cuanto la materia lo permite, ha sabido dar á las partes. Nosotros, en verdad, le estamos vivamente agradecidos por haber querido unir al nuestro su precioso trabajo, y confiamos que unidos los dos, resulte un todo, si no acabado y completo, al menos suficiente para los que deseen estudiar el asunto histórico-literario de que nos hemos ocupado.,”

(*La Civiltà Cattolica*, núm. 1.128—19 Junio 1897).

El P. Víctor Van Tricht: El religioso, el escritor, el hombre de ciencia, por J. M Y SAJ y A. DE MADARIAGA, S. J. Opúsculo de 122 páginas en 8.º, con un retrato del célebre conferencista belga. El precio de la obra encuadernada es de **una** peseta.

“Los que se deleitan en la lectura de las conferencias del P. Van Tricht, simpatizan con el autor y desean conocerle. Pues para darle á conocer, se publica la presente biografía.,”

HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA

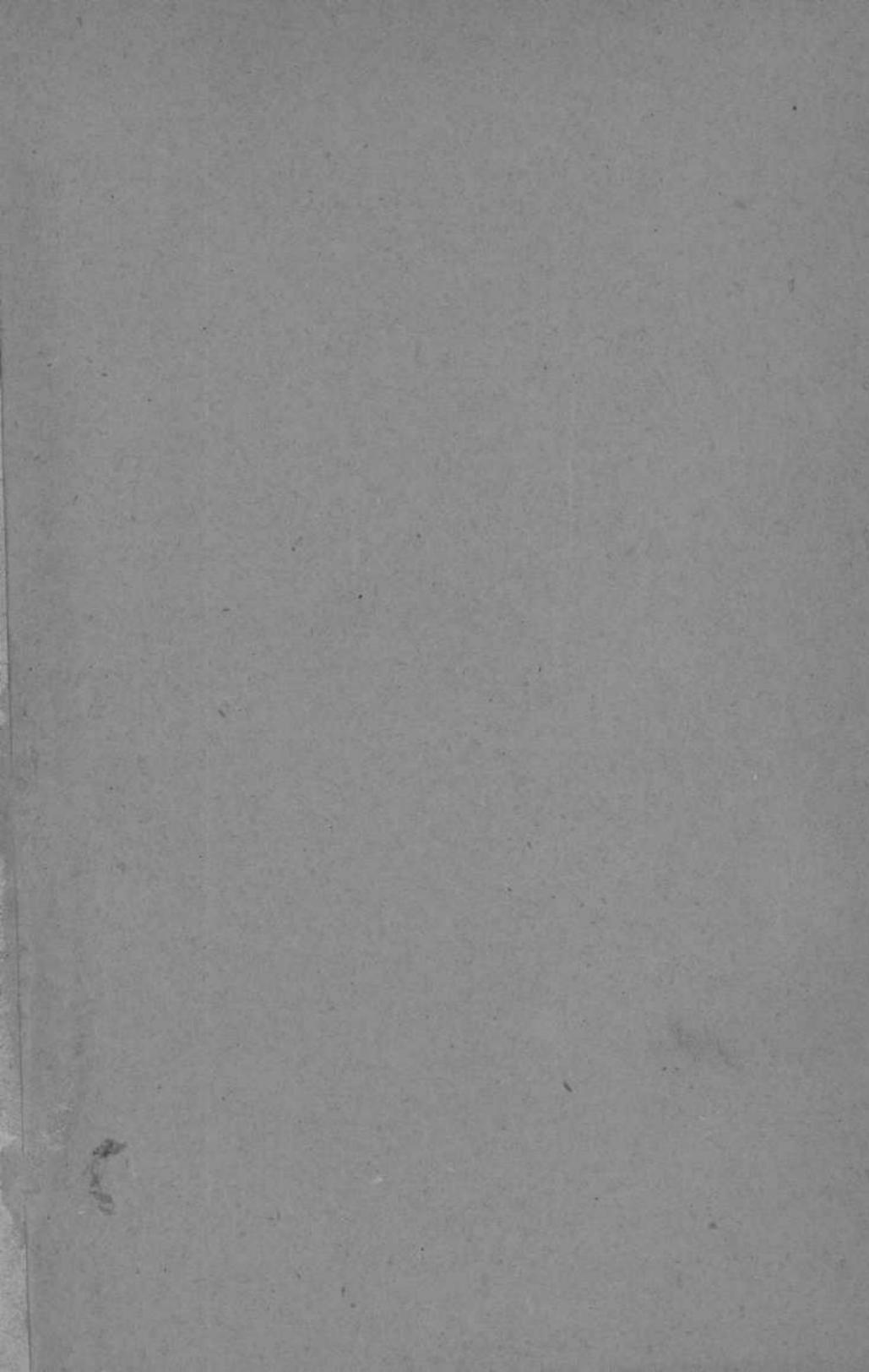
POR EL

CARDENAL HERGENRÖTHER

Esta obra puede considerarse como el resumen de todos los estudios históricos publicados desde los principios del siglo, y contiene el análisis y las conclusiones de los trabajos más insignes en materia de historia, señalando á los escritores católicos las fuentes en donde pueden y deben buscar la verdad. Hasta tal punto es de importancia y utilidad la publicación de esta obra en nuestro idioma, que no vacilamos en afirmar, dadas sus singulares condiciones, que está llamada á imprimir dirección en nuestra Patria á los estudios de historia eclesiástica, tan descuidados y olvidados por lo general, así como á servir de luz vivísima y guía en el cultivo de la historia profana.

Su autor, el insigne Cardenal Hergenröther, mereció, por su ciencia, que el sapientísimo Papa León XIII le elevase, sin transición alguna, á la dignidad de la Púrpura desde su modesta posición de profesor y sacerdote particular.

Consta de seis voluminosos tomos en 4.º, en buen papel, esmerada impresión, y enriquecidos con copiosas y eruditísimas notas. Precio: **60 pesetas**.—Casa Editorial de San Francisco de Sales (Paz, 6, principal, Madrid.)







ANTROPOLOGIA

D-2
460